

REFORMA ACADÉMICA DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Secretaría Académica

M8

Texto
y
Guía del Alumno

ESPAÑOL, PRIMERA EDICION 1995

E

U A N I
Español

SEGUNDA PARTE

PC4410

U530

1995

v.8

pte.2

0120-32060

PC4410
U530
1995
v.8
pte.2



1020124191

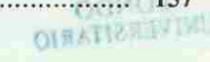


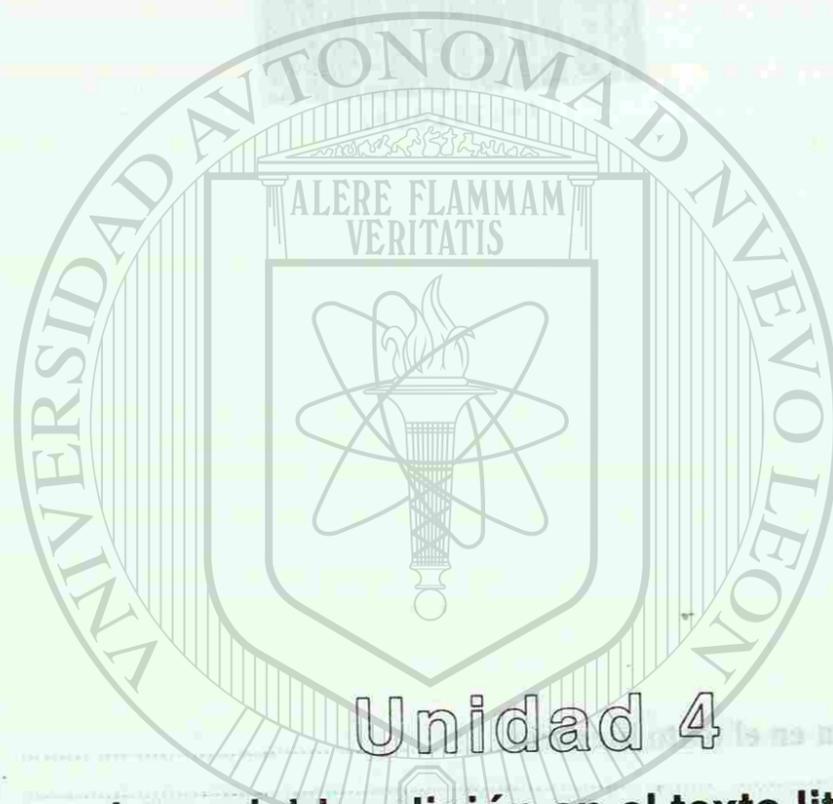
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA VARIABLE RELIGIÓN EN EL TEXTO LITERARIO
INDICE

	pag.
OBJETIVOS:	
Que el alumno:	
- Distinga el concepto de religión como una de las variables en la lectura de los textos literarios.	
- Explique el origen de la religión	
- Distinga los principios que propone cada una de las religiones existentes.	
- Identifique obras que en forma de la variable religión aparezca en la obra literaria.	
- Compare dos obras de diferentes épocas con un tema religioso en común.	
- Apartir de la lectura de dos obras literarias investigue la información circunscrita a la variable religión.	
- Elabore un ensayo en el que exponga la información obtenida a través de una lectura especializada.	
Unidad 4	
La variable religión en el texto literario	100
Objetivos	101
La religión. Noción y origen	102
La magia. Una forma primitiva de religión	102
Politeísmo	103
Panteísmo	109
Budismo	109
La variable religión en el texto literario	111
Religiones monoteístas	118
Judaísmo	118
Cristianismo	119
Islamismo	124
Cómo identificar la variable religión en el texto literario	125
Estrategia de lectoescritura para "San Manuel Bueno, mártir", de Miguel de Unamuno	126
Estrategia de lectoescritura para "Los ojos del hermano eterno", de Stefan Zweig	130
Estrategia de comparación:	133
"San Manuel Bueno, mártir"	134
"Los ojos del hermano eterno"	157
Bibliografía	183





Unidad 4

La variable religión en el texto literario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
UNIVERSITARIO

LA VARIABLE RELIGIÓN EN EL TEXTO LITERARIO

OBJETIVOS:

Que el alumno:

- Explique el concepto de religión como una de las variables en la lectura de las obras literarias.
- Explique el origen de la religión.
- Explique los principios que propone cada una de las religiones estudiadas.
- Identifique datos que en torno a la variable religión aparezca en la obra literaria.
- Compare dos obras de diferentes épocas con un tema religioso en común.
- A partir de la lectura de las obras literarias, investigue la información circunscrita a la variable religión.
- Elabore un escrito en el que exponga la información obtenida a través de una lectura interdisciplinaria.

LA VARIABLE RELIGIÓN EN LA OBRA LITERARIA

La religión.- noción y origen

El hombre en todos los tiempos ha tratado de explicarse los aspectos relacionados con su origen y la naturaleza de la vida, se ha cuestionado acerca de su relación con el universo, así como el origen de la sociedad en que se desenvuelve, ante esto, el hombre ha creado una imagen real y poblada con seres y fuerzas sobrenaturales; esta imagen le sirve como estructura para interpretar experiencias y eventos, especialmente aquellos que se dan fuera de lo normal, así surgen creencias y prácticas relacionadas con lo que le rodea. En torno a la reflexión e interpretación de fenómenos físicos y psíquicos, se ha conformado la idea religiosa.

Sobre los orígenes de la religión existen algunas explicaciones por ejemplo para Freud, "la religión tiene su origen en la impotencia del hombre para enfrentarse con las fuerzas naturales exteriores y las fuerzas instintivas interiores. La religión surge en una etapa primitiva del desarrollo humano, cuando el hombre aun no puede usar la razón para enfrentarse con estas fuerzas interiores y exteriores y tiene que tratarlas con la ayuda de otras fuerzas afectivas". Otra postura al respecto es la de Max Müller ve los orígenes de la religión en los hechos de la naturaleza aplicados a tales fenómenos naturales, como el sol, el fuego, la luna, etc. según esto, llegaron a representar seres sobrenaturales capaces de determinar el destino de los hombres y los acontecimientos naturales. En la actualidad las ideas respecto al tema tratado son otras, se considera a la religión como un fenómeno social y la preocupación es dilucidar las fuentes sociales de la misma y la función que cumple dentro de la sociedad.

La presencia de la religión en toda sociedad se da cuando la gente está sometida a fuerzas que los hombres no pueden controlar o se ven en situaciones difíciles cuya aparición no puede predecir, por ejemplo la presencia de la muerte, cuando sobrevienen enfermedades, desastres o accidentes o bien cuando se dan acontecimientos importantes, como el nacimiento de un niño, cuando un hombre y una mujer se casan, etc. surgen incertidumbres que el hombre trata de superarlas con prácticas que se pueden transformar en ritos.

La magia.- Una forma primitiva de religión

Una concepción primitiva de la religión es la magia un arte practicado en todo el mundo por los pueblos primitivos que trataban de dominar así a las fuerzas de la naturaleza o bien, influir sobre algunos acontecimientos con ayuda de los dioses, los demonios y los espíritus de los muertos, su finalidad es inmediata, consiste "en la manipulación de una potencia especial con sus leyes"; con la magia se busca darle solución a ciertos eventos que se dan en las relaciones humanas; hace uso de ideas, objetos y prácticas con las que se deseaba obtener beneficios: recobrar la salud, lograr una buena cosecha, obtener éxito en una aventura comercial, ser correspondido en el amor o lograr la muerte de un enemigo.

El siguiente ejemplo nos muestra una práctica para hacer llover.

"Entre los indios Omaha de Norteamérica, cuando el maíz está agostando por falta de lluvia, los miembros de la Sociedad de Búfalo Sagrado llevan una gran vasija con agua y danzan cuatro veces en torno de ella. Uno de ellos bebe un poco de agua y la lanza esparciéndola al aire, imitando la neblina y la llovizna. Luego levanta la vasija derramando el agua por el suelo, tras lo cual los danzantes se tiran por tierra y beben esa agua, ensuciándose de barro las caras. Por último, ellos también arrojan con fuerza el agua en el aire, formando una fina llovizna".

John Lewis, "Antropología simplificada".

Quienes dan crédito a la magia consideran lo divino como concentrado en determinados elementos de la naturaleza. La magia es una manera de encontrarse con aquellas fuerzas que el hombre percibe y que como sobrenaturales rebasan la esfera normal de sus experiencias.

Es así como surge la religión propiamente dicha, como un elemento importante en la vida social y cultural de los pueblos desde la antigüedad hasta nuestros días.

La religión ofrece una de las etimologías clásicas del sustantivo haciéndolo derivar del verbo "releer" con la significación de "considerar" o "volver a enterarse". Cicerón fue el primero en consagrar este vocablo con la aceptación de culto rendido a la divinidad.

Lactancio rechaza la sentencia de Cicerón y hace provenir el término del verbo "religar". Según él, por el vínculo de la piedad estamos atados y vueltos a ligar con Dios, de donde recibe su nombre la misma religión.

San Agustín propone una tercera acepción, partiendo del verbo "reelegir": "Se dice religión porque por ella reelegimos a Dios..." En este sentido la noción de religión es muy amplia y se define como "el conjunto de relaciones teóricas y prácticas entre el hombre y una potencia superior de quien aquél se siente depender y a quien tributa actos de culto ya sea individual, ya sea colectivo". Esta definición abarca todas las formas de religiosidad, sin distinción, de suerte que es aplicable por igual al politeísmo, al panteísmo o al monoteísmo.

Politeísmo

Politeísmo: Creencia en la existencia de dioses diversos. Es característico de las religiones antiguas de Grecia, Roma, Egipto, México, Mesopotamia, etc.

Dentro de las religiones antiguas de este tipo podemos mencionar la religión griega. Al inicio de su historia, como todos los pueblos primitivos, los griegos divinizaron los fenómenos de la naturaleza, ya que por medio de la razón estos fenómenos eran inexplicables. Así, al pasar el tiempo, fueron creando la idea de que los dioses eran seres relacionados unos con otros, sujetos a las mismas pasiones que los hombres. Zeus quien habitaba en el monte más alto de Grecia (el Olimpo) era el padre de todos los demás dioses. Los griegos inclinados al arte poético, lo embellecieron con sus dioses.

En los siguientes fragmentos tomados de la tragedia "Edipo Rey" de Sófocles, vemos una muestra de la intervención de los dioses para castigar y hacer justicia.

ED.- Hijos que compadezco: ya lo supe. Conozco vuestros males, sobre vuestras cabezas. Y nadie habrá que sufra más de lo que sufro yo. Vosotros, cada uno, su propio dolor saborea: el dolor propio solo. Pero en mi alma el dolor de todos se amadriga: el vuestro, el de la patria, el mío.

¡No despertáis a un hombre que sueño domina! Ved que he llorado mucho, he cavilado larga y profundamente mil proyectos, mil medios... y ansioso y angustiado, sigo buscando.

Tras mucho meditar, hallé un remedio, y ya lo puse en obra. Al hijo de Meneceo, que es mi cuñado Creón le envié a la Pitia mansión de Febo para que consultara el oráculo acerca de lo que hay que hacer, qué determinación tomar para alcanzar que la ciudad sea salva. Y han pasado los días bien medidos para que él de su comisión regresara y estoy afanado pensando lo que puede haber sucedido. Pero él regresará. Cuando regrese un perdido sería yo, si no pusiera en obra lo que el dios haya dicho.

SAC. -¡Al buen dicho tuyo: ya me dan la noticia: Creón regresa!

ED.- Ah, rey Apolo, que su mensaje sea afortunado para salvar a la ciudad: ¡su rostro radiante ya lo dice!

SAC.- Dulce será, yo creo; bien lo pregonas su semblante: ¿a qué, si no, esa corona de florido laurel que lo ciñe?

ED.- Muy pronto lo sabremos. Tan a la medida está que ya mi voz puede ser por él oída.

Príncipe, mi cuñado, hijo de Meneco, ¿qué nuevas traes para nosotros de parte del dios?

Entra Creón

CREÓN -¡Nuevas felices! Digo muy bien: los males más infaustos, si hallamos medio de contrarrestarlos, en buena dicha llegan a tocarse.

ED.-¿Qué dice ese lenguaje? Nada conforta, tampoco nada aumenta el afán tu modo de expresarte.

CREÓN -¿Lo digo ante todos? ¿O entramos al palacio? ¡Dispuesto a hablar estoy!

ED. -A todos habla. Son sus angustias las que oprimen mi alma más que las propias mías.

CREÓN -Hablaré, entonces, lo que del dios he oído. Nos impone Febo riguroso mandamiento de que arrojemos de esta ciudad una mácula que la infesta. Que no dejemos que medre, porque terminará por ser incurable.

ED. -¿Qué medio impone? ¿De qué mal se trata?

CREÓN -Echar fuera asesinos. O hacer que muerte por muerte se pague. Una sangre vertida es la fuente de todos estos males.

ED. -¿Muerte de quién el oráculo señala?

CREÓN -Fue Layo, nuestro rey de antaño, oh príncipe. El gobernaba antes que tú en esta ciudad ejercieras imperio.

ED. -Lo oí decir. A él jamás lo vi.

CREÓN -Murió él. Y ahora el dios nos urge a que, sin miramientos, con dureza se castigue a los matadores.

ED. -¿En qué región habitan? ¿Quién puede husmear la pista de tan viejo crimen?

CREÓN -Dijo el dios que aquí están. Lo que se busca, se halla. Lo que se deja, perdido queda.

ED. -¿En su casa, en el campo, en tierra lejana? ¿Dónde fue asesinado Layo?

CREÓN -A recibir oráculos divinos -dijo él- partía. Se fue y jamás regresó.

ED. -¿Algún mensajero, algún compañero de camino no vio los hechos? ¡El pudiera darnos informe!

CREÓN -Es que murieron todos. Uno solo quedó. Pero tan dominado por el espanto que jamás ha podido darnos informes, sino es de un solo dato.

ED. -Y, ¿ese cuál es? De uno se puede deducir todo. Un leve principio es ya base para la esperanza.

CREÓN -Ladrones, así dijo, le salieron al paso y le dieron la muerte. No sucumbió a la fuerza de un brazo, sino al empuje de una gavilla.

ED. -Un ladrón, si no tenía ya paga aquí, ¿cómo podría haber osado cometer tal crimen?

CREÓN -Hubo quien lo pensara. Pero, ya muerto Layo, nadie hubo que se echara a cargo el vengar su muerte. ¡Era tanta nuestra zozobra ...!

ED. -¿Zozobra? ¿Cuál? ¿Tan grande que impidiera hacer justicia al rey mismo muerto? ¡Hundido el trono no hubo quien lo amparara!

CREÓN -La Esfinge de cantos enigmáticos y falaces, esa fue. Nos hizo que mejor atendiéramos a lo del momento presente, dejando en el silencio lo que el misterio había envuelto en sombras.

ED. -Tomaré el asunto otra vez desde el principio. Febo ha hecho una recta acción. Tú otro tanto. bien ha sido buscar esta forma de hacer justicia al muerto. El dios y tú hallarán en mí al vengador. No, no lo hago por amigos remotos: lo hago por mí mismo. Quien a él asesinó a mí mismo puede exterminarme. Debo echar fuera esta mácula. No por el rey muerto, por mí mismo pugno.

Ea, niños, ya. Rápidos levantaos de esas gradas y llevaos los ramos suplicantes. Un hombre vaya y reúna al pueblo todo de Cadmos. Haré yo cuanto pueda. Un dios me asista y venzo, o perezco.

Entra Edipo a su palacio

SAC. -Levantémonos, niños. Eso que dice el rey era el motivo de nuestra plegaria. Febo que ha enviado tales enseñanzas, venga cual salvador de nuestros males y cual poder que hace huir la peste.

Llega el Coro de quince ancianos

CORO EST. 1. -¡Dulce palabra de Zeus que de la Pito rica a esta nuestra ciudad llegas! ¡A esta Tebas la famosa! Mi mente hundida en espanto empuja a mi corazón. Oh dios de las horas negras, o Delio de los cantares ¿qué respuesta trae tu oráculo? Me estremezco de terror, ante tí, dios de la salud. ¿Qué vas a imponer a nuestros hombres? ¿qué don nos vas a pedir? ¿Harás que lo ya olvidado, a vivir torne otra vez?

¡Habla, Palabra inmortal, hijo de la Aurea Esperanza: di tu oráculo!

ANTI. 1. -A tí primero yo clamo, oh hija de Zeus, Atena inmortal. Y a la reina de esta tierra, tu hermana Artemis, la que tiene solio en medio de nuestra plaza. Y a tí también Apolo lanzador de dardos.

¡Ah, los tres a un tiempo sed defensa, sed amparo, triples en vuestra ayuda! ¡En tiempo antiguo cada vez que una desdicha se tendía sobre esta ciudad, lanzábais fuera de los confines la mala peste y la ruina ardiente!

Es ahora cuando debéis repetir vuestra piedad.

EST. 2. -¡Ay, ay, mísero de mí... males sin número tolero. Se atormenta el pueblo con la peste, y no halla mi pensamiento un medio para exterminarla. Ya los frutos no medran en la tierra antes opulenta; ya los dolores de las madres van resultando infecundos. Y vuelan hacia el Averno mis hijos uno tras otro, cual las aves fugitivas en su vuelo sin rumbo. El dios del remoto poniente está en acecho para recibirlos!

ANT. 2. -¡Con innúmeros muertos la ciudad se aniquila. Yacen en tierra sus hijos, sin que haya compasión. Nadie por ellos llora. Las jóvenes esposas al altar se refugian, las madres de canosas cabezas se atumultan en lloro. Y todas lloran sus tremendos infortunios. Surge vibrante y luminoso el peán, pero en acorde de dolientes ayes. ¡Hija de Zeus, sávanos: tú cuyo rostro, al proteger sonríe!

EST. 3. -El bronco Ares, sin escudo ni lanza, hoy se ensaña batallador contra nosotros. Me acosa, me aniquila. Haz que ya retroceda, que se aleje de esta ciudad con la mayor presteza, que el violento vendaval lo arrebathe. Vaya a remotas playas, ya a la desolada de Anfítrite, ya a los inhóspitos riscos de tormentoso Tracio...

En el fragmento anterior, se evidencia el castigo enviado por los dioses donde se implora benevolencia para el pueblo que se consume por la peste.

Llega Creón con personas de la ciudad

ED. -¡Ah, mísero de mí!, ¿qué decir puede a éste? ¿Podrá confiar en mí, cuando tan duramente me mostré cruel con él?

CREÓN -¡No he venido, oh Edipo, para hacer mofa de tu infortunio, ni menos para reclamarte por tus dicerios de hace poco. (A los que vienen con él): Ahora vosotros: si no acatáis a los hombres, respetad siquiera la sagrada luz del Sol que todo llena de vida. Cubrid, ocultad ya esa mácula que ni la tierra, ni la santa lluvia, ni la luz de los cielos puede sufrir. Cuán pronto podais, metedlo al palacio. Sólo los de una familia pueden ver y oír sin baldón los males de los miembros de ella.

ED. -Por los dioses te ruego que me oigas: contra toda esperanza has hecho morir mis congojas, oh tú el mejor de los hombres, ante el más infeliz y detestable de todos los mortales. Atiende a lo que diga: no es para mí, sino para ti el bien.

CREÓN -¿Qué es lo que anhelas con tanta insistencia?

ED. -¡Lo más pronto que puedas échame de este país... vaya yo a dar a tierras donde ningún mortal hablarme pueda!

CREÓN -Lo haría yo, si antes no fuera necesario consultar a un dios qué debo hacer. Tenlo por cierto.

ED. -¿De un dios? ¡Pero él ya publicó su dictamen: morirá el patricida, morirá el impío! ¡Yo, que perdido estoy!

CREÓN -Tal fue su fallo, cierto. Pero en la tremenda situación en que estamos, deber es preguntar cuál ha de ser la norma de conducta.

ED. -¿Y así por un desdichado harás aún consultas a los dioses?

CREÓN -Sí, porque tú también conocerás con certeza qué disponen los dioses.

ED. -Quedo convencido. Pero voy a rogarte ahora que tengas en cuenta mis últimos deseos.

Allá en el interior de este palacio está ella tendida, yerta por la muerte: haz las exequias que a tu afecto te sugiera. Dale un sepulcro. Es tuya. Cumple con tus deberes.

Y, por mí, por mí, ¿qué? Que nunca, mientras viva, mi patria tenga la ignominia de que yo habité dentro de sus murallas. Pero deja que viva en las montañas. En ese Citerón, que fue la cuna y hoy ha de ser la tumba de Edipo. ¿No en vida me lo asignó mi padre, consintiendo en ello mi madre? ¡Qué ahí me maten muertos, ya que viviendo yo, matarme intentaron! ¡Qué bien lo sé: habrá dolencia. no habrá infortunio alguno que acabe con mi vida... ¿no hubiera muerto entonces, cuando infante, si el destino no me tuviera señalado para ser el más desdichado de los hombres en su mayor infamia? ¡Obre la Moira en mí como le plazca!

Ahora mis hijos: Creón, no te afanes por ellos. Varones son formados: ellos miren qué necesitan, de dónde sacan vida. pero mis hijas... ¡Ay de mis dos infortunadas hijas!... Jamás el pan comieron sin que yo en la mesa junto a ellas estuviera, que tenían a gloria y dicha comer del mismo plato la parte que les dejaba yo... ¡Cuídalas, ámalas, defiéndelas! Último favor pido: deja que yo las toque con mis manos, deja que por vez final las acaricie y que lllore sobre ellas por nuestros infortunios. ¿No eres un noble príncipe, nacido de un linaje sin mancilla? ¡Deja que vengan ellas y mis manos las toquen como antes... Me haré la ilusión de que las veo...!

Se oye en el interior llanto de niñas

¿Qué es, qué es? ¡Ah, por los dioses: oigo llorar... ¿son mis dos hijas? ¿No me oyó Creón? ¿No me tiene lástima y me envía lo más amado? ¡Mis dos hijas! ¿Es verdad lo que digo?

Creón -Dices bien Yo soy quien te las trae. Un ligero consuelo para tí que las amabas tanto.

Llega Creón trayendo a las dos niñas

ED. -¡Tuya la dicha sea y que los númenes malignos contra ti no se ensañen y te hagan siempre prosperar!

¡Hijas, hijitas mías!, ¿en dónde estáis? Acercaos a estas manos hermanas de las vuestras. Debéis el don a ellas de gozar de esos ojos. Estos ojos hoy muertos, os dieron los ojos, sacados de la misma fuente de donde yo había salido. Ciego estaba ya entonces, y no supe lo que hacía.

Llorar es mi consuelo, cuando ya no puedo veros; llorar por el destino cruel que os han de dar los humanos. Vida amarga ha de ser la que os espera. ¡Ir a reuniones de la ciudad, tomar parte en una fiesta universal, intentar asistir a un espectáculo... ¡no, ya no! De todo eso seréis excluidas.

Y ha de llegar el día en que esperéis la mano que os conduzca al tálamo nupcial. No habrá ninguna. ¿Qué hombre habrá que se atreva. Ay, hijas mías, quien ha de querer soportar la pesadumbre de destruir su vida, como quedó desecha la de vuestros padres? ¿Falta algún crimen? ¡No, están aquí todos juntos! Vuestro padre asesinó a su propio padre; se unió en maridaje con la misma a quien debía la vida y de esa infausta unión, el fruto sois vosotras! ¡Vosotras que nacisteis de la misma fuente de donde él había brotado!

¿Así ha de haber quien vuestra boda anhele? ¡Nadie, hijas, nadie! Solas para siempre, en perenne y estéril retraimiento iréis llevando a cuestas el fardo insoportable de vuestras vidas!

Ah, Creón, hijo de Meneceo: tú que das como el único padre. Ella y yo muertos estamos ya. ¿Dejarás que tus sobrinas vayan por ese mundo mendigando? ¿Dejarás que sucumban, sin dejar un retoño de su sangre, que es la tuya?... ¡No midas su desgracia al tenor de la mía inigualable! Ten compasión de ellas: niñas y abandonadas, sin otra mano que las pueda apoyar, si no es la tuya.

¿Me lo prometes, Creón? Tiende a mí tu diestra...

Creón da la derecha a su cuñado

Y, ahora a vuestras, hijas. ¡Si discreción ya por la edad tuvierais, qué cosas os diría! Y nada más: impetrad de los dioses vivir en norma austera y moderada y tener un destino menos infausto que el de este padre que os dio misera vida.

CREÓN -Bastó al dolor y al llanto: entra a la casa ahora.

ED. -He de obedecer, aunque no es nada grato.

CREÓN -Todo a su tiempo bueno es.

ED. -¡Pido antes de marcharme...!

CREÓN -Habla, dílo, sabrélo.

ED. -Destiérrame de esta ciudad.

CREÓN -Me estás pidiendo lo que a un dios le toca.

ED. -Para los dioses soy odioso ha tiempo

CREÓN -¡Ya! Obtendrás lo que has pedido.

ED. -¿Luego das tu palabra?

CREÓN -Lo que yo pienso no lo digo en vano.

ED. -Sácame ahora de esta casa.

CORO -¡Vamos: deja las niñas!

ED. -¡No, no... a ellas no me las quites!

CREÓN -¡No quisiera ya hacer en todo tu voluntad: cuando tuviste poder tu vida fue una serie de fracasos!

Salen las niñas hacia el gineceo. Edipo entra al palacio y el Coro inicia su final canto.

CORO -Habitantes de mi patria Tebas; mirad a Edipo hoy. Fue el más perito en resolver enigmas, pudo llegar a ser el más alto de los hombres. El que lo miraba sentía envidia por su dicha y su altura.

Y ved a qué abismos lo precipitó el ruedo del Destino.

A quien no ha visto aún la luz del final día, jamás le llaméis dichoso. Dejad que vaya al seno de la muerte, sin haber gustado la amargura del dolor de la vida.

En este segundo fragmento, Edipo a través de dolorosas lamentaciones, expresa su desgracia y pide a Creón que lo destierre, pues ya no puede ser juzgado por los dioses.

Panteísmo

Panteísmo: Doctrina de quienes creen que todo el universo es el único Dios. Esta doctrina sostiene la identidad sustancial de dios y el mundo, por lo que cosas de éste, son modos de la sustancia individual. Pueden distinguirse varias formas de panteísmo: el religioso de la India, el cosmológico de los filósofos presocráticos; el del alma universal, del mundo de los estoicos; el amarantista de la escuela alejandrina; el místico, de los iluminados; el racionalista de Spinoza, de Goethe y otros, y el idealista trascendental de Fichte, Hegel, etc.

La forma de panteísmo que nos interesa destacar por ahora, es el panteísmo religioso. Como ejemplo de este tipo de religión tenemos el budismo.

Budismo

Budismo.- Doctrina creada por Buda (Gautama) basada en dos principios fundamentales: los seres sufren y es preciso destruir el dolor; no hay ninguna realidad sustancial, y todo depende de causas y condiciones.

El budismo se nutrió del brahmanismo y coincide con este en preceptos morales que se asemejan en cuanto a la consideración del bien y del mal y sobre todo, el principio de la transmigración de las almas; esa afinidad se resiente en otros aspectos no menos importantes del dogma y del culto. El budismo surgió como una reacción contra el formulismo de los brahmanes y como un método de vida que buscaba conducir a sus partidarios por el camino del propio sacrificio, hacia la indiferencia total y final consagrada al nirvana.

Dos siglos después de la muerte de su creador, es cuando la doctrina toma fuerza como religión propiamente dicha.

La prohibición de matar, de robar, de cometer adulterio, de mentir y de embriagarse, sustenta su concepción moral, que se manifiesta en el establecimiento de diez pecados y en la recomendación de la moral perfecta, la energía, la limosna, la paciencia, la caridad o amor al prójimo y la bondad. El budismo se consolida como religión en el siglo V a de C. y llegó a ser religión oficial de China en el siglo IV de la era cristiana; luego se extendió a Corea, Japón y al Tíbet.

El budismo tuvo una gran influencia en la creación literaria, tanto en su tiempo como en tiempos posteriores, tal es el caso de la colección de cuentos de lluvia y de luna de Ueda Akinari de quien ofrecemos un fragmento. (1734-1809).

"... Allí todo era silencio y llamaba a la melancolía, desde los enormes árboles con sus ramajes desplegados hacia las nubes, hasta el murmullo, suave pero nítido, de las aguas que corrían junto al camino.

Ai no poder dormir, Muzen empezó a comentar:

-Tan grande fue la sagrada virtud del Gran Maestro que según se dice dotó de alma hasta los vegetales y las cosas inanimadas, como piedras y rocas, y desde hace más de ocho siglos, cuando ocurrió su muerte, se viene acrecentando la veneración a sus virtudes consideradas como algo divino. Numerosas son las obras y los lugares por donde el Gran Maestro ha peregrinado, mas ninguno comparable a este Monte Koya, que sin duda es el lugar de adiestramiento espiritual más venerado de todo el país. En tiempos en que el gran Maestro pertenecía a este mundo en el año 804, cruzó el mar para arribar a la lejana China, y allí, sintiéndose hondamente tocado por la profundidad de las enseñanzas del budismo esotérico, dijo: "Allí donde caiga este tridente será la tierra santa para la difusión de nuestra doctrina." Y se cuenta que el tridente que lanzó al cielo cayó precisamente en la cima de esta montaña, allí frente al altar, donde se encuentra ese Pino-del-Tridente. Se ha dicho que todo lo que posee esta montaña, árboles, hierbas, fuentes y piedras, todo, absolutamente todo, está dotado de un poder sagrado. Por eso mismo, el hecho de que una extraordinaria conjunción de circunstancias nos haya permitido pasar aquí la noche, seguramente se debe a nuestras buenas acciones realizadas no sólo en esta vida, sino también en la anterior. Si entiendes esto, aunque eres joven, no olvides la importancia de la fe sincera.

Aunque hablara en tono contenido, en el silencio que los rodeaba, su voz resonó con claridad, lo que no dejó de producirles un sobrecogimiento.

Fue en ese momento cuando se escuchó muy cerca -quizá desde la foresta detrás del santuario- el grito de un ave, reiterado por el eco: "¡Buppán! ¡Buppán!"

Muzen se sobresaltó como si acabara de despertar:

-¡Oh, que extraño! No hay duda de que es el bupposo. Había oído decir que habitaba esta montaña, pero también que nadie lo había escuchado. El hecho de que lo hayamos oído esa noche bien podría presagiar la absolución de nuestras culpas en esta vida. Se dice que este pájaro elige los lugares sagrados para anidar..."

La religión en la obra literaria

La religión así como ha sido fuente de inspiración para muchas de las manifestaciones artísticas -música, pintura, arquitectura, etc. lo es también para la literatura, de ahí que nuestro interés lo centremos en la religión como una variable de la obra literaria y como una posibilidad de efectuar una lectura desde otro punto de vista.

En la historia de la literatura, la religión ha desempeñado un papel muy importante, ha sido tema de expresión y se ha manifestado en diversos géneros literarios en todas las épocas.

Los temas religiosos aparecen en las obras, ya sea como alabanzas, agradecimientos, para elevar plegarias o para implorar y ser favorecido con algo.

En algunos pueblos orientales de religión politeísta, se conocen innumerables composiciones en las que se reflejan entre otros motivos, la creación del hombre y lo existente, la inmortalidad del espíritu, etc.

En el siguiente Himno del faraón Amenofis IV o Akhnaton hace resaltar la belleza y el misterio del sol, considerándolo el señor de la eternidad.

Himno a Atón

Hermosamente te elevas en el horizonte del Cielo, oh Atón viviente, Señor de la eternidad.

Resplandeces en Oriente, llenas con tu belleza toda la tierra.

Eres hermoso, grande, brillante; te elevas sobre todos los países.

Tus rayos abarcan la tierra hasta los confines de la creación.

Eres Ra, que sometes a todos los pueblos a través de tu hijo amado.

Estás lejos, pero tus rayos brillan sobre la tierra;

Estás por encima de las miradas de los hombres y no se conocen tus venidas.

Cuando reposas en Occidente, sobre el horizonte,

La tierra permanece en una sombra, que semeja la de la muerte;

Duérmese bien cubierto en la recámara, sin que un ojo vea a otro ojo.

Podríanse robar todos sus bienes a los que están dormidos,

Sin que ellos se dieran cuenta, aunque los tengan bajo sus cabezas.

El león sale de su cubil, y la alimaña venenosa se dispone a morder.

Se hace de noche... La tierra descansa en silencio.

El que ha hecho a los seres reposa en el horizonte.

A al aurora resplandece en el horizonte y lo ilumina todo.

Durante el día expulsas a la noche; cuando derramas tus rayos.

Los Dos Países se despiertan de fiesta y se ponen en pie los hombres.

Lavan sus cuerpos, se ponen sus vestidos y levantan los brazos para adorarte.

Trabaja la tierra entera; todo rebaño se siente contento con su alimento.

Reverdecen árboles y plantas y los pájaros vuelan de sus nidos.

Sus alas se abren, adorándote; saltan sobre sus patas los cabritillos.

Todo lo que vuela y bate alas revive cuando tú resplandeces.

Los barcos, a porfía, suben y bajan por el río;

Está abierto todo camino, porque tú has aparecido.

Saltan los peces en el río delante de tu faz; tus rayos van hasta el fondo del mar.

El polluelo que está en el huevo parlotea dentro del cascarón.

Porque tú le das el soplo interior que le hace vivir.
 Tú le has dado en el huevo el poder romperlo.
 Y sale de él cacareando y caminando sobre sus patas.
 ¡Cuán numerosas son tus obras, misteriosas a nuestros ojos!
 Dios único, a nadie semejante, tú has creado la tierra según tu corazón,
 Cuando estabas solo: los hombres, los animales domésticos y los salvajes,
 Todo lo que existe sobre la Tierra y camina por sus pies.
 Todo lo que está en el Cielo y vuela por sus alas...
 Tus rayos alimentan los campos; resplandecen y viven.
 Has creado las estaciones para mantener vivo todo cuanto has creado.
 Has hecho el Cielo lejano para allí resplandecer y contemplar lo que has creado...
 Los seres de la tierra fórmanse bajo tu mano como tú los has querido.
 Resplandeces y viven, te acuestas y mueren.
 Tú, sólo tú eres la duración de la vida. Se vive de ti.
 Hijos están los ojos en tu hermosura hasta que te pones
 Y toda labor termina cuando desapareces por Occidente...

Amenofis IV reinó de 1370-1352 a. de C.

Es importante mencionar en forma particular la literatura hebrea, cuya esencia se encuentra en la Biblia, serie de libros agrupados en el Antiguo y Nuevo Testamentos, que encierran toda la tradición religiosa del pueblo de Israel.

Entre los temas que constituyen el Antiguo Testamento podemos destacar los que se refieren a los orígenes del mundo y la historia primitiva de la humanidad, (Génesis), una gran muestra ejemplar de plegarias y de lírica religiosa, (Salmos); una amplia compilación de sentencias, (proverbios); sobre el valor de la vida y el fin del hombre (Eclesiastés).

En el aspecto literario son notables los libros proféticos; su contenido son las predicciones mesiánicas y las amonestaciones contra el pueblo pecador. En sus visiones algunos se refieren al nacimiento del Niño divino y a la muerte del Hombre Dios, (Isaías). El anuncio a Judá de su ruina, (Jeremías). La restauración y la gloria de Israel en la segunda venida del Mesías, (Ezequiel y David).

La segunda parte de la Biblia lo constituye el Nuevo Testamento su nombre lo toma de la nueva alianza entre Dios y los hombres; se le considera como una preparación y profecía del Antiguo Testamento. Su contenido gira en torno a la vida y enseñanza de Cristo.

El primer grupo de libros (históricos) escritos por los historiadores se ocupan del nacimiento, enseñanzas, milagros, muerte y resurrección de Cristo, (cuatro Evangelios). Exposiciones doctrinales y recomendaciones de observancia, enseñanzas universales; este contenido aparece en los libros didácticos, (Epístolas). El libro de la revelación se refiere a las visiones que tuvo San Juan relativos a la segunda venida del mesías. Mediante estas visiones se profetizan varios acontecimientos, agradables unos, terribles otros, (Libro profético - El Apocalipsis).

El siguiente ejemplo es un fragmento del proverbio 16; Sabiduría y modestia, tomado del Antiguo Testamento.

Proverbios

* Feliz el hombre que ha hallado la sabiduría, dichoso el que adquiere la inteligencia. Mejor es poseerla que tener plata; el oro no procura tantos beneficios. No existe perla más preciosa y nada de lo que codicias se le puede comprar.

* Con una mano te da larga vida, y con la otra, riqueza y honores. Te lleva por senderos deliciosos y por caminos de paz. Es un árbol de vida para quien sabe conquistarla, el que la hizo suya será feliz.

* Obra de sabiduría es la tierra que Yavé afirmó, obra de inteligencia los cielos que él extendió, obra de su saber el mar que dividió y las nubes que destilan rocío.

* Hijo mío, actúa en todo con reflexión y prudencia; no las pierdas de vista. Ellas serán vida de tu alma y adorno de tu cara.

* Entonces caminarás seguro y tu pie no tropezará. No tendrás miedo al acostarte, reposarás y tu sueño te será bueno. No temerás el espanto repentino, ni la agresión de los malvados cuando se presenten. Yavé estará a tu lado y cuidará que tu pie no se pierda en la red.

* No niegues un favor al que te pide, pudiendo hacerlo. No digas a tu prójimo: "Vete y vuelve". Si hoy tienes lo que pide, no le digas: "Te lo daré mañana".

* No trames el mal contra tu prójimo que vive confiado junto a tí.

* No discutas sin motivo con el que no te perjudicó.

* No admires al hombre violento ni sigas sus ejemplos. Sepas que Yavé aborrece a los perversos y viene a convivir con los justos.

* La maldición de Yavé está sobre la casa del malvado, mientras que bendice la casa de los justos.

* Se burla de los que se burlan y reserva su favor a los humildes.

* Al final serán ensalzados los sabios y no habrá sino vergüenza para los insensatos.

A la caída de Roma por los bárbaros, el pueblo sufrió un gran deterioro cultural. El pueblo necesitaba de una nueva vitalidad y superar el escepticismo en el que se había sumergido; fue el Cristianismo quien tomó la gigantesca tarea de educar a un mundo nuevo. Así la rápida difusión del Cristianismo y la estructura de una jerarquización eclesiástica dieron pauta para la creación de una cultura que respondiera a las nuevas ideas y originaron una literatura cristiana que utilizaba tanto las formas populares como las eruditas.

Las ideas cristianas dieron materia a la literatura para elevarse a alturas inconcebibles dentro del paganismo. Estas literaturas son el tránsito natural y necesario de la edad antigua a la nueva era de la civilización occidental, llamada Edad Media.

Desde la caída del Imperio Romano hasta la toma de Constantinopla (476-1453) el cristianismo se convierte en el centro de la cultura medieval, en los monasterios se escribían anales y crónicas en prosa, así como las vidas de los santos. En esta época nace el teatro, género literario con profundo sentido religioso; surgió del drama litúrgico y las representaciones se efectuaban en el interior del templo; más tarde se instaló en los atrios y pasó a ser semilitúrgico; pues intervenían clérigos y no clérigos y se incrementaron los temas.

Milagros, misterios y moralidades fueron los géneros representados: El misterio de la Pasión, en el que se llevan a escena los relatos evangélicos concernientes a la vida de Jesús y de los apóstoles, la cena, el prendimiento, el juicio y el calvario.

Milagros. - Poemas dramáticos que tenían como asunto la realización de algún prodigio realizado por intervención de la Virgen o de algún santo. Más tarde, nace un tercer género, las moralidades, en éste las representaciones ya no eran temas bíblicos o acontecimientos prodigiosos, sino se hacía alusión a hechos más humanos, a saber, los conflictos ordinarios entre el bien y el mal que tienen lugar en el alma humana.

Como muestra del primitivo teatro medieval, se insertan aquí las dos escenas de *El auto de los Reyes Magos*, de las cinco que se conservan.

Auto de los Reyes Magos

ESCENA I

(GASPAR, solo)

Dios criador; ¡cuál maravilla!
¡No sé cuál es aquesta estrella!
Agora primas la he veída,
poco tiempo ha que es nacida.
¿Nacido es el Criador
que es de las gentes señor?
Non es verdad, non sé qué digo,
todo esto non vale un figo;
otra noche me lo cataré,
si es verdad, bien lo sabré.
(Pausa)
¿Bien es verdad lo que yo digo?
En todo, en todo lo prohío.
¿Non puede ser otra señal?
Aquesto es y non es al;
nacido es Dios por ver, de fembra
en aqueste mes de diciembre.
Allá iré o que fuere, adorarle he,
por Dios de todos lo tendré.

(BALTAZAR, solo)

Esta estrella non sé donel viene,
quien la trae o quien la tiene.
¿Por qué es aquesta señal?
En mis días non vi atal.
Ciertas nacido es en tierras
aquel que en pace y en guerra
señor ha seer de oriente
de todos hasta en occidente.
Por tres noches me lo veré
y más de vero lo sabré (Pausa).
¿En todo, en todo es nacido?
Non sé si algo he veído;
iré, lo adoraré
y pregaré y rogaré.
(MELCHOR, solo)
Val, Criador, atal hacienda
¿fue nunca alguandre fallada
o en escritura trovaða?
Tal estrella non es en cielo
de esto soy yo buen estrellero;
bien lo veo sin escarno

que un hombre es nacido de carne,
que es señor de todo el mundo,
así como el cielo es redondo;
de todas gentes señor será
y todo siglo juzgará
¿Es? Non es?
Cudo que verdad es.
Veer lo he otra vegada,
si es verdad o si es nada. (Pausa).
Nacido es el Criador
de todas las gentes mayor;
bien lo veo que es verdad,
iré allá, por caridad.

ESCENA II

(GASPAR a BALTAZAR)

Dios vos salve, señor; ¿sodes vos
estrellero?
decidme la verdad, de vos saberlo
quiero.
¿Vedes tal maravilla?
Nacida es una estrella.
(BALTAZAR)
Nacido es el Criador,
que de las gentes es señor.
Iré, lo adoraré.

(GASPAR)

Yo otrosí rogar lo he.
(MELCHOR, a los otros dos)
Señores, ¿a cuál tierra queredes
andar?
¿Queredes ir conmigo al Criador
rogar?
¿Habedes lo veído? Yo lo voy
adorar.

(GASPAR)

Nos imos otrosí, si le podremos
faltar.
Andemos tras la estrella, veremos
el lugar.

(MELCHOR)

¿Cómo podremos probar si es
hombre mortal
o si es rey de tierra o si celestial?

(BALTAZAR)

¿Queredes bien saber cómo lo
sabremos?
Oro, mirra, incienso a él ofreceremos:
si fuere rey de tierra, el oro querrá;
si fuere hombre mortal, la mirra tomará;
si rey celestial, estos dos dejará,
tomará el incienso que le pertenecerá.

Francisco Montes de Oca, *La Literatura en sus fuentes.*

La prosa religiosa por su parte, continuaba manifestándose en una serie de amplias summas donde se abarcan los conocimientos de la época.

La época que se marca como transición entre la Edad Media y la Edad Moderna (El Renacimiento) se dan cambios muy significativos respecto a la religión, la reflexión de los filósofos influye en el cambio de ideas del hombre, en este período como todos sabemos, la religión sufre una crisis; pues se hicieron severas críticas en torno a abusos y debilidades de la iglesia. Dichas críticas estaban sustentadas en tesis con conocimiento de la Biblia. Este movimiento se inicia a fines del siglo XIV y se va consolidando y empieza a tener influencia en el hombre para que se prepare a una forma de vida moderna. En cuanto a los asuntos literarios empleados por los artistas, dejan de ser de carácter religioso y dirigen la mirada hacia la antigüedad clásica.

A pesar de estos acontecimientos, España, durante un segundo renacimiento da lugar a la creación de obras de tipo más elevado; académica por una parte y mística por otra. Fueron Fray Luis de León (1527-1591) y San Juan de la Cruz (1542-1591) quienes durante el reinado de Felipe II mostraron una honda preocupación religiosa; el primero con su herencia bíblica aunada a la patrística y escolástica, nos ha dejado hermosas traducciones del Cantar de los Cantares y del libro de Job. Asimismo, se conoce su prosa con los nombres de Cristo en la Sagrada Escritura.

San Juan de la Cruz por su parte, demuestra un hondo lirismo en sus versos, su fuente de inspiración es la Biblia.

Es importante mencionar la producción de teatro religioso español; en él se cultivaron comedias inspiradas en la Biblia, otras se refieren a la vida de los santos y leyendas devotas, asimismo una gran cantidad de autos sacramentales cuyos temas son de corte filosófico-teológico y otros temas fueron tomados del Antiguo Testamento.

El siguiente ejemplo es un fragmento de la obra: "*La vida es sueño*", de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681).

SEGISMUNDO

¡Ay, mísero de mí! ¡Ay, infelice!
Apurar, cielos, pretendo,
ya que me tratáis así,
qué delito cometí
contra vosotros naciendo;
aunque si nací, ya entiendo
qué delito he cometido.
Bastante causa ha tenido
vuestra justicia y rigor,
pues el delito mayor
del hombre es haber nacido.
Sólo quisiera saber,
para apurar mis desvelos,
(dejando a una parte, cielos,
el delito de nacer)
que más os pude ofender,

para castigarme más.
¿No nacieron los demás?
Pues si los demás nacieron,
¿qué privilegios tuvieron
que yo no gocé jamás?
Nace el ave, y con las galas
que la dan belleza suma,
apenas es flor de pluma,
o ramillete con alas,
cuando las etéreas salas
corta con velocidad, negándose a
la piedad
del nido que deja en calma;
¿y teniendo yo más alma,
tengo menos libertad?
Nace el bruto, y con la piel
que dibujan manchas bellas,

apenas signo es de estrellas
gracias al docto pincel,
cuando atrevido y cruel,
la humana necesidad
le enseña a tener crueldad,
monstruo de su laberinto:
¿y yo con mejor instinto
tengo menos libertad?
Nace el pez que no respira,
aborto de ovas y lamas,
y apenas bajel de escamas
sobre las ondas se mira,
cuando a todas partes gira,
midiendo la inmensidad
de tanta capacidad
como le da el centro frío:
¿y yo con más albedrío
tengo menos libertad?
Nace el arroyo, culebra
que entre flores se desata,
y apenas, sierpe de plata,
entre las flores se quiebra,
cuando músico celebra
de las flores la piedad
que le da la majestad
del campo abierto a su huida:
¿y teniendo yo más vida
tengo menos libertad?
En llegando a esta pasión,
un volcán, un Etna hecho,
quisiera arrancar del pecho
pedazos del corazón:
¿que ley, justicia o razón
negar a los hombres sabe
privilegio tan suave,
excepción tan principal,
que Dios le ha dado a un cristal,
a un pez, a un bruto y aun ave?

ROSAURA

Temor y piedad en mí
sus razones han causado.

SEGISMUNDO

¿Quién mis voces ha escuchado?
¿Es Clotaldo?

CLARIN

(A su ama. Di que sí)

ROSAURA

No es sino un triste, ¡ay de mí!,
que en estas bóvedas frías
oyó tus melancolías.

SEGISMUNDO

Pues muerte aquí te daré,
por que no sepas que sé (Asela),
que sabes flaquezas mías.
Sólo porque me has oído,
entre mis membrudos brazos
te tengo de hacer pedazos.

CLARIN

Yo soy sordo, y no he podido
escucharte.

ROSAURA

Si has nacido
humano, baste el postrarme
a tus pies para librarme.

SEGISMUNDO

Tu voz pudo enternecerme,
tu presencia suspenderme,
y tu respeto turbarme.
¿Quién eres?, que aunque yo aquí
tan poco del mundo sé,
que cuna y sepulcro fue
esta torre para mí;
y aunque desde que nací
(si esto es nacer) sólo advierto
este rústico desierto,
donde miserable vivo,
siendo un esqueleto vivo,
siendo un animado muerto;
y aunque nunca vi ni hablé
sino a un hombre solamente
que aquí mis desdichas siente,
por quien las noticias sé
de cielo y tierra; y aunque
aquí, porque más te asombres
y monstruo humano me nombres,
entre asombros y quimeras,
soy un hombre de las fieras,
y una fiera de los hombres;
y aunque en desdichas tan graves
la política he estudiado,

de los brutos enseñado,
advertido de las aves,
y de los astros suaves
los círculos he medido,
tú sólo, tú, has suspendido
la pasión a mis enojos,
la suspensión a mis ojos,
la admiración a mi oído.
Con cada vez que te veo
nueva admiración me das,
y cuando te miro más,
aun más mirarte deseo.
Ojos hidrónicos creo
que mis ojos deben ser,
pues cuando es muerte el beber,
beben más; y desta suerte,
viendo que el ver me da muerte,
estoy muriendo por ver.
Pero véate yo y muera,
que no sé, rendido ya,
si el verte muerte me da,
el no verte qué me diera.
Fuera, más que muerte fiera,
ira, rabia y dolor fuerte;
fuera vida. Desta suerte
su rigor he ponderado,
pues dar vida a un desdichado
es dar a un dichoso muerte.

ROSAURA

Con asombro de mirarte,
con admiración de oírte,

ni sé qué pueda decirte,
ni qué pueda preguntarte.
Sólo diré que a esta parte
hoy el cielo me ha guiado
para haberme consolado,
si consuelo puede ser,
del que es desdichado, ver
otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
"¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?"
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta, viendo
que iba otro sabio cogiendo
las hojas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna
yo en este mundo vivía;
y cuando entre mí decía:
"¿Habrá otra persona alguna
de suerte más importuna?"
piadoso me has respondido;
pues volviendo en mi sentido,
hallo que las penas mías, para hacerlas tú alegrías
las hubieras recogido.
Y por si acaso mis penas
pueden en algo aliviarte,
óyelas atento, y toma
las que dellas me sobren.
Yo soy...

Religiones monoteístas

Se le llama monoteísta a la doctrina religiosa que sostiene la existencia de un solo Dios.

Las religiones más importantes de este tipo son: judaísmo, cristianismo e islamismo.

Judaísmo

Judaísmo.- Nombre de la religión y las instituciones del pueblo hebreo a partir del destierro de Babilonia, época en la cual se desarrolló una nueva espiritualidad centrada especialmente en el culto de la palabra de Dios conservada en la escritura y, sobre todo, en la Ley Torah y la plegaria.

Del judaísmo surgieron los primeros seguidores de Jesucristo.

Aunque compare con otras religiones ciertos elementos como la creencia en la posibilidad de comunión del hombre con Dios y en que el hombre necesita a una superestructura, el cristianismo se diferencia de todas por cuanto su medio de alcanzar esa comunión es Jesucristo que es más que un maestro como Buda o un profeta como Mahoma, o un legislador como Moisés; El mismo es la religión, vivió sus ideales y con su sacrificio efectuó la reconciliación entre el hombre y Dios. Su fundamento se encuentra en los cuatro evangelios y las epístolas del Nuevo Testamento, a lo cual los católicos agregan el dogma oficial de la Iglesia como intérprete de la doctrina desde sus comienzos hasta nuestros días.

El centro del mensaje y predicación, es el reino de Dios, es decir la salvación del hombre y la realización en esta vida de su destino personal, que alcanzará su plenitud en la vida eterna.

El cristianismo consiste fundamentalmente en la fe y en el amor a Dios a través del amor a los demás hombres.

El cristianismo es la religión de un Dios único y trascendente. La religión monoteísta, que hoy parece inherente a la naturaleza humana, hasta entonces se había entendido y elaborado únicamente en la civilización israelita, que la consideraba como verdad única y exclusiva, revelada directamente por Dios al pueblo judío. El cristianismo incluyó en la tradición hebrea una nueva revelación, la de Jesús (Nuevo Testamento), que sustituyó la restringida relación Dios-Israel por la relación universal Dios-humano.

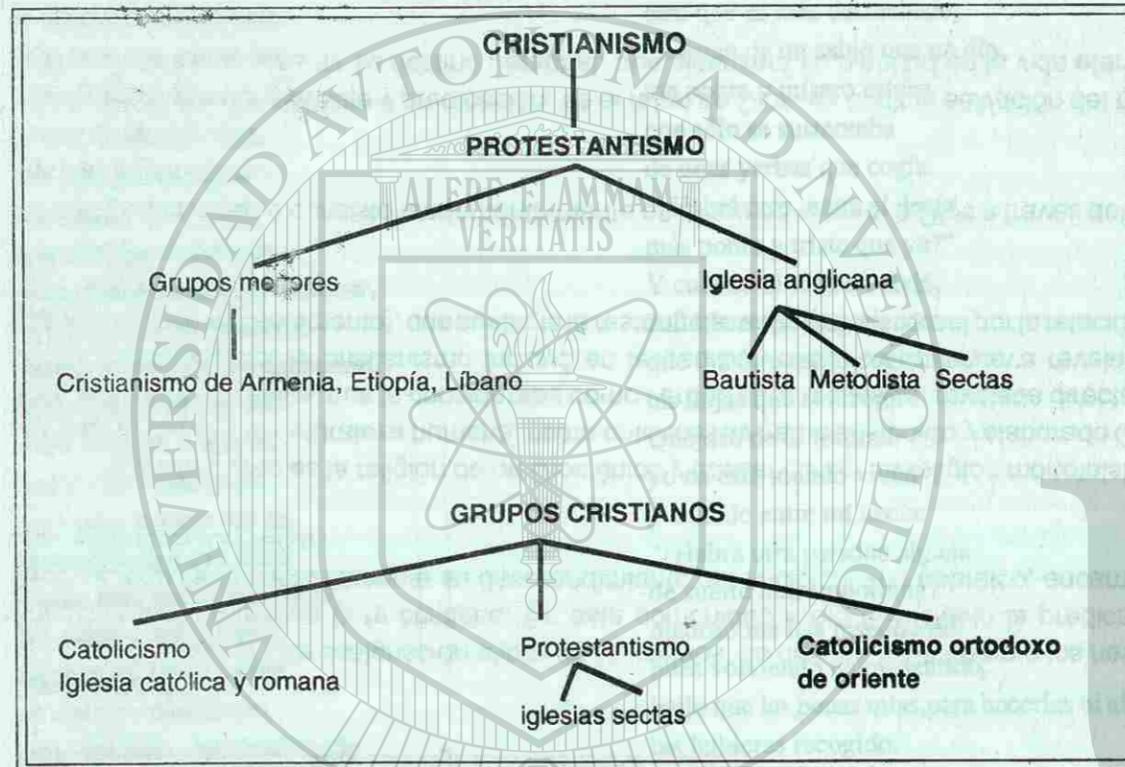
Antes que profesara la fe cristiana. En esta comunidad nació San Pablo la predicación de la doctrina, que llevó decididamente su desprendimiento del nacionalismo hebreo, encaminándola a una proyección universal.

El culto del judaísmo se celebra, en gran parte, en la sinagoga, y consta de plegarias, lectura bíblica y actos rituales de origen antiquísimo, como el toque de un cuerno de carnero o macho cabrío para anunciar el nuevo año y el ayuno completo durante 24 horas el día de la expiación. En el culto doméstico, tiene importancia el banquete paschal durante el cual se consume pan ácimo y otras viandas especiales; la acción de gracias al principio y al final de la comida y la bendición del vino antes de la cena del viernes, para consagrar la fiesta del sábado.

Los rabinos se dedican al estudio de la ley y a sus aplicaciones en la vida cotidiana. Los artículos de la ley y de un buen hebreo, se reducen a tres: La existencia de un Dios único, la ley y la sanción final después de la muerte.

El cristianismo deriva de la tradición hebrea, de ahí su idea de Dios, su insistencia en la moral, su concepto de vida futura. En su teología influyó la filosofía griega y en su organización las formas de las sociedades griegas.

En la historia del cristianismo han surgido divisiones, las que podemos ver en el siguiente cuadro.



En el siguiente fragmento tomado de la novela *"El procurador de Judea"*, de Anatole France (1844-1924) nos muestra el repudio al pueblo judío a través de acciones que se consideraban como justas... Se marca el inicio de una nueva época, el nacimiento del cristianismo.

...¿Por qué no? Asia y África nos han dado un gran número de dioses. En Roma, hemos visto elevarse templos en honor de Isis y de Anubis, el dios de cabeza de chacal. Y en las encrucijadas de los caminos y hasta en los picaderos, encontramos a la Buena Diosa de los sirios, montada en un asno. ¿Y no sabes que, durante el principado de Tiberio, un joven caballero se hizo pasar por el Júpiter cornudo de los egipcios y obtuvo así disfrazado los favores de una dama ilustre, demasiado virtuosa para negar nada a los dioses? ¡Teme, Poncio, que el Júpiter invisible de los judíos desembarque un día en Ostia!

Al pensar que un dios pudiese venir de Judea, una rápida sonrisa resbaló por el rostro severo del procurador. Después contestó con gravedad:

-¿Cómo podrían los judíos imponer su ley sagrada a los otros pueblos, cuando ellos mismos se desgarran entre sí por la interpretación de esta ley? Divididos en veinte sectas rivales, tú los has visto, Lamia, en las plazas públicas, con sus rollos en las manos, injuriándose unos a otros y tirándose de la barba; tú los has visto, en el estilóbato del templo, rasgarse en señal de desolación las mugrientas vestiduras alrededor de cualquier miserable presa de delirio profético. No conciben que se discuta en paz, con el alma serena, de las cosas divinas que, no obstante, están cubiertas de velos y llenas de incertidumbre. Pues la naturaleza de los inmortales permanece oculta para nosotros y no podemos conocerla. Yo pienso, sin embargo, que es prudente creer en la providencia de los dioses. Pero los judíos no tienen ninguna filosofía y no soportan la diversidad de opiniones. Al contrario, juzgan merecedores del último suplicio a los que profesan sobre la divinidad opiniones contrarias a su ley. Y como, desde que el genio de Roma les domina, las sentencias capitales pronunciadas por los tribunales no pueden ser ejecutadas sino con la sanción del procónsul o del procurador, apremian en todo momento al magistrado romano para que suscriba sus funestas sentencias; asedian el pretorio con sus gritos de muerte. Cien veces yo los he visto, una muchedumbre de ricos y pobres, reconciliados todos alrededor de sus sacerdotes, asediar furiosos mi silla de marfil y tirarme de los faldones de la toga, de las correas de las sandalias, para reclamar, para exigir de mí la muerte de cualquier desgraciado cuyo crimen yo no era capaz de discernir y del que solamente podía decir que lo consideraba tan loco como a sus acusadores. ¡Que digo, cien veces! Todos los días, a todas horas. Y sin embargo, yo debía hacer ejecutar su ley como si fuera la nuestra, puesto que Roma me instituía no como el destructor, sino como el defensor de sus costumbres, y que yo representaba para ellos las varas y la segur. En los primeros tiempos, traté de que se avinieran a razones; intentaba arrancar sus miserables víctimas al suplicio. Pero esta mansedumbre les irritaba más; y reclamaban la presa batiendo las alas y el pico a mi alrededor como buitres. Sus sacerdotes escribían a César que yo violaba su ley, y sus súplicas, apoyadas por Vitelio, atraían sobre mí severas reprimendas. ¡Cuántas veces me entraron ganas de enviar juntos, como dicen los griegos, a los cuervos, a los acusados y a los jueces!

No creas, Lamia, que nutra rencores impotentes y cóleras seniles contra ese pueblo que ha vencido en mí a Roma y la paz. Pero preveo el extremo a que nos reducirán tarde o temprano. Al no poder gobernarlos, será preciso destruirlos. No lo dudes: siempre insumisos, incubando la rebelión en sus almas inflamadas, un día estallarán contra nosotros con un furor al lado del cual la ira de las núbidas y las amenazas de los partos no son más que caprichos de niños. Nutren en la sombra esperanzas insensatas y meditan locamente nuestra ruina. ¿Cómo puede ser de otra manera si, confiados en la promesa de un oráculo, esperan a un príncipe de su sangre que reinará sobre todo el haz de la tierra? No conseguiremos dominar a este pueblo. Y es preciso que deje de existir. Hay que destruir Jerusalén desde los cimientos a la cúspide. Tal vez, aunque soy viejo, se me concederá ver el día en que caigan sus murallas, en que la llama devore sus casas, en que sus habitantes sean pasados a cuchillo, en que se siembre sal en la plaza en que se alzó el templo. Ese día por fin yo seré justificado.

Lamia se esforzó en llevar la conversación por unos derroteros más suaves.

-Poncio -dijo-, me explico fácilmente tus antiguos resentimientos y tus pensamientos siniestros. Ciertamente, lo que tú conociste del carácter de los judíos no les favorece nada. Pero, yo, que vivía en Jerusalén como espectador y que me mezclaba con el pueblo, pude descubrir en esos hombres sus virtudes insospechadas que permanecieron ocultas para ti. Yo conocí a judíos llenos de mansedumbre, cuyas costumbres sencillas y su lealtad me recordaban lo que nuestros poetas han dicho del anciano de Ebalia. Y tú mismo, Poncio, viste expirar bajo la vara de tus legionarios a hombres sencillos que, sin decir su nombre, morían por una causa que ellos creían justa. Tales hombres no merecen en absoluto nuestro desprecio. Hablo de esta forma porque es conveniente

guardar en todas las cosas la medida y la equidad. Aunque reconozco no haber experimentado jamás por los judíos una viva simpatía. Las judías, por el contrario, me gustaban mucho. Yo era entonces joven, y las sirias me producían una gran turbación de los sentidos. Sus labios rojos, sus ojos húmedos que brillaban en la sombra, sus lánguidas miradas, me penetraban hasta la médula. Maquilladas y pintadas, oliendo a nardo y a mirra, maceradas en plantas aromáticas, su carne es de un gusto raro y delicioso.

Poncio escuchó estas alabanzas con impaciencia.

-Yo no era hombre para caer en las redes de las judías -dijo-, y ya que me empujas a decirlo, Lamia, nunca aprobé tu incontinencia. Si en otro tiempo no insistí bastante sobre lo culpable que te consideraba por haber seducido en Roma a la mujer de un hombre de rango consular, es porque entonces tú expiabas duramente tu culpa. El matrimonio es sagrado para los patricios; esta institución es una de los puntales de Roma. En cuanto a las mujeres esclavas o extranjeras, las relaciones que se pueden mantener con ellas tendrían poca importancia si el cuerpo no se habituara a una vergonzosa molicie. Permite que te diga que tú sacrificaste demasiado a la Venus de las encrucijadas; y lo que sobre todo te censuro, Lamia, es no haberte casado según la ley y no haber dado hijos a la República, como es deber de todo buen ciudadano.

Pero el desterrado por Tiberio no escuchaba ya al viejo magistrado. Habiendo vaciado su copa de falerno, sonreía a alguna imagen tan sólo visible para él.

Después de un momento de silencio, prosiguió en voz muy baja, que fue subiendo de tono poco a poco:

-¡Danzan con tanta languidez las mujeres sirias! Yo conocí a una judía de Jerusalén que, en un tugurio, a la luz de una lamparilla humeante, sobre una raída alfombra, bailaba levantando los brazos para chocar los címbalos. Cimbreado, con la cabeza echada hacia atrás como arrastrada por el peso de su espesa cabellera roja, los ojos anegados por voluptuosidad, ardiente y lánguida, flexible, hubiera hecho palidecer de envidia a la misma Cleopatra. Me gustaban sus danzas bárbaras, su canto un poco ronco y sin embargo tan dulce, su olor a incienso, la semisomnolencia en que parecía vivir. La seguía a todas partes. Me mezclaba con el mundo vil de los soldados, de titiriteros y de publicanos que la rodeaba. Un día desapareció y no volví a verla nunca más. La busqué durante mucho tiempo por las callejuelas de mala fama y en las tabernas. Costaba más trabajo pasarse sin ella que sin el vino griego. Después de varios meses de buscarla, un día me enteré, por casualidad, que se había unido a una pequeña banda de hombres y de mujeres que seguían a un joven taumaturgo galileo. Este se hacía llamar Jesús el Nazareno¹ y fue crucificado por no sé qué crimen. Poncio, ¿te acuerdas de ese hombre?

Poncio Pilatos frunció las cejas y se llevó la mano a la frente como el que trata de profundizar en su memoria. A continuación, después de unos instantes de silencio:

-¿Jesús? -murmuró- ¿Jesús el Nazareno? No, no recuerdo...

¹ El Nazareno, es decir el Santo. Las ediciones anteriores decían Jesús de Nazareth; pero parece ser que no se conoció una ciudad llamada Nazareth en el primer siglo de la era cristiana.

Todo el fundamento de las religiones judía y cristiana se encierra en la Biblia que constituye la obra literaria más importante y trascendental que ha existido no sólo por su carácter sobrenatural, sino también por los cambios que ha ejercido en las creencias, costumbres y civilización del género humano. La Biblia ha sido fuente de inspiración para muchos genios de la literatura de todas las épocas.

Léase el Salmo 4.

"Oración del justo rodeado de impíos", tomado del Libro Primero del Antiguo Testamento.

SALMO 4

Oración del justo rodeado de impíos.

Cuando te invoco, tú me atiendes,
oh Dios de mi justicia.

en la angustia me alivias;
piedad, escucha mi oración.

Vosotros, hombres, ¿hasta cuándo

ultrajáis mi honor,
amaréis vanidad

y buscaréis mentira?

Sabed ya que Yavé hace maravillas

Yavé me escucha (al que le es fiel,
cuando yo le invoco.

Temblad, y no pequéis;

en vuestro lecho medita en silencio.

Ofreced sacrificios de justicia

y esperad en Yavé.

Muchos dicen:

"¿Quién nos traerá suerte?"

¡Mádanos la luz de tu semblante,

oh Yavé!

Tú has llenado mi corazón

de mayor júbilo

que cuando abunda

su trigo y vino nuevo.

Me acuesto en paz

y en seguida me duermo,

que tú solo, oh Yavé

me das paz y reposo.

Islamismo

Islamismo: Religión monoteísta que nace en un ambiente árabe a principios del siglo VII, fundada por Mahoma. Los principios del islam están contenidos en el libro sagrado El Corán, en él se conforma un sistema normativo que comprende todos los aspectos de la vida y todos los campos de la actividad humana.

Mediante su predicación Mahoma logró la unificación de los clanes y tribus nómadas árabes creando un Estado, sobre el principio exclusivo de la comunidad de fe.

El islam nace como sociedad teocrática en la que la propia religión es la ley por la que se rige y ordena la vida civil y política.

Al Corán como fuente jurídica se unen el Hadiz (dichos y hechos) del profeta Mahoma y la Sunna (tradición) la materia religiosa y jurídica que contiene, fue desarrollada por los doctores de las diferentes escuelas doctrinales.

En la primera década de su existencia sufrió la escisión de dos sectas heréticas chitas y jariyitas cuyas diferencias con los ortodoxos o sunnitas son fundamentalmente de tipo político. La doctrina islámica consta de creencia esencial es que Dios es sólo uno y que Mahoma es su enviado.

Dios se ha manifestado a los hombres a través de profetas, Abraham, Moisés, Jesús y el último de ellos Mahoma que cerró el cielo de la revelación. Las obligaciones son cinco: La profesión de fe, la oración cinco veces diarias, la limosna o impuesto, el ayuno de Ramadán y la peregrinación a la Meca una vez en la vida.

Algunas sectas y grupos islámicos consideran también como obligación la yihad o guerra santa contra los infieles. En la actualidad constituye una de las principales religiones del mundo, la segunda en número de practicantes con 589 millones aproximadamente.

Cómo identificar la variable Religión en la obra literaria

La lectura de una obra literaria se puede efectuar aplicando diversas variables como se ha estudiado en las unidades anteriores de este curso. Toca aquí situar la religión como otra posibilidad de comprender, analizar y reflexionar acerca del contenido de una obra.

En la presente unidad se proponen dos obras en las que a través de frases o palabras expresadas por las personas o directamente por el autor, así como acciones, formas de pensamiento etc. nos conducirán a identificar rasgos de tipo religioso en las obras, asimismo serán indicios que nos permitirán ubicar la obra en su época y en el tipo de religión que subyace en ellas.

Otro aspecto que se verá en las obras propuestas, será la temalogía, para ello se ha elegido, los sentimientos religiosos, tema que será el punto de comparación entre ambas obras.

Las obras para su estudio son:

San Manuel Bueno, mártir, de Miguel de Unamuno (1864-1936) y *Los ojos del hermano eterno*, de Stefan Zweig (1881-1942) En estas obras se propone una metodología orientada al desarrollo de habilidades de lecto-escritura y que puede aplicarse a otras obras del mismo tipo.

Nota: Todas las respuestas se presentarán por escrito.

Los siguientes puntos se tomarán como guía para identificar rasgos y sentimientos religiosos en cada una de las obras.

- Acciones realizadas en bien del prójimo.
- Actos de fe
- Prácticas religiosas
- Respuesta de la gente del pueblo
- Convicción para difundir una religión
- Conversión interior
- Búsqueda de la perfección
- La salvación
- La santidad

Estrategia de lectura y escritura que se aplicará en *San Manuel Bueno, mártir*, de Miguel de Unamuno (1864-1936).

Para determinar la variable religión en el texto, realiza las siguientes actividades:

1.- Lee atentamente el texto.

2.- Para comprender mejor el contenido de la obra, es importante consultar las palabras que puedan presentar dificultad de significado. Damos algunas palabras con su significado, el resto las consultarás y anotarás los datos de la fuente, como en los ejemplos.

Morriña: Tristeza, nostalgia
Diccionario enciclopédico Santillana p. 957

Teocracia: (gr. thekratia, de theos, Dios y Kratos, dominio). Gobierno ejercido por Dios, como el que tenían los hebreos antes de los reyes. Gobierno en que el poder supremo está sometido al sacerdocio.
Diccionario enciclopédico universal tomo V p. 3274

Zafias: Rudas, groseras, toscas, incultas.
Diccionario enciclopédico universal tomo V p.3597

perlesía

ortodoxa

beatificar

citercienses

matriarcal

teología

probática

diatribas

3. Lee las expresiones siguientes:

¡Qué milagro de voz!

... llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta.

"Por todos mostraba el mismo afecto".

Las expresiones anteriores forman parte de la descripción de Don Manuel; busca otras expresiones y completa el retrato del personaje.

4.- Relee los fragmentos que se refieran a las acciones que realiza Don Manuel en beneficio de la gente de la aldea. (pp. 135 y 136)

Ejemplo "... al volver de la ciudad la desgraciada hija de la tía Rabona, que se había perdido y volvió, soltera y desahuciada, trayendo un hijito consigo, Don Manuel no paró hasta que hizo que se casase con ella un antiguo novio, Perote y reconociese como suya a la criatura, diciéndole: -Mira, da padre a este pobre crío que no tiene más que en el cielo..."

a) Resume tres de esas acciones.

b) Expresa tu opinión al respecto.

5.- Resume brevemente la leyenda de la aldea de Valverde de Lucerna.

6.- Establece la diferencia entre los dos tipos de ideas; las que defendía Lázaro y las ideas de Don Manuel. Relee los fragmentos que hacen referencia a tales ideas.

Lázaro

Ideas Progresistas

Don Manuel

Ideas Conservadoras

a) Escribe las expresiones que emplea Lázaro para condenar la vida de la aldea (pág. 142)

Ejem: "a estos patanes no hay quien les conmueva"

b) Respecto a las ideas de Lázaro ¿Qué actitud tomó la gente de la aldea? Explíca.

7.- Explica la finalidad de las alusiones que se hacen respecto al pensamiento de una época.

Ejemplo: "...los curas manejan a las mujeres y la mujeres a los hombres..., ¡Y luego el campo!, ¡el campo!, este campo feudal..." (feudal: Pertenece al feudo. Pertenece al tiempo de la Edad Media en que estuvo en vigor la organización social fundada en los feudos).

Hace referencia al poder y la autoridad que ejercía Don Manuel en el pueblo, como protector de la gente que lo necesitaba, creándose una especie de vasallaje.

a) La creación de un sindicato católico.

b) Revolución social.

8.- Por la lectura de la obra infiere la forma de ser de los habitantes de la aldea. Escríbela.

- Establece la diferencia entre Lázaro, Angela y el resto de la gente del pueblo.
- La otra persona que se menciona en la obra es Blasillo, por sus actitudes y su forma de ser: ¿Qué representa?

9.- Explica cómo Don Manuel, logra la conversión de Lázaro.

Considera los siguientes puntos:

- Argumentos que emplea Don Manuel.
- La inquietud de Lázaro por asistir a la iglesia.
- Las actividades que realizaba Lázaro para ayudar a Don Manuel.
- La sinceridad de Lázaro.

10.- Si el pueblo se hubiera enterado del estado de creencia de Don Manuel y Lázaro, ¿Cuál hubiera sido la reacción?

11.- Reflexiona sobre las siguientes ideas, (pág. 145) interprétalas y escribe tus opiniones.

- “¿La verdad? La verdad Lázaro es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal, a la gente sencilla no podría vivir con ella”.
- “Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles”...

c) “Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que nacer para amorir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya que le ha hecho”.

d) “¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!” (pág. 148).

12.- ¿Cuál es la verdad más temible para Don Manuel? Reflexiona y escribe

13.- Relee las páginas 153 y 154.

Al morir Don Manuel, ¿crees que su vida trasciende? ¿Por qué? Explica.

Lee las siguientes ideas que hacen referencia a los sentimientos religiosos tratados en obra:

“Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo? (pág. 126)

“Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles”. (pág. 131).

14.- Busca otros fragmentos que se refieran a los sentimientos religiosos y escríbelos.

15.- Investiga los datos sobre la vida y otras obras de Miguel de Unamuno y anota la fuente de donde tomaste los datos anteriores.

Estrategia de lectura y escritura que se aplicará en la obra de Stefan Zweig.**Los ojos del Hermano Eterno.**

Para determinar la variable religión en el texto, realiza las siguientes actividades:

- 1.- Lee atentamente el texto. Recuerda que en toda lectura es indispensable consultar en el diccionario, las palabras que presente dificultad de significado.

Escribe el significado de las siguientes palabras:

esterilla, estera

inexorable

transmutación

expiación

deleznable

ablución

sedición

palanquín

trailla

- 2.- Investiga en una enciclopedia quien fue Buda. Anota los datos de la fuente de donde tomaste la información.
- 3.- Una vez que Virata vence a los enemigos del Rey, éste le agradece el acto y le ofrece un presente.

Redacta un comentario en el que consideres los siguientes puntos:

- a) Entrevista del Rey con Virata.
- b) Entrega del presente y diálogos.
- c) Las reflexiones de Virata.
- d) Las enseñanzas.

Si crees necesario, agrega citas textuales no olvides entrecomillarlas y anotar la página de donde fueron tomadas.

- 4.- Escribe las expresiones que usa el Rey para referirse a Virata.
Ejemplo: *El más excelsa de mis guerreros.*
- 5.- El Rey le asigna a Virata un segundo cargo, lo nombra juez para que honre la verdad y defienda el Derecho. Al respecto, contesta lo siguiente:
 - a) ¿Qué hacía antes de juzgar?
 - b) ¿En qué consistían las sentencias que practicaba Virata?
 - c) Relata un caso relevante en el que Virata haya dictado una sentencia. No olvides emplear citas textuales atendiendo a las indicaciones mencionadas.
 - d) Transcribe las enseñanzas que se expresan a través de los personajes.
- 6.- Conforme transcurre la vida de Virata éste recibe los nombres de la virtud, a saber:
 - a) Espada centelleante.
 - b) Manantial de justicia.
 - c) Campo del buen consejo.
 - d) Estrella de la soledad.

Explica en un resumen la razón de estos nombres.

- 7.- Virata se propone obrar con rectitud y trata de vivir sin culpa; para ello se dirige hacia donde se encuentra el prisionero, (el joven del linaje de los Kazar) al respecto, contesta lo siguiente:
 - a) ¿Cuál es la actitud del prisionero cuando Virata llega?
 - b) ¿Qué explicación le da Virata respecto de motivo de su visita?
 - c) ¿Cuáles fueron las reflexiones de Virata durante su estancia en la prisión?
 - d) ¿Cuáles eran sus temores?

- 8.- Al renunciar Virata a su cargo de Juez, se retira a su casa a leer los libros de la sabiduría. Escribe las expresiones que se refieran a los sentimientos religiosos que se despertaban en él.

Ejemplo: auxiliaba a los pobres.

- 9.- Relata brevemente las reflexiones que hace Virata en torno a los siervos que tenía en su casa; y los diálogos que sostiene con sus hijos. Emplea citas textuales, anotando la página(s) de donde fueron tomadas.

- a) Escribe un comentario respecto al comportamiento de los hijos.
b) Comenta con tus compañeros las enseñanzas que se expresan en esta parte del relato. Las conclusiones se expondrán oralmente.

- 10.- Lee las siguientes ideas, reflexiona sobre su contenido y explícalo por escrito, si lo crees necesario relea la última parte de la obra.

- a) "sólo quien es útil es libre: quien da su voluntad a otro y su energía a una labor, y trabaja sin querer saber más.
b) "El sin patria es dueño del mundo, el que se desprende de todo tiene la vida entera, y el que vive sin culpa, la paz. No tengo más deseo que vivir sin culpa en la tierra".
c) Yo no sé si lo que practico es sabiduría, no sé si es dicha lo que siento, y nada podría aconsejar ni enseñar. La sabiduría del solitario es distinta de la del mundo, y la ley de la contemplación no es lo mismo que la de la acción".

- d) "No cometí el mal a sabiendas, huía de la culpa; pero nuestros pies están atados a la tierra y nuestros actos a las leyes eternas. También la inacción es una acción y no puede escapar a los ojos del hermano eterno, sobre el cual obramos en bien o en mal aunque no queramos. Múltiple es mi pecado, porque huyendo a la vida, fui un hombre inútil porque sólo me cuidaba de mi vida, y a nadie prestaba servicio. Ahora quiero servir de nuevo".

- 11.- Relata brevemente el caso de Paratrika y su familia, agrega citas textuales, y anota el(los) número(s) de la(s) página(s) de donde fueron tomadas.

- 12.- En el prólogo de esta obra se hace referencia a la vida del autor Stefan Sewig, busca otros datos que nos ayuden a conocerlo mejor, anota datos de la fuente de donde fue sacada la información.

Estrategia de comparación entre las dos obras:
San Manuel Bueno, Mártir, de Miguel de Unamuno y
Los ojos del hermano eterno, de Stefan Sweig.

Como ya se dijo, los sentimientos religiosos fue el tema que se eligió como punto de comparación entre ambas obras; este tema se da en los dos relatos y se manifiesta bajo los principios de las religiones estudiadas en el marco teórico de esta unidad.

La estrategia de comparación podrá realizarse por equipos, se discutirán los puntos en cada una de las obras y las conclusiones serán expuestas oralmente.

Para comparar las dos obras, es necesario identificar las características de similitud y de contraste para ello, se considerarán los siguientes puntos:

1. Acciones en beneficio del prójimo.
2. Vida ejemplar.
3. Formas de pensamiento.
4. Convicción para difundir una religión.
5. Paz espiritual.
6. Relación familiar.
7. Respuesta de la gente que les rodeaba.
8. Máximas o enseñanzas.
9. Concepción de la vida con el enfoque religioso.
10. Sentimientos de culpa y arrepentimiento.
11. Trascendencia después de la muerte.
12. Búsqueda de la perfección.
13. Influencia que se ejercía sobre la gente.
14. Conversión interior.
15. Grado de santidad.
16. La renuncia a lo material.
17. Caminos de salvación.
18. Manifestaciones de fe.
19. Tipo de religión manifiesta implícita o explícita.
20. Logros en bien de sus semejantes.

San Manuel Bueno, mártir

*Si sólo en esta vida esperamos en Cristo,
somos los más miserables de los hombres todos.*
(San Pablo, I Corintios, XV, 19.)

Ahora que el obispo de la diócesis de Renada, a la que pertenece esta mi querida aldea de Valverde de Lucerna, anda, a lo que se dice, promoviendo el proceso para la beatificación de nuestro Don Manuel, o mejor San Manuel Bueno, que fue en ésta párroco, quiero dejar aquí consignado, a modo de confesión y sólo Dios sabe, que no yo, con qué destino, todo lo que sé y recuerdo de aquel varón matriarcal que llenó toda la más entranada vida de mi alma, que fue mi verdadero padre espiritual, el padre de mi espíritu, del mío, el de Angela Carbajalino.

Al otro, a mi padre carnal y temporal, apenas si le conocí, pues se me murió siendo yo muy niña. Sé que había llegado de forastero a nuestra Valverde de Lucerna, que aquí arraigó al casarse aquí con mi madre. Trajo consigo unos cuantos libros, el *Quijote*, obras de teatro clásico, algunas novelas, historias, el *Bertoldo*, todo revuelto, y de esos libros, los únicos casi que había en toda la aldea, devoré yo ensueños siendo niña. Mi buena madre apenas si me contaba hechos o dichos de mi padre. Los de Don Manuel, a quien, como todo el pueblo, adoraba, de quien estaba enamorada -claro que castísimamente-, le habían borrado el recuerdo de los de su marido. A quien encomendaba a Dios, y fervorosamente, cada día al rezar el rosario.

De nuestro Don Manuel me acuerdo como si fuese de cosa de ayer, siendo yo niña, a mis diez años, antes de que me llevaran al Colegio de Religiosas de la ciudad catedralicia de Renada. Tendría él, nuestro santo, entonces unos treinta y siete años. Era alto, delgado, erguido, llevaba la cabeza como nuestra Peña del Buitre lleva su cresta, y había en sus ojos toda la hondura azul de nuestro lago. Se llevaba las miradas de todos, y tras ellas, los corazones, y él al mirarnos parecía, trasapando la carne como un cristal, mirarnos al corazón. Todos le queríamos, pero sobre todo los niños. ¡Qué cosas nos decía! Eran cosas, no palabras. Empezaba el pueblo a olerle la santidad; se sentía lleno y embriagado de su aroma.

Entonces fue cuando mi hermano Lázaro, que estaba en América, de donde nos mandaba regularmente dinero con que vivíamos en decorosa holgura, hizo que mi madre me mandase al Colegio de Religiosas, a que se completara fuera de la aldea mi educación, y esto aunque a él, a Lázaro, no le hiciesen mucha gracia las monjas, "Pero como ahí -nos escribía -no hay hasta ahora, que yo sepa, colegios laicos y progresivos, y menos para señoritas, hay que atenerse a lo que haya. Lo importante es que Angelita se pule y que no siga entre zafias aldeanas." Y entré en el Colegio, pensando en un principio hacerme en él maestra, luego se me atragantó la pedagogía.

En el Colegio conocía a niñas de la ciudad e intimé con algunas de ellas. Pero seguía atenta a las cosas y a las gentes de nuestra aldea, de la que recibía frecuentes noticias y tal vez alguna visita. Y hasta al Colegio llegaba la fama de nuestro párroco, de quien empezaba a hablarse en la ciudad episcopal. Las monjas no hacían sino interrogarme respecto a él.

Desde muy niña alimenté, no sé bien cómo, curiosidades, preocupaciones e inquietudes debidas, en parte al menos, a aquel revoltijo de libros de mi padre, y todo ello se me medró en el Colegio, en el trato, sobre todo con una compañera que se me aficionó desmedidamente y que unas veces me proponía que entrásemos juntas a la vez en un mismo convento, jurándonos, y hasta

firmando el juramento con nuestra sangre, hermandad perpetua, y otras veces me hablaba, con los ojos semicerrados, de novios y de aventuras matrimoniales. Por cierto que no he vuelto a saber de ella ni de su suerte. Y eso que cuando se hablaba de nuestro Don Manuel, o cuando mi madre me decía algo de él en sus cartas -y era en casi todas-, que yo leía a mi amiga, ésta exclamaba como en arrobó: "¡Qué suerte, chica, la de poder vivir cerca de un santo así, de un santo vivo, de carne y hueso, y poder besarle la mano! Cuando vuelvas a tu pueblo escríbeme mucho, mucho y cuéntame de él".

Pasé en el Colegio unos cinco años, que ahora se me pierden como un sueño de madrugada en la lejanía del recuerdo, y a los quince volví a mi Valverde de Lucerna. Ya toda ella era Don Manuel; Don Manuel con el lago y con la montaña. Llegué ansiosa de conocerle, de ponerme bajo su protección, de que él me marcara el sendero de mi vida.

Decíase que había entrado en el Seminario para hacerse cura, con el fin de atender a los hijos de una su hermana recién viuda, de servirles de padre; que en el Seminario se había distinguido por su agudeza mental y su talento y que había rechazado ofertas de brillante carrera eclesiástica porque él no quería ser sino de su Valverde de Lucerna, de su aldea perdida como un broche entre el lago y la montaña que se mira en él.

¡Y cómo quería a los suyos! Su vida era arreglar matrimonios desavenidos, reducir a sus padres hijos indómitos o reducir los padres a sus hijos, y sobre todo consolar a los amargados y atediados y ayudar a todos a bien morir.

Me acuerdo, entre otras cosas, de que al volver de la ciudad la desgraciada hija de la tía Rabona, que se había perdido y volvió, soltera y desahuciada, trayendo un hijito consigo, Don Manuel no paró hasta que hizo que se casase con ella un antiguo novio, Perote, y reconociese como suya a la criaturita, diciéndole:

-Mira, da padre a este pobre crío que no le tiene más que en el cielo.

-¡Pero, Don Manuel, si no es mía la culpa...!

-¡Quién lo sabe, hijo, quién lo sabe...!, y sobre todo no se trata de culpa.

Y hoy el pobre Perote, inválido, parálítico, tiene como báculo y consuelo al hijo aquel que, contagiado de la santidad de Don Manuel, reconoció por suyo no siéndolo.

En la noche de San Juan, las más breve del año, solían y suelen acudir a nuestro lago todas las pobres mujerucas, y no pocos hombrecillos, que se creen poseídos, endemoniados, y que parece no son sino histéricos y a las veces epilépticos, y Don Manuel emprendió la tarea de hacer él de lago, de piscina probática, y tratar de aliviarles y si era posible de curarles. Y era tal la acción de su presencia, de sus miradas, y tal sobre todo la dulcísima autoridad de sus palabras y sobre todo de su voz -¡qué milagro de voz!-, que consiguió curaciones sorprendentes. Con lo que creció su fama, que atraía a nuestro lago y a él a todos los enfermos del contorno. Y alguna vez llegó una madre pidiéndole que hiciese un milagro en su hijo, a lo que contestó sonriendo tristemente:

-No tengo licencia del señor obispo para hacer milagros.

Le preocupaba, sobre todo, que anduviesen todos limpios. Si alguno llevaba un roto en su vestidura, le decía: "Anda a ver al sacristán, y que te remiende eso". El sacristán era sastre. Y

cuando el día primero de año iba a felicitarle por ser el de su santo -su santo patrono era el mismo Jesús Nuestro Señor-, quería Don Manuel que todos se le presentasen con camisa nueva, y al que no la tenía se le regalaba.

Por todos mostraba el mismo afecto, y si a algunos distinguía más con él era a los más desgraciados y a los que aparecían como más díscolos. Y como hubiera en el pueblo un pobre idiota de nacimiento, Blasillo el bobo, a éste es a quien más acariciaba y hasta llegó a enseñarle cosas que parecía milagro que las hubiese podido aprender. Y es que el pequeño rescoldo de inteligencia que aún quedaba en el bobo se le encendía en imitar, como un pobre mono, a su Don Manuel.

Su maravilla era la voz, una voz divina, que hacía llorar. Cuando al officiar en misa mayor o solemne cantaba el prefacio, estremecíase la iglesia y todos los que le oían sentíanse conmovidos en sus entrañas. Su canto, saliendo del templo, iba a quedarse dormido sobre el lago y al pie de la montaña. Y cuando en el sermón de Viernes Santo clamaba aquello de: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", pasaba por el pueblo todo un temblor hondo como por sobre las aguas del lago en días de cierzo de hostigo. Y era como si oyesen a Nuestro Señor Jesucristo mismo, como si la voz brotara de aquel viejo crucifijo a cuyos pies tantas generaciones de madres habían depositado sus congojas. Como que una vez, al oírlo su madre, la de Don Manuel, no pudo contenerse, y desde el suelo del templo, en que se sentaba gritó: "¡Hijo mío!" Y fue un chaparrón de lágrimas entre todos. Creerías que el grito maternal había brotado de la boca entreabierta de aquella Dolorosa -el corazón traspasado por siete espadas- que había en una de las capillas del templo. Luego Blasillo el tonto iba repitiendo en tono patético por las calles, y como en eco, el "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", y de tal manera que al oírse se les saltaban a todos las lágrimas, con gran regocijo del bobo por su triunfo imitativo.

Su acción sobre las gentes era tal que nadie se atrevía a mentir ante él, y todos, sin tener que ir al confesionario, se le confesaban. A tal punto que como hubiese una vez ocurrido un repugnante crimen en una aldea próxima, el juez, un insensato que conocía mal a Don Manuel, le llamó y le dijo:

-A ver si usted, Don Manuel, consigue que este bandido declare la verdad.

-¿Para que luego pueda castigarse? -replicó el santo varón-. No, señor juez, no; yo no saco a nadie una verdad que le lleve acaso a la muerte. Allá entre él y Dios... La justicia humana no me concierne. "No juzguéis para no ser juzgados", dijo Nuestro Señor.

-Pero es que yo, señor cura...

-Comprendido; dé usted, señor juez, al César lo que es del César, que yo daré a Dios lo que es de Dios.

Y al salir, mirando fijamente al presunto reo, le dijo:

-Mira bien si Dios te ha perdonado, que es lo único que importa.

En el pueblo todos acudían a misa, aunque sólo fuese por oírle y por verle en el altar, donde parecía transfigurarse, encendiéndosele el rostro. Había un santo ejercicio que introdujo en el culto popular, y es que, reuniendo en el templo a todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños, unas

mil personas, recitábamos al unísono, en una sola voz, el Credo: "Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo y de la Tierra..." y lo que sigue. Y no era un coro, sino una sola voz, una voz simple y unida, fundidas todas en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre, perdida a las veces en nubes, era Don Manuel. Y al llegar a lo de "creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable" la voz de Don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él callaba. Y yo oía las campanadas de la villa que se dice aquí que está sumergida en el lecho del lago -campanadas que se dice también se oyen la noche de San Juan- y eran las de la villa sumergida en el lago espiritual de nuestro pueblo; oía la voz de nuestros muertos que en nosotros resucitaban en la comunión de los santos. Después, al llegar a conocer el secreto de nuestro santo, he comprendido que era como si una caravana en marcha por el desierto, desfallecido el caudillo al acercarse al término de su carrera, le tomaran en hombros los suyos para meter su cuerpo sin vida en la tierra de promisión.

Los más no querían morir sino cojidos de su mano como de un ancla.

Jamás en sus sermones se pone a declamar contra impíos, masones, liberales o herejes. ¿Para qué, si no los había en la aldea? Ni menos contra la mala prensa. En cambio, uno de los más frecuentes temas de sus sermones era contra la mala lengua. Porque él lo disculpaba todo y a todos disculpaba. No quería creer en la mala intención de nadie.

-La envidia -gustaba repetir- la mantienen los que se empeñan en creerse envidiados y las más de las persecuciones son efecto más de la manía persecutoria que no de la perseguidora.

-Pero fíjese, Don Manuel, en lo que me ha querido decir...

-Y él:

-No debe importarnos tanto que uno quiera decir como lo que diga sin querer...

Su vida era activa y no contemplativa, huyendo cuanto podía de no tener nada que hacer. Cuando oía eso de que la ociosidad es la madre de todos los vicios, contestaba: "Y del peor de todos, que es el pensar ocioso". Y como y le preguntara una vez qué es lo que con eso quería decir, me contestó: "Pensar ocioso es pensar para no hacer nada o pensar demasiado en lo que se ha hecho y no en lo que hay que hacer. A lo hecho pecho, y a otra cosa, que no hay peor que remordimiento sin enmienda." ¡Hacer!, ¡hacer! Bien comprendí yo ya desde entonces que Don Manuel huía de pensar ocioso y a solas, que algún pensamiento le perseguía.

Así es que estaba siempre ocupado, y no pocas veces en inventar ocupaciones. Escribía muy poco para sí, de tal modo que apenas nos ha dejado escritos o notas; mas, en cambio, hacía de memoralista para los demás, y a las madres, sobre todo, les redactaba las cartas para sus hijos ausentes.

Trabajaba también manualmente, ayudando con sus brazos a ciertas labores del pueblo. En la temporada de trilla íbase a la era a trillar y aventar, y en tanto, les aleccionaba o les distraía. Sustituía a las veces a algún enfermo en su tarea. Un día del más crudo invierno se encontró con un niño, muertito de frío, a quien su padre le enviaba a recoger una res a larga distancia, en el monte.

-Mira -le dijo al niño-, vuélvete a casa, a calentarte, y dile a tu padre que yo voy a hacer el encargo.

Y al volver con la res se encontró con el padre, todo confuso, que iba a su encuentro. En invierno partía leña para los pobres. Cuando se secó aquel magnífico nogal -"un nogal matriarcal" le llamaba-, a cuya sombra había jugado de niño y con cuyas nueces se había durante tantos años regalado, pidió el tronco, se lo llevó a su casa y después de labrar en él seis tablas, que guardaba al pie de su lecho, hizo el resto leña para calentar a los pobres. Solía hacer también las pelotas para que jugaran los mozos y no pocos juguetes para los niños.

Solía acompañar al médico en su visita y recalca las prescripciones de éste. Se interesaba sobre todo en los embarazos y en la crianza de los niños, y estimaba como una de las mayores blasfemias aquello de: "¡teta y gloria!" y lo otro de: "angelitos al cielo". Le conmovía profundamente la muerte de los niños.

-Un niño que nace muerto o que se muere recién nacido y un suicidio -me dijo una vez- son para mí de los más terribles misterios: ¡un niño en cruz!

Y como una vez, por haberse quitado uno la vida, le preguntara el padre del suicida, un forastero, si le daría tierra sagrada, le contestó:

-Seguramente, pues en el último momento, en el segundo de la agonía, se arrepintió sin duda alguna.

Iba también a menudo a la escuela a ayudar al maestro, a enseñar con él, y no sólo el catecismo. Y es que huía de la ociosidad y de la soledad. De tal modo que por estar con el pueblo, y sobre todo con el mocerío y la chiquillería, solía ir al baile. Y más de una vez se puso en él a tocar el tamboril para que los mozos y las mozas bailasen, y esto, que en otro hubiera parecido grotesca profanación del sacerdocio, en él tomaba un sagrado carácter y como de rito religioso. Sonaba el *Angelus*, dejaba el tamboril y el palillo, se descubría y todos con él, y rezaba: "El ángel del Señor anunció a María: Ave María..." Y luego: "Y ahora, a descansar para mañana."

-Lo primero -decía- es que el pueblo esté contento, que estén todos contentos de vivir. El contentamiento de vivir es lo primero de todo. Nadie debe querer morir hasta que Dios quiera.

-Pues yo sí -le dijo una vez una recién viuda-, yo quiero seguir a mi marido...

-¿Y para qué? -le respondió-. Quédate aquí para encomendar su alma a Dios.

En una boda dijo una vez: "¡Ay, si pudiese cambiar el agua toda de nuestro lago en vino, en un vinillo que por mucho que de él se bebiere alegrara siempre sin emborracharse nunca... o por lo menos con una borrachera alegre!"

Una vez pasó por el pueblo una banda de pobres titiriteros. El jefe de ella, que llegó con la mujer gravemente enferma y embarazada, y con tres hijos que le ayudaban, hacía de payaso. Mientras él estaba en la plaza del pueblo haciendo reír a los niños y aun a los grandes, ella, sintiéndose de pronto gravemente indisputa, se tuvo que retirar, y se retiró escoltada por una mirada de congoja del payaso y una risotada de los niños. Y escoltada por Don Manuel, que luego, en un rincón de la cuadra de la posada, la ayudó a bien morir. Y cuando, acababa la fiesta, supo el pueblo y supo el payaso la tragedia, fueron todos a la posada y el pobre hombre, diciendo con llanto en la voz: "Bien se dice, señor cura, que es usted todo un santo", se acercó a éste queriendo tomarle la mano para besársela, pero Don Manuel se adelantó, y tomándosela al payaso, pronunció ante todos:

-El santo eres tú, honrado payaso; te vi trabajar y comprendí que no sólo lo haces para dar pan a tus hijos, sino también para dar alegría a los de los otros, y yo te digo que tu mujer, la madre de tus hijos, a quien he despedido a Dios mientras trabajabas y alegrabas, descansa en el Señor, y que tú irás a juntarte con ella y a que te paguen riendo los ángeles a los que hacer reír en el cielo de contento.

Y todos, niños y grandes, lloraban, y lloraban tanto de pena como de un misterioso contento en que la pena se ahogaba. Y más tarde, recordando aquel solemne rato, he comprendido que la alegría imperturbable de Don Manuel era la forma temporal y terrena de una infinita y eterna tristeza que con heroica santidad recataba a los ojos y los oídos de los demás.

Con aquella su constante actividad, con aquel mezclarse en las tareas y las diversiones de todos, parecía querer huir de sí mismo, querer huir de su soledad. "Le temo a la soledad", repetía. Más, aun así, de vez en cuando se iba solo, orilla del lago, a las ruinas de aquella vieja abadía donde aún parecen reposar las almas de los piadosos cistercienses a quienes ha sepultado en el olvido la Historia. Allí está la celda del llamado Padre Capitán, y en sus paredes se dice que aún quedan señales de las gotas de sangre con que las salpicó al mortificarse. ¿Qué pensaría allí nuestro Don Manuel? Lo que sí recuerdo es que como una vez, hablando de la abadía, le preguntase yo cómo era que no se le había ocurrido ir al claustro, me contestó:

-No es sobre todo porque tenga, como tengo, mi hermana viuda y mis sobrinos a quienes sostener, que Dios ayuda a sus pobres, sino porque yo no nací para ermitaño, para anacoreta; la soledad me mataría el alma, y en cuanto a un monasterio, mi monasterio es Valverde de Lucerna. Yo no debo vivir solo; yo no debo morir solo. Debo vivir para mi pueblo, morir para mi pueblo. ¿Cómo voy a salvar mi alma si no salvo la de mi pueblo?

-Pero es que ha habido santos ermitaños, solitarios... -le dije.

-Sí, a ellos les dio el Señor la gracia de la soledad que a mí me ha negado, y tengo que resignarme. Yo no puedo perder a mi pueblo para ganarme el alma. Así me ha hecho Dios. Yo no podría soportar las tentaciones del desierto. Yo no podría llevar solo la cruz del nacimiento.

He querido con estos recuerdos, de los que vive mi fe, retratar a nuestro Don Manuel tal como era cuando yo, mocita de cerca de dieciséis años, volví del Colegio de Religiosas de Renada, a nuestro monasterio de Valverde de Lucerna. Y volví a ponerme a los pies de su abad.

-Hola, la hija de la Simona -me dijo en cuanto me vio-, y hecha ya toda una moza, y sabiendo francés, y bordar y tocar el piano y qué sé yo qué más! Ahora a prepararte para darnos otra familia. Y tu hermano Lázaro, ¿cuándo vuelve? Sigue en el Nuevo Mundo, ¿no es así?

-Sí, señor, sigue en América...

-¡El Nuevo Mundo! Y nosotros en el Viejo. Pues bueno, cuando le escribas, dile de mi parte, de parte del cura, que estoy deseando saber cuándo vuelve del Nuevo Mundo a este Viejo, trayéndonos las novedades de por allá. Y dile que encontrará al lago y a la montaña como los dejó.

Cuando me fui a confesar con él mi turbación era tanta que no acertaba a articular palabra. Recé el "yo pecadora" balbuciendo, casi sollozando. Y él, que lo observó, me dijo:

-Pero ¿qué te pasa, corderilla? ¿De qué o de quién tienes miedo? Porque tú no tiemblas ahora al peso de tus pecados ni por temor de Dios; tú tiemblas de mí, ¿no es eso?

Me eché a llorar.

-Pero ¿qué es lo que te han dicho de mí? ¿Qué leyendas son ésas? ¿Acaso tu madre? Vamos, vamos, cálmate y haz cuenta que estás hablando con tu hermano...

Me animé y empecé a confiarle mis inquietudes, mis dudas, mis tristezas.

-¡Bah, bah, bah! ¿Y dónde has leído eso, marisabidilla? Todo eso es literatura. No te des demasiado a ella, ni siquiera a Santa Teresa. Y si quieres distraerte lee el *Bertoldo*, que leía tu padre.

Salí de aquella mi primera confesión con el santo hombre profundamente consolada. Y aquel mi temor primero, aquel más que respeto miedo, con que me acerqué a él, trocose en una lástima profunda. Era yo entonces una mocita, una niña casi; pero empezaba a ser mujer, sentía en mis entrañas el juego de la maternidad, y al encontrarme en el confesionario junto al santo varón, sentí como una callada confesión suya en el susurro sumiso de su voz y recordé cómo cuando al clamar él en la iglesia las palabras de Jesucristo: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", su madre, la de Don Manuel, respondió desde el sueño: "¡hijo mío!", y oí este grito que desgarraba la quietud del templo. Y volví a confesarme con él para consolarle.

Una vez que en el confesionario le expuse una de aquellas dudas, me contestó:

-A eso, ya sabes, lo del Catecismo: "eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder".

-¡Pero si el doctor aquí es usted, Don Manuel...!

-¿Yo, yo doctor?, ¿doctor yo? ¡Ni por pienso! Yo, doctorcilla, no soy más que un pobre cura de aldea. Y esas preguntas, ¿sabes quién te las insinúa, quién te las dirige? Pues... ¡el demonio!

Y entonces, envalentonándome, le espeté a boca de jarro:

-¿Y si se las dirigiese a usted, Don Manuel?

-¿A quién?, ¿a mí? ¿Y el demonio? No nos conocemos, hija, no nos conocemos.

-¿Y si se las dirigiera?

-No le haría caso. Y basta, ¿eh?, despachemos, que me están esperando unos enfermos de verdad.

Me retiré, pensando, no sé qué porqué, que nuestro Don Manuel, tan afamado curandero de endemoniadas, no creía en el demonio. Y al irme hacia mi casa topé con Blasillo el bobo, que acaso rondaba el templo, y que al verme, para agasajarme con sus habilidades, repitió -¡y de qué modo!- lo de "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" Llegué a casa acongojadísima y me encerré en mi cuarto para llorar, hasta que llegó mi madre.

-Me parece, Angelita, con tantas confesiones, que tú te me vas a ir de monja.

-No lo tema, madre -le contesté-, pues tengo hartito que hacer aquí, en el pueblo, que es mi convento.

-Hasta que te cases.

-No pienso en ello -le repliqué.

Y otra vez que me encontré con Don Manuel, le pregunté, mirándole derechamente a los ojos:

-¿Es que hay infierno, Don Manuel?

Y él, sin inmutarse:

-¿Para ti, hija? No.

-¿Para los otros, lo hay?

-¿Y a ti que te importa, si no has de ir a él?

-Me importa por los otros. ¿Lo hay?

-Cree en el cielo, en el cielo que vemos. Míralo -y me lo mostraba sobre la montaña y abajo, reflejado en el lago.

-Pero hay que creer en el infierno, como en el cielo -le repliqué.

-Sí, hay que creer todo lo que cree y enseña a creer la Santa Madre Iglesia Católica Apostólica Romana. ¡Y basta!

Leí no sé qué honda tristeza en sus ojos, azules como las aguas del lago.

Aquellos años pasaron como un sueño. La imagen de Don Manuel iba creciendo en mí sin que yo de ello me diese cuenta, pues era un varón tan cotidiano, tan de cada día como el pan que a diario pedimos en el padrenuestro. Yo le ayudaba cuando podía en sus menesteres, visitaba a sus enfermos, a nuestros enfermos, a las niñas de la escuela, arreglaba el ropero de la iglesia, le hacía, como me llamaba él, de diaconisa. Fuí unos días invitada por una compañera de colegio, a la ciudad, y tuve que volverme, pues en la ciudad me ahogaba, me faltaba algo, sentía sed de la vista de las aguas del lago, hambre de la vista de las peñas de la montaña; sentía, sobre todo, la falta de mi Don Manuel y como si su ausencia me llamara, como si corriese un peligro lejos de mí, como si me necesitara. Empezaba yo a sentir una especie de afecto maternal hacia mi padre espiritual: quería aliviarle del peso de su cruz del nacimiento.

Así fuí llegando a mis veinticuatro años, que es cuando volvió de América, con un caudalillo ahorrado, mi hermano Lázaro. Llegó acá, a Valverde de Lucerna, con el propósito de llevarnos a mí y a nuestra madre a vivir a la ciudad, acaso a Madrid.

-En la aldea -decía- se entontece, se embrutece y se empobrece uno.

Y añadía:

-Civilización es lo contrario de ruralización; ¡aldeanerías no!, que no hice que fueras al Colegio para que te pudras luego aquí, entre estos zafios patanes.

Yo callaba, aun dispuesta a resistir la emigración; pero nuestra madre, que pasaba ya de la sesentena, se opuso desde un principio: "¡A mi edad, cambiar de aguas!", dijo primero; mas luego dio a conocer claramente que ella no podría vivir fuera de la vista de su lago, de su montaña, y sobre todo de su Don Manuel.

-¡Sois como las gatas, que os apegaís a la casa! -repetía mi hermano.

Cuando se percató de todo el imperio que sobre el pueblo todo y en especial sobre nosotras, sobre mi madre y sobre mí, ejercía el santo varón evangélico se irritó contra éste. Le pareció un ejemplo de la oscura teocracia en que él suponía hundida a España. Y empezó a borbolar sin descanso todos los viejos lugares comunes anticlericales y hasta antirreligiosos y progresistas que había traído renovados del Nuevo Mundo.

-En esta España de calzonazos -decía- los curas manejan a las mujeres y las mujeres a los hombres..., ¡y luego el campo!, ¡el campo!, este campo feudal...

Para él feudal era un término pavoroso; feudal y medieval eran los dos calificativos que prodigaba cuando quería condenar algo.

Le desconcertaba el ningún efecto que sobre nosotras hacían sus diatribas y el casi ningún efecto que hacían en el pueblo, donde se le oía con respetuosa indiferencia. "A estos patanes no hay quien le conmueva." Pero como era bueno por ser inteligente, pronto se dio cuenta de la clase de imperio que Don Manuel ejercía sobre el pueblo, pronto se enteró de la obra del cura de su aldea.

-¡No, no es como los otros -decía-, es un santo!

-Pero ¿tú sabes como son los otros curas? -le decía yo, y él:

-Me lo figuro.

Mas aun así ni entraba en la iglesia ni dejaba de hacer alarde en todas partes de su incredulidad, aunque procurando siempre dejar a salvo a Don Manuel. Y ya en el pueblo se fue formando, no sé cómo, una expectativa, la de una especie de duelo entre mi hermano Lázaro y Don Manuel, o más bien se esperaba la conversión de aquél por éste. Nadie dudaba de que al cabo el párroco le llevaría a su parroquia. Lázaro, por su parte, ardía en deseos -me lo dijo luego- de ir a oír a Don Manuel, de verle y oírle en la iglesia, de acercarse a él y con él conversar, de conocer el secreto de aquel su imperio espiritual sobre las almas. Y se hacía de rogar para ello, hasta que al fin, por curiosidad -decía-, fue a oírle.

-Sí, esto es otra cosa -me dijo luego de haberle oído-; no es como los otros, pero a mí no me la da; es demasiado inteligente para creer todo lo que tiene que enseñar.

-Pero ¿es que le crees un hipócrita? -le dije.

-¡Hipócrita... no!, pero es el oficio del que tiene que vivir.

En cuanto a mí, mi hermano se empeñaba en que yo leyese de libros que él trajo y de otros que me incitaba a comprar.

-Conque, ¿tu hermano Lázaro -me decía Don Manuel- se empeña en que leas? Pues lee, hija mía, lee y dale así gusto. Sé que no has de leer sino cosa buena; lee aunque sea novelas. No son mejores las historias que llaman verdaderas. Vale más que leas que no el que te alimentes de chismes y comadrerías del pueblo. Pero lee sobre todo libros de piedad que te den contento de vivir, un contento apacible y silencioso.

¿Le tenía él?

Por entonces enfermó de muerte y se nos murió nuestra madre, y en sus últimos días todo su hipo era que Don Manuel convirtiese a Lázaro, a quien esperaba volver a ver un día en el cielo, en un rincón de las estrellas desde donde se viese el lago y la montaña de Valverde de Lucerna. Ella se iba ya, a ver a Dios.

-Usted no se va -le decía Don Manuel-, usted se queda. Su cuerpo aquí, en esta tierra, y su alma también aquí en esta casa, viendo y oyendo a sus hijos, aunque éstos ni le vean ni le oigan.

-Pero yo, padre -dijo-, voy a Dios.

-Dios, hija mía, está aquí como en todas partes, y le verá usted desde aquí, desde aquí. Y a todos nosotros en Él, y a Él en nosotros.

-Dios se lo pague -le dije.

-El contento con que tu madre se muera -me dijo- será su eterna vida.

Y volviéndose a mi hermano Lázaro:

-Su cielo es seguir viéndote, y ahora es cuando hay que salvarla. Dile que rezarás por ella.

-Pero...

-¿Pero...? Dile que rezarás por ella, a quien debes la vida, y sé que una vez que se lo prometas rezarás y sé que luego que reces...

Mi hermano, acercándose, arrasados sus ojos en lágrimas, a nuestra madre, agonizante, le prometió solemnemente rezar por ella.

-Y yo en el cielo por ti, por vosotros -respondió mi madre, y besando el crucifijo y puestos sus ojos en los de Don Manuel, entregó su alma a Dios.

-¡En tus manos encomiendo mi espíritu!" -rezó el santo varón.

Quedamos mi hermano y yo solos en la casa. Lo que pasó en la muerte de nuestra madre puso a Lázaro en relación con Don Manuel, que pareció descuidar algo a sus demás pacientes, a sus

demás menesterosos, para atender a mi hermano. Íbanse por las tardes del paseo, orilla del lago, o hacia las ruinas, vestidas de hiedra, de la vieja abadía de cistercienses.

-Es un hombre maravilloso -me decía Lázaro-. Ya sabes que dicen que en el fondo de este lago hay una villa sumergida y que en la noche de San Juan, a las doce, se oyen las campanadas de su iglesia.

-Sí -le contestaba yo-, una villa feudal y medieval...

-Y creo -añadía él- que en el fondo del alma de nuestro Don Manuel hay también sumergida, ahogada, una villa y que alguna vez se oyen sus campanadas.

-Sí -le dije-, esa villa sumergida en el alma de Don Manuel, ¿y por qué no también en la tuya?, es el cementerio de las almas de nuestros abuelos, los de esta nuestra Valverde de Lucerna... ¡feudal y medieval!

Acabó mi hermano por ir a misa siempre, a oír a Don Manuel, y cuando se dijo que cumpliría con la parroquia, que comulgaría cuando los demás comulgasen, recorrió un íntimo regocijo al pueblo todo, que creyó haberle recobrado. Pero fue un regocijo tal, tan limpio, que Lázaro no se sintió ni vencido ni disminuido.

Y llegó el día de su comunión, ante el pueblo todo, con el pueblo todo. Cuando llegó la vez a mi hermano pude ver que Don Manuel, tan blanco como la nieve de enero en la montaña y temblando como tiembla el lago cuando le hostiga el cierzo, se le acercó con la sagrada forma en la mano, y de tal modo le temblaba ésta al arrimarla a la boca de Lázaro que se le cayó la forma a tiempo que le daba un vahído. Y fue mi hermano mismo quien recogió la hostia y se la llevó a la boca. Y el pueblo al ver llorar a Don Manuel, lloró diciéndose: "Cómo le quiere!" Y entonces, pues era la madrugada, cantó un gallo.

Al volver a casa y encerrarme en ella con mi hermano, le eché los brazos al cuello y besándole le dije:

-¡Ay Lázaro, Lázaro, qué alegría nos has dado a todos, a todos, a todo el pueblo, a todo, a los vivos y a los muertos y sobre todo a mamá, a nuestra madre! ¿Viste? El pobre Don Manuel lloraba de alegría. ¡Qué alegría nos has dado a todos!

-Por eso lo he hecho -me contestó.

-¿Por eso? ¿Por darnos alegría? Lo habrás hecho ante todo por ti mismo, por conversión.

Y entonces Lázaro, mi hermano, tan pálido y tan tembloroso como Don Manuel cuando le dio la comunión, me hizo sentarme en el sillón mismo donde solía sentarse nuestra madre, tomó huelgo, y luego, como en íntima confesión doméstica y familiar, me dijo:

-Mira, Angelita, ha llegado la hora de decirle la verdad, toda la verdad, y te la voy a decir, porque debo decírtela, porque a ti no puedo, no debo callártela y porque además habrías de adivinarla y a medias, que es lo peor, más tarde o más temprano.

Y entonces, serena y tranquilamente, a media voz, me contó una historia que me sumergió

en un lago de tristeza. Cómo Don Manuel le había venido trabajando sobre todo en aquellos paseos a las ruinas de la vieja abadía cisterciense, para que no escandalizase, para que diese buen ejemplo, para que se incorporase a la vida religiosa del pueblo, para que fingiese creer si no creía, para que ocultase sus ideas al respecto, mas sin intentar siquiera catequizarle, convertirle de otra manera.

-Pero ¿es eso posible? -exclamé consternada.

-¡Y tan posible, hermana, y tan posible! Y cuando yo le decía: "¿Pero es usted, usted, el sacerdote, el que me aconseja que finja?", él, balbuciente: "¿Fingir?, ¡fingir!, ¡eso no es fingir! Toma agua bendita, que dijo alguien, y acabarás creyendo." Y como yo, mirándole a los ojos, le dijese: "¿Y usted celebrando misa ha acabado por creer?", él bajó la mirada al lago y se le llenaron los ojos de lágrimas. Y así es cómo le arranqué su secreto.

-¡Lázaro! -gemí.

Y en aquel momento pasó por la calle Blasillo, el bobo, clamando su: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" Y Lázaro se estremeció creyendo oír la voz de Don Manuel, acaso la de Nuestro Señor Jesucristo.

-Entonces -prosiguió mi hermano- comprendí sus móviles, y con esto comprendí su santidad; porque es un santo, hermana, todo un santo. No trataba al emprender ganarme para su santa causa -porque es una causa santa, santísima-, arrogarse un triunfo, sino que lo hacía por la paz, por la felicidad, por la ilusión si quieres, de los que le están encomendados; comprendí que si les engaña así -si es que esto es engaño- no es por medrar. Me rendí a sus razones, y he aquí mi conversión. Y no me olvidaré jamás del día en que diciéndole yo: "Pero, Don Manuel, la verdad, la verdad ante todo", él, temblando, me susurró al oído -y eso que estábamos solos en medio del campo-: "¿La verdad? La verdad, Lázaro, es acaso algo terrible, algo intolerable, algo mortal; la gente sencilla no podría vivir con ella." ¿Y por qué me la deja entrever ahora aquí, como en confesión?", le dije. Y él: "Porque si no, me atormentaría tanto, tanto, que acabaría gritándola en medio de la plaza, y eso jamás, jamás, jamás. Yo estoy para hacer vivir a las almas de mis feligreses, para hacerles felices, para hacerles que se sueñen inmortales y no para matarles. Lo que aquí hace falta es que vivan sanamente, que vivan en unanimidad de sentido, y con la verdad, con mi verdad, no vivirían. Que vivan. Y esto hace la Iglesia, hacerles vivir. ¿Religión verdadera? Todas las religiones son verdaderas en cuanto hacen vivir espiritualmente a los pueblos que las profesan, en cuanto les consuelan de haber tenido que hacer para morir, y para cada pueblo la religión más verdadera es la suya, la que le ha hecho. ¿Y la mía? La mía es consolarme en consolar a los demás, aunque el consuelo que les doy no sea el mío." Jamás olvidaré estas sus palabras.

-¡Pero esa comunión tuya ha sido un sacrilegio! -me atrevía a insinuar, arrepintiéndome al punto de haberlo insinuado.

-¿Sacrilegio? ¿Y él que me la dio? ¿Y sus misas?

-¡Qué martirio! -exclamé.

-Y ahora -añadió mi hermano- hay otro más para consolar al pueblo.

-¿Para engañarle? -dije.

-Para engañarle no -me replicó-, sino para corroborarle en su fe.

-Y él, el pueblo -dije-, ¿cree de veras?

-¡Qué sé yo...! Cree sin querer, por hábito, por tradición. Y lo que hace falta es no despertarle. Y que viva en su pobreza de sentimientos para que no adquiera torturas de lujo. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

-Eso, hermano, lo has aprendido de Don Manuel. Y ahora, dime, ¿has cumplido aquello que le prometiste a nuestra madre cuando ella se nos iba a morir, aquello de que rezarías por ella?

-¡Pues no se lo había de cumplir! Pero ¿por quién me has tomado, hermana? ¿Me crees capaz de faltar a mi palabra, a una promesa solemne, y a una promesa hecha, y en el lecho de muerte, a una madre?

-¡Qué sé yo...! Pudiste querer engañarla para que muriese consolada.

-Es que si yo no hubiese cumplido la promesa viviría sin consuelo.

-¿Entonces?

-Cumplí la promesa y no he dejado de rezar ni un solo día por ella.

-¿Sólo por ella?

-Pues, ¿por quién más?

-¡Por ti mismo! Y de ahora en adelante, por Don Manuel.

Nos separamos para irnos cada uno a su cuarto, yo a llorar toda la noche, a pedir por la conversión de mi hermano y de Don Manuel, y él Lázaro, no sé bien a qué.

Después de aquel día temblaba yo de encontrarme a solas con Don Manuel, a quien seguía asistiendo en sus piadosos menesteres. Y él pareció percatarse de mi estado íntimo y adivinar su causa. Y cuando al fin me acerqué a él en el tribunal de la penitencia -¿quién era el juez y quién el reo?-, los dos, él y yo, doblamos en silencio la cabeza y nos pusimos a llorar. Y fue él, Don Manuel, quien rompió el tremendo silencio para decirme con voz que parecía salir de una huesa:

-Pero tú, Angelina, tú crees como a los diez años, ¿no es así? ¿Tú crees?

-Sí creo, padre.

-Pues sigue creyendo. Y si se te ocurren dudas, cállatelas a ti misma. Hay que vivir...

Me atreví, y toda temblorosa le dije:

-Pero usted, padre, ¿cree usted?

Vaciló un momento y reponiéndose me dijo:

-¡Creo!

-¿Pero en qué, padre, en qué? ¿Cree usted en la otra vida?, ¿cree usted que al morir no nos morimos del todo?, ¿Cree que volveremos a vernos, a querernos en otro mundo venidero?, ¿cree en la otra vida?

El pobre santo sollozaba.

-¡Mira, hija, dejemos eso!

Y ahora, al escribir esta memoria, me digo: ¿Por qué no me engañó?, ¿por qué no me engañó entonces como engañó a los demás? ¿Por qué se acongojó?, ¿porque no podía engañarse a sí mismo, o porque no podía engañarme? Y quiero creer que se acongojaba porque no podía engañarse para engañarme.

-Y ahora -añadió-, reza por mí, por tu hermano, por ti misma, por todos. Hay que vivir. Y hay que dar vida.

Y después de una pausa:

-¿Y por qué no te casas, Angelina?

-Ya sabe usted, padre mío, por qué.

-Pero no, no; tienes que casarte. Entre Lázaro y yo te buscaremos un novio. Porque a ti te conviene casarte para que se te curen esas preocupaciones.

-¿Preocupaciones, Don Manuel?

-Yo sé bien lo que me digo. Y no te acongojes demasiado por los demás, que harto tiene cada cual con tener que responder de mí mismo.

-¡Y que sea usted, Don Manuel, el que me diga eso!, ¡que sea usted el que me aconseje que me case para responder de mí y no acuitarme por los demás!, ¡que sea usted!

-Tienes razón, Angelina, no sé ya lo que me digo; no sé ya lo que me digo desde que estoy confesándome contigo. Y sí, sí, hay que vivir, hay que vivir.

Y cuando yo iba a levantarme para salir del templo, me dijo:

-Y ahora, Angelina, en nombre del pueblo, ¿me absuelves?

Me sentí como penetrada de un misterioso sacerdocio y le dije:

-En nombre de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, le absuelvo, padre.

Y salimos de la iglesia, y al salir se me estremecían las entrañas maternas.

Mi hermano, puesto ya del todo al servicio de la obra de Don Manuel, era su más asiduo colaborador y compañero. Les anudaba, además, el común secreto. Le acompañaba en sus visitas a los enfermos, a las escuelas, y ponía su dinero a disposición del santo varón. Y poco faltó para

que no aprendiera a ayudarlo a misa. E iba entrando cada vez más en el alma insondable de Don Manuel.

-¡Qué hombre! -me decía, Mira, ayer, paseando a orillas del lago, me dijo: "He aquí mi tentación mayor." Y como yo le interrogase con la mirada, añadió: "Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, de *nación*, decía, y defendiéndose de ella. Y esa defensa fue su vida. Para no sucumbir a tal tentación extremaba los cuidados por conservar la vida. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado. ¡Y cómo me llama esa agua que con su aparente quietud -la corriente va por dentro- espeja al cielo! ¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual; pero que vivan ellos, que vivan los nuestros!" Y luego añadió: "Aquí se remansa el río en el lago, para luego, bajando a la meseta, precipitarse en cascadas, saltos y torrenteras por las hoces y encañadas, junto a la ciudad, y así se remansa la vida, aquí, en la aldea. Pero la tentación del suicidio es mayor aquí junto al remanso que espeja de noche las estrellas, que no junto a las cascadas que dan miedo. Mira, Lázaro, he asistido a bien morir a pobres aldeanos, ignorantes, analfabetos que apenas si habían salido de la aldea, y he podido saber de sus labios, y cuando no adivinarlo, la verdadera causa de su enfermedad de muerte, y he podido mirar, allí, a la cabecera de su lecho de muerte, toda la negrura de la sima del tedio, de vivir. ¡Mil veces peor que el hambre! Sigamos, pues Lázaro, suicidándonos en nuestra obra y en nuestro pueblo, y que sueñe éste su vida como el lago sueña el cielo".

-Otra vez -me decía también mi hermano-, cuando volvíamos acá, vimos a una zagala, una cabrera, que enhiesta sobre un picacho de la falda de la montaña, a la vista del lago, estaba cantando con una voz más fresca que las aguas de éste. Don Manuel me detuvo y señalándomela, dijo: "Mira, parece como si se hubiera acabado el tiempo, como si esa zagala hubiese estado ahí siempre, y como está, y cantando como está, y como si hubiera de seguir estando así siempre, como estuvo cuando no empezó mi conciencia, como estará cuando se me acabe. Esa sagala forma parte, con las rocas, las nubes, los árboles, las aguas, de la naturaleza y no de la historia." ¡Cómo siente, cómo anima Don Manuel a la naturaleza! Nunca olvidaré el día de la nevada en que me dijo: "¿Has visto, Lázaro, misterio mayor que el de la nieve cayendo en el lago y muriendo en él mientras cubre con su toca a la montaña?"

Don Manuel tenía que contener a mi hermano en su celo y en su inexperiencia de neófito. Y como supiese que éste andaba predicando contra ciertas supersticiones populares, hubo de decirle:

-¡Déjalos! ¡Es tan difícil hacerles comprender dónde acaba la creencia ortodoxa y dónde empieza la superstición! Y más para nosotros. Déjalos, pues, mientras se consuelen. Vale más que lo crean todo, aun cosas contradictorias entre sí, a no que no crean nada. Eso de que el que cree demasiado acaba por no creer nada, es cosa de protestantes. No protestemos. La protesta mata el contento.

Una noche de plenilunio -me contaba también mi hermano- volvían a la aldea por la orilla del lago, a cuya sobrehaz rizaba entonces la brisa montañesa y en el rizo cabrilleaban las razas de la luna llena, y Don Manuel le dijo a Lázaro:

-¡Mira, el agua está rezando la letanía y ahora dice: *ianua caeli, ora pro nobis*, puerta del cielo, ruega por nosotros!

Y cayeron temblando de sus pestañas a la yerba del suelo dos huideras lágrimas en que también, como en rocío, se bañó temblorosa la lumbre de la luna llena.

E iba corriendo el tiempo y observábamos mi hermano y yo que las fuerzas de Don Manuel empezaba a decaer, que ya no lograba contener del todo la insondable tristeza que le consumía, que acaso una enfermedad traidora le iba minando el cuerpo y el alma. Y Lázaro, acaso para distraerle más, le propuso si no estaría bien que fundasen en la iglesia algo así como un sindicato católico agrario.

-¿Sindicato? -respondió Don Manuel-. ¿Sindicato? ¿Y qué es eso? Yo no conozco más sindicato que la Iglesia, y ya sabes aquello de "mi reino no es de este mundo". Nuestro reino, Lázaro, no es de este mundo...

-¿Y del otro?

Don Manuel bajó la cabeza:

-El otro, Lázaro, está aquí también, porque hay dos reinos en este mundo. O mejor, el otro mundo... vamos, que no sé lo que me digo. Y en cuanto a eso del sindicato, es en ti un resabio de tu época de progresismo. No, Lázaro, no; la religión no es para resolver los conflictos económicos o políticos de este mundo que Dios entregó a las disputas de los hombres. Piensen los hombres y obren los hombres como pensaren y como obraren, que se consuelen de haber nacido, que vivan lo más contentos que puedan en la ilusión de que todo esto tiene una finalidad. Yo no he venido a someter los pobres a los ricos, ni a predicar a éstos que se sometan a aquéllos. Resignación y caridad en todos y para todos. Porque también el rico tiene que resignarse a su riqueza, y a la vida, y también el pobre tiene que tener caridad para con el rico. ¿Cuestión social? Deja eso, eso no nos concierne. Que traen una nueva sociedad, en que no haya ya ricos ni pobres, en que esté justamente repartida la riqueza, en que todo sea de todos, ¿y qué? ¿Y no crees que del bienestar general surgirá más fuerte el tedio a la vida? Sí, ya sé que uno de esos caudillos de la que llaman la revolución social ha dicho que la religión es el opio del pueblo. Opio... Opio... Opio, sí. Démosle opio, y que duerma y que sueñe. Yo mismo con esta mi loca actividad me estoy administrando opio. Y no logro dormir bien y menos soñar bien... ¡Esta terrible pesadilla! Y yo también puedo decir con el Divino Maestro: "Mi alma está triste hasta la muerte." No, Lázaro, no; nada de sindicatos por nuestra parte. Si lo forman ellos me parecerá bien, pues que así se distraen. Que jueguen al sindicato, si eso les contesta.

El pueblo todo observó que a Don Manuel le menguaban las fuerzas, que se fatigaba. Su voz misma, aquella voz que era un milagro, adquirió un cierto temblor íntimo. Se le asomaban las lágrimas con cualquier motivo. Y sobre todo cuando hablaba al pueblo del otro mundo, de la otra vida, tenía que detenerse a ratos cerrando los ojos. "Es que lo está viendo", decían. Y en aquellos momentos era Blasillo el bobo el que con más cuajo lloraba. Porque ya Blasillo lloraba más que reía, y hasta sus risas sonaban a lloros.

Al llegar la última Semana de Pasión que con nosotros, en nuestro mundo, en nuestra aldea celebró Don Manuel, el pueblo todo presintió el fin de la tragedia. ¡Y cómo sonó entonces aquel: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?", el último que en público sollozó Don Manuel! Y cuando dijo lo del Divino Maestro al buen bandolero -"todos los bandoleros son buenos", solía decir nuestro Don Manuel-, aquello de: "mañana estarás conmigo en el paraíso". ¡Y la última comunión general que repartió nuestro santo! Cuando llegó a dársela a mi hermano, esta vez con mano segura, después del litúrgico: "...in vitam aeternam" se le inclinó al oído y le dijo: "No hay más vida eterna que ésta... que la sueñen eterna... eterna de unos pocos años..." Y cuando me la dio a mí me dijo: "Reza, hija mía, reza por nosotros." Y luego, algo tan extraordinario que lo llevo en el corazón como el más grande misterio, y fue que me dijo con voz que parecía de otro mundo: "...y reza también por Nuestro Señor Jesucristo..."

Me levanté sin fuerzas y como sonámbula. Y todo en torno me pareció un sueño. Y pensé: "Habré de rezar también por el lago y por la montaña." Y luego: "¿Es que estaré endemoniada?" Y en casa ya, cojí el crucifijo con el cual en las manos había entregado a Dios su alma mi madre, y mirándolo a través de mis lágrimas y recordando el: "¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" de nuestros dos Cristos, el de esta tierra y el de esta aldea, recé, "hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo", primero, y después: "y no nos dejes caer en la tentación, amén". Luego me volví aquella imagen de la Dolorosa, con su corazón traspasado por siete espadas, que había sido el más doloroso consuelo de mi pobre madre, y recé: "Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén." Y apenas lo había rezado cuando me dije: "¿pecadores?, ¿nosotros pecadores?, ¿y cuál es nuestro pecado, cuál?" Y anduve todo el día acongojada por esta pregunta.

Al día siguiente acudí a Don Manuel, que iba adquiriendo una solemnidad de religioso ocaso, y le dije:

-¿Recuerda, padre mío, cuando hace ya años, al dirigirle yo una pregunta me contestó: "Eso no me lo preguntéis a mí, que soy ignorante; doctores tiene la Santa Madre Iglesia que os sabrán responder"?

-¡Que si me acuerdo!... y me acuerdo que te dije que ésas eran preguntas que te dictaba el demonio.

-Pues bien, padre, hoy vuelvo yo, la endemoniada, a dirigirle otra pregunta que me dicta mi demonio de la guarda.

-Pregunta.

-Ayer, al darme de comulgar, me pidió que rezara por todos nosotros y hasta por...

-Bien, cállalo y sigue.

-Llegué a casa y me puse a rezar, y al llegar a aquello de "ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte", una voz íntima me dijo: "¿pecadores?, ¿pecadores nosotros?, ¿y cuál es nuestro pecado?" ¿Cuál es nuestro pecado, padre?

-¿Cuál? -me respondió-. Ya lo dijo un gran doctor de la Iglesia Católica Apostólica Española, ya lo dijo el gran doctor de *la vida es sueño*, ya dijo que "el delito mayor del hombre es haber nacido". Ese es, hija, nuestro pecado: el de haber nacido.

-¿Y se cura, padre?

-¡Vete y vuelve a rezar! Vuelve a rezar por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Sí, al fin se cura el sueño..., al fin se cura la vida..., al fin se acaba la cruz del nacimiento... Y como dijo Calderón, el hacer bien, y el engañar bien, ni aun en sueños se pierde...

Y la hora de su muerte llegó por fin. Todo el pueblo la veía llegar. Y fue su más grande lección. No quiso morir ni solo ni ociso. Se murió predicando al pueblo, en el templo. Primero, antes de mandar que le llevasen a él, pues no podía ya moverse por la perlesía, nos llamó a su casa a Lázaro y a mí. Y allí, los tres a solas, nos dijo:

-Oíd: cuidad de estas pobres ovejas, que se consuelen de vivir, que crean lo que yo no he podido creer. Y tú, Lázaro, cuando hayas de morir, muere como yo, como morirá nuestra Ángela, en el seno de la Santa Madre Católica Apostólica Romana, de la Santa Madre Iglesia de Valverde de Lucerna, bien entendido. Y hasta nunca más ver, pues se acaba este sueño de la vida...

-¡Padre, padre! -gemí yo.

-No te aflijas, Ángela, y sigue rezando por todos los pecadores, por todos los nacidos. Y que sueñen, que sueñen. ¡Qué ganas tengo de dormir, dormir, dormir sin fin, dormir por toda una eternidad y sin soñar!, ¡olvidando el sueño! Cuando me entierren, que sea en una caja hecha con aquellas seis tablas que tallé del viejo nogal, ¡pobrecito!, a cuya sombra jugué de niño, cuando empezaba a soñar... ¡Y entonces sí que creía en la vida perdurable! Es decir, me figuro ahora que creía entonces. Para un niño creer no es más que soñar. Y para un pueblo. Esas seis tablas que tallé con mis propias manos, las encontraréis al pie de mi cama.

Le dio un ahogo y, repuesto de él, prosiguió:

-Recordaréis que cuando rezábamos todos en uno, en unanimidad de sentido, hechos pueblo, el Credo, al llegar al final yo me callaba. Cuando los israelitas iban llegando al fin de su peregrinación por el desierto, el Señor les dijo a Aarón y a Moisés que por no haberle creído no meterían a su pueblo en la tierra prometida, y les hizo subir al monte de Hor, donde Moisés hizo desnudar a Aarón, que allí murió, y luego subió Moisés desde las llanuras de Moab al Monte Nebo, a la cumbre del Fasga, enfrente de Jericó, y el Señor le mostró toda la tierra prometida a su pueblo, pero diciéndole a él: "¡No pasarás allá!" y allí murió Moisés y nadie supo de su sepultura. Y dejó por caudillo a Josué. Sé tú, Lázaro, mi Josué, y si puedes detener el Sol, deténle, y no te importe del progreso. Como Moisés, he conocido al Señor. Como Moisés, he conocido al Señor, nuestro supremo ensueño, cara a cara, y ya sabes que dice la Escritura que el que le ve la cara a Dios, que el que le ve al sueño los ojos de la cara con que nos mira, se muere sin remedio y para siempre. Que no le vea, pues, la cara a Dios este nuestro pueblo mientras viva, que después de muerto ya no hay cuidado, pues no verá nada...

-¡Padre, padre, padre! -volví a gemir.

y él:

-Tú, Ángela, reza siempre, sigue rezando para que los pecadores todos sueñen hasta morir la resurrección de la carne y la vida perdurable...

Yo esperaba un "¿y quién sabe...?", cuando le dió otro ahogo a Don Manuel.

-Y ahora -añadió-, ahora, en la hora de mi muerte, es hora de que hagáis que se me lleve, en este mismo sillón, a la iglesia para despedirme allí de mi pueblo, que me espera.

Se le llevó a la iglesia y se le puso, en el sillón, en el presbiterio, al pie del altar. Tenía entre sus manos un crucifijo. Mi hermano y yo nos pusimos junto a él, pero fue Blasillo el bobo quien más se arrimó. Quería coger de la mano a Don Manuel, besársela. Y como algunos trataran de impedirselo, Don Manuel les reprendió diciéndoles:

-Dejadle que se me acerque. Ven, Blasillo, dame la mano.

El bobo lloraba de alegría. Y luego don Manuel dijo:

-Muy pocas palabras, hijos míos, pues apenas me siento con fuerzas sino para morir. Y nada nuevo tengo que deciros. ya os lo dije todo. Vivid en paz y contentos y esperando que todos nos veamos un día, en la Valverde de Lucerna que hay allí, entre las estrellas de la noche que se reflejan en el lago, sobre la montaña. Y rezad, rezad a María Santísima, rezad a Nuestro Señor. Sed buenos, que esto basta. Pedonadme el mal que haya podido haceros sin quererlo y sin saberlo. Y ahora, después de que os dé mi bendición, rezad todos a una el Padrenuestro, el Ave maría, la salve, y por último el Credo.

Luego, con el crucifijo que tenía en la mano dio la bendición al pueblo, llorando las mujeres y los niños y no pocos hombres, y en seguida empezaron las oraciones, que Don Manuel oía en silencio y cojido de la mano por Blasillo, que al son del ruego se iba durmiendo. Primero el Padrenuestro con su "hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", luego el Santa María con su "ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte", a seguida la Salve con su "gimiendo y llorando en este valle de lágrimas", y por último el Credo. Y al llegar a la "resurrección de la carne y la vida perdurable", todo el pueblo sintió que su santo había entregado su alma a Dios, y no hubo que cerrarle los ojos, porque se murió con ellos cerrados. Y al ir a despertar a Blasillo nos encontramos con que se había dormido en el Señor para siempre. Así que hubo luego que enterrar dos cuerpos.

El pueblo todo se fue en seguida a la casa del santo a recoger reliquias, a repartirse retazos de sus vestiduras, a llevarse lo que pudieran como reliquia y recuerdo del bendito mártir. Mi hermano guardó su breviario, entre cuyas hojas encontró, desecada y como en un herbario, una clavellina pegada a un papel y en éste una cruz con una fecha.

Nadie en el pueblo quiso creer en la muerte de Don Manuel; todos esperaban verle a diario, y acaso le veían, pasar a lo largo del lago y espejado en él o teniendo por fondo las montañas; todos seguían oyendo su voz, y todos acudían a su sepultura, en torno a la cual surgió todo un culto. Las endemoniadas venían ahora a tocar la cruz de nogal, hecha también por sus manos y sacada del mismo árbol de donde sacó las seis tablas en que fue enterrado. Y los que menos queríamos creer que se hubiese muerto éramos mi hermano y yo.

Él, Lázaro, continuaba la tradición del santo y empezó a redactar lo que le había oído, notas de que me he servido para esta mi memoria.

-Él me hizo un hombre nuevo, un verdadero Lázaro, un resucitado -me decía-, Él me dio fe.

-¿Fe? -le interrumpía yo.

-Sí, fe, fe en el consuelo de la vida, fe en el contento de la vida. Él me curó de mi progresismo. Porque hay, Ángela, dos clases de hombres peligrosos y nocivos: los que convencidos de la vida de ultratumba, de la resurrección de la carne, atormentan, como inquisidores que son, a los demás para que, despreciando esta vida como transitoria, se ganen la otra, y los que no creyendo más que en este...

-Como acaso tú... -le decía yo.

-Y sí, y como Don Manuel. Pero no creyendo más que en este mundo, esperan no sé qué sociedad futura, y se esfuerzan en negarle al pueblo el consuelo de creer en otro...

-De modo que...

-De modo que hay que hacer que vivan de la ilusión.

El pobre cura que llegó a sustituir a Don Manuel en el curato entró en Valverde de Lucerna abrumado por el recuerdo del santo y se entregó a mi hermano y a mí para que le guiásemos. No quería sino seguir las huellas del santo. Y mi hermano le decía: "Poca teología, ¿eh?, poca teología; religión, religión." Y yo al oírsele me sonreía pensando si es que no era también teología lo nuestro.

Yo empecé entonces a temer por mi pobre hermano. Desde que se nos murió Don Manuel no cabía decir que viviese. Visitaba a diario su tumba y se pasaba horas muertas contemplando el lago. Sentía morriña de la paz verdadera.

-No mires tanto al lago -le decía yo.

-No, hermana, no temas. Es otro el lago que me llama; es otra la montaña. No puedo vivir sin él.

-¿Y el contento de vivir, Lázaro, el contento de vivir?

-Eso es para otros pecadores, no para nosotros, que le hemos visto la cara a Dios, a quienes nos ha mirado con sus ojos el sueño de la vida.

-¿Qué, te preparas a ir a ver a Don Manuel?

-No, hermana, no; ahora y aquí en casa, entre nosotros solos, toda la verdad por amarga que sea, amarga como el mar a que van a parar las aguas de este dulce lago, toda la verdad para ti, que estás abroquelada contra ella...

-¡No, no, Lázaro; ésa no es la verdad!

-La mía, sí.

-La tuya, ¿pero y la de...?

-También la de él.

-¡Ahora no, Lázaro; ahora no! Ahora cree otra cosa, ahora cree...

-Mira, Ángela, una de las veces en que al decirme Don Manuel que hay cosas que aunque se las diga uno a sí mismo debe callárselas a los demás, le repliqué que me decía eso por decírselas a él, esas mismas, a sí mismo, y acabó confesándome que creía que más de uno de los más grandes santos, acaso el mayor, había muerto sin creer en la otra vida.

-¿Es posible?

-¡Y tan posible! Y ahora hermana, cuida que no sospechen siquiera aquí, en el pueblo, nuestro secreto...

-¿Sospecharlo? -le dije-. Si intentase, por locura, explicárselo, no lo entenderían. El pueblo no entiende de palabras; el pueblo no ha entendido más que vuestras obras. Querer exponerles eso sería como leer a unos niños de ocho años unas páginas de Santo Tomás de Aquino... en latín.

-Bueno, pues cuando yo me vaya, reza por mí y por él y por todos.

Y por fin le llegó también su hora. Una enfermedad que iba minando su robusta naturaleza pareció exacerbarse con la muerte de Don Manuel.

-No siento tanto tener que morir -me decía en sus últimos días-, como que conmigo se muere otro pedazo del alma de Don Manuel. Pero lo demás de él vivirá contigo. Hasta que un día hasta los muertos nos moriremos del todo.

Cuando se hallaba agonizando, entraron, como se acostumbra en nuestras aldeas, los del pueblo a verle agonizar, y encomendaban su alma a Don Manuel, a San Manuel Bueno, el mártir. Mi hermano no les dijo nada, no tenía ya nada que decirles; les dejaba dicho todo, todo lo que queda dicho. Era otra laña más entre las dos Valverdes de Lucerna, la del fondo del lago y la que en su sobrehaz se mira; era ya uno de nuestros muertos de vida, uno también, a su modo, de nuestros santos.

Quedé más que desolada, pero en mi pueblo y con mi pueblo. Y ahora, al haber perdido a mi San Manuel, al padre de mi alma, y a mi Lázaro, mi hermano aún más que carnal, espiritual, ahora es cuando me doy cuenta de que he envejecido y de cómo he envejecido. Pero ¿es que los he perdido?, ¿es que he envejecido?, ¿es que me acerco a mi muerte?

¡Hay que vivir! Y él me enseñó a vivir, él nos enseñó a vivir, a sentir la vida, a sentir el sentido de la vida, a sumergirnos en el alma de la montaña, en el alma del lago, en el alma del pueblo de la aldea, a perdernos en ellas para quedar en ellas. El me enseñó con su vida a perderme en la vida del pueblo de mi aldea, y no sentía yo más pasar las horas, y los días y los años, que no sentía pasar el agua del lago. Me parecía como si mi vida hubiese de ser siempre igual. No me sentía envejecer. No vivía yo ya en mí, sino que vivía en mi pueblo y mi pueblo vivía en mí. Yo quería decir lo que ellos, los míos, decían sin querer. Salía a la calle, que era la carretera, y como conocía todos, vivía en ellos y me olvidaba de mí, mientras que en Madrid, donde estuve alguna vez con mi hermano, como a nadie conocía, sentíame en terrible soledad y torturada por tantos desconocidos.

Y ahora, al escribir esta memoria, esta confesión íntima de mi experiencia de la santidad ajena, creo que Don Manuel Bueno, que mi San Manuel y que mi hermano Lázaro se murieron creyendo no creer lo que más nos interesa, pero sin creer creerlo, creyéndolo en una desolación activa y resignada.

Pero ¿por qué? -me he preguntado muchas veces- no trató Don Manuel de convertir a mi hermano también con un engaño, con una mentira, fingiéndose creyente sin serlo? Y he comprendido que fue porque comprendió que no le engañaría, que para con él no le serviría el engaño, que sólo con la verdad, con su verdad, le convertiría; que no habría conseguido nada si hubiese pretendido representar para con él una comedia -tragedia más bien-, la que representaba para

salvar al pueblo. Y así le ganó, en efecto, para su piadoso fraude; así le ganó con la verdad de muerte a la razón de vida. Y así me ganó a mí, que nunca dejé transparentar a los otros su divino, su santísimo juego. Y es que creía y creo que Dios Nuestro Señor, por no sé qué sagrados y no escrutinados designios, les hizo creerse incrédulos. Y que acaso en el acabamiento de su tránsito se les cayó la venda. ¿Y yo, creo?

Y al escribir esto ahora, aquí, en mi vieja casa materna, a mis más que cincuenta años, cuando empiezan a blanquear con mi cabeza mis recuerdos, está nevando, nevando sobre el lago, nevando sobre la montaña, nevando sobre las memorias de mi padre, el forastero; de mi madre, de mi hermano Lázaro, de mi pueblo, de mi San Manuel, y también sobre la memoria del pobre Blasillo, de mi San Blasillo, y que él me ampare desde el cielo. Y esta nieve borra esquinas y borra sombras, pues hasta de noche la nieve alumbra. Y yo no sé lo que es verdad y lo que es mentira, ni lo que vi y lo que soñé -o mejor lo que soñé y lo que sólo vi-, ni lo que supe ni lo que creí. No sé si estoy traspassando a este papel, tan blanco como la nieve, mi conciencia que en él se ha de quedar, quedándose yo sin ella. ¿Para qué tenerla ya...?

¿Es que sé algo?, ¿es que creo algo? ¿Es que esto que estoy aquí contando ha pasado y ha pasado tal y como lo cuento? ¿Es que pueden pasar estas cosas? ¿Es que todo esto es más que un sueño soñado dentro de otro sueño? ¿Seré yo, Ángela Carballino, hoy cincuentona, la única persona que en esta aldea se ve acometida de estos pensamientos extraños para los demás? ¿Y éstos, los otros, los que me rodean, creen? Por lo menos, viven. Y ahora creen en San Manuel Bueno, mártir, que sin esperar inmortalidad les mantuvo en la esperanza de ella.

Parece que el ilustrísimo señor obispo, el que ha promovido el proceso de beatificación de nuestro santo de Valverde de Lucerna, se propone escribir su vida, una especie de manual del perfecto párroco, y recoge para ello toda clase de noticias. A mí me las ha pedido con insistencia, ha tenido entrevistas conmigo, le he dado toda clase de datos, pero me he callado siempre el secreto trágico de Don Manuel y de mi hermano. Y de curioso que él no lo haya sospechado. Y confío en que no llegue a su conocimiento todo lo que en esta memoria dejo consignado. Les temo a las autoridades de la tierra, a las autoridades temporales, aunque sean las de la Iglesia.

Pero aquí queda esto, y sea de su suerte lo que fuere.

¿Cómo vino a parar a mis manos este documento, esta memoria de Ángela Carballino? He aquí algo, lector, algo que debo guardar en secreto. Te la doy tal y como a mí ha llegado, sin más que corregir pocas, muy pocas particularidades de redacción. ¿Que se parece mucho a otras cosas que yo he escrito? Esto nada prueba contra su objetividad, su originalidad. ¿Y sé yo, además, si no he creado fuera de mí seres reales y efectivos, de alma inmortalidad? ¿Sé yo si aquel Augusto Pérez, el de mi novela *Niebla*, no tenía razón al pretender ser más real, más objetivo que yo mismo, que creía haberle inventado? De la realidad de este San Manuel Bueno, mártir, tal como me le ha revelado su discípula e hija espiritual Ángela Carballino, de esta realidad no se me ocurre dudar. Creo en ella más que creo en mi propia realidad.

Y ahora, antes de cerrar este epílogo, quiero recordarte, lector paciente, el versillo noveno de la Epístola del olvidado apóstol San Judas -¡lo que hace un hombre!-, donde se nos dice cómo mi celestial patrono, San Miguel Arcángel -Miguel quiere decir "¿Quién como Dios?", y arcángel archimensajero-, disputó con el diablo -diablo quiere decir acusador, fiscal- por el cuerpo de Moisés y no toleró que se lo llevase en juicio de maldición, sino que le dijo al diablo: "El Señor te reprenda." Y el que quiera entender que entienda.

Quiero también, ya que Ángela Carballino mezcló a su relato sus propios sentimientos, ni sé que otra cosa quepa, comentar yo aquí lo que ella dejó dicho de que si Don Manuel y su discípulo Lázaro hubiesen confesado al pueblo su estado de creencia, éste, el pueblo, no les habría entendido. Ni les habría creído, añado yo. Habrían creído a sus obras y no a sus palabras, porque las palabras no sirven para apoyar las obras, sino que las obras se bastan. Y para un pueblo como el de Valverde de Lucerna no hay más confesión que la conducta. Ni sabe el pueblo qué cosa es fe, ni acaso le importa mucho.

Bien sé que en lo que se cuenta en este relato, si se quiere novelesco -y la novela es la más íntima historia, la más verdadera, por lo que no me explico que haya quien se indigne de que se llame novela al Evangelio, lo que es elevarle, en realidad, sobre un cronicón cualquier-, bien sé que en lo que se cuenta en este relato no pasa nada; mas espero que sea porque en ello todo se queda, como se quedan los lagos y las montañas y las santas almas sencillas asentadas más allá de la fe y de la desesperación, que en ellos, en los lagos y las montañas, fuera de la historia, en divina novela, se cobijaron.

Salamanca, noviembre de 1930

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Los ojos del hermano eterno

Stefan Zweig

PRÓLOGO

I

En una pequeña ciudad de Brasil, Petrópolis, Stefan Zweig se quita la vida. En esa terrible decisión lo acompaña su segunda esposa, la joven Lotta. Corría el año 1942. Febrero y carnaval. En Europa Hitler ejercía una autoridad brutal, criminal. Stefan Zweig, dos años después, seguía los pasos del gran pensador alemán Walter Benjamin. Curiosamente los dos mueren en geografías latinas. Siendo los dos judíos, uno creyó menos -Benjamín- en Alemania que el otro. Zweig hasta el final creyó en la cultura germana. Cuando vio que ésta era impotente para parar la maquinaria de destrucción humana que engrasaron hasta lo imposible los dos países germanos, Alemania y Austria, el mundo se le vino abajo. Benjamin se suicida porque las salidas a la libertad le fueron fatalmente cerradas. Zweig, instalado en esa anhelada libertad, se suicida porque su confianza en el gran humanismo europeo queda irreversiblemente tocada de muerte. Unos días antes, el 20 de enero (1942) termina en Berlín una reunión mantenida por los máximos jerarcas nazis, los superiores de las siniestras SS, los del ámbito judicial y los de los servicios secretos en la que se ha puesto de manifiesto la necesidad de poner en marcha una operación encaminada a la obtención de la "solución final del problema judío". Dicha solución afectaría también a otros grupos étnicos, como fueron los mestizos y gitanos. La solución del problema pasa por el empleo de los judíos aptos para trabajar en la construcción de carreteras, la esterilización del resto de grupos étnicos no arios, y el exterminio masivo y sistemático del resto de los judíos. Asimismo, en la reunión se pone de manifiesto el carácter encubierto de dicha "solución".

En noviembre de 1942 muere otro grande de las letras europeas: Bruno Schultz. Su raza se ajustaba a los parámetros diseñados por los señores de la barbarie. Mucho se ha escrito sobre las tendencias depresivas del autor de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*. Incluso en sus cartas podríamos rastrear alguna muestra de esta circunstancia. Pero es evidente que Stefan Zweig tenía una razón capital para borrarse del mundo: éste no estaba hecho a la medida de su sensibilidad, como tampoco a la medida de la sensibilidad de Benjamin y de ese otro gran austríaco llamado Joseph Roth. Si se leyera la correspondencia que establecieron el escritor y su amiga y primera mujer Friderike Maria Zweig-von-Winternitz desde la más temprana juventud de aquél hasta su final en Brasil, se podría entender cabalmente su convicción humanística para mirar el mundo y las obras del hombre. Esa convicción, tan próxima a la de ese otro gigante, hoy desgraciadamente olvidado, Roman Rolland, quedaría seriamente quebrantada desde el mismo inicio del nazismo en 1933. Los años que siguieron a aquella fecha trágica para la democracia europea no hicieron más que larvar el sentimiento de tragedia colectiva que Stefan Zweig nunca pudo doblegar hasta su explosión final: la impotencia y el suicidio.

II

En la biografía novelada *Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam* (1935), Stefan Zweig escribe: "La fuerza tiene un soplo vital escaso; golpea ciega y rabiosamente, pero por carecer su voluntad de un objeto, y por ser corta su reflexión, se desploma impotente después de tales estallidos repentinos... Sólo el fanatismo, ese bastardo del espíritu y la fuerza que quiere imponer al universo entero como forma de fe y de vida única la dictadura de una idea, la suya, separa a la

comunidad humana en enemigos y amigos, en partidarios y adversarios, héroes y criminales, fieles y herejes...". Este fragmento nos dice a las claras el ideario del escritor austríaco. Este concepto de comunión humana en peligro cuando la barbarie aproxima su cara, está expresada en todos sus textos de cariz histórico.

Stefan Zweig, como ocurrió con otros escritores como Thomas Mann y el ya citado Roth, fue criticado por otros escritores germanos por practicar un género que ellos consideraban poco menos que frívolo. Stefan Zweig fue uno de los que mejor supo adaptar los mecanismos de la novela histórica a las necesidades morales de su tiempo.

Pero la obra del austríaco no se reduce solamente a la literatura histórico-ideológica, como tampoco se reduce a sus biografías de personajes famosos de la historia, aun cuando en estos terrenos Zweig demostrará siempre su capacidad para recrear una época, captar con gran precisión un personaje. En este sentido hay que recordar sus estudios *La lucha contra el demonio: Hölderlin, Kleist, Nietzsche* (1925). *Tres maestros: Balzac, Dickens, Dostoievski* (1920) y *Tres poetas de su vida: Casanova, Stendhal, Tolstoi* (1928). En estos trabajos su autor evidencia siempre su gran pericia para captar las contradicciones y las líneas maestras de todo auténtico pensamiento artístico. Pero insisto, sus propósitos literarios aspiraron a dejar alguna huella en el campo de la ficción. Y lo cierto es que en la narrativa de imaginación pura de Stefan Zweig dejó obras que hoy se recuerdan y leen con la misma fruición con que se leen sus novelas históricas y biografías. No se puede decir lo mismo, todo hay que reconocer, de su producción poética y dramática.

Ese incansable viajero que fue Stefan Zweig -llegó a dominar también el castellano, lengua en la que daba sus conferencias cuando era invitado a algún país sudamericano-, alcanzó reputación mundial como autor de relatos y novelas cortas, algunos de ellos memorables y leídos por miles de personas. Quién no recuerda *Amok* (1922). Y el cuatro años después publicado con el célebre título de *Veinticuatro horas en la vida de una mujer*, intenso relato perteneciente al volumen *La cadena*, en donde el autor austríaco pone en funcionamiento, junto a su penetración psicológica, las entonces avanzadas investigaciones de Sigmund Freud. En esta última materia debe recordarse que fue otro escritor austríaco quien despertó la admiración del mismísimo Freud por su profundidad en el análisis del alma humana. Me refiero a Arthur Schnitzler, el otro escritor que, junto a Joseph Roth y Stefan Zweig, fue testigo y dejó imborrables testimonios literarios del ocaso del imperio austro-húngaro.

III

Los ojos del hermano eterno es un relato breve. Tal vez la mejor manera de leerlo sea hacerlo como si tuviéramos frente a nosotros una fábula antigua y exótica con algunas sentencias y no pocos mensajes. No obstante, Stefan Zweig no desconocía los resortes de la ficción y por ello la lectura de este delicioso cuento no sabe solamente a una excusa para trasladar alguna idea urgente, como, por otro lado, suele suceder con casi todos sus libros. En su autobiografía *El mundo de ayer*, el autor austríaco escribía: "Sólo el libro que se mantiene página tras página sobre su nivel y que arrastra al lector hasta la última línea sin dejarle tomar aliento, me proporciona perfecto deleite. "Zweig fue coherente con esta exigencia. Leer novelas como *Confusión de sentimientos* (1927), *Impaciencia del corazón* (1938), y hasta la última que escribió, *Novela de ajedrez*, todas ellas reflejan, amén de sus temas coyunturales o aspectos psicológicos que obsesionaban al escritor, una preocupación estética y un propósito para contentar al lector.

Los ojos del hermano eterno relata la historia de un hombre que acumuló tanto prestigio como poder. "Por los años en que el excelso Buda habitaba todavía la Tierra y prodigaba a sus fieles la luz del conocimiento, vivía en tierras de los birgaghenses, en la corte de un rey rajput, un noble llamado Virata, conocido por Espada Centelleante en mérito de ser valiente más que otro guerrero alguno, y un cazador cuyas saetas nunca fallaban, cuya lanza nunca se enrizó en vano y cuyo brazo se abatía como el trueno tras el revuelo fulgente de su espada". Así comienza esta fábula. En pocas líneas su autor nos resume los aspectos externos esenciales de su héroe. Lo que sigue y hasta el final es la historia de un implacable acto de despojamiento material y social. Virata conoce halagos y ofrendas, pero enseguida el destino pone la primera sombra a su vida esplendorosa: en un combate por servir a su rey, mata sin saberlo a su propio hermano que luchaba en las huestes enemigas. Ese luctuoso acontecimiento le procura la primera enseñanza: "He matado a mi propio hermano, y se me ha revelado que todo el que mata a otro, mata a su hermano". Tiempo después, su rey le encarga la delicada responsabilidad de juzgar a quienes cometen un delito. Dictar sentencia y enviar a alguien, por más culpable que sea, a la cárcel para siempre le pone frente a otra dura enseñanza: "No puedo continuar juzgando desde que sé que ningún hombre es capaz de juzgar a otro. No atañe a los humanos el poner penas, sino a Dios, porque quien toca la vida ajena incurre en delito".

(Como el lector puede comprobar, estamos ante un relato de ideas, ese tipo de literatura hoy en día tan en proceso de extinción. Pero Zweig las encadena mediante secuencias que nunca reniegan de su función encantadora, como hacían los antiguos rapsodas orientales.) La vida pone en el camino de Virata dificultades inesperadas pero de todas ellas saca el protagonista una lección crucial para proteger un don inestimable, su dignidad. A la par, Virata cree entender que el destino lo encamina hacia la soledad, el apartamiento. No es un fácil y cómodo recogimiento del espíritu; le duele. Tanto que un día reflexiona: "Múltiple es mi pecado, porque huyendo a la soledad negué mi servicio a la vida, fui un hombre inútil porque sólo me cuidaba de mi vida y a nadie prestaba servicio. Ahora quiero servir de nuevo". Virata descubre la falacia del aislamiento. Y también es crucial otro descubrimiento: "Sólo quien es útil es libre". Aquí, al final del relato, Zweig pone en boca de su héroe una sentencia sartriana, el meollo del existencialismo. Sólo es libre el que se compromete.

Es posible que el lector de este hermoso relato asocie su atmósfera a un libro mítico de nuestro tiempo, me refiero a *Siddharta* de Herman Hesse. Ambas piezas, es cierto, dibujan la búsqueda de una paz interior. Pero mientras el escritor suizo concibe su texto como una apología de la huida, del no compromiso con alguna causa, salvo la de la tranquilidad espiritual, Stefan Zweig urde una historia, aunque pareja en exotismo a la de Hesse, más terrena, acorde con un ideario humanista, una historia de comprensión y tolerancia pero junto a los hombres, no apartado de ellos.

Los ojos del hermano eterno procurará al lector ocasional de sus páginas, una rara sensación de universalidad y rabiosa actualidad. Nunca, entonces, más oportuna su publicación. Algo que seguramente hubiera puesto contento a su entrañable autor.

J. Ernesto Ayala-Dip

*No es evitando cualquier acto como
podemos librarnos de la acción.
Ni un sólo momento podremos
vernlos libres de ella.
(Bhagavad Gita, canto III)*

*¿Qué es acto? ¿Qué es ocio?
Pregunta que confunde a
los mismos sabios.
Porque atender debemos a la
acción y a los actos
prohibidos, y también al no
hacer nada. La esencia de la acción
es profunda como el abismo.
(Bhagavad Gita, Canto IV)*

ESTA ES LA HISTORIA DE VIRATA

**A QUIEN SU PUEBLO ENSALZÓ CON LOS CUATRO NOMBRES DE LA
VIRTUD, PERO DE QUIEN NADA CONSTA ESCRITO EN LA CRÓNICA DE LOS
SOBERANOS NI EN LOS LIBROS DE LOS SABIOS, Y CUYA MEMORIA
OLVIDARON LOS HOMBRES.**

Por los años en que el excelso Buda habitaba todavía la Tierra y prodigaba a sus fieles la luz del conocimiento, vivía en tierras de los birwaghenses, en la corte del rey rajput, un noble llamado Virata, conocido por Espada Centelleante en mérito de ser valiente más que otro guerrero alguno, y un cazador cuyas saetas nunca fallaban, cuya lanza nunca se enristró en vano y cuyo brazo se abatía como el trueno tras el revuelo fulgente de su espada.

Serena era su frente y franca su mirada a la pregunta de los hombres: nadie vio jamás encogerse su mano en gesto de maldad ni oyó airada su voz. Servía fielmente al rey y sus esclavos le servían a él sumisos, porque no había otro tan recto en las cinco corrientes del río. Al pasar ante su casa se inclinaban los buenos, y a los chicos les sonreían las niñas de los ojos cuando le encontraban.

Pero la desgracia cayó sobre el rey a quien servía. El hermano de su esposa, a quien había confiado la administración de la mitad de su reino, ambicionó la totalidad y sobornó con dádivas a los mejores guerreros del rey para que le sirvieran. Convenció a los sacerdotes para que le llevaran de noche las sagradas garzas reales, que eran desde hacía muchos siglos el símbolo del poder en el linaje de los birwaghenses. Elefantes y garzas reales fueron reunidos en el campo, y, congregados en un ejército, los descontentos de las montañas se pusieron en marcha contra la ciudad.

De la mañana a la noche el rey hacía retañar los cobres y sonar los blancos cuernos de marfil; en la oscuridad mandaba encender hogueras en las torres y echar a las llamas las escamas trituradas de los pescados para que, con su fulgor amarillo bajo las estrellas, fueran un signo de calamidad. Pero pocos acudieron. Cundía imponente en el pecho de los jefes la noticia del robo de

las sagradas garzas reales, y el guardián de los elefantes, así como los más probados entre los generales, estaban ya en el campo enemigo. En vano buscaba el abandonado monarca sus amigos -porque había sido duro, inflexible en la sentencia y cruel con sus vasallos-. No vio a ninguno de los guerreros de calidad que antes le rodeaban, y solamente se agolparon frente al palacio indefensos esclavos y siervos.

En este su abandono, el rey se acordó de Virata, que le había mandado mensaje de fidelidad al primer clamor de los cuernos. Hizo preparar el palanquín de ébano y se detuvo ante su casa. Inclínose Virata hasta tierra cuando el rey se apeó del palanquín, pero el rey le abrazó suplicante para que se pusiera al frente del ejército contra el enemigo, Virata se inclinó y dijo:

-Lo haré, señor, y no volveré a esta casa hasta que se haya apagado la llama de la sedición bajo los pies de tus vasallos.

Reunió sus hijos, sus familiares y esclavos; les llevó hasta donde estaba el montón de los fieles y los puso en marcha. Ésta duró todo el día entre la maleza hasta llegar al río, pues el enemigo, envaneciéndose de su infinito número, estaba a la otra orilla cortando árboles para construir un puente que pensaban poder atravesar a la mañana siguiente y, con su impetuoso ataque, inundar de sangre aquella tierra. Pero Virata recordaba, de su caza del tigre, un vado que estaba más arriba del puente; y cuando hubo caído la noche mandó atravesar el río a sus fieles, hombre por hombre, y se precipitaron sobre los enemigos, que dormían confiados. Con antorchas de pez encendidas, que movían en el aire, se puso en fuga a elefantes y búfalos despavoridos, que atropellaban a los durmientes, mientras la llama blanca deslumbraba en las tiendas. Pero Virata quiso ser el primero en asaltar la tienda del pretendiente, y, antes de que los dormidos se pusieran en pie, había atacado a dos con su espada y derribó a un tercero en el momento en que iba a coger la suya. Dos más derribó luego en la oscuridad, hombre contra hombre, el uno de un tajo en la frente, y el otro en el pecho, todavía desnudo. Al saberlos derribados sin aliento, sombra entre sombras, se atravesó al pie de la tienda para que nadie entrara, y librar así las blancas garzas sagradas, el símbolo de la divinidad. Pero ya ningún enemigo se acercaba; huían con un miedo loco, perseguidos por las voces de júbilo de los siervos victoriosos. Entonces Virata se sentó tranquilamente, cruzadas las piernas, delante de la tienda, con la espada sangrienta en las manos, hasta que volvieron los enviados de su ardiente persecución.

No tardó mucho el día de Dios en despertar detrás de la selva; ardieron las palmeras en el rojo dorado de la madrugada y chispearon como antorchas en el río. Sangriento salía el sol, como herida viva en el Oriente. Y Virata, puesto en pie, se quitó las ropas, se acercó al río y con las manos levantadas sobre la cabeza y se inclinó en oración ante el ojo resplandeciente de Dios; sumergióse en la corriente para la ablución sagrada y quedaron limpias de sangre sus manos. Cuando en ondas blancas la luz coronó su cabeza, volvió a la orilla, se puso las vestiduras y, con el semblante iluminado, se fue a la tienda para ver a la luz de la mañana los actos de la noche. Petrificadas de terror las facciones, los ojos abiertos y el ademán desgarrador, yacían los muertos, con el tajo en la cabeza el pretendiente y herido en el pecho el traidor, que antes había sido caudillo en tierra de los birwaghenses. Virata les cerró los ojos y pasó adelante para ver a los que había acometido durante el sueño. Yacían mal cubiertos con las esterillas; las caras de dos de ellos le llamaron la atención; eran siervos del sedicioso, hombres del Sur, con el pelo lanoso y negro. Pero al dar la vuelta a la cabeza del último para verle mejor, se le oscureció la vista, porque reconoció a su hermano mayor Balangur, el príncipe de las montañas, a quien el pretendiente había llamado en su ayuda, muerto por su propia mano en la oscuridad de la noche. Agitado, puso el oído sobre el corazón del que se retorció muriendo, pero no latía, y el aspecto de las pupilas negras, sin vida, penetró en el corazón

del hermano. Anhelante, uno más entre los muertos, se quedó sentado, vuelta la cabeza para que los ojos petrificados de aquel a quien su madre había parido antes que él no le acusaran por su acción.

Pero pronto se oyeron aclamaciones. Como pájaros de la selva gorjeaban los siervos de vuelta de la persecución, con rico botín y el ánimo alegre. Al entrar en la tienda y ver al pretendiente muerto con los suyos, y salvadas las sagradas garzas reales, se pusieron a saltar y bailar, besaron a Virata, que permanecía ensimismado y caído, y le aclamaron con el nuevo nombre de Espada Centelleante. Y llegaron más y más. Cargaron el botín en carros, pero las ruedas se hundieron de tal modo bajo el peso, que fue preciso azuzar los búfalos con espinos, y, una vez en el río, las barcas amenazaban hundirse. Saltó un mensajero, para llevar el mensaje al rey antes que nadie, mientras los demás se entretenían junto al botín, llenos de júbilo por la victoria. Virata permanecía sentado, sin decir nada, como si estuviera soñando. Una sola vez levantó los ojos, al ver que iban a despojar a los muertos de sus vestiduras. Se puso en pie, ordenó que se procurasen leños y amontonaran en ellos los cadáveres para que ardieran, con lo cual sus almas entrarían puras en la transmutación. Admirábase los siervos de que hiciera tal cosa con unos conjurados cuyos cuerpos merecían ser despedazados por los chacales de la selva, y sus huesos palidecer bajo el rigor del sol; pero cumplieron la orden. El mismo Virata prendió fuego a las hogueras y echó sándalo y perfumes en las ascuas; luego, volvió la cara y estuvo callado hasta que los leños, completamente rojos, se desmoronaron y desparramaron en ceniza.

Entre tanto, los siervos habían acabado de construir el puente que el día anterior tanto se afanaban por comenzar los del pretendiente, y pasaron a través de él los guerreros coronados con flores de pisang, y, tras de ellos, los siervos, y los príncipes a caballo. Virata dejó que se adelantaran, pues sus cantos y gritos le removían el alma, de modo que quedara un espacio entre el ejército y él. Detúvose en la mitad del puente y miró un buen rato a ambos lados del río. Los guerreros se detuvieron igualmente, admirados. Virata levantaba el brazo armado con la espada como si quisiera blandirla contra el cielo, y, al bajarlo, soltó el puño aflojando la mano, y la espada se hundió en la corriente. Desde ambas orillas, unos muchachos desnudos se precipitaron al agua para sacarla a flote, creyendo que se le había escurrido de la mano sin querer, pero Virata se lo impidió terminantemente y prosiguió su camino con la cara impassible, un poco sombría la frente, entre los siervos asombrados. Ni una palabra más salió de sus labios durante horas, andando por la amarilla carretera que les llevaría a su hogar.

Lejos todavía de los portales de jaspe y las torres almenadas de Birgwagha, vieron una nube blanca elevarse en el cielo, y la nube se acercó, infantes y caballos envueltos en polvo. Se tuvieron al ver al ejército y extendieron tapices sobre la carretera en celebración de la llegada del rey, cuyas plantas no han de pisar nunca el polvo de la tierra desde que nace hasta que muere, puesto que la llama rodea su cuerpo purificado.

Sobre el viejo elefante, rodeado de sus pajes, acercábase el rey. Dobló las rodillas el elefante y el rey se apeó sobre el tapiz. Virata quiso inclinarse ante su señor, pero éste se adelantó y le abrazó, distinción al inferior como no se conocía en sus tiempos, ni constaba en los libros del pasado. Virata hizo traer las garzas reales, que, al batir las alas blancas, despertaron tal júbilo que los caballos se encabritaron y los guías se vieron obligados a contener los elefantes. A la vista de los trofeos, el rey abrazó una vez más a Virata y llamó a un vasallo. Acercóse éste con la espada de los heroicos rajputs que desde siete veces setecientos años se guardaba en la cámara de los reyes, una espada cuyo puño recamado de piedras preciosas y cuya hoja inscrita de signos dorados encerraba secretos conjura de victoria antiquísimos, que los sabios y los sacerdotes del gran templo no consiguieron interpretar. Y el rey presentó a Virata la espada de las espadas como prenda de su

agradecimiento y testimonio de que, de allí en adelante, le escogía como el más elevado de sus guerreros, capitán de sus gentes.

Virata bajó la cabeza hacia la tierra y no la levantó, mientras decía:

-Puedo pedir una gracia al más propicio y hacer una súplica al que es magnánimo entre todos los reyes?

Le miró el rey y dijo:

-Otorgado está aun antes de que vuelvas a levantar los ojos. La mitad de mi reino que me pidieras, tuya sería sólo con mover tus labios.

Y habló Virata:

-Permite, pues, mi rey, que esta espada vuelva a la Cámara de los Tesoros. Porque he hecho voto en mi corazón de no coger una espada, desde que hoy maté a mi hermano, el único que salió de las mismas entrañas y que jugaba conmigo en los brazos de mi madre.

El rey le miró, asombrado, y luego dijo:

-Quede, pues, sin espada el más excelso de mis guerreros y tenga yo seguro mi reino contra cualquier enemigo, pues ningún otro héroe ha conducido mejor un ejército contra otro tan poderoso. Toma mi cinturón como señal de tu autoridad, y este mi caballo, para que todos te reconozcan como el más excelso de mis guerreros.

Pero Virata bajando una vez más la cabeza, replicó:

-El invisible me ha mandado un aviso que mi corazón ha comprendido. He matado a mi hermano, y se me ha revelado que todo el que mata a otro, mata a su hermano. No puedo dirigir ninguna guerra, porque en la espada hay violencia y la violencia es enemiga del Derecho. Quien participa en el pecado de matar es él mismo un muerto. Y yo no quiero infundir miedo; prefiero comer el pan del mendigo antes que cometer una mala acción contra el aviso que he reconocido. Corta es la vida en la transmutación eterna; déjame, pues, vivir mi parte como hombre justo.

El semblante del rey se oscureció primero, y a su alrededor se trocó en silencio despavorido lo que antes era plenitud de bullicio, porque no se había oído nunca que un pretendiente se inhibiera así ante el rey, o un príncipe rehusase aceptar de él un presente. Pero puso el soberano la mirada en las garzas sagradas, símbolo de la victoria que aquél había ganado, y su semblante se iluminó de nuevo mientras decía:

-Te he considerado siempre valeroso contra mis contrarios y el más justo de todos mis súbditos. Si te he de perder para la guerra, Virata, no quiero al menos privarme de tu confianza. Puesto que sabes conocer la culpa y medirla como un hombre justo, tú serás el más elevado de mis jueces y darás tu fallo en las gradas de mi palacio, a fin de que la verdad sea honrada dentro de mis murallas y defendido el Derecho en todo mi país.

Virata se inclinó hacia el rey, cogiendo su rodilla en señal de gratitud. El rey le invitó a montar en su elefante y entraron en la ciudad de las setenta torres, el júbilo de la cual se les venía

encima como un mar encrespado.

Desde el rellano más alto de la firme escalera rosada a la sombra del palacio, Virata administró justicia en nombre del rey, desde la salida a la puesta del Sol. Su mirada clara penetraba en la conciencia del culpable y sus preguntas ahondaban en el delito con la perseverancia de un tejón en la negra madriguera. Severo, pero nunca precipitado, ponía el espacio refrigerante de una noche entre el interrogatorio y el fallo. Oíanle los suyos a menudo, en las largas horas hasta la salida del Sol, andar inquieto en las azóteas, meditando sobre lo justo y lo injusto. Y antes de juzgar metía en el agua las manos y la frente para que su sentencia se purificara del calor de la pasión. Cuando la había formulado, nunca dejaba de preguntar al reo si tal vez había caído en error; pero era raro que alguien le impugnase; mudos, besaban el umbral de su cátedra y aceptaban la pena con la cabeza inclinada, como si saliera de la boca de Dios.

Pero la sentencia de Virata nunca era de muerte ni aun para los más culpables, y se guardaba de quienes se lo reprochaban. Porque tenía aversión a la sangre. La fuente redonda de los antepasados de Rajputana, sobre cuyo borde el verdugo doblada los cuellos para el golpe mortal, y cuyas piedras se habían oscurecido de la sangre vertida, volvió a quedar blanca bajo la lluvia de los años. Y cesaron las calamidades en el país. Virata encerraba a los delincuentes en las prisiones de roca o los mandaba al monte a trabajar en las canteras de donde salían las piedras para las paredes de los jardines, o los molinos del río, en los cuales, ayudados por los elefantes, movían las muelas. Pero respetaba la vida, y los hombres le honraban porque nunca pudieron hallar error en su dictamen, ni flojedad en su pregunta, ni ira en su palabra. Acudían desde lo más remoto del país los campesinos con sus contiendas, en sus carros tirados por búfalos, para que él las allanara; los sacerdotes atendían a su discurso y el rey a su consejo. Subió su fama como el bambú tierno, que crece recto y luciente en una noche, y los hombres olvidaron el antiguo nombre de Espada Centelleante para llamarle desde entonces, en la tierra de Rajputana, Manantial de Justicia.

Cuando hacía seis años que Virata administraba justicia ante el palacio, sucedió que unos acusadores vinieron con un joven del linaje de los kazar, los hombres cerriles que moran sobre las rocas y sirven a otros dioses. Los pies del joven estaban ensangrentados, tan larga ruta le habían hecho recorrer, y cuatro vueltas de atadura rodeaban sus vigorosos brazos para que no pudiera atacar a nadie, según amenazaban sus ojos airados a la sombra de las cejas adustas. Subieron las gradas, echaron al indigno de rodillas a los pies del juez, y, luego, se inclinaron y levantaron las manos en señal de querrela.

Virata miraba a los forasteros con asombro.

-¿Quiénes sois, hermanos, que llegáis de lejos, y quién es éste que me traéis atado?

El más viejo se inclinó y dijo:

-Somos unos pastores, señor, que habitamos en paz por el lado de Oriente; pero éste es lo peor del linaje, una fiera que ha matado a más hombres que dedos tiene en las manos. Un hombre de nuestra aldea le negó una hija para esposa, porque éstos no son de buenas costumbres, pues se comen los perros y matan a las vacas, y la dio en matrimonio a un comerciante del valle. Entonces él, encendido de cólera, cayó de noche sobre nuestros hogares, y asesinó a un padre y sus tres hijos; y del ganado que un siervo de aquel hombre conducía a los límites del monte, no dejó animal con vida. A once de nuestra aldea ha precipitado a la muerte, hasta que, uniéndonos, nos decidimos a cazar al malvado como a una fiera, y ahora le ponemos ante ti, el más justo de todos los jueces, para

que libres al país del forajido.

Virata se dirigió al maniatado:

-¿Es cierto lo que éstos dicen?

-¿Quién eres tú? ¿Eres el rey?

-Soy Virata, su servidor, y servidor del Derecho, pues procuro la expiación de la culpa y deslindo lo verdadero de lo falso.

El maniatado calló largo rato y, luego, dijo, sosteniéndole la mirada:

-¿Cómo puedes saber lo que es verdadero y lo que es falso desde lejos, si tu conocimiento sólo se nutre del hablar de la gente?

-Opón tu réplica a lo que éstos dicen para que yo reconozca de qué parte está la verdad.

El maniatado levantó la frente con desprecio:

-No disputaré con ellos. ¿Cómo puedes tú saber lo que hice, si yo mismo no sé lo que hacen mis manos cuando me domina la cólera? He obrado como debía contra aquel que vendió una mujer por dinero, y contra sus hijos y siervos. Que me acusen. Los desprecio y desprecio tu fallo.

La ira se levantó en los acusadores como una tormenta cuando oyeron que el obstinado afrentaba a un juez tan ecuánime, y ya el oficial levantaba el bastón espinoso, pronto a golpear. Pero Virata venció su arrebató y repitió las preguntas. A cada respuesta de los acusadores preguntaba de nuevo al acusado. Pero éste apretaba los dientes con una risa maligna. Y volvió a decir:

-¿Cómo quieres saber la verdad por las palabras de los otros?

El sol de mediodía caía a plomo sobre sus cabezas cuando Virata dio por terminado el interrogatorio. Se levantó con intención de ir a su casa, como acostumbraba, y no dar el fallo hasta el día siguiente.

Pero los demandantes levantaron las manos.

-Señor -decían-, siete días hemos andado para llegar a tu presencia, y siete días durará nuestra vuelta al hogar. No podemos esperar a mañana porque los ganados están sedientos y el campo requiere labranza. ¡Señor, te lo rogamos, dicta hoy la sentencia!

Sentóse Virata en la grada y meditó. Su cara se contraía como la de quien lleva una pesada carga sobre la cabeza, pues nunca le había sucedido juzgar a alguien que no implorase clemencia, que tuviera aquel tesón. Largas fueron sus reflexiones, mientras a medida que las horas pasaban crecían las tinieblas. Al fin se acercó a la fuente, se lavó la cara y manos para librar a su palabra del calor de la pasión, y dijo:

-Ojalá mi juicio sea recto. Un delito de muerte ha cargado éste sobre sus hombros, al hacer pasar a once personas, del calor de la vida, al mundo de la transmutación. Un año madura la vida

del hombre en el seno de la madre: sea también éste encerrado en la oscuridad de la tierra un año por cada uno de los que ha quitado la vida. Y ya que ha derramado once veces la sangre de un cuerpo humano, sea azotado once veces al año hasta manar sangre, para que la pena sea ajustada al delito. Pero que su vida sea respetada, pues la vida proviene de los dioses y el hombre no puede tocar a lo divino. Ojalá mi sentencia sea justa; no la he dictado acordándome de nadie.

Y volvió a sentarse, y los acusadores besaron las gradas en señal de sumisión. Pero el acusado desafiaba la mirada del juez, que se le acercaba en actitud interrogativa. Y dijo Virata:

-Te llamé para que te inclinaras a la clemencia y me ayudases contra tus acusadores, pero tus labios permanecieron mudos. Si hay error en mi sentencia no me acuses a mí ante el Eterno, sino a tu silencio. Yo estaba dispuesto a la clemencia.

El acusado se estremeció:

-Yo tu clemencia no la quiero. ¿Qué significa tu clemencia si me quitas la vida?

-No te quito la vida.

-Me quitas la vida, y con más crueldad que lo hacen los caudillos de nuestro linaje, a quienes llaman salvajes. ¿por qué no me matas? Yo he matado, hombre contra hombre; pero tú me mandas encerrar como una carroña en la oscuridad de la tierra para que me acabe de corromper con el tiempo, porque tu corazón es cobarde ante la sangre, y tus entrañas, sin vigor. Tu ley es el antojo, y mi sentencia, la de un mártir. Mátame, puesto que he matado.

-He medido la pena con toda equidad.

-¿Equidad? ¿Qué medida tienes tú, juez? ¿Quién te ha azotado para que conozcas los azotes? ¡Cuentas los años con los dedos como cosa de juego, cual si fueran iguales las horas bajo el sol y las que se pasan en el interior de la tierra! ¿Has estado en una cárcel para saber cuántas primaveras quitas a mis días? Un ignorante eres, no un hombre justo, pues sólo sabe lo que es el golpe quien lo experimenta, no quien lo ordena. Tu altanería se excede en castigar a los culpables, siendo tú el más culpable de todos, porque yo quité unas vidas en medio de la cólera, al impulso de mi pasión, pero tú me quitas la vida a sangre fría y mides con una medida que no has tenido en la mano, que no has contrastado. ¡Quítate de las gradas de la justicia, juez, no te vengas abajo! ¡Ay de aquel que no tiene más medida que su capricho, ay del ignorante que pretende llevar el Derecho consigo! ¡Quítate de las gradas, juez, y no juzgues hombres vivos con la muerte de tu palabra!

Pálido, el odio brotaba a gritos de su boca, y los acusadores cayeron de nuevo airados sobre él. Pero Virata les refrenó una vez más, apartó la mirada del furioso y dijo, conteniendo su voz:

-No puedo quebrantar la sentencia que pronuncié en este umbral. ¡Ojalá haya sido justa!

Y mientras los otros se llevaban al acusado, que se defendía a pesar de sus ataduras, Virata el juez, que dejaba aquel sitio, no pudo menos de detenerse y volver la cabeza. Aquel a quien se llevaban a la fuerza le miraba fijo y con un mal deseo en los ojos. Y Virata sintió un escalofrío hasta el corazón, al darse cuenta de lo parecidos que eran aquellos ojos a los de su hermano el día en que, muerto por su propia mano, yacía en la tienda del pretendiente.

Virata no habló con nadie aquella noche. La mirada del desconocido se había clavado en su alma como una flecha ardiente. Y los suyos le vieron durante la noche en las azoteas de la casa, paseando su insomnio, hasta que la mañana brotó encarnada entre las palmeras.

En el estanque sagrado del templo tomó Virata el baño del despertar y dijo sus oraciones de cara a Oriente. Luego, entró en su casa, sacó las vestiduras amarillas de los días solemnes, saludó con gravedad a los suyos, que contemplaban absortos, pero sin preguntarle nada, sus preparativos, y fue sin ningún séquito al palacio del rey, en el cual podía entrar de día o de noche, a cualquier hora. Inclínose Virata en presencia del rey y tocó el borde de su vestido en señal de súplica.

El rey le miró serenamente y le dijo:

-Tu deseo ha tocado mi vestido. Satisfecho está antes de que lo expreses con palabras, Virata.

Virata permaneció inclinado:

-Me hiciste el más encumbrado de tus jueces. Seis años he administrado justicia en tu nombre y no sé si habré juzgado rectamente. Concédeme el tiempo de una luna para que, en el recogimiento, emprenda el camino hacia la verdad, y concédeme que pueda callar, tanto a ti como a los demás, cuál sea este camino. Me propongo obrar con rectitud y vivir sin culpa.

El rey no salía de su asombro:

-Pobre será mi reino en justicia, de esta luna a la otra. Pero no te pregunto qué camino vas a emprender. ¡Ojalá te conduzca a la verdad!

Virata demostró su gratitud besando el umbral, inclinó una vez más la cabeza y salió.

Cuando estuvo en su casa, reunió a su mujer y a sus hijos:

-No me veréis durante una luna. Despidámonos y no me preguntéis.

El miedo se reflejaba en los ojos de la esposa, y los hijos le miraban con benignidad. A todos se inclinó para besarlos entre los ojos.

-Ahora, id a vuestros cuartos, encerraos; que nadie se asome para mirar hacia dónde voy. Y no queráis saber nada de mí hasta la luna nueva.

Ellos se dispusieron a retirarse en silencio.

Virata se quitó el traje festivo y se puso otro de color oscuro, rezó ante las imágenes del dios de las mil formas, rasgó sobre hoja de palma un largo escrito que enrolló a modo de carta, y luego, venida la noche, salió de su silenciosa casa y se dirigió a las rocas del extremo de la ciudad, donde estaban las minas de cobre y las prisiones. Llamó al portero, que dormía, y éste se levantó de su esterilla preguntando a gritos quién llamaba.

-Soy Virata, el juez supremo. Vengo a ver al que ayer fue encerrado.

-En lo más hondo está, señor, en lo más oscuro. ¿He de guiarte señor?

-Conozco bien estos parajes. Dame la llave y échate a dormir. Mañana encontrarás la llave delante de tu puerta. Y no digas a nadie que me has visto.

Inclinóse el portero y le dio la llave y una lámpara. Virata hizo un ademán de despedida, y, sin decir palabra, el servidor se retiró y se echó sobre la esterilla. Y él abrió la puerta de cobre que cerraba la cavidad de la roca y bajó a las profundidades del calabozo. Cien años atrás, los reyes de Rajputana habían empezado a encerrar a sus prisioneros entre aquellas rocas, y día tras día, cada uno de ellos había ahondado más, abriendo en la piedra fría nuevos reductos para los que fueran encerrados detrás de ellos.

Antes de cerrar la puerta, Virata echó una mirada a la abertura que encuadraba un pedazo de cielo con las estrellas blancas y palpitantes; luego cerró la puerta y le invadió la ola húmeda de la oscuridad, en la cual la lámpara vacilante saltaba como un animal que persigue algo. Oyó todavía el blando murmullo del viento en los árboles y los gritos agudos de los monos. Pero en el primer rellano todo se oía como de lejos, y en el segundo, todo callaba como bajo el cristal del mar, frío y sin movimiento. Un hálito de humedad salía de las piedras, pero ningún aroma de la tierra, y cuando más bajaba, más duro resonaba su paso en la rigidez del silencio.

En el quinto rellano, más profundo tierra adentro que en altura las más altas palmeras, estaba la celda del prisionero. Virata entró en ella y levantó la lámpara sobre el bulto pardo que se movía apenas, hasta que le dio la luz. Una cadena tintineó.

Inclinóse Virata:

-¿Me conoces?

-Sí, te conozco. Eres el que han puesto por amo de mi destino y lo has pisoteado.

-No soy amo de nadie, sino servidor del rey y de la justicia. He venido para socorrerte.

El prisionero clavó los ojos en el rostro del juez:

-¿Qué quieres de mí?

Virata calló un buen rato y, luego, dijo:

-Te he lastimado con mi palabra, pero, también tú a mí con las tuyas. No sé si mi fallo ha sido justo, pero hay verdad en lo que dijiste: "Nadie debe juzgar con una medida que no conoce". Ignorante he sido y quiero instruirme. He relegado centenares de hombres a esta noche y sobre ellos se han cumplido actos que en mí mismo no conozco. Ahora quiero aprender, quiero sentirlo por experiencia para ser justo y entrar limpio de culpa en la transmutación.

El preso no le quitaba los ojos de encima. La cadena tintineaba un poco.

-Quiero saber lo que te destinaba; quiero conocer en mi propia carne la mordedura del azote y medir en mi alma el tiempo que se pasa aherrojado. Quiero ocupar tu lugar durante una luna para saber la cuantía de la expiación de que te soy deudor. Y, entonces, renovaré la sentencia frente

al palacio, capacitado de toda su importancia. Tú, entre tanto, sé libre. Te daré la llave que te sacará a la luz y gozarás de la libertad vital toda una luna, a fin de que yo me goce de tu vuelta, pues entonces ya habrá brotado la luz en mi conciencia de entre las tinieblas.

El prisionero parecía de piedra. La cadena no tintineaba ya.

-Júrame por la implacable diosa de la venganza, a quien nadie escapa, que no dirás nada del hecho durante esta luna. Te daré la llave y mis ropas. Dejarás la llave al lado de la esterilla donde duerme el portero, y te irás libremente. Pero quedas comprometido, bajo juramento ante el dios de las mil formas, a presentar este escrito al rey, pasada la luna, por medio del cual alcanzaré la libertad y podré dar mi fallo según justicia. ¿Juras hacerlo por el dios de las mil formas?

-¡Juro! -Como del fondo de la tierra salió esta palabra de la boca del prisionero, que temblaba.

Virata le quitó los hierros y, dándole sus ropas, le dijo:

-Ea, toma este vestido, dame el tuyo, y disimula tu rostro para que ningún guardia te conozca. Y ahora, con esta navaja rasúrame el cabello y la barba de modo que tampoco me conozcan.

El prisionero tomó la navaja, pero la mano temblorosa no le obedecía. La mirada del otro penetraba en él, y cumplió lo que le mandaban. Calló largo rato. Después se echó al suelo y las palabras le salían a gritos de la boca:

-Señor, no soportaré que padezcas por mi culpa. He matado, he vertido la sangre con mano airada. Justa fue tu sentencia.

-Ni tú ni yo podemos aquilatarlo, pero pronto se hará la luz en mi juicio. Ve, según has jurado, y a la otra luna preséntate al rey para que me dé la libertad; entonces ya tendré conocimiento de mis actos, y mi palabra será siempre más libre de error. ¡Vete!

El prisionero se inclinó y besó la tierra...Pesadamente cayó la puerta en la oscuridad, osciló la luz de la lámpara en un último reflejo por las paredes y se cernió de nuevo la noche sobre las horas.

A la mañana siguiente, Virata, a quien nadie reconoció, fue llevado al campo inmediato a la ciudad, donde recibió azotes. Cuando cayó el primer golpe sobre su espalda desnuda, dio un grito. Recibió los otros apretando los dientes, pero al que hacía setenta se le oscureció el sentido y tuvieron que llevárselo como una res muerta.

Abrió los ojos echado en la celda, y le pareció que estaba sobre ascuas. Pero sentía la frente refrigerada y aspiraba un olor de hierbas silvestres: una mano se ponía en su frente y un rocío bienhechor se desprendía de ella. Abrió como una rendija los párpados y vio que la esposa del portero estaba junto a él, lavándole con cuidado la frente. Y al abrir del todo los ojos vio brillar la estrella de la compasión en los de la mujer. Y por el dolor ardiente de su cuerpo reconoció el sentido de todos los padecimientos al amparo de la bondad. Le sonrió vagamente y se alivió su padecimiento.

Al segundo día pudo levantarse, y, mientras recorría a tientas aquel frío nicho de roca, sentía a cada paso como si renaciera un mundo. Al tercer día las heridas se cicatrizaban y había

recobrado la presencia de ánimo y las fuerzas. Allí yacía sentado, mudo, sin más noción del tiempo que la caída de las gotas de agua de la pared, que dividían el gran silencio en pequeños espacios sin cuento, formando el día y la noche, como una vida que a través de los miles de días alcanza la madurez y la ancianidad.

Nadie le daba ánimos, la oscuridad se densificaba en su sangre, pero el recuerdo irisado subía de su interior en plácido manantial y se reunía en un tranquilo estanque donde veía reflejada su vida entera. Lo que había vivido a pedazos se unificaba y una fría transparencia tranquila mantenía clara la imagen, suspendida en el corazón. Nunca su sentido había sido tan puro como en aquella emoción de mirar un mundo por reflejo.

Los ojos de Virata veían cada día más claro; las cosas se le ponían delante en la oscuridad y revelaban formas a su intuición. En su mismo interior se aclaraba todo en plácido espectáculo: el deleite de la contemplación, recreándose en las ilusorias apariencias; el recuerdo jugaba con las formas de transmutación como las manos del prisionero con los guijarros esparcidos en aquel foso. Aún ajeno a sí mismo, confinado, ignorando la esencia de las formas en la oscuridad, percibía más vigorosamente el poder del dios de las mil formas, y a sí mismo a través de las transmutaciones, no dependiendo de ninguna, libre de la servidumbre de la voluntad, muerto en lo vivo y viviendo en la muerte... Aligerado su cuerpo de cualquier angustia de lo transitorio, parecía hundirse cada vez más en la oscuridad, a manera de una piedra o de una negra raíz, pero henchido de nuevas germinaciones, tal vez gusano hurgando en el terruño o planta cuyo tallo empuja para crecer, o simplemente roca que descansa fría en su bienaventurada inconciencia.

Dieciocho noches gozó Virata entregado a la visión del secreto divino, sin voluntad propia, insensible al aguijón de la vida. Le pareció bienaventuranza lo que había emprendido como expiación, y ya eran meras figuras de un sueño, en la eterna vigilia del conocimiento, su propia culpa e infortunio. Pero en la noche decimonona saltó del sueño tocado de una idea terrenal. Se clavaba como un alfiler ardiente en su cabeza. El miedo agitaba atrocemente su cuerpo y le temblaban los dedos como hojas en el árbol. La idea que le aterrorizaba era ésta: que el prisionero podía faltar a su juramento y dejarle olvidado, y entonces tendría que yacer allí miles de días hasta que la carne se desprendiera de los huesos y la lengua se endureciese en el silencio. Una vez más la voluntad de vivir brincó en su cuerpo como una pantera y rompió la envoltura: el tiempo fluyó dentro de su alma confundido con el miedo y la esperanza que dominan al hombre. Ya no era capaz de pensar en el Dios de la vida eterna, en sus mil formas; sólo en sí mismo pensaba y sus ojos estaban hambrientos de luz; sus piernas, que restregaba contra la dura piedra, reclamaban espacio, anhelaban el salto y la carrera. No podía menos de pensar en la mujer y los hijos, el hogar y la hacienda: en la tracción cálida del mundo que se bebe con los sentidos y se llena con el calor activo de la sangre.

Desde aquel día del recuerdo, el tiempo, mudo a sus pies como el reflejo de un estanque negro, subió a su pensamiento con el ímpetu de un río. El hubiera querido que lo levantara como una tabla que flota y le llevase por fin al punto inmóvil de la liberación. Pero el tiempo corría contra él; nadador desesperado, perdido el aliento, le parecía que las gotas de agua que rezumaban de la pared y caían al suelo se detenían de pronto, tan dilatada se hacía entre ellas la tensión del tiempo. No pudo aguantar más en su camastro. Si aquel hombre se olvidaba de él, tendría que corromperse en la cueva del silencio. Esta idea le llevaba, como un trompo, de una pared a otra. El silencio le ahogaba: increpó a las piedras a gritos, insultando, quejándose, maldiciendo a sí mismo y, a los dioses y al rey. Con las uñas sangrientas se agarraba a la roca, que hacía burla de él con su impasibilidad; y daba con la cabeza contra la puerta, hasta que se desplomó sin sentido, para levantarse luego, apenas vuelto en sí, y andar como un ratón rabioso de arriba abajo del cuadrilátero.

Durante los días que iban del decimoctavo de su encierro a la luna nueva, Virata vivió mundos de espanto. La comida y la bebida le repugnaban y sólo el miedo llenaba su cuerpo. No prosperaba en él ningún otro pensamiento: no hacía más que contar la caída de las gotas para dividir en partes el tiempo interminable que mediaba de un día a otro. Y sin que él lo supiera, se le había agrisado el pelo en las sienes, que latían como martillos.

Al cumplirse los treinta días del encierro se oyó un tumulto a la entrada y luego volvió el silencio. Entonces resonaron unos pasos, se abrió la puerta, se iluminó el reducto y, ante el hombre sepultado en la oscuridad, se vio al rey, que le decía abrazándole con cariño:

-Conozco tu acción, que es más grande que ninguna de las consignadas en las crónicas de los antepasados. Brillará desde ahora como una estrella por encima de lo abyecto de nuestra vida. Sal, para que la llama de Dios te haga resplandecer y el pueblo se llene los ojos de la ventura de mirar a un hombre justo.

Virata se puso la mano en la frente porque la luz le hería al salir de las tinieblas, y en su interior flameaba la púrpura de la sangre. Andaba como ebrio, y los siervos tuvieron que sostenerle. Pero antes de pasar el umbral, habló de este modo:

-¡Oh rey! Me has llamado hombre justo, pero ahora yo tengo la convicción de que cualquiera que dicte sentencia es contrario a la justicia y se llena de culpa. Aún quedan hombres en esas profundidades que padecen por la sentencia que yo dicté, y ahora yo sé cómo padecen y sé que mi justicia es una palabra vacía. Dales la libertad, rey, y aparta a la gente de mi paso, porque me avergüenzo de sus alabanzas.

El rey hizo una seña y los siervos apartaron a la gente. Y volvió el silencio. Entonces dijo el rey:

-En la más alta grada del palacio estuviste sentado para administrar justicia. Pero ahora que eres más sabio de lo que fue nunca un juez, porque conoces en ti mismo el sufrimiento, te has de sentar a mi lado para que yo escuche tu palabra y aprenda la ciencia de la justicia.

Pero Virata cogió su rodilla en señal de súplica:

-¡Hazme libre de mi cargo! no puedo continuar juzgando desde que sé que ningún hombre es capaz de juzgar a otro. No atañe a los humanos el poner penas, sino a Dios, porque quien toca a la vida ajena incurre en delito. Y yo quiero vivir mi vida, limpio de culpa.

-Sea -respondió el rey-: no juez de mi reino, pero sí consejero de mis actos: tú guiarás mis decisiones sobre la paz, la guerra, los tributos, a fin de que sean justas y que no haya error en ellas.

Una vez más Virata abrazó la rodilla del rey:

-No me des poder, rey, porque el poder llama a la acción, y ¿qué acción, oh mi rey, es recta y no contraria al destino? Si aconsejo la guerra, siembro la muerte: se convierten en actos mis palabras, y cada acto encubre un sentido que yo ignoro. Sólo puede ser justo el que no se mete en la vida de los demás, ni en sus obras, y vive en el retiro: nunca estuve más cerca del conocimiento ni más libre de culpa que cuando moraba en la soledad sin atender a la opinión de los hombres. Déjame vivir en la paz dentro de mi casa, sin otra misión que la del sacrificio ante los dioses, a fin

de que permanezca limpio de culpa.

-~~Me~~ duele dejarte hacer tu voluntad -dijo el rey-, pero ¿quién se atrevería a oponerse a un sabio y echar a perder la voluntad de un justo? Vive según tu corazón, porque es una honra para mi reino el tener en sus fronteras quien viva y obre sin culpa.

El rey le acompañó hasta el umbral. Sólo iba Virata camino de su casa, aspirando el aire blando calentado por el sol, y sentía su alma aliviada como nunca, libre de toda carga, dispuesto a vivir en su hogar. Oyó tras de sí alguien que andaba a pie descalzo, y, al volverse, vio que era aquel prisionero cuyas penas había tomado sobre sí. El prisionero besó el polvo de sus huellas, hizo acatamiento y desapareció. Virata sonreía por primera vez desde la hora en que vio las pupilas petrificadas de su hermano, y entró contento en su casa.

En ella pasaba los días Virata. Su despertar era una oración de gratitud por haber pasado de las tinieblas a ver el resplandor del cielo, y percibir el color y el aroma de la tierra bendita, y la música clara con que amanece el día. Diariamente aceptaba como un nuevo don el prodigio de respirar y del libre movimiento de sus miembros, y consideraba como santo su propio cuerpo, el blando cuerpo de su mujer y el vigoroso de sus hijos, venturoso de hallar en todo la presencia del dios de las mil formas, acariciada su alma por el benéfico orgullo de no poner más la mano en un destino ajeno ni tocar hostilmente ninguna de las mil formas del Dios invisible. Desde la mañana a la noche leía en los libros de la sabiduría y se ejercitaba en los diversos grados de devoción, a saber: el silencio de la sumersión, el ahondamiento del amor en el espíritu, el socorro a los pobres y la inmolación devota. Su juicio había crecido en serenidad; su palabra, en afecto hacia el más ínfimo de los servidores, y los suyos le amaban más que en el pasado. Era el auxilio de los pobres y el consuelo de los desgraciados. La oración de multitud de hombres flotaba alrededor de su sueño, y ya no le llamaban, como antes, Espada Resplandeciente, ni Manantial de Justicia, sino Campo del Buen Consejo. Ya no eran únicamente vecinos los que entraban a escuchar su decisión cuando tenían alguna diferencia; llegaban los más lejanos, contendientes aunque no fuera, como antes, en calidad de juez, y conformábanse sin vacilar con su juicio. Virata se sentía dichoso de ver que este consejo valía más que el fallo de un juez; su vida le parecía limpia de culpa desde que no violentaba ningún destino, con todo y regir los pasos de muchos. Y gozaba del mediodía de su vida con los sentidos más serenos.

Así pasaron tres años, y luego otros tres, como un solo día esplendente. Cada vez más se suavizaba el ánimo de Virata, y, ante las contiendas que se le presentaban, apenas cabía en su alma que reinase tal intranquilidad en la tierra y que los hombres se atosigaran con los ínfimos resquemores de la posesión cuando tenían para ellos la vida entera y la dulce esencia del ser. A nadie envidiaba ni de nadie era envidiado. Como una isla de paz se levantaba su hogar en una llaneza de vida, ajena al tumulto de la pasión y al aguijón del deseo.

Una noche, en el sexto año de su calma, Virata se había retirado ya cuando oyó, de pronto, unos gritos desgarradores y el húmedo ruido de unos golpes. Saltó de la cama y vio que sus hijos habían echado de rodillas a un esclavo al que azotaban la espalda, que manaba sangre, con un látigo de piel de hipopótamo. Y los ojos del esclavo, que el terror dilataba, se clavaban en los suyos: otra vez sintió atravesarle el alma los mismos ojos de su hermano muerto. Se precipitó, detuvo el brazo que hería y preguntó lo que había sucedido. Pudo sacar en claro que aquel esclavo, encargado de ir por agua al manantial de la roca y traerla a casa en cubas de madera repetidas veces, en el calor del mediodía, pretextando fatiga había llegado demasiado tarde, a pesar de las amonestaciones; hasta que el día anterior, después de un castigo, se había fugado. Los hijos de Virata le siguieron a

caballo y, alcanzándole en una aldea situada a la otra parte del río, le habían atado con una cuerda a la silla del caballo, de modo que llegó medio corriendo, medio a rastras, con los pies desgarrados; y, una vez en casa, le esperaba el inexorable castigo para advertencia propia y de los otros esclavos que lo contemplaban aterrorizados con las rodillas temblorosas, hasta que la presencia de Virata interrumpió el brutal castigo. Bajó los ojos Virata hacia el esclavo, a sus pies la arena se veía húmeda de sangre. Las pupilas del aterrorizado parecían las de una res que va a ser sacrificada, y Virata vio detrás de su negra rigidez los horrores de la noche.

-¡Soltadle! -ordenó a sus hijos-. Su culpa está expiada.

El esclavo besó el polvo delante de sus pies. Por primera vez los hijos se fueron disgustados del lado de su padre. Virata volvió a retirarse. Maquinalmente se lavó frente y manos y, al contacto del agua, reconoció, sobresaltado, lo que acababa de olvidar: que volvía a actuar de juez, a disponer de un destino humano. Y por primera vez al cabo de seis años, el sueño volvió a huir de él.

Desvelado en la oscuridad, sentía sobre sí los ojos despavoridos del esclavo -o tal vez fueran los del hermano a quien dio muerte- y las miradas de cólera de los hijos, y se preguntó repetidamente si éstos no habían procedido sin razón contra el siervo. Por una negligencia insignificante se había humedecido de sangre el suelo de su casa y el azote había penetrado en la carne viva; y más que los que él había recibido un día en su propia espalda como víboras candentes, le escocía ahora la responsabilidad. El castigo no había recaído sobre un hombre libre, sino sobre un esclavo cuyo cuerpo era propiedad suya desde el vientre materno, según la ley del reino. Pero aquella ley, ante el dios de las mil formas, ¿daba derecho a que el cuerpo de un hombre estuviera enteramente bajo la voluntad de otro que pudiera disponer de su vida rompiéndola o estropeándola?

Virata se levantó de la cama y encendió una lámpara para ver si hallaba orientación en los libros del conocimiento. Sus ojos no dieron con diferencia alguna entre hombre y hombre, a no ser en el orden de las castas y la condición, pero ninguna diferencia en la vida multiforme respecto a la obligación del amor. Cada vez más sediento, se penetró de aquella ciencia, pues nunca su alma había estado tan dispuesta a la interrogación. Elevóse una vez más la llama de la lámpara y se extinguió luego.

Cuando la tiniebla cayó de las paredes, una inspiración misteriosa asaltó a Virata: el espacio que tentaba con sus manos ya no era su casa, sino la misma prisión de un día, dentro de la cual el terror le hizo reconocer que la libertad es la más profunda prerrogativa del hombre y que nadie tiene derecho a encerrar a otro, no ya de por vida, sino ni siquiera un año. Y él había encerrado a aquel esclavo en el círculo invisible de su voluntad y le había encadenado al azar de sus decisiones, de tal manera, que no le quedaba libertad ni para dar un solo paso en la vida. Su pensamiento cobraba una claridad tal que sintió ensancharse el espíritu y entrar en él la invisible luz de la altura. Tuvo conciencia una vez más de que era culpable de haber sometido unos hombres a su voluntad, a los cuales llamó esclavos suyos, según la ley deleznable dictada por los hombres, no según la eterna ley del dios de las mil formas. Y se postró en oración:

-¡Gracias, dios de las mil formas, que me envías mensajeros de todas ellas para que me salven de la culpa, con objeto de acercarme cada vez más a tí, siguiendo el camino escondido de tu voluntad. Haz que yo los entienda en los ojos eternamente acusadores del hermano eterno que encuentro en todas partes, que ve por mi vista y cuyas penas son las mías, para que pueda seguir mi vida en la pureza y respirar libre de culpa.

El semblante de Virata se había serenado; con la mirada penetrante caminaba en la noche, bebiendo la blanca salutación de las estrellas, respirando a pleno pulmón el viento que zumbaba; y, atravesados los jardines, se detuvo a la orilla del río. Cuando el sol se levantó en Oriente, tomó el baño en el río sagrado y volvió al hogar, donde halló reunidos a los suyos para la oración de la mañana.

Entró en su círculo, les saludó con una bondadosa sonrisa, hizo señal a las mujeres de retirarse a sus habitaciones, y habló así a sus hijos:

-Ya sabéis el único cuidado que mueve mi alma hace años: ser justo y vivir sin culpa; y ayer corrió la sangre en el suelo de mi casa, sangre de un hombre vivo; quiero purificarme de esa sangre y expiar el delito a la sombra de mi techo. El esclavo que por un motivo nimio sufrió tan duramente ha de obtener desde luego la libertad y marcharse a donde le agrade, para que nunca pueda acusarnos, a vosotros y a mí, ante el juez supremo.

Los hijos permanecieron callados, y Virata sospechó la hostilidad en aquel silencio.

-Adivino en ese silencio una réplica a mis palabras. Y tampoco quiero proceder con vosotros sin antes oírlos.

-¡A un culpable que se descomedió quisieras dar la libertad! ¿Recompensa en vez de castigo? empezó el hijo mayor-. Muchos servidores tenemos en casa, y no se notaría la ausencia de uno. Pero cada acto acarrea consecuencias y es como el eslabón de una cadena. Si a éste das la libertad, ¿cómo pretenderás conservar a los otros, dado el caso de que ellos prefieran marcharse?

-Si prefieren salir de mi vida, he de dejarlos. No quiero detener el destino de ninguna criatura, porque es culpable quien pretende determinar los destinos.

-Así vas contra el Derecho -intervino el segundo hijo-, que señala como propiedad nuestra esos esclavos, lo mismo que la tierra y el árbol que en ella crece, y el fruto de ese árbol. Desde el momento que te sirven, quedan unidos a ti y tú a ellos. Tocas una materia de duración inmemorial, de miles y miles de años acá: el esclavo no es dueño de su vida, sino servidor de su dueño.

-Sólo existe un derecho de Dios: la vida que a cada uno le fue dada con el aliento de su boca. Tú mismo me vuelves a abrir los ojos para el bien cuando estaba como ciego y me creía limpio de culpa: he vivido años en el error y ahora veo que el hombre justo no puede hacer bestias de los demás hombres. Voy a darles la libertad a todos para no ser culpables de ellos en la tierra.

Adusto el ceño, le miraban sus hijos. Y el mayor respondió duramente:

-¿Quién regará para que la cosecha de arroz no se agoste y conducirá los búfalos al campo? ¿Habremos de ocupar el lugar de los siervos por un capricho tuyo? Tú mismo estás lejos de haber empleado las manos en el trabajo en toda tu vida, y poco te preocupabas de si tu prosperidad era debida a otros. Y hay el sudor de otros en la esterilla entrelazada sobre la cual descansabas, y veló tus sueños una cadena de esclavos. ¿Y ahora, de pronto, vas a despedirlos y que nosotros, los de tu sangre, carguemos con toda la fatiga? ¿Por ventura desunciremos los búfalos del arado para ponernos en su lugar, por miedo a que les alcance el látigo? También en su boca hay el aliento del dios de las mil formas. No toques nada, padre, de lo existente, porque todo es de Dios. La tierra no se da por sí misma. Es preciso violentarla para que dé frutos, y este dominio es una ley bajo las

estrellas a la cual no podemos sustraernos.

-Pues yo he de sustraerme a ese dominio violento, porque Poder y Derecho no suelen ir aparejados, y yo prefiero vivir en lo justo.

-En toda posesión entra el dominio, ya sea sobre hombres, sobre bestias o sobre la paciente tierra. Donde eres dueño debes imponerte: quien posee está comprometido con el destino de otros.

-Pero yo quiero desprenderme de todo lo que me inclina a la culpa. Así, os mando que dejéis libres a los siervos y os dispongáis a trabajar a medida de nuestra necesidad.

La cólera fluctuaba en la mirada de los hijos, que podían contener apenas su mal humor. Y dijo el mayor:

-Según tus palabras, no quieres torcer la voluntad de ningún hombre. No quieres mandar a tus esclavos para no hacerte culpable, pero nos mandas a nosotros y te metes en nuestra vida. ¿Dónde está, te pregunto, el derecho que invocas ante Dios y los hombres?

Virata calló un buen rato. Al levantar los ojos, vio la llama de la codicia en sus miradas, y el miedo llenó su alma. Y dijo sin rigor:

-Me habéis aleccionado. No usaré la violencia con vosotros. Vuestra es la hacienda desde ahora: os la repartís según vuestra conciencia, que yo no quiero participar más en la posesión ni en las cargas. Has dicho bien: el que domina quita libertad a los demás, pero la quita principalmente a su propio espíritu. Quien quiera vivir limpio de culpa, que se desprenda de toda posesión y no presuma de mandar sobre el destino ajeno, ni mantenerse de la fatiga ajena, ni beber del sudor de otros, ni depender de las gracias de la mujer ni de la glotonería. Únicamente el que vive solo vive para su Dios, únicamente el activo lo siente, y el que es pobre llega a poseerlo por completo. Quiero estar más cerca del Invisible que de la misma tierra, quiero vivir sin culpa. Tomad la hacienda y participad de su posesión en paz.

Y Virata se apartó de los hijos, que permanecieron atónitos. La codicia satisfecha puso un suave rescoldo en sus cuerpos, y aun así se avergonzaban.

Pero Virata, encerrado en su retiro, no atendía a requerimientos. Cuando cayeron las sombras de la noche, se dispuso a emprender el camino: tomó un cayado, la alforja para las limosnas, un hacha para el trabajo, un puñado de frutas y las hojas de palma donde constaban escritas las palabras de la sabiduría, para sus devociones; ciñó bien su vestido por encima de las rodillas y dejó el hogar silenciosamente, sin volver una sola vez la cabeza hacia la mujer y los hijos y los familiares de su hacienda. Toda la noche anduvo hacia el río en el cual había echado su espada en hora amarga; subió hasta el vado y, atravesándolo, siguió su camino río arriba por las orillas incultas, vírgenes todavía del arado.

Cuando el cielo se teñía de rojo. Llegó a un sitio donde el rayo había caído sobre el mango centenario y dejado un claro de maleza. En las inmediaciones, el río hacía una curva suave y una multitud de pájaros se movía a flor de agua para beber sin estorbo. La abierta extensión del río ofrecía un campo de luz, y el respaldar de los árboles brindaba la sombra. Astillas y matas rotas por el rayo se veían aún en aquel claro de soledad, en medio del bosque. Virata decidió levantar allí una cabaña y vivir en la contemplación, apartado de los hombres y libre de culpa.

Cinco días trabajó en construir la cabaña, pues sus manos habían perdido el hábito del trabajo. Y aún después, su jornada era penosa, pues le fue preciso buscar frutos para alimentarse, evitar que los matorrales retoñaran alrededor de la cabaña y rodear ésta de estacas puntiagudas para que los tigres hambrientos que rugían en la sombra no se acercaran por la noche. Pero ninguna voz humana turbaba su alma: los días se deslizaban tranquilos como el agua de la corriente, renovados en el manantial infinito de la paz.

Sólo se acercaban los pájaros, y como el hombre, dado a la contemplación, no les molestaba pronto anidaron en su cabaña. Esparcía semillas de las flores espléndidas y los frutos para que los picotearan, y ellos se acercaban sin temer ya sus manos; bajaban de las palmeras cuando les hacía una seña determinada, y mansamente se dejaban acariciar. Un día encontró en el bosque un mono pequeño con una pata rota, que gritaba como un niño, echado en tierra. Lo tomó consigo y lo adiestró hasta que el animal, como por juego, le servía, remedando un verdadero criado. Así se rodeaba de lo vivo, pero sin olvidar que también en los animales duerme, como en los hombres, la violencia y la maldad. Veía cómo los caimanes se mordían y perseguían con verdadero furor, cómo los pájaros arrebatában del río los peces con sus picos puntiagudos, y, a su vez, las serpientes, con movimiento súbito, encerraban los pájaros en sus anillos: la inmensa cadena de aniquilamiento que la diosa enemiga tendió alrededor del mundo, se le aparecía como una ley contra la cual el conocimiento no podía nada. Satisfaciale sentirse puro espectador de estas luchas, sin complicidad en ellas.

Un año y muchas lunas transcurrieron sin que viera persona humana. Pero un día, un cazador, siguiendo la pista de un elefante que iba a abrevarse en el río, vio desde la orilla opuesta un cuadro singular. Sentado ante la exigua cabaña, aureolado por el reflejo amarillo del atardecer, había un viejo de barba blanca. Los pájaros se posaban pacíficamente sobre su cabellera, y un mono, con golpes sonoros, rompía unas nueces a sus pies. El anciano tenía la mirada fija en la cima de los árboles, donde se mecían los papagayos, y, sólo con levantar la mano, aquellas aves se precipitaban en dorada nube rumorosa a descansar en sus hombros. Al cazador le pareció ver a aquel santo del cual se había profetizado que los animales le hablarían con la voz de los hombres y crecerían las flores a su paso; que tendría el poder de coger las estrellas con los labios y desvanecer la Luna con el aliento de su boca. Y el cazador abandonó la tarea y corrió a su casa para dar cuenta de lo que había visto.

Al día siguiente, los curiosos se apiñaban en la orilla opuesta para espiar aquel prodigio, y cundía el asombro, hasta que uno de ellos conoció a Virata, el que abandonó familia y bienes por amor a la justicia verdadera. Extendióse la noticia y llegó al rey, el cual amargamente echaba de menos a su más fiel servidor, y mandó aparejar un bote con cuatro veces siete siervos al remo. Y movieron los remos hasta que el bote, corriente arriba, se detuvo en las cercanías de la cabaña de Virata, y extendieron tapices para que el rey llegara hasta el sabio. Pero hacía un año y seis lunas que Virata no había oído voz humana; estaba cortado e indeciso ante sus huéspedes y, olvidando la reverencia del vasallo a su señor, sólo supo decir:

-Bendita sea tu venida, mi rey.

El rey le abrazó.

-Desde hace años veo que tu camino se acerca a la perfección, y he venido para contemplar lo que es raro en el mundo: la vida de un justo, en la cual quiero aprender.

Virata se inclinó:

-Mi sabiduría se concreta a vivir apartado de los hombres para descargarme de toda culpa. Sólo a sí mismo puede instruirse el solitario. Yo no sé si lo que practico es sabiduría, ni sé si es dicha lo que siento, y nada podría aconsejar ni enseñar. La sabiduría del solitario es distinta de la del mundo, y la ley de la contemplación no es lo mismo que la de la acción.

-Pero contemplar cómo vive un justo ya es aprender -respondió el rey-. Desde que me he mirado en tus ojos experimento un gozo libre de culpa. No exijo más.

Virata volvió a inclinarse. Y el rey le abrazó otra vez.

-¿Puedo colmar alguno de tus deseos en mi reino, o llevar algún encargo a los tuyos?

-Ya no tengo nada mío, señor, o bien todo lo de la tierra es mío. He olvidado que una vez había entre las casas una que era mi propia casa, y entre, y entre los que tienen hijos, unos que lo eran míos. El sin patria es dueño del mundo, el que se desprende de todo tiene la vida entera, y el que vive sin culpa, la paz. No tengo más deseo que vivir sin culpa en la tierra.

-Adiós, pues, y acuérdate de mí en esta vida.

-Me acordaré de Dios, que es un modo de acordarme de ti y de todos los que son en la tierra porción y aliento suyo.

Virata se inclinó. Deslizóse río abajo el bote real, y durante muchas lunas el solitario no oyó otra voz humana.

Una vez más la fama de Virata levantaba el vuelo como un halcón blanco sobre el país. Hasta las más lejanas aldeas y las cabañas del mar llegó la noticia de aquel que abandonara familia y hacienda para vivir la verdadera vida de la devoción, y la gente dio al temeroso de Dios el cuarto nombre de la virtud: Estrella de la Soledad. Los sacerdotes encomiaban su renunciamento en los templos, y el rey, ante sus vasallos; y cuando un juez dictaba sentencia en el país, añadía: "Ojalá sea mi fallo tan justo como el de aquel Virata que hoy vive únicamente para Dios y es conocedor de toda sabiduría".

Y desde entonces sucedió, cada año con más frecuencia, que un hombre, al darse cuenta de lo culpable de sus actos y lo turbio de su apreciación de la vida, abandonaba hogar y patria, hacía donación de bienes y se retiraba al bosque para construir, como aquél, una cabaña y vivir para Dios. Porque el ejemplo es el vínculo que más fuerte ata unos hombres a otros; cada acto despierta en los demás la voluntad de lo justo y hace que se levanten del ensueño y llenen activamente sus días. Cobraban conciencia de la vacuidad de su existencia, de la sangre que manchaba sus manos y de la culpa que roía sus almas, y se iban a la soledad, a construirse en ella una cabaña como Virata y vivir para las más estrictas atenciones del cuerpo y para la infinita devoción. Cuando al ir en busca del sustento se encontraban por los caminos, no se hablaban para no reanudar la comunicación, pero sonreían sus miradas en la alegría, y las almas se comunicaban la paz. El pueblo dio a aquel bosque el nombre de retiro de los justos. Y ningún cazador se atrevía a mover la espesura para no turbar su santidad con la muerte.

Andaba Virata por el bosque una mañana, cuando vio a uno de los anacoretas inmóvil en

el suelo, y al bajarse para dar auxilio al caído vio que no había vida en su cuerpo. Virata le cerró los párpados, pronunció una plegaria e intentó llevarse más allá del bosque aquel despojo sin alma, con intención de encender una hoguera para que el cuerpo del hermano pudiera entrar purificado en la transmutación. Pero la carga era demasiado pesada para sus brazos, que habían perdido vigor con la escasa alimentación de frutos. Y atravesó el vado para ir a pedir que le ayudaran en la aldea vecina.

Cuando los aldeanos vieron al hombre sublime acercarse a ellos, se dispusieron a ponerse respetuosamente a sus órdenes y se dieron prisa a cortar los troncos necesarios para hacer las honras al muerto. Al paso de Virata se inclinaban las mujeres, los niños seguían pasmados con los ojos al que andaba tan callado, y algunos hombres salían de las casas, besaban el vestido del huésped sublime y requerían la bendición del santo. Pero Virata iba en medio de ellos sonriendo, y se daba cuenta de que era capaz de amar a los hombres con tanta más fuerza y pureza cuanto que ya no tenía ataduras con ellos.

Al pasar ante la última casa de la aldea, en medio de aquellos a cuya bienvenida correspondía con semblante sereno, vio los ojos de una mujer que se dirigían a él cargados de odio, y se estremeció, pues le parecía ver en ellos los ojos petrificados, olvidados hacía años, de su hermano. Tan desacostumbrada estaba su alma de toda hostilidad desde su nueva vida, que no quiso dar crédito a lo que veía. Pero la mirada de la mujer seguía atacándole, negra e inmóvil. Y cuando, venciendo su intranquilidad, logró mover los pies y adelantarse hacia la casa, la mujer se retiró hostilmente hacia el corredor, en cuya oscura profundidad pudo Virata distinguir las centellas de aquella mirada que le quemaba como el ojo del tigre en la espesura inmóvil.

Admirábase Virata: "¿Cómo puedo ser culpable contra esa mujer que parece asaltarme con su odio, si no la había visto nunca?" -se dijo-. Ha de haber un error y voy a averiguarlo". Se acercó sosegadamente a la casa y llamó con los nudillos a la puerta. Sólo respondió el eco, pero él sentía la proximidad cargada de odio de la mujer desconocida. Con paciencia, llamó una segunda vez, y esperó y volvió a llamar como un mendigo. Por fin, la mujer se decidió a abrir, sombría y hostil la mirada contra el forastero.

-¿Qué más quieres de mí? -le preguntó, agitada.

Y el hombre vio como tenía que apoyarse en el pilar, de tal modo la dominaba la cólera.

Pero Virata se fijó en su semblante y se tranquilizó, pues tenía la seguridad de que no la había visto nunca antes de aquel día. Y ella era joven, y él, apartado de los caminos de los hombres desde hacía años; no se habían cruzado nunca sus pasos y no podía haber contrariado en nada su vida.

-Quería darte el saludo de la paz, mujer desconocida -comenzó Virata-, y preguntarte a qué viene la cólera con que me miras. ¿Me tienes por contrario? ¿Qué mal te he hecho?

-¿Qué mal me has hecho? -Una risa maligna se dibujaba en su boca-. ¿Qué mal me has hecho? Poca cosa, casi nada: has trocado mi hogar de la plenitud al vacío, me has robado lo que más quería y me has empujado a vida o muerte. ¡Vete, que no vea más tu cara, o mi ira no podrá contenerse!

Tan extraviadamente miraban sus ojos, que parecía loca. Virata se volvió para marcharse, diciendo:

-No soy el que tú imaginas. Vivo apartado de la gente y no cargo sobre mí la culpa del destino de los otros. Me confundes.

Pero el odio de la mujer le perseguía:

-¡Muy bien te conozco y te conocen todos!

Eres Virata, a quien llaman Estrella de la Soledad y honran con los cuatro nombres de la virtud. Pero no seré yo quien te honre; mi boca clamará contra ti hasta que llegue el juez supremo de los vivos. Ven, ya que me preguntas, y verás lo que me has hecho.

Y cogiendo al asombro, le llevó al interior de la casa, empujó una puerta, la de una habitación baja y oscura, y le llevó al rincón, donde algo yacía sin movimiento sobre una esterilla. Virata se inclinó y retrocedió en seguida con terror: un muchacho estaba allí tendido, muerto, y sus ojos se abrían ante él rígidos, como un día los del hermano, en eterna acusación. Junto a él, sacudida por el dolor, la mujer gritaba:

-¡Era el tercero, el último de mis entrañas, y también me lo has matado, tú a quien llaman el santo y el siervo de los dioses!

Y cuando Virata, perplejo, iba a rechazar la afirmación, le llevó más allá:

-¡Mira ahí el telar vacío! Ahí pasaba el día mi esposo Paratika, tejiendo el lino claro, y no había otro tejedor como él en la comarca. Venían de lejos y le traían materia para su labor, y de esa labor vivíamos. Serenos eran nuestros días, porque Paratika era bondadoso y no desfallecía en su afán. Evitaba a los malvados y evitaba la calle; tres hijos despertó en mis entrañas, y los criamos para hacerlos hombres bondadosos y justos, a semejanza de él. Y sucedió que un cazador, ¡quisiera Dios que no le hubiera visto nunca!, le contó de uno que había en el país que, abandonando familia y hacienda, quiso identificarse con Dios, y que se había construido una choza con sus manos. El humor de Paratika se hizo más y más sombrío desde aquel día; meditaba con exceso por las noches y apenas hablaba. Una noche me desperté y no lo vi a mi lado. Se había ido al bosque que llaman de los santos, que es donde morabas tú, para acercarse más a Dios. Pero pensando en Dios se olvidó de nosotros, que es donde vivíamos de su actividad. Cayó la pobreza sobre nuestro hogar, faltó el pan a los hijos, murió uno y luego otro, y hoy veo muerto a éste, el último, por culpa tuya. Porque tú le descarriaste. Para que tú te acerques más a la verdadera esencia de Dios, tres hijos de mi cuerpo estarán bajo la tierra dura. ¿Qué expiación será bastante, hombre altivo, cuando yo te llame ante el juez de muertos y vivos y diga que mientras su cuerpecito se retorció en mil padecimientos antes de morir, tú echabas migas a los pájaros y vivías alejado de toda pena? ¿Cómo podrás expiar el haber seducido a un hombre recto para que huyera del trabajo que le nutría a él y a sus hijos inocentes, con la necia pretensión de que estaría más cerca de Dios en la soledad que en la vida palpitante?

Virata palidecía y le temblaban los labios.

-Yo no sabía que arrastrara a otros. obraba por mí solo.

-¿Dónde está, sabio, tu sabiduría, si ni siquiera sabes lo que conocen hasta los niños: que toda acción proviene de Dios y que nadie se sustrae a ella ni a la ley de la culpa? No has sido más que un soberbio que te creíste dueño de tu acción y capaz de instruir a los otros. Lo que era la dulzura para ti, es mi amargura, y tu vida es la muerte de este niño.

Virata recapacitó un momento. Y, luego, se inclinó:

-Dices verdad, y me abres los sentidos. Siempre hay más ciencia y verdad en un dolor que en la serenidad de todos los sabios. Lo que sé, de los desgraciados lo aprendí, y lo que he visto ha sido por los ojos de los afligidos, los ojos del hermano eterno. No humilde ante Dios, como pretendía, antes bien orgulloso he sido, y ahora lo conozco por tu pena, que es ya como la mía. Perdóname que me sea preciso reconocerlo: soy culpable para contigo, y también culpable del destino de muchos otros que no sospecho. Porque también el inactivo anda mezclado en una acción que le hace culpable sobre la tierra, también el solitario vive en todos sus hermanos. Perdóname, mujer, voy a abandonar el bosque para que también Paratika vuelva a ti y despierte a nueva vida en tus entrañas, en compensación de lo pasado.

Inclinóse de nuevo y rozó el borde de su vestido con los labios. Y se apaciguó la ira de la mujer, que miraba con asombro al que se marchaba.

Virata pasó todavía una noche en su cabaña, miró las estrellas al brotar blancas en la profundidad del cielo, y, cuando se extinguieron por la mañana, dio el último pasto a los pájaros y los acarició. Luego, tomó el cayado y la concha y volvió a la ciudad.

Apenas se extendió la noticia de que el santo había abandonado su retiro y volvía a estar entre los muros de la urbe, aglomeróse la gente en las calles, venturosa de ver a quien tan raras veces se mostraba, pero con el secreto recelo de algunos de que su vuelta del retiro con Dios podía ser anuncio de desgracia. Como a través de una muralla móvil andaba Virata entre demostraciones de respeto, e intentaba corresponder con la sonrisa serena que le era familiar; pero por primera vez no acertaba a sonreír, y sus ojos no salían de la gravedad, y su boca permanecía severa.

Cuando llegó al patio del palacio había terminado ya la reunión del Consejo y el rey estaba solo. Virata se le acercó y él se levantó para estrecharle en sus brazos. Pero Virata se inclinó hasta el suelo y cogió el borde del vestido del rey en señal de súplica.

-Colmada está tu petición antes de formularla -dijo el rey-. Mi mejor honra es el poder que me es dado para servir a un santo y prestar auxilio al sabio.

-No me llames sabio -respondió Virata-, pues no he seguido el camino verdadero. He divagado, y vuelvo a encontrarme en actitud de súplica bajo tu palacio; en el mismo sitio donde otro día te pedí que me libraras de mi cargo. Quise librarme de la culpa y evitar toda acción, pero también así me enredé en la red que tienden todos los dioses al paso de los seres terrenales.

-Lejos de mí creer lo que dices -respondió el rey-. ¿Cómo pudiste obrar mal para con los humanos si vivías apartado de ellos? ¿Y cómo caer en pecado si vivías en Dios?

-No cometí el mal a sabiendas; huía de la culpa, pero nuestros pies están atados a la tierra y nuestros actos a las leyes eternas. También la inacción es una acción, y no pude escapar a los ojos del hermano eterno, sobre el cual obramos en bien o en mal aunque no queramos. Múltiple es mi pecado, porque huyendo a la soledad negué mi servicio a la vida, fui un hombre inútil porque sólo me cuidaba de mi vida, y a nadie prestaba servicio. Ahora quiero servir de nuevo.

-Me extrañan tus palabras, Virata; no te entiendo. Dime tu deseo para que pueda colmarlo.

-No quiero continuar teniendo la voluntad libre. Porque el libre no tiene tal libertad, y el inactivo no por serlo escapa al error. Sólo quien es útil es libre; quien da su voluntad a otro y su energía a una labor, y trabaja sin querer saber más. Sólo la parte media del acto es labor nuestra. Su comienzo y su fin, su causa y su efecto, son de los dioses. Hazme libre de mi voluntad, porque todo querer es confusión y todo servicio sabiduría. Librame de ella y tendrás mi gratitud.

-No te entiendo. Me pides que te dé la libertad y al mismo tiempo que te obligue a servirme. Así, ¿el libre sería quien tomara sobre sí el servir a otro, y no sería libre el que le ordenase este servicio? No lo entiendo.

-Bueno es que no lo entiendas. ¿Cómo podrías ser todavía rey y mandar, si lo entendieras?

El semblante del rey se nubló de cólera:

-¿Pretenderías que el que manda es inferior al siervo delante de Dios?

-No hay inferior ni superior ante Dios. El que sirve y sacrifica su voluntad sin preguntar, echa de sí la culpa en las manos de Dios. Pero el que yergue su voluntad y pretende evitar las cosas hostiles con su sabiduría, cae en tentación y es culpable.

El semblante del rey continuaba en la confusión.

-¿De modo que un servicio es igual a otro y no existe grande o pequeño delante de Dios y de los hombres?

-Puede ser que muchas cosas parezcan grandes a los ojos de los hombres, mi rey, pero ante Dios todo servicio tiene el mismo valor.

El rey detuvo largo rato la mirada sombría sobre Virata. El orgullo se retorció en su alma. Pero al ver el semblante deshecho de Virata, el cabello blanco sobre la frente rugosa, pensó que el viejo había caído en reblandecimiento y le dijo en chanza, para ponerle a prueba:

¿Quisieras cuidar de los perros de mi palacio?

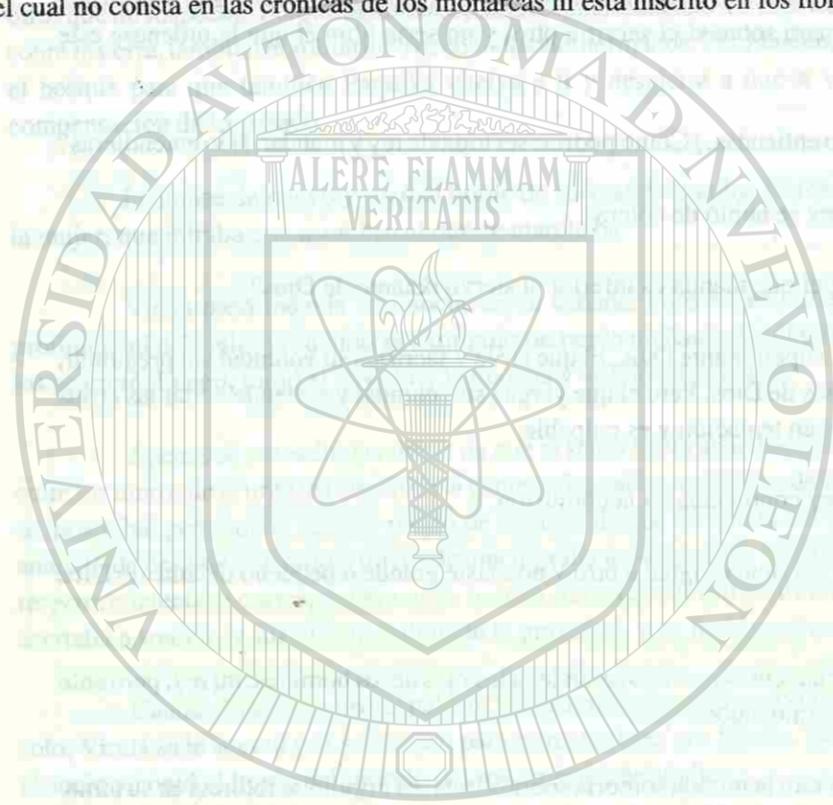
Virata se inclinó y besó la grada en señal de gratitud.

Desde aquel día, el anciano a quien el reino había aclamado en otros tiempos con los cuatro nombres de la virtud se encargó del cuidado de los perros en los bajos que había frente al palacio, mezclado con los criados en la vivienda más humilde. Sus hijos se avergonzaban de él y evitaban ser vistos entre la gente para no tener que descubrir de quién habían sido engendrados; los sacerdotes se apartaban del hombre sin dignidad. El pueblo se acercaba para asombrarse de cómo el anciano, un día el primero en el reino, salía ahora con la trailla de perros sin fijarse en nadie. Pero esto duró pocos días, y pronto hicieron caso omiso de él.

Virata cumplía fielmente su servicio desde la madrugada a la caída del Sol. Lavaba el hocico a los perros y rascaba la sarna de su piel, les traía la comida, ponía blanda su yacija y barría sus excrementos. Pronto se encariñaron con él los perros más que con ningún otro de los palaciegos, y esto le contentaba; su boca arrugada de viejo, que raras veces hablaba con ningún hombre, sonreía cuando los veía felices, y así transcurría su vida, sin acontecimientos. El rey murió antes que él, y

su sucesor no le hacía caso, a no ser una vez que le dio con el bastón porque un perro le gruñó al pasar. Y también los demás fueron olvidando poco a poco su existencia.

Cuando, cumplidos sus días, Virata murió y fue enterrado en la fosa común de los siervos, ya nadie guardaba recuerdo del que ensalzaron en otros tiempos con los cuatro nombres de la virtud. Sus hijos se escondieron y ningún sacerdote entonó los cantos fúnebres sobre su cadáver. Solamente los perros aullaron durante dos días y dos noches, y pronto se olvidaron también de Virata, el nombre del cual no consta en las crónicas de los monarcas ni está inscrito en los libros de los sabios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Bibliografía

Unidad 3 La variable economía en el texto literario

CAMPBELL, Mc Connell
Curso Básico de Economía. Principios, Problemas y Política
Traducido por Jesús Ruiz de Cenzano y Losa,
Ed. Aguilar, 2da. edición,
Madrid, 1975

DOBB, Maurice
Introducción a la Economía
Fondo de Cultura Económica,
México, 1961

FERGUSON, John M.
Historia de la Economía
Fondo de Cultura Económica,
5a. edición.
México, 1990

SAMUELSON, Paul A. y William D. Nordhaus
Economía
Traducido por Luis Toharia Cortés,
Duodécima edición,
McGraw-Hill,
México, 1987

SCOTT, H. M.
Curso Elemental de Economía
Ed. Fondo de Cultura Económica,
México, 1986

S/N
Manual de Historia y Economía (Compendio)
Cuarta edición,
Ed. Quinto Sol,
México, 1985,

Ensayos
Facultad de Economía de la U.A.N.L.,
Revista mensual, vols. XII y XIII
Monterrey, N. L., México, 1994

TAVARES, María Concepción
La Política de Ajuste en Chile, Argentina, Brasil y México. los límites de la resistencia
Facultad de Economía de la U.N.A.M.,
Nº 206, oct. a dic. 93, pp 9-50

TOFFLER, Alvin
La Tercera Ola
 Traducido por Adolfo Martín,
 15a reimpresión,
 México, 1993

Unidad 4
La variable religión en el texto literario

BROOM, Leonard Y
 Philip Selznick
Sociología
 México 2a. reimpresión
 CECSA

CHINOY, Ely
La sociedad
 Trad. Francisco López Cámara
 México, FCF
 1987

ELIADE, Mircea
Tratado de Historia de las religiones.
 México, 5a. edición,
 1984

FROMM, Erich
Psicoanálisis y Religión
 Trad. Josefina Martínez Alinari,
 México, Ediciones Siglo Veinte,
 1990

GOMEZJARA, Francisco A.
Sociología.
 México, Edit. Porrúa, S.A.
 XXIII edición,
 1992

LEWIS, John
Antropología Simplificada
 México, XXXI Reimpresión,
 Actualidad editores,
 1969

MONTES DE OCA, Francisco
La literatura en sus fuentes.
 Ed. Porrúa, S.A.
 México, 1968

NANDA, Serena
Antropología cultural.
 Trad. Andrés López,
 México, D.F.
 Grupo Editorial Iberoamérica,
 1987

DICCIONARIO ENCICLOPEDICO SANTILLANA,
 España,
 Talleres gráficos Mateu Cromo, S.A.
 1992

ENCICLOPEDIA BARZA,
 Tomo XIII,
 México, 1981

ENCICLOPEDIA CULTURAL,
 Científica, Literaria, Artística,
 Tomo 13,
 Unión Tipográfica Hispanoamericana
 México

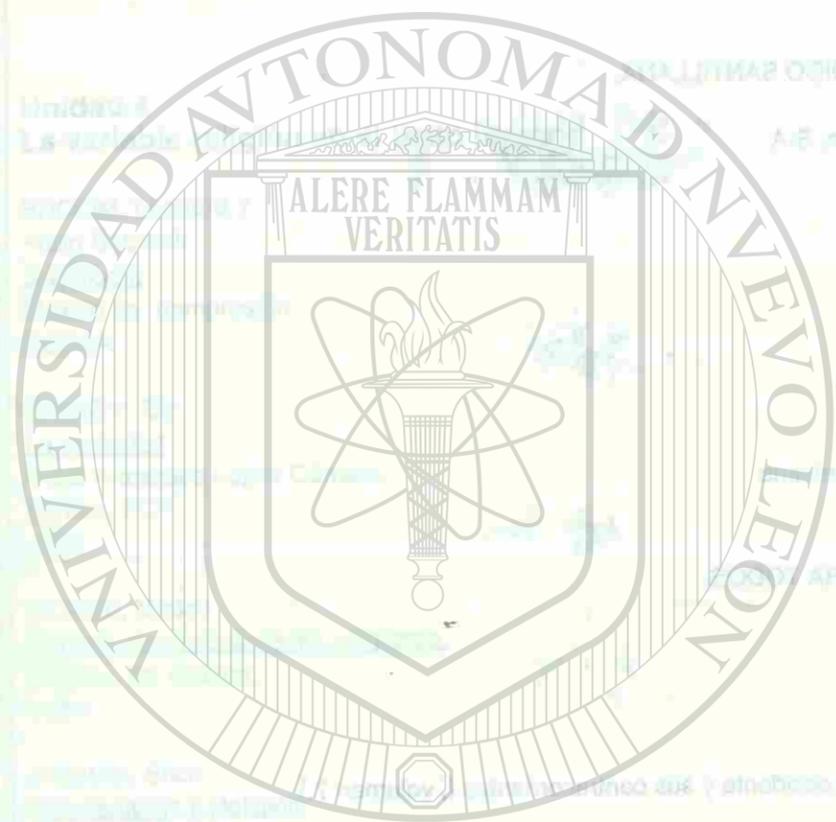
ENCICLOPEDIA SALVAT PARA TODOS,
 Tomos 4, 7 y 8,
 Ediciones Salvat, S.A.
 Madrid, 1965

Historia de las religiones
 (Las religiones constituidas en occidente y sus contracorrientes I, volumen 7.)
 Siglo Veintiuno editores, S.A.

Historia de las religiones.
 Las religiones constituidas en Asia y sus contracorrientes II Vol. 10,
 Siglo XXI editores, S.A.

Las religiones en el mundo actual
 Barcelona,
 Salvat editores, S.A. Nº 36,
 1973

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ESPAÑOL

MÓDULO VIII

Tercera parte

COMITÉ DE ESPAÑOL

- Lic. Delia Cristina Hinojosa Vielmege
- Lic. María del Carmen Roque Segovia
- Lic. Socorro Imelda Balderas Puente
- Lic. Hermelinda Nava Ramírez
- Lic. Celia Nora Salazar Garza

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez

Marzo, 1995

INDICE

Unidad 5
La variable Arte en el texto literario 5

Introducción 5

Definición del Arte 5

La Literatura como Arte 6

Nacimiento de la Literatura Occidental 6

Evolución de la Literatura Occidental 7

La Literatura y las demás artes 9

El Arte en el texto literario 9

La universalidad del Arte 12

Estrategias de lectura:

1) "Una hermosa mañana" (Margarite Yourcenar) 13

2) "Carta a un joven que se propone abrazar la carrera de arte" (R. L. Stevenson) 14

"Una hermosa mañana" (Margarite Yourcenar) 15

"Carta a un joven que se propone abrazar la carrera del arte" (R. L. Stevenson) 29

Actividades generales para "Un mundo feliz" (Aldous Huxley)
 Estrategia integradora 33

"Un mundo feliz" (Aldous Huxley) 34

Bibliografía 187

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Unidad 5

La variable Arte en el texto literario

®

INDICE

Unidad 5
La variable Arte en el texto literario 5

Introducción 5

Definición del Arte 5

La Literatura como Arte 6

Nacimiento de la Literatura Occidental 6

Evolución de la Literatura Occidental 7

La Literatura y las demás artes 9

El Arte en el texto literario 9

La universalidad del Arte 12

Estrategias de lectura:

1) "Una hermosa mañana" (Margarite Yourcenar) 13

2) "Carta a un joven que se propone abrazar la carrera de arte" (R. L. Stevenson) 14

"Una hermosa mañana" (Margarite Yourcenar) 15

"Carta a un joven que se propone abrazar la carrera del arte" (R. L. Stevenson) 29

Actividades generales para "Un mundo feliz" (Aldous Huxley)

Estrategia integradora 33

"Un mundo feliz" (Aldous Huxley) 34

Bibliografía 187

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Unidad 5
La variable Arte en el texto literario

LA VARIABLE ARTE EN EL TEXTO LITERARIO

OBJETIVOS:

Que el alumno:

- Encuentre en el texto literario, partiendo del concepto de arte, características específicas que lo puedan considerar como obra artística.
- Amplíe su campo de conocimiento al estudiar la obra literaria desde la perspectiva del arte.
- Investigue aspectos artísticos relacionados con los temas de la obra literaria estudiada.
- Compare las diferentes ideas sobre el arte y el artista según la época en que se manifiesten en las obras estudiadas.
- Participe, como lector, en la recreación de las obras literarias del presente módulo.
- Escriba un pequeño comentario, con análisis y conclusiones de los temas estudiados con el enfoque de la variable Arte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y DESARROLLO TECNOLÓGICO

LA VARIABLE ARTE EN EL TEXTO LITERARIO

Introducción

El arte como un quehacer creativo del hombre, es algo que está implícito en la vida de todo ser humano. Desde la prehistoria, las necesidades, aunadas al poder imaginativo del hombre, lo obligan a crear: el lenguaje, para comunicarse; los instrumentos de caza, para la supervivencia; sus dioses, por el asombro y la fascinación de los fenómenos naturales. La adoración a los dioses da origen a la magia y al mito, y con esto, al nacimiento de las artes. La veneración a un ídolo - representado por una estatua, escultura o totem -, tenía implicaciones con la danza, el canto - gritos o quejas -, las palabras de alabanza, que pueden ser la representación primitiva de los inicios de la poesía. Los rituales de la muerte, con todo lo que le es inherente: creencias, ritos, tumbas, que pueden ir desde una caverna, un mausoleo, hasta una gigantesca pirámide. Es así como aparecen proyectadas las necesidades espirituales del hombre, quien busca un medio por el cual pueda comunicar sus emociones más profundas, siendo el arte un lenguaje ideal para lograrlo.

Definición del Arte

Definir el arte, no es una tarea fácil, existen varias definiciones, la más tradicional y clásica es la relacionada con el concepto de belleza: *"el arte es toda actividad humana que, basándose en ciertos conocimientos, los aplica el artista para alcanzar un fin bello"*. (Lozano Fuentes, José M. *Historia del arte*. Edit. Continental. México. 1990. p 13). Pero el concepto de belleza en el arte ha sido muy discutido, pues existen pintores que han plasmado en el lienzo monstruos, demonios o seres horripilantes, sin que por ello dejen de ser obras de arte. Para algunos estudiosos del tema, lo que importa en la obra es la armonía, la combinación, la integración en un todo, y la armonía es belleza. Para Antonio M. Casas: *"Todo concepto de arte al que se pretenda negar la belleza será siempre en último término la negación del arte mismo"*. (*El arte de hoy y de ayer*. Edit. Labor. Barcelona. 1971. p 107). El concepto más actualizado de lo que el arte ha sido a través de la historia de la humanidad es: el arte concebido esencialmente como creación y expresión, y su finalidad es proyectar en forma objetiva toda la subjetividad que el artista lleva en lo más recóndito de su ser. El artista moderno aparece psicológicamente en sus obras, porque trata de comunicar a los demás su "yo" personal. Esta subjetividad del artista y de su obra, trata de llegar a otras subjetividades que a su vez experimentarán y se recrearán con la obra de arte, de una manera muy personal. Dos personas pueden estar frente a una pintura, una escultura, una obra arquitectónica magnífica, o escuchar la misma pieza musical, pero las sensaciones experimentadas serán totalmente diferentes. Cada uno de ellos lo captará y se emocionará en mayor o menor grado de acuerdo a su sensibilidad personal, y a su capacidad o conocimientos sobre la materia para disfrutar plenamente de un goce estético. *

Lo mismo sucede con las obras literarias, como te habrás dado cuenta, en el módulo 5 todos los compañeros de clase leyeron los mismos textos literarios, pero al momento de hacer los comentarios de la lectura las opiniones fueron muy diversas debido a que cada quien captó en forma personal las palabras del autor. En esto radica también la riqueza de la obra literaria, y en sí de toda obra de arte; cuantas veces una persona lea un texto literario, o vea una pintura, o escuche una pieza musical, siempre encontrará algo nuevo y volverá a deleitarse con la lectura y la música, y a recrearse con la contemplación de la pintura.

* Cabe aclarar aquí, que la Estética es una rama de la Filosofía que se ocupa de la naturaleza del arte y de sus procesos de creación, por esta razón, a veces se utilizará tal concepto en su forma más elemental a lo largo de este escrito.

La Literatura como Arte

La Literatura es el arte de la expresión a través de la palabra, es el arte de la creación por medio de la palabra. El escritor crea con su imaginación los personajes, el ambiente, la acción, el manejo y tratamiento de los temas y proyecta en su obra una realidad, una concepción muy personal de la realidad de su tiempo o del momento histórico que maneje en su obra. La literatura forma parte de las cinco "Bellas Artes" clásicas: Arquitectura, Escultura, Pintura, Música y Poesía. En sus inicios, algunas artes aparecen mezcladas, particularmente la música, la poesía y la danza. Durante el período helénico, en la Grecia clásica, el nacimiento del teatro aparece aunado con las fiestas y ritos en honor a los dios Dionisos -Baco para los romanos, dios del vino y protector del drama-, aquí, los cantos contenían poesía y se danzaban. Posteriormente, se erigió el teatro de Dionisos en donde se celebraban los famosos festivales poéticos en los cuales, concursaban con sus dramas los tres grandes trágicos de la historia de la literatura universal: Esquilo, Sófocles y Eurípides.

Nacimiento de la Literatura Occidental

Es Grecia la cuna del Arte, de las Ciencias y de la Filosofía, y por ende, de toda la cultura del occidente, nuestra cultura. Con el poeta Homero (800 a 700 a. C.) autor de los famosos poemas épicos de la *Iliada* y la *Odisea*, nace la literatura escrita, pues hasta ese momento, la poesía había sido solamente recitación oral. Los poemas homéricos están divididos en cantos o rapsodias y están inspirados en la guerra de Troya, cuya causa fue: el rapto de la bella Helena -esposa de Menelao, rey de Esparta-, por Paris el príncipe troyano. En la *Iliada* se narra solamente un episodio de la guerra: la cólera de Aquiles. Y en la *Odisea* se cuentan todas las aventuras por las que pasa Ulises -también llamado Odiseo-, rey de Itaca, al regresar a su patria al lado de su esposa, la fiel Penélope. Los poemas de Homero contienen pasajes de gran belleza literaria y sus personajes están descritos de manera tan que revelan por parte de su autor, un profundo conocimiento de las pasiones y el sentir humano. El siguiente fragmento es un pasaje de la *Iliada* en donde el héroe troyano, Héctor, decide enfrentarse al famoso Aquiles, quien combatía por los aqueos: "Cuando ambos guerreros se hallaron frente a frente dijo el primero, el gran Héctor de tremolante casco:

<<No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, huyendo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu acometida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea, pongamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que se cumplan nuestros pactos: yo no te insultaré cruelmente si Zeus me concede la victoria y logro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, oh Aquiles, entregaré el cadáver a los aqueos. Obra tú conmigo de la misma manera>>.

Antes de Homero, con la literatura oral, se transmitían todas las tradiciones - cuyo origen siempre es mítico -, de esta manera se conservaban a través del tiempo. Las obras de este período siempre son poéticas y se ejecutaban ante un auditorio acompañadas de instrumentos musicales. El poeta era un "aedo", un cantor, y contaba en sus cantos poéticos las hazañas de los héroes. Estos "aedos" improvisaban sus cantos, a diferencia de los "rapsodas" - cosedores de historias -, quienes surgieron después y en una forma ya organizada, combinaban las historias para su ejecución en público.

La poesía lírica se cantaba en forma coral acompañada de la lira - instrumento musical de la época -, y de la danza. Cuando aparecen los grandes líricos Alceo y Safo (600), se da la poesía monódica, o sea cantada por una sola persona. Aquí, Alceo, protestaba con sus cantos en contra de la política establecida, y Safo cantaba a los sentimientos del amor y de la belleza.

Con el género dramático aparecen la tragedia y la comedia, y con ellas el arte teatral. Aunque ya se vio que anteriormente existieron algunas formas de representación ante un público, es con el primer trágico griego, Esquilo (525-456 a. C.), cuando empieza a darse formalmente la representación teatral. Sus temas son de origen mitológico, pero los conflictos planteados son profundamente humanos, de allí su universalidad vigente hasta nuestros días. Los actores usaban máscaras para representar sus personajes y lo hacían en grandes teatros con graderías semicirculares. A Esquilo le siguieron los otros dos grandes trágicos: Sófocles y Eurípides. Contemporáneo a este último aparece el primer comediógrafo griego: Aristófanes (445 a. C.). En las obras de este autor se critica de un modo festivo a los personajes renombrados de su tiempo, como políticos, filósofos, y hasta gente del pueblo. Aristófanes lo hace en forma satírica y con una gran creatividad para caricaturizar y ridiculizar a la sociedad de su época. En el terreno de las demás artes, destacan en este período: la arquitectura y la escultura. La construcción de los grandes templos dedicados a sus dioses y las figuras esculpidas para representarlos son fiel testimonio de la grandeza de su tiempo.

Evolución de la Literatura Occidental

Durante la Edad Media (siglos VIII-XIV), se presenta una fuerte corriente de poesía lírica en Francia y ejerce una amplia influencia en otros países europeos como Alemania, España, Italia y Portugal. En esta poesía se manifiestan los sentimientos íntimos del autor, sobre todo de tipo amoroso, es la época del sistema feudal en la que los poetas son llamados "trovadores". Los trovadores son los autores de la poesía y de la música, todavía no se da una separación entre estas dos artes, a pesar de que en algunos casos, para el trovador era más importante dar a conocer la música que el poema. En este período también influye grandemente en la literatura, el apogeo del cristianismo, es la época de las Cruzadas y los caballeros peleaban por su dama y por su Dios. Los poemas épicos griegos, que cantaban las hazañas de los héroes y guerreros se convierten en la Edad Media en "Los Cantares de Gesta". Obras famosas de la época son: *El cantar de Roldán* y *El poema del Mio Cid*, ambas anónimas. Junto a los trovadores aparecen los "juglares", pero éstos, a diferencia de aquéllos, no componían y sólo se dedicaban a interpretar las canciones de los trovadores, a bailar, a hacer malabarismos y una serie de cosas con el fin de entretener a la gente.

En España, la poesía medieval tiene un florecimiento muy especial, aparte de la literatura culta - la que estaba escrita en latín -, empiezan a aparecer escritos en lengua vulgar, de tal manera que, este factor contribuye a que llegue a un sector de público más amplio. Obras importantes de este momento en España son las del *Mester de clerecía*, el cual constituye un movimiento poético, bajo cuyo título se agrupan obras de varios autores, *El Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita, los *Romances españoles* y los *Cancioneros* en lengua gallego-portuguesa que coleccionaban poesías de varios autores. El teatro de este período es de un alto contenido religioso y los temas interpretados eran sobre la navidad, la resurrección, los milagros de la virgen o la vida de algún santo. Paralelamente a la literatura se van desarrollando las demás artes, junto con los escritos de los poemas se incluían ilustraciones alusivas al contenido de las obras, también existen mosaicos y vitrales con temas religiosos dentro de las grandes construcciones arquitectónicas de los templos y monasterios, y como parte inherente a éstos, la escultura; formando así, todo un conjunto de manifestaciones fehacientes de una larga época.

Este panorama general del arte literario no ha querido pasar por alto la importancia del período de la Roma clásica y del estilo románico medieval, pero como el objetivo es dar sólo una visión muy generalizada sobre el acontecer literario y artístico de algunas épocas, y no una historia de la literatura y del arte, señalaremos aquí la famosa frase que dice: "Roma conquistó a Grecia con las armas, pero Grecia conquistó a Roma con su cultura". He aquí, otra de las razones para señalar a Grecia como la

cuna de la cultura occidental. Es importante mencionar en este período la figura de Dante (1265- 1321), autor italiano cuya obra literaria *La Divina Comedia* está considerada como toda una obra de arte que refleja el profundo sentir de su autor y de su época.

Como antecedentes del Renacimiento se van dando hechos que van a ser los preparativos para que se dé ese gran período que va a dar inicio a la era moderna. La desvinculación de la música y la poesía permite el enriquecimiento para ambas artes, en el arte pictórico comienzan las representaciones religiosas de la Virgen María con el niño y en el arte literario aparece la novela cuando aún no desaparecen los *Cantares de Gesta*. El Renacimiento pleno se da en los siglos XV y XVI, este período se conoce también con el nombre de "Humanismo", y como su nombre lo indica, es un renacer en el gusto por la cultura clásica grecolatina, florece en Italia y particularmente en Florencia, en donde Lorenzo de Médicis "El Magnífico" acoge y da protección a los artistas, contribuyendo al engrandecimiento de la época.

Se conjuntan varios acontecimientos que provocan el desenvolvimiento de este período trascendental en la historia de la cultura y las artes: la invención de la imprenta por Gutenberg (1400-1468), permitió que los libros llegaran a un mayor número de personas y por lo tanto los conocimientos también; los descubrimientos científicos en Astronomía, Física, Matemáticas y Medicina; los descubrimientos geográficos con los viajes de Colón, Marco Polo, Magallanes y Vasco de Gama. Es la época de Miguel Ángel, Leonardo da Vinci, Donatello y Rafael en lo que corresponde a pintura y escultura; en la literatura, con Shakespeare, se da el esplendor teatral del período isabelino, y con Cervantes aparece la obra literaria más famosa de todos los tiempos: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En música comienza un auge con el estilo polifónico; Maquiavelo en el ámbito político; y, en el religioso, después de mil años de Cristiandad, aparece el protestantismo con el movimiento de la Reforma. Por todo lo anterior, suceden cambios intelectuales en la mentalidad de la época, en la Edad Media, el hombre se manifestaba desde el punto de vista de las instituciones sociales - el feudalismo-, y religiosas, - el cristianismo -; en el Renacimiento, el hombre se individualiza, se preocupa por el mundo que lo rodea y plasma en sus obras sus propias observaciones y su manera de sentir respecto al hombre y la naturaleza.

A finales del siglo XVI empieza un movimiento religioso encabezado por la Iglesia Católica que se llamó Contrarreforma y que propició un nuevo período artístico: el Barroco, el cual fue dominante durante el siglo XVII. Las características de este período radican en la exageración y abundancia de adornos y detalles con temas obviamente religiosos. Estos elementos se manifiestan notoriamente en la arquitectura de las iglesias de la época, - en México se puede apreciar en las iglesias y edificaciones coloniales -, en la pintura destacan: Rembrandt, Rubens y El Greco; en música, el alemán Juan Sebastián Bach, llamado "el padre de la música", en cuyo arte se combinan la polifonía y el contrapunto - armonización de varias melodías ejecutadas al mismo tiempo -, con gran perfección.

Entre los siglos XVII y XVIII en el mundo artístico y literario, las miradas se vuelven hacia la época clásica de Grecia y Roma. El ideal clásico se convierte en modelo de imitación. A este período se le llamó Neoclásico. La arquitectura adquiere líneas más sencillas y se sujeta a las normas tradicionales para construir con grandes columnas al estilo de los templos griegos y romanos de la antigüedad. Lo mismo sucedió con el arte escultórico, cuyas figuras eran una imitación de las grecorromanas. La literatura se caracterizó por la expresión refinada y la elocuencia. El siglo XVIII es el llamado "Siglo de las luces", de la "ilustración" y de la "razón", en donde predominan las ciencias y la filosofía, y es la razón la generadora de toda obra de arte. Esta situación influyó como una limitante en el proceso creativo y generó un rompimiento posterior con el movimiento liberador del Romanticismo.*

* Los movimientos literarios a partir del Romanticismo los encontrarás en el módulo anterior. (M-8 de Español).

La Literatura y las demás artes

A partir del Romanticismo se desbocan todas las artes, el artista rompe con las estrictas reglas del neoclasicismo y empieza a gozar de una libertad de expresión que perdura hasta nuestros días. Nacen nuevas artes como la ópera y el ballet, y sucede que en ocasiones una forma artística es inspiradora de otra. En algunos casos una pintura o una escultura ha servido de inspiración en la literatura o viceversa; como ejemplo está la figura de don Quijote que ha sido fuente de inspiración en la escultura, la pintura, la música, la danza, el teatro y el cine. La ópera se nutre de la literatura, pero también existen obras musicales cuyos títulos son utilizados en obras literarias por algún motivo específico del escritor, como es el caso de *La consagración de la primavera*, del músico ruso contemporáneo Stravinsky y la novela de Alejo Carpentier del mismo título. La danza, ya sea clásica o moderna, también tiene su base argumental en la literatura, siendo su lenguaje el movimiento y las formas del cuerpo. Los ejemplos abundan en los diferentes períodos artísticos, sobre todo con la llegada de los "ismos": impresionismo, surrealismo, simbolismo, cubismo, y otros. Las artes se desarrollan así, casi en forma paralela unas con otras, con los rasgos característicos de cada etapa.

El Arte en el texto literario

Todo arte es un lenguaje mediante el cual el artista se expresa de diferentes maneras, con los recursos que le son característicos: la pintura con pinceles, colores, luces, sombras; la escultura, con barro, piedra o mármol; en cierto modo tienen una presencia material. La literatura se vale de la imaginación del lector, aquí no participan los sentidos, sino el intelecto, la imaginación y la sensibilidad para poder captar el mensaje de la obra. El siguiente fragmento es de la novela *Daisy Miller*, de Henry James:

"En la pequeña ciudad suiza de Vevey hay un hotel extraordinariamente confortable, si bien es verdad que allí todos son buenos hoteles, ya que el negocio principal en esa ciudad es el turismo. Muchos viajeros recordarán aún que nuestro hotel se halla situado al borde mismo de un renombrado lago azul, cuya visita es poco menos que obligatoria para todos los turistas. Por las orillas del lago se extiende, además, una ininterrumpida serie de albergues de diversas categorías que van desde el Gran Hotel, de nuevo estilo, fachada revocada de blanco, con un centenar de balcones y una docena de gallardetes flotando en su tejado, hasta la modesta pensión suiza, de típica fachada rústica, de madera, con el nombre escrito en caracteres góticos sobre un rótulo rojo o amarillo, fijado a una valla, y su correspondiente cenador de verano en el ángulo del jardín. Hay, sin embargo, un hotel en Vevey, famoso por su aire de lujo y seriedad, que lo distingue de sus empingorotados vecinos".

Al leer la descripción de este lugar entra en juego la imaginación del lector, quien puede recrear en su mente lo que el autor expresa. Lo mismo sucede con situaciones en las que el autor presenta una problemática, como en el siguiente fragmento de *La despedida*, del autor contemporáneo Milan Kundera:

"- Me gustaría irme contigo lejos de aquí -dijo.

Con la mano derecha tenía cogida a Ruzena por el hombro y con la izquierda sostenía el volante. A algún sitio lejos hacia el sur. Atravesando las largas carreteras que bordean la costa. ¿Has estado en Italia?

-No.

-Entonces prométeme que vendrás conmigo.

-¿No exageras?

Ruzena lo había dicho sólo por modestia, pero el trompetista se asustó de que el *no exageras* de la chica tuviese que ver con toda su demagogia y que la hubiera descubierto en aquel momento. Pero ya no podía retroceder.

-Sí exagero. Siempre tengo ocurrencias exageradas. Pero a diferencia de otros, siempre hago realidad mis ocurrencias exageradas. Créeme que no hay nada más hermoso que realizar ocurrencias exageradas. Yo desearía que mi vida no fuese más que una ocurrencia exagerada. Desearía que ahora no volviésemos al balneario, que siguiésemos hacia delante, hasta llegar al mar. Allí encontraría trabajo en alguna orquesta e iríamos de playa en playa.

Detuvo el coche en un sitio desde donde había una hermosa vista de los alrededores. Bajaron. La invitó a dar un paseo por el parque. Al cabo de un rato de andar se sentaron en un banco de madera que quedaba de las épocas en que se viajaba menos en coche y se paseaba más por los bosques. Seguía con el brazo en el hombro de ella y de pronto le dijo con voz triste:

Todo el mundo cree que mi vida es muy feliz. Se equivocan por completo. En realidad soy muy infeliz. No sólo estos últimos meses, hace ya muchos años".

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un ejemplo para dar rienda suelta a la imaginación, es el siguiente poema, muestra de la nueva lírica alemana:

Un sueño

Estoy huyendo. He perdido mis
zapatos.

Los cerezos están en flor, detrás de una casa
abandonada.

La barda está rota. Mis pies polvorientos,
lastimados.

Estoy sentado en el pasto, me duermo. Por la ventana
abierta
miro a un cuarto blanco y fresco.

En el sueño

veo a un hombre viejo, descalzo,

ante un lienzo.

Me da la espalda. Ligeramente encorvado
columpia el cuerpo en el sol de la mañana y rápido,
con unos trazos diminutos, pone un par de zapatos,
guiñando el ojo. Qué fácil lo hace. El olor
a pintura es penetrante y grasoso, y en la luz oblicua
brilla el pincel mojado, pelo por pelo.

Pasa el tiempo. Suave y color venado pinta
las dos botitas una junto a la otra, un tanto recorridas,
en medio del suave pasto. Huelo el cuero.

Los lazos,

las lenguas brillante mate, puedo contar los corchetes,
las corchetes de metal. Fuera de la mente del pintor
y de su cuadro no hay zapato alguno.

Desde la calle oigo el murmullo de la gente,
ladrado de perros, ruido. ¿No se escuchó un disparo?
¿Por qué lo haces? grito en el sueño, ¿por qué haces
lo que haces?

¿No tienes cuero? -Él no se mueve. - Sí,
son bonitas, pero ¿qué quiere decir "bonito"? ¿Te dan
dinero por esto? - Creo que se está riendo, - Además,
son viejas y muy usadas. - Se hace el sordo,
echa un vistazo al cuadro, encoge los hombros
y se va. Las botitas están calientes,
como dos liebres que duermen, en el pasto."

Hans Magnus Enzensberger

La universalidad del Arte

El arte aparece a través de los siglos en todas las manifestaciones humanas, el hombre muere; pero su obra permanece para deleite de todas las generaciones presentes y futuras. El arte es la huella eterna del ser humano, no importa a qué época pertenezca, no importa su nacionalidad. Contemplar una pintura o escultura, escuchar una obra musical, presenciar una danza, leer una obra literaria, siempre asombra, deleita y maravilla, sin importar si ésta fue creada por un artista italiano, ruso, alemán o francés, o que pertenezca a una época diferente de quien contempla o escucha; porque lo que comunica es su sensibilidad, su subjetividad, y tanto ésta, como el placer estético son universales. Por éstas y muchas otras razones que sería largo enumerar, el arte posee el valor de la eternidad y de la universalidad.

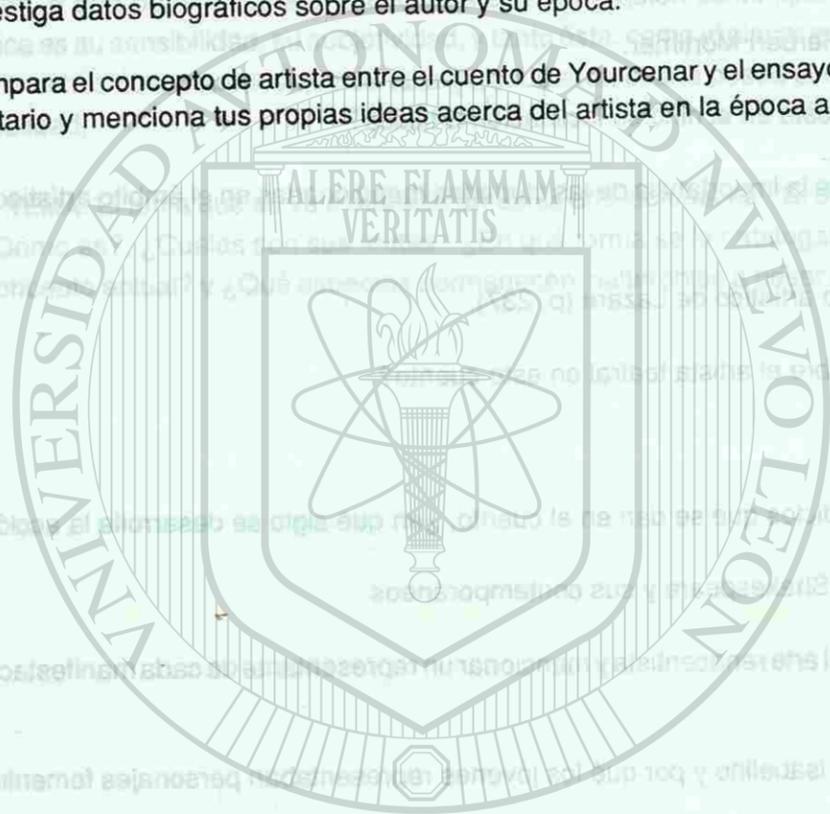
TEMA: El tema que se va a manejar en estas dos lecturas es: "El concepto de artista". ¿Quién es?, ¿Cómo es?, ¿Cuáles son sus metas? ¿En qué forma se le catalogaba en otras épocas? ¿Cuál es el concepto actual? y ¿Qué aspectos permanecen inalterables a pesar de los siglos transcurridos?

Estrategia para "Una hermosa mañana," de M. Yourcenar.

- 1.- Escribe el resumen del argumento en 10 o 15 renglones.
- 2.- Subraya y escribe palabras y frases que te den indicios de la época en que está ubicada la acción.
- 3.- Describe el personaje de Lazare.
- 4.- Describe el personaje de Herbert Mortimer.
- 5.- ¿Cómo y por qué se manifiesta en el niño su inclinación artística?
- 6.- Escribe algunas líneas sobre la importancia de las ciudades mencionadas en el ámbito artístico de la época.
- 7.- Analiza y comenta el sueño artístico de Lazare (p. 237).
- 8.- ¿Qué concepto se tiene sobre el artista teatral en este cuento?
- 9.- Investiga lo siguiente:
 - A) De acuerdo a los indicios que se dan en el cuento, ¿en qué siglo se desarrolla la acción?
 - B) Datos breves sobre Shakespeare y sus contemporáneos.
 - C) Datos breves sobre el arte renacentista y mencionar un representante de cada manifestación artística.
 - D) ¿Cómo era el teatro isabelino y por qué los jóvenes representaban personajes femeninos en esa época?
 - E) ¿Cómo eran las representaciones teatrales en la Grecia clásica? Establecer una comparación con el teatro isabelino.
 - F) Consigue un fragmento de una obra literaria del Renacimiento y compara su lenguaje con el de M. Yourcenar.

Estrategia para "Carta a un joven", de R. L. Stevenson

- 1.- Lee este pequeño ensayo.
- 2.- Sintetiza los conceptos que se expresan aquí sobre el artista.
- 3.- Investiga datos biográficos sobre el autor y su época.
- 4.- Compara el concepto de artista entre el cuento de Yourcenar y el ensayo de Stevenson. Escribe un comentario y menciona tus propias ideas acerca del artista en la época actual.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Una hermosa mañana

Margarite Yourcenar

- Entonces ¿los has visto?
- No sólo los vi, sino que hablé con ellos. ¿Sabrás guardar un secreto? Me marchó.
- ¿Te marchas? ¿A dónde?
- A Dinamarca. Parece ser que en el Norte es donde mejor tratan a los actores.
- ¿Te han contratado?
- Ya sabes que necesitan a alguien, desde que le rompieron la cabeza a la primera actriz, en el *Oso Pardo*.
- ¿Lo sabe la Loubah?
- No. Más vale que no se entere. Pero le será fácil encontrar a otro que les suba jarras de cerveza y café a los clientes.
- ¿Y es mañana cuando se marchan?
- Sí. Muy temprano. No te atormentes, Klem. Volveremos a pasar por aquí al volver de Dinamarca. A propósito, te debo tres centavos de la última apuesta que hicimos.
- ¡Oh! Ya sabes que no me importa...

Se abrazaron.

Desde hacía ya doce años que estaba en esta gruesa bola que da vueltas, el pequeño también había dado muchas a su vez, aunque únicamente por las calles y callejuelas de Amsterdam. Por las tardes, bien ataviado con un traje de lacayo, abría la puerta a los clientes de la Loubah, haciendo una profunda reverencia. De cuando en cuando, en el momento en que se oían varios timbrazos furiosos, lo enviaban a comprar bebidas o tabaco para los visitantes que merecían tales cuidados. Por lo demás, Loubah sólo recibía a esa clase de visitantes.

Los Señores, apoyados en la almohada con una de las dos sobrinas, o con una tercera, que era negra, no prestaban atención al niño del pelo revuelto. Distraídamente, le decían que metiera la mano en el bolsillo de su chaqueta, colgada en una silla, y que cogiera una monedita. Una o dos veces, sin embargo, Lazare consiguió de este modo una moneda de oro, cosa que lo dejó desconcertado, pues no sabía cómo cambiarla sin que le acusaran de haberla robado. Por fin la negra, riéndose a carcajadas, la cambió para él. Las sobrinas eran muy amables, pero se levantaban muy tarde y costaba mucho trabajo hacerles la cama, lavar y planchar sus puños y cofias, así como sacarle

brillo a sus zapatos. La peluquera, que venía todos los días a rizarles el pelo, permitía que el pequeño pusiera las tenacillas a calentar, o que las enfriase soplando cuando hacía falta, pero el olor a pelo quemado le repugnaba.

Lo más agradable para él eran las ocasiones en que lo llamaban de la posada, para que ayudase. La Loubah, que no era mala persona y que tenía interés en llevarse bien con los vecinos, jamás le impedía que fuera, y ni siquiera cobraba un porcentaje sobre las propinas. En cuanto a la escuela, él se las apañaba. Además, se estaba haciendo demasiado mayor para ir a la escuela.

La posada era un mundo. En ella había de todo; gruesos granjeros que acudían a las grandes ferias; marineros procedentes de todas partes; franceses que siempre andaban inquietos y sin un centavo y que, además, pretendían ser hombres de letras, aunque Lazare no sabía lo que significaban aquellas extrañas palabras, y el patrón, por lo bajo, los llamaba espías; criados de las Embajadas que Sus Excelencias no podían alojar de un momento, por carecer de sitio; señoras acompañadas por oficiales (su madre había debido parecerse a aquellas señoras). El paquebote que venía de Inglaterra siempre traía a algún cliente. Y entonces era cuando apreciaban más su presencia, cuando le hacían más caso, a él, al pequeño Lazare, de casa de la Loubah, no sólo para servir los platos y sostener las riendas de los caballos en el patio, sino para hablar con aquellas personas en inglés. En casa de la Loubah se hablaba mucho en inglés; él lo aprendió desde pequeño. Incluso la negra, que era jamaicana, chapurreaba aquella lengua. También recordaba Lazare el importante momento en que la Loubah lo llevó con ella a Londres -donde permanecieron unas semanas-, con su mejor cuello de encaje y unas bolitas brillantes en los bolsillos. Pero lo que sobre todo recordaba era el mareo.

Estos días habían pasado por allí toda una pandilla de ingleses. No se pudo saber, de momento, si eran ricos o pobres: llevaban consigo un montón de paquetes mal hechos. Y los baúles eran viejos, y los habían cerrado como podían, atándolos con cuerdas. Algunos de estos ingleses iban bien vestidos, pero su ropa blanca estaba algo rota o remendada, y otros, en cambio, iban muy desaliñados, con un traje raído o sucio, aun cuando lucieran en ocasiones, por debajo de la chaqueta, una hermosa bufanda adornada con cequíes, que parecía de mujer o, en un dedo, un grueso diamante que Mevrouw Loubah hubiera declarado falso inmediatamente.

Lazare pensó en seguida que se trataba de actores. Conocía bien el paño. Había visto una o dos obras de teatro en Londres, y en Amsterdam mismo, donde de cuando en cuando se daban representaciones en unos tablados que montaban en cualquier encrucijada, o en la cochera de una posada. Sólo que estos actores no eran gran cosa y sólo sabían hacer payasadas y acrobacias. En cambio, la mayoría de los recién llegados -serían dieciocho o veinte-, tenían buenos modales, casi tan buenos como los de Mevrouw Loubah o los de Herbert Mortimer, a quien Lazare, conquistado por su gran amabilidad, consideraba un buen amigo.

Herbert Mortimer había regresado a Londres hacia la Navidad, pero Lazare no lo había olvidado todavía. Tenía muy buen aspecto, a pesar de ser un señor muy viejo y ya renqueante, muy blanco y muy dulce. Tenía unas manos largas y bien cuidadas, que acariciaban sin descanso el pomo de su bastón. También le gustaba darle palmaditas en la cabeza al niño, y abrir para él su precioso pomo labrado, para darle confites, golosina que ambos apreciaban mucho. El y Mevrouw Loubah eran antiguos amigos. Cuando llegó a la casa, dos o tres años antes, llevaba consigo ropas de buena calidad y una caja muy grande, llena de folletos y de libros. También tenía un monito, no más grande que el puño, pero el monito murió. Loubah había instalado a Herbert en la habitación de arriba, allí donde solía poner a la gente que no deseaba ser molestada. Casi nunca bajaba. El niño, que le subía la comida, pensaba que tal vez fuese por las escaleras, o porque tuviese miedo de algo. Nadie

consumía tantas velas de cera como él (despreciaba las de sebo), pero, al revés de lo que solía ocurrir, la Loubah no se enfadaba. Lazare suponía que, para ser tan atentos uno con el otro, debían de haberse despertado a menudo como los que se aman, con la cabeza sobre la misma almohada; aunque habría pasado seguramente mucho tiempo desde entonces, pues la Loubah, pese al colorete que se daba, al abayalde y a la alheña, ya no era nada joven, y Herbert no disimulaba que era viejo. Tendría por lo menos sesenta años. Sólo que, al menos, difería en una cosa de los demás viejos: tenía un generoso corazón; repartía con el pequeño las tazas de chocolate y los bizcochos que le subían.

Por las noches, ya tarde, al subir a su buhardilla, Lazare percibía un rayito de luz por debajo de la puerta de Herbert, y le oía hablar solo. O más bien parecía como si hablase con otras personas, que le respondían, aunque Lazare estaba seguro de que en el cuarto no había nadie. A menos que estuviera hablando con fantasmas, lo que habría sido espantoso, pero Lazare miró un día por la rendija de la cerradura y no vio a ningún fantasma. Lo más extraño era que la voz del anciano señor cambiaba constantemente: tan pronto era una hermosa voz de hombre muy joven, una de esas voces que hacen pensar en los labios carnosos y en una bonita dentadura. Otras veces, la voz era la de una muchacha joven, muy dulce, que reía y parloteaba como un manantial. Y también se escuchaban diversas voces zafias, que parecían querellarse entre sí. Pero lo que a él más le gustaba era cuando hablaba con una voz majestuosa, y tan lenta que, con toda certeza, era la de un obispo o la de un rey.

Una noche, el niño rascó la puerta. El anciano le abrió con benevolencia, llevando un libro en las manos.

-¿Eres tú? Hace ya tiempo que te oigo resoplar debajo de la puerta, como si fueras un perrito.

Lazare ladró bajito, se sentó en el suelo y puso la pata en la rodilla de mister Herbert, para representar mejor su papel canino. El otro le acarició la cabeza y continuó leyendo a media voz. Al pequeño le pareció que leía mejor que nunca al saberse escuchado y contemplado. A partir de aquella noche, siempre estuvieron juntos. Lazare se convirtió en su hijo, en su perrito de aguas, en su público y, más tarde, en su alumno. Una noche, el anciano le dijo, empujando hacia él una hojas desgarradas:

-Sabes leer. Contéstame. Será más divertido.

Y, en efecto, fue mucho más divertido, ya que ambos se reían mucho cuando Lazare se equivocaba, lo que sucedía a menudo, pues todavía no leía muy bien la letra impresa.

Ahora comían casi siempre juntos, y la comida transcurría frecuentemente fingiendo que el cuchillo era una daga que le clavaban en las costillas a alguien, y el tenedor una flor que ofrecían a alguna señora o, según lo casos, un cetro. Dos o tres veces, invitado por la Loubah, consintió mister Herbert en bajar a cenar con su anfitriona, pero las sobrinas de ésta y los convidados de turno lo aburrían, y el niño se daba cuenta de que Herbert, con sus buenos modales y sus palabras en exceso corteses, hacía sentirse molestos a la mayoría de aquellas personas, pues no es necesario explicar que los huéspedes de la Loubah eran a menudo groseros, aunque ricos, o bien al contrario, eran muy tiesos y desconfiados. Mevrouw Loubah, en cambio, tan menudita entre sus encajes y tan bien educada, estaba acostumbrada a sus risotadas, a sus hipos y a los salivazos que le largaban a la estufa. Y además mister Herbert -que con tanta elocuencia hablaba el inglés de los reyes y reinas- conocía mal la lengua de la comarca. Se mofaban de él y eso le fastidiaba. El pequeño no sentía escrúpulos por reírse, también él, de sus equivocaciones, pero lo hacía únicamente cuando estaban solos.

Un día, un poco antes de Navidad, estando mister Herbert en el acogedor gabinete de la Loubah, el niño le oyó decir:

-Ese ímpetu que pone... Ese oído para las cadencias... Parece que me estoy viendo a mí mismo cuando tenía doce años y, al mismo tiempo, tiene algo que yo no tenía, parece un fuego fatuo, un duende, un Ariel...

-¿Un Ariel? -repitió interrogativamente Mevrouw Loubah.

-Da lo mismo -replicó el otro con impaciencia-. Es una vergüenza dejar en barbecho tan fértil terreno. Si yo le enseñara...

-Vuestro oficio, mi querido amigo, es de esos en que uno empieza y termina muriéndose de hambre.

-Pero, entretanto, pasamos buenos momentos -dijo Herbert soñador-. Es hermoso entusiasmar al público de la sala, conmover a unas gentes que nada sentirían aunque, vieran asesinar delante de ellas a una persona en la calle... Y, además, la corte... Y esa manera especial nuestra de saludar sin obsequiosidad a Sus Majestades, cuando uno mismo está acostumbrado a ser rey o príncipe... Es un oficio en el que uno se codea con los grandes de este mundo. Un poco como el vuestro, si me atrevo a decirlo así.

Pero a mi nadie me hace peligrosos encargos, que pueden conducir al recadero a la cárcel. Habéis escapado de milagro.

-Gracias a vos, mi encantadora amiga. Y sólo vuestro encanto os evitó seguir el mismo camino...

-¡Oh! -contestó ella-, jamás me vi comprometida por pamplinas políticas... Tan sólo son aire, mi querido amigo. Y yo estoy por lo sólido.

-Por lo sólido y por lo exquisito -dijo él con galantería-. Pero ese pequeño...

-No -dijo ella-. Si alguna vez se me ocurre enviarlo allí, será con un protector más rico en haberes. Sigo prefiriendo lo sólido, ¿comprendéis? Olvidaros de él.

Y, al levantarse, hizo un gesto que sorprendió al niño: besó a su viejo amigo en los labios. El le devolvió largamente su beso. ¿Era posible que aún se besaran, a esa edad? El pequeño creyó oír a Mevrouw Loubah decirle riendo a mister Herbert que un mocoso de doce años no es un rival.

Pocas semanas más tarde, Herbert enseñó con satisfacción el salvoconducto cuajado de sellos que estaba esperando desde hacía mucho. El cielo político se había despejado para él.

-Os aconsejo que sigáis aquí -dijo la Loubah con prudencia-. Allí el teatro anda en el aire, por culpa de las Cabezas Redondas. Os arriesgáis a veros envueltos en un auténtico drama.

Mas no hubo nada que hacer. Unos días más tarde, el anciano embarcaba para Londres, donde Burbage le proponía un buen papel. Los adioses entre Mevrouw Loubah y él fueron afectuosos, pero cortos como los de esas personas que han tenido que despedirse muchas veces. Herbert besó al niño

con mayor temura, o al menos a éste se lo pareció, pues creyó ver que los ojos de su amigo se humedecían:

«¡Qué Julieta!», murmuró con voz casi temblorosa. «¡Qué Julieta!» Como temía ser importunado en la aduana y que le registraran el equipaje, dejó en casa de la Loubah buena parte de sus libros y de sus folletos.

El niño se apoderó de ellos, pero, como Mevrouw Loubah no era con él tan generosa en velas de cera, cogió unos cuantos cabos de velas de sebo. Por las noches, en su buhardilla, imitaba lo mejor que podía las entonaciones y ademanes de su viejo amigo.

Los comediantes que había en la posada no podían presumir de tan buena prestancia como la de Herbert, quien, de creer sus palabras, había actuado con frecuencia delante del rey Jacobo. Pero tenían algún dinero en el bolsillo. Se iban a hacer una gira y viajarían a Hannover (la Electora era inglesa), a Dinamarca y, finalmente, a Noruega, aunque antes se preparaban para representar una comedia en una fiesta campestre, que se celebraría a unas leguas de allí, en el parque de un señor pródigo y de genio alegre, el señor de Bréderode, a quien mucho estimaban los dueños de la posada. La consideración que le tenían repercutía favorablemente en su manera de tratar a los fadanduleros. No obstante, un actor apenas significaba algo más que una cabeza de ganado, así que sólo les habían alquilado una sala grande, en las dependencias subalternas, que antaño debió servir de establo, y en la que habían puesto una mesa redonda y unos taburetes. Unas cuantas mantas, colocadas junto a la pared, servían de camas.

Lazare, a quien gustaba adivinar las edades, pensó que el más viejo de la pandilla debía tener unos cincuenta años, y el más joven, unos diecisiete. El de los diecisiete era bastante bien parecido. Lazare pronto se enteró de que se llamaba Humphrey.

El pequeño iba y venía, de la cocina a la sala, con unos jarros de estaño. Era una especie de juego. Se vanagloriaba, levantando mucho su delgado brazo, de su habilidad para escanciar la cerveza, con un fuerte chorro espumoso.

-¡Bravo! ¡El escanciador del padre Júpiter!

-Y soy vuestro Ganimedes -dijo el niño soltando un verso de un tal Shakespeare. El traspunte no daba crédito a sus oídos.

-¿De dónde has sacado eso?

-Me sé de memoria todo el papel de Rosalinda -dijo el niño con orgullo.

-Si eso es verdad, es más que un buen presagio -dijo el grueso director, que presenciaba aquella escena-. Es una suerte que no debemos dejar escapar.

-No es seguro que Edmund no consiga salir de ésta -dijo el traspunte, a quien le gustaba llevar la contraria, y que, además, sentía afecto por Edmund.

-Pero ¿qué dices? Tiene para tres semanas, si es que logra escapar con vida, y tenemos que representar la obra mañana mismo. Además, una Rosalinda con la cara destrozada...

-¿Y tú, judifllo piojoso, cómo es que sabes hablar inglés? -preguntó con ferocidad el traspunte, que en el escenario también hacía de tirano y de rey Herodes-. Y, además, ¿dónde aprendiste las parrafadas de Rosalinda?

-Un señor mayor, que se llama Herbert Mortimer, vivió en esta casa.

El director dio un silbido, hundiendo sus gruesas mejillas.

-¡Nada menos! A propósito, Herbert acaba de regresar a Londres, con un buen salvoconducto.

Lo necesitaban para que hiciera el papel de César.

-¡El de César, no! ¡Ni hablar! ¡En estos tiempos y con tantos disturbios! Es una obra peligrosa... No... Lo que hará es el Moro de Venecia... Modificado, claro está, pues de todos modos es una obra endiablada... Pero hay que reconocer que Herbert no está mal, con la cara pintada de nogalina y un turbante en la cabeza....

-¡Aun así! Todos saben que su edad ya no es apropiada para besar a Desdémona.

-¡Bah! Da igual. En el teatro, la edad no cuenta, y ni siquiera en la vida.

El grueso director rubio no le quitaba el ojo de encima al niño, de quien todos parecían haberse olvidado.

-Contéstale, Orlando -le dijo Humphrey-. Ya veremos si sabe o no hacer de Rosalinda. En todo caso, es muy guapo.

-No es justo -dijo de mal humor un muchacho algo rollizo, que comía un arenque ahumado con un mendrugo de pan-. Soy yo, Aliena, quien debiera hacer de Rosalinda.

-Conténtate con seguir haciendo de Aliena, hija mía -dijo el director, a quien llamaban también «el buen duque»-. Llevas las faldas bastante mal, así que representar el papel de una muchacha que se disfraza de hombre sería para ti como dar tres saltos mortales uno detrás de otro. Es menester saber caer muy bien.

-Y, además -añadió Humphrey-, tienes demasiada cintura y sería molesto para mí sacarte a bailar.

Se sentó en sus talones, limpiándose los ojos para disimular su llanto de rendido enamorado, y luego rió e imploró alternativamente. Era un buen actor: en su papel de Orlando tan sólo era un poco más intensa y alegremente Humphrey. El niño, con los ojos brillantes de gozo, le respondió sin equivocarse. En su papel de muchacha que simula ser un varón, para consolar a un compañero de la ausencia de su amada y burlarse amablemente de él, lograba comunicar la impresión de un jugueteo entre tres personas que, por decirlo así, jugaban una contra la otra, ya que, para complicarlo todo más, la muchacha vestida de hombre amaba al joven de quien se estaba burlando y que no la reconocía, con aquellas calzas y aquel disfraz de muchacho. Había que reconocer que Herbert le había enseñado muy bien.

-Te armas un lfo -dijo Humphrey-. No te saltes lo mejor: *Hombres y mujeres ganado son de la misma especie*. Empieza otra vez.

-Lo que quieras -dijo el pequeño-, pero me hago un lfo porque Rosalinda también se lo hace... Está un poco molesta, comprendes, porque te quiere, Humphrey.

Había resuelto inmediatamente que Humphrey-Orlando merecía ser amado por Rosalinda.

-¿Y yo, entonces? -dijo uno muy pequeño, de nariz colorada, que no paraba de arrojarse los hombros con una especie de toquilla de campesina-. Yo podría hacer de Rosalinda tan bien como cualquiera, si me dieran sus trapos.

-Tú eres capaz, todo lo más, de hacer de Tuchstone -dijo el director, lo que ofendió inmediatamente a un individuo mal afeitado, embadurnado de blanco, y al que no le gustaba que le recordasen su papel de bufón.

-Sin embargo, sólo yo consigo hacer reír a la gente -dijo, bravo. Y, como si quisiera dar muestras de su talento, inició una mueca que le daba el aspecto de una gárgola con la boca abierta.

-Bien -dijo el director, volviéndole la espalda al apodado Tuchstone-. Lo haces incluso muy bien. ~~Esto~~ es una suerte -continuó jubiloso-. ¡Y yo que pensaba tener que cambiar de obra!... Pero habrá que ver aún si está igual de bien vestido de mujer. Después de todo, es mi propia sobrina.

Humphrey se levantó para hurgar dentro de un baúl. Volvió con los brazos cargados de oropes.

-Ponte esto. No necesitas quitarte tus ropas; como eres muy delgado, se puede apreciar el efecto.

Y añadió, volviéndose al director duque:

-He cogido el traje de boda, porque es el más bonito. Así podremos apreciar mejor...

Mucho le costó al pequeño encontrar los corchetes de la amplia falda de moaré carmesí, con añadidos de tejido de plata.

-Ten cuidado: el vestido está un poco roto. Tiene el talle bajo, pero te sentará bien en cuanto te quites esa gruesa camisa que te sale por arriba...

-Algo ancho por delante -dijo Aliena con una risotada.

-Bueno, lo rellenaremos con unas servilletas. Date la vuelta.

El pequeño se volvió, complaciente, asomando el pie, calzado con un chanclo demasiado ancho, por debajo de la falda.

-¡Por vida de Dios! -exclamó el director-duque-. Ya me iba a olvidar. ¿Vives en caso de tus padres?

-Tengo una abuela.

-¿Y qué hace tu abuela?

-Recibe a muchos señores, para que bailen con sus tres sobrinas...

-No creo que sea muy difícil -dijo confidencialmente el director al traspunte-. ¿Y tu madre?

-A mi madre la ahorcaron en público -dijo con ostentación el niño, a quien aquel episodio parecía glorioso. Pensaba que su madre (de quien, por otra parte, no se acordaba, por ser muy pequeño por entonces) había muerto en un teatro muy grande.

-¿Y tu padre?

-No sé -dijo el niño-. Creo que no tengo padre.

-Todos tenemos un padre -dijo sentenciosamente Humphrey, frotándose las costillas como si recordara algunos bastonazos.

-Escúchame bien -dijo el director cogiendo al pequeño por los dos brazos-. Dios te envía. Supongo que eres judío, pero, de todos modos, ¿crees en Dios? Pues bien, anteayer el mismo día en que llegamos de Londres, Edmund -a quien llaman Edmunda- salió a dar una vuelta por la ciudad y debió querellarse con alguien. Los holandeses no bromean, y él debía haber bebido más ginebra de la cuenta. No sé quien tendría la culpa, ni la razón de todo ello, pero lo encontraron en el suelo con la cabeza rota. Y mañana necesitamos a una Rosalinda para representar la obra en casa del señor de Bréderode.

-Y después viene lo mejor -prosiguió Humphrey-. Pasaremos por Hannover, pues la Electora es inglesa, como nosotros, y quiere ver las obras que se representaban en su juventud en Londres. Más tarde, iremos a Dinamarca. Tenemos un contrato y en él nos prometen que nos darán habitaciones de verdad en las buhardillas, y además dos ocas o dos cisnes por día, con su guarnición alrededor. Y luego, si se nos antoja, iremos a Noruega y regresaremos -pasando por aquí otra vez- a la bella Inglaterra, en donde nos habrán echado de menos. ¿Quieres venir?

-Soy vuestra Rosalinda -dijo el pequeño, que seguía representando.

-Mi opinión es que más valdría no decirle nada a la vieja -dijo pensativamente el director-duque-. Tu abuela ¿te quiere mucho?

-Llevo los platos y abro las puertas.

-Bueno, pues ya encontrará a otro que abra las puertas y sirva los platos. Mañana, sal muy despacito y ven a reunirse con nosotros al apuntar el alba.

-Y ya verás cómo todos te miman -añadió Humphrey-. Las damas te besarán y te llamarán «paje mío». Te regalarán frutas confitadas. Y, en ocasiones, los señores sacan del bolsillo alguna que otra moneda de oro. Yo he sido mujer más de una vez y sé lo que pasa. Pero desde que cumplí los dieciocho años hago de hombre.

-No por eso te privas de que te besen las damas, ni de recibir monedas de oro -dijo sombrío Aliena.

-Todo esto está muy bien, hijos míos, mas no quisiera que el pequeño se dejara embaucar y se quedase en Dinamarca, de paje de alguna Alteza -dijo el director-duque-. Si eres bueno, te llevaremos a Londres.

-Ya estuve en Londres una vez.

-Mejor aún. Te sentirás como en tu casa. No lo pierdas de vista, Humphrey. Puede que este pequeño prodigio sea una cabeza de chorlito.

Humphrey acompañó al niño hasta el patio. Lazare se paró a besarle el cuello a un caballo.

-No le digas adiós a nadie, sólo a los caballos. Además, no tienes por qué decir adiós, pues luego volveremos a pasar por aquí. Me gustaría que te quedaras a dormir con nosotros, en la sala grande, pero eso mosquearía a la vieja. Sal de tu casa muy despacito, en cuanto llegue la aurora, y ponte el traje mejor que tengas. ¿Tienes alguno? Nosotros tenemos para ti el hermoso atuendo de Ganimedes, para las escenas en que tienes que llevar calzas, pero es demasiado lujoso para ir por la ciudad. Y no cojas dinero, o sólo un poco. Tu abuela mandaría que te persiguieran.

-Ya pensé yo en ello -dijo el pequeño meneando la cabeza.

Regresó a casa corriendo. Sólo le separaban de ella unos diez pasos, pero casi era ya la hora en que debía ponerse su mejor traje para abrir la puerta. Sólo se había detenido un instante, para contárselo todo a Klem; Humphrey le había recomendado que no lo hiciera, pero estaba seguro de poder contar con Klem; se dejaría moler a palos antes de decir nada. El salón de la Loubah estaba lleno de gente. Aquella tarde se le hizo interminable. Cuando ya no quedaban más que dos o tres clientes, que habían pagado por quedarse allí toda la noche, Mevrouw Loubah atizó la lumbre en la cocina, separando los leños y alejándolos del montón de cenizas aún calientes. Lazare pensó que parecía una bruja, o un hada (también le recordaba a las Sibilas de los libros de Herbert) y que, a su manera, era muy hermosa. En el teatro, hubiera podido hacer de reina vieja.

Mientras subía, escalón tras escalón, la interminable escalera, le vino a la mente que ella jamás le había dado una bofetada, ni tampoco le había pegado nunca. Tampoco solía reprenderle, a no ser por alguno de los errores que se cometen con el propio cuerpo, como, por ejemplo, sonarse la nariz haciendo mucho ruido o salir sin peinarse. Era buena con las sobrinas -o, al menos, así se lo parecía a él- y buena con los clientes, a quienes jamás reprochaba nada, ni siquiera cuando vomitaban por haber bebido demasiado. Había sido buenísima con Herbert, a quien nunca vio darle dinero. Y recordó cómo, en una ocasión, la había visto meter, en el bolsillo de un señor que cabeceaba en una silla, la bolsa que había dejado caer. Mevrouw Loubah, no muy aficionada a los sermones, le había dicho al sorprendido niño:

-Siempre hay que ser honrado en las cosas pequeñas. Ya entenderás esto más tarde.

No, no es que fuera una mala abuela, pero él no la quería lo suficiente como para contarle que se marchaba.

Una vez en la buhardilla, sacó cuidadosamente, de entre dos vigas, su provisión de cabos de vela, y releyó todo el papel de Rosalinda, para estar más seguro de no equivocarse. «Además -pensó-, si me olvido, ya inventaré algo. Humphrey me ayudará.» Hizo un paquete con los folletos de Herbert (los libros pesaban demasiado para llevárselos) y lo metió debajo de la almohada. Apoyado sobre aquel duro paquete, durmió con un ojo abierto o, más bien, en lugar de dormir, soñó.

Fue un sueño muy largo. El sueño se refería a él, al pequeño Lazare, que conocía a cuanta gente había que conocer en Amsterdam: a los ladrones, quienes, a decir verdad, no le habían robado nunca

nada; a los borrachos, que suelen ser a menudo muy amables cuando han bebido mucho; a los pobres y a los ricos (se les distingue por la manera de vestirse); a los mendigos, que temen se les haga la competencia; a los señores jóvenes y viejos, a los que pagan por llevarle una carta a una mujer y dan además una propina cuando les traen la respuesta, sin esperar siquiera a leer lo que pone, cuando hay veces que lo que pone les hace llorar; a los que os abrazan (no se sabe por qué) en un rincón oscuro, como si quisieran romperlos, y estos suelen soltar en ocasiones monedas de plata; a los que dan dinero por cuidarles el caballo, y a veces el caballo es malo y tira coces, pero la mayoría de los caballos lo querían, y da mucho gusto sentir en la mano su saliva cuando uno les tiende el corazón de una manzana... Y a los que siempre desconfían (suelen ser comerciantes) y os echan con un palo cuando os ven mirando durante mucho tiempo los escaparates, sobre todo los pasteleros...

Y en el sueño aparecía el niño Lazare, que había jugado con Klem, y aquel con quien Mevrouw Loubah era buena, aunque de todos modos nunca le daba un beso; pero también es verdad que jamás la vio besar a nadie, excepto a Herbert, que era muy viejo. Mas le parecía que todos aquellos pequeños Lazares estaban no muertos ni olvidados: era más bien como si los hubiera dejado atrás, como si fueran niños con quienes él había corrido por la calle.

Y su sueño también trataba de Herbert, que le había enseñado a ser otra persona. El cuarto de Herbert había contenido a un número infinito de personas distintas, y batallas, y comitivas, y fiestas de boda, y gritos de alegría y de pena como para derribar la casa, pero se gritaba a media voz, de suerte que nadie lo oía, y toda aquella multitud, entre la que se encontraban reyes y reinas, cabían holgadamente entre el baúl y la estufita. Y Herbert había desaparecido igual que en un sueño, o como los comediantes que, en ocasiones, se meten entre bastidores sin saber por qué, del mismo modo que el pequeño Lazare partiría al día siguiente con los demás actores.

Por muy pálido y cascado que estuviera Herbert, no tenía edad. Cuando quería era tan pequeño y tierno como los hijos de Eduardo, a quienes mataron en la Torre, y en ocasiones, ligero y risueño como Beatriz, que baila igual que bailan las estrellas, y en aquellos momentos tenía quince años; y otras veces, cuando lloraba su reino perdido y su hija muerta, tenía mil años de tan viejo que era. Y tampoco tenía cuerpo: cuando tanto hacía reír al pequeño Lazare haciendo de Falstaff, era gordo y seboso, con las piernas sambas, como los flejes de un tonel, y en cambio, cuando quería, era tan delgado como Jacobo el Melancólico (nadie, mañana, en casa del señor de Bréderode, conseguiría hacer de Jacobo el Melancólico como él), y era hermosa cuando hacía de Cleopatra.

También Lazare sería todas aquellas muchachas, y todas aquellas mujeres, y todos aquellos jóvenes, y todos aquellos viejos. Ya era Rosalinda. Saldría mañana de la casa de Mevrouw Loubah, llena de espejos venecianos en donde las sobrinas y sus señores se miraban desnudos. El iría vestido como de costumbre, como un muchacho, pero sería en verdad Rosalinda, cuando se disfrazó y dejó el bonito palacio del que habían echado al buen duque, su tío. Se hacía llamar Ganimedes y se marchaba muy lejos, a un bosque tan grande que, si se querían poner todos aquellos árboles en el escenario, no hubieran bastado para ello todos los sotillos y bosques de los alrededores de Amsterdam puestos unos detrás de otros.

Partía en compañía de Aliená, su buena prima (había que acordarse de ser amable con Aliená), y de un bufón pintado de albayalde, que a Lazare le daba un poco de miedo, aunque más valía no mostrarlo. Y el día de su boda con Orlando bailarían con un hermoso vestido lleno de adornos de plata (no sabía bailar, pero bastaba con saltar al compás) y tendría que poner mucho cuidado para no romper más de lo que ya lo estaba uno de los adornos de plata.

Y sería asimismo otras muchas hermosas doncellas, pero primero tendría que aprenderse de memoria todas las frases que habían dicho y no sólo unas cuantas palabras de las que se acordaba por habérselas oído a Mister Herbert, que casi las cantaba. Sería Julieta, y ahora comprendía por qué Mister Herbert, al marcharse, lo había llamado así. Sería Jessica, la judía, ataviada como las hermosas muchachas de la Judenstraat; sería Cleopatra y le daría a besar su manita a un general llamado Antonio; buscaba en vano cuál de los actores que había en la sala grande sería lo bastante magnífico para hacer de Antonio. Y después moriría como Cleopatra, a quien mató una serpiente, y confiaba en que la picadura de la serpiente no le haría mucho daño.

Cuando pasara mucho tiempo, cuando cumpliera dieciocho, o tal vez diecinueve o (¿quién sabe?) veinte años, haría como Humphrey, volvería a ser un muchacho; lucharía hombro con hombro con el salvaje que lo atacara en la liza, pero primero habría que desarrollar los bíceps y fortalecer las muñecas. Y sería Romeo, que llora a la Julieta que él recordaría haber sido antes; escalaría con facilidad el balcón, pues trepaba muy bien a los árboles del muelle.

Sería la duquesa de Malfi, que llora a sus hijos en un asilo de locos, y asimismo un día, cuando ya no pudiera ponerse los vestidos de mujer, sería uno de los malvados que las degollaban. Y sería Hotspur, el caballero de las espuelas ardientes, tan joven y tan valiente, y asimismo su mujer, Kate, que al decirle adiós se esforzaba en reír para no llorar, y Hal, tan valeroso y tan alegre, con sus joviales compañeros.

Mucho más tarde aún, cuando alcanzara una edad muy avanzada, pongamos unos cuarenta años, sería rey con una corona en la cabeza, o bien César. Herbert le había enseñado cómo debe uno caer, disponiendo debidamente los pliegues de su traje, para no enseñar indecentemente las piernas desnudas. Y sería también esas mujeres abrumadas con el peso de todas las maldades cometidas en el transcurso de su vida: una reina gorda de Dinamarca, hinchada de crímenes; o lady Macbeth con un cuchillo, o también las brujas barbudas que cuecen cosas sucias dentro de un caldero.

O bien haría de payaso, como el que gesticulaba ayer por la noche, con la cara embadumada de albayalde: hacer reír a las gentes era otra manera de gustarles y hacerles disfrutar, igual que uno les gusta y les produce deleite cuando hace de mujer, besando a alguien ante sus ojos (y a veces acuden también para que los beses a ellos entre bastidores), o (resulta extraño decirlo) muriendo ante sus ojos cuando se es joven y bella. Y más tarde, después de cincuenta años (qué largo es, cincuenta años), le darían papeles de verdadero anciano: un Orlando -que ya no sería Humphrey, pues tal vez hubiera muerto, puesto que hoy tenía dieciocho años- lo llevaría tiernamente en sus brazos con la apariencia del viejo criado Adán, con el pelo todo blanco, la piel llena de arrugas, sin dientes, sin fuerzas, pero fiel. Y sería hermoso haber sido fiel durante cincuenta años.

Y puede que, luego de haber sido Jessica, la hermosa judía risueña que se escapa llevándose los escudos, fuera el padre Shylock, el de los dedos ganchudos, y le llamaría viejo judío piojoso, igual que el traspunte le llamó a él el pequeño judío piojoso, pues tal es la costumbre. Pero debe ser duro para un viejo perder al mismo tiempo a su hija y sus escudos, y quizá, en vez de hacer reír a la gente con Shylock, la hiciera llorar.

O bien, al contrario, todo acontecería ante un mar azul o bajo un cielo color de rosa, y sería Próspero, quien, como Herbert, no tiene edad, porque es casi como Dios, y recordaría haber sido unos años antes su propia hija: Miranda la inocente, que se enamora de un hombre porque lo encuentra hermoso. Y tras haber apaciguado la tierra y las olas recitaría maravillosas palabras sobre las cosas que suceden como un sueño, en el fondo de ese sueño en que se envuelve nuestra vida (no se sabía muy bien aquel párrafo), y, cuando rompiera su varita mágica, todo habría terminado.

Y cuando ya no hubiera en las tablas ni un sitio pequeño para él, sería el que despabila las velas, el que las enciende y finalmente las apaga una a una. Pero como se sabía todos los papeles, también podría hacer de apuntador: su voz estaría, como quien dice, en todas las voces. Una fiebre de gozo se apoderaba de él al pensar que iba a ser tantas personas y a vivir tantas aventuras. El pequeño Lazare no tenía límites y, por muy amistosamente que sonriera al reflejo de sí mismo que le enviaba un trozo de espejo roto situado entre dos vigas, no tenía forma: tenía mil formas.

En todo caso era invisible aquella mañana, envuelto en la luz gris de la madrugada, cuando bajó descalzo, con sus chanclos en la mano, la escalera que había detrás de la casa de Loubah y salió afuera por la puerta de la cocina, cuya falleba había engrasado el día anterior con un poco de tocino. El cielo estaba medio gris, medio rosa. Haría una hermosa mañana.

Una vez en la calle se volvió a calzar; demasiado le estorbaba ya su mejor traje, que llevaba doblado al brazo, y los zapatos del domingo, que se había colgado del cinturón, así como el atadizo con los folletos de Herbert. En la mesa de la cocina había cinco monedas preparadas para pagar al lechero. Las cogió. Aquello no era un robo; era una oportunidad.

La calle estaba aún casi vacía; tan sólo vio a unos cuantos aldeanos que iban al mercado con las cestas llenas, y que debían haberse levantado antes de llegar el alba. Un hombre que vendía buñuelos estaba ya sentado en su puesto, para satisfacer el hambre de los transeúntes. Lazare sacó una de las monedas y se metió en la boca una rica bola caliente. Perros famélicos escarbaban en el montón de basuras que las ratas habían visitado ya por la noche; hubiera querido acariciar uno a uno a todos aquellos perros. También le hubiera gustado ayudar en lo posible al borracho que titubeaba al regresar a su casa, con riesgo de caerse en el arroyo, pero sus ropas y sus paquetes le ocupaban las manos. Y había que apresurarse para llegar a la posada.

Humphrey lo esperaba en la puerta, con una manta de caballo vieja sobre los hombros.

-Vete a vestirte en seguida. Tu traje está en el cuchitril que hay junto a la cochera. Y ten cuidado, no vayas a coger frío: el aire de la mañana pone ronco.

Y atravesando el patio le señaló un coche, al que iban a enganchar unos caballos.

-Nos lo envía el señor de Bréderode para que nos lleve a su mansión. Quiere que vayamos vestidos con nuestros trajes de teatro, porque le parece más alegre.

Y apartando las puntas de la manta vieja que le servía de capa dijo:

-Fíjate qué guapo estoy.

Y lo estaba, en efecto, con sus calzas de cuero amarillo, sus zapatos con hebillas y su casaca roja galoneada de oro. Se había dado colorete en las mejillas.

-Quítate todos tus pingos. He cogido unos calzones y unas medias de seda de mujer.

-¿Pero dónde está la falda aquella tan bonita, con añadido de plata? -preguntó el pequeño, algo desilusionado, al ver que Humphrey le ponía un vestido de terciopelo azul.

-¡Tonto! Esa es para el final, para la escena de la boda. Y para las escenas intermedias, cuando te vistas de hombre, tienes un hermoso traje negro y rosa. El jubón que traes podrá servirte para el viaje.

El pequeño, tiritando un poco en la húmeda cochera, estiró cuidadosamente sus medias de seda. Humphrey le dio un par de escaupines bordados.

-Trata de andar como si fueras una mujer, a pasos cortos. Y si los zapatos te hacen daño, te aguantas. La cintura te está muy ancha, pero tengo alfileres. He rellenado el corpiño como es debido.

Le puso al cuello un collar de vidrio y, abriendo un poco la puerta del cuchitril para que entrara la luz, le dijo:

-Estás muy linda. El pelo te quedará bien en cuanto te lo peinemos. No he cogido el colorete, pero remediamos esto en cuanto lleguemos allí. Además, tienes las mejillas rosadas. Ven conmigo, están acabando de arreglarse en la sala.

Ayudó al pequeño a meter su ropa en una bolsa.

-Puedes tirar esas chancas tan usadas. Aunque no. Podrás ponértelas cuando llueva, para proteger tus zapatos.

En la espaciosa sala, las gentes se vestían echando pestes y lanzando exabruptos cuando no encontraban una cinta o la hebilla de un cinturón, que había sido hurtada por algún compañero. Audrey estaba ya bebido y llevaba puesta de través su cofia de aldeana. Tuchstone había añadido unos redondeles rojos a su albayalde habitual. Cubierto por completo de cadenas de oro, que le servían también para hacer de mayordomo, el duque iba de un grupo a otro con dignidad ducal. La entrada de Rosalinda obtuvo un aplauso, pero Aliena seguía de mal humor.

-Me harás el favor de no ponerle ninguna zancadilla -susurró Humphrey-. No te quito ojo de encima.

Aliena, sin refunfuñar demasiado, cogió a su prima de la mano. Amontonaron baúles en el techo del carruaje y lo sacos los pusieron en el interior, para que sirvieran de cojines. El señor de Bréverode les había enviado uno de sus vehículos más desvencijados, ya que en el interior sólo figuraba un banco de listones, en el que se instaló el duque al lado de un muchacho pálido y flaco, de unos treinta años, y al que Lazare en seguida apodó: Jaques el Melancólico, pues hacía todo lo posible por tener un aspecto triste. Pero el que no hubiese bancos no era un gran inconveniente: se estaba muy cómodo sentado a la manera turca, y por el suelo del carruaje habían esparcido un montón de paja húmeda, que olía muy bien.

Hubo, empero, un incidente que obligó al duque a apearse. Discutían en el patio. El cochero, que había llegado tarde en la noche con el carruaje, había bebido jarra tras jarra de cerveza; aunque le pusieron la cabeza debajo de la pompa, no hubo manera de desembriarlo. Tumbado en las losas del patio, hinchado de bebida, parecía un babosa muerta. Pero roncaba, lo que probaba, evidentemente, que aún se hallaba vivo. Empezó a caer una lluvia menuda.

-¡Nos las arreglaremos sin él! -dijo el buen duque-. ¡Eh! ¡Jirafa!

Apareció un individuo largo y desgachado, que subió al pescante con aire de resignación. Se había puesto una sábana por encima de sus viejos atavíos, que lo tapaba de pies a cabeza, y en la mano llevaba una guadafia, que dejó a su lado para coger las riendas.

-El es quien nos conduce cuando alquilamos una carreta -explicó Humphrey-. No suele volcar. Y además, con el traje que lleva, aunque haga viento o llueva, no se le estropean los harapos.

-Me da un poco de miedo -murmuró el pequeño.

-No hay motivo. Cuando sale a escena le pintan la cara de blanco para que impresione más a la gente. Hace el papel de la Muerte, que se lleva a un hombre rico, en una antigua farsa que representamos de vez en cuando antes de la obra. Tuchstone hace de diablo, con una cola muy larga. El otro, el alto y blanco, desempeña también al fantasma de un rey de Dinamarca asesinado. Pero ésa es una obra que no podemos representar en Copenhague.

Arreciaba la lluvia. Todos se hacinaron en el interior del vehículo. Aliena, que se sentó al lado de su prima, molestaba a ésta comiendo un diente de ajo. Rosalinda apoyó la cabeza en las rodillas de Orlando, que la había tapado con una punta de su vieja manta. El niño tenía hambre y se decía que tal vez hubiera debido comerse dos buñuelos. Pero le gustaba pensar que aún le quedaban cuatro centavos para repartir con Humphrey. Dos parejas de cazadores del séquito del duque, vestidos de verde y camuflados con hojas, continuaban una partida de «tarot» en el rincón. Tuchstone, con la cabeza baja, canturreaba una balada lúgubre. Por los cristales mal lavados veíanse campos y prados con vacas, lo que gustó mucho a Lazare, ya que el niño hasta entonces casi no había salido de la ciudad. Los árboles, remozados por la primavera, desplegaban su fresco verdor. Seguía lloviendo a rachas, pero las nubes que corrían una detrás de otra parecían estar jugando en el cielo, y había grandes claros azules. Seguramente, para la representación en el parque, tendrían buen tiempo.

Mas el camino se hacía largo. Los vaivenes del coche mecían al niño, que empezaba a acostumbrarse a ellos. Todo se mezclaba con aquella somnolencia: el tamborileo de la lluvia en el techo (caían gotas de agua sobre la manta), los gritos de Lazare cuando Humphrey, a pesar de todo el cuidado que ponía, le tiraba del pelo al desenredarlo; la balada del payaso el aliento de Aubrey, las figuras del «tarot», casi incomprensibles, y Copenhague, que parecía estar cerquísima, justo al volver el camino, y a través de los cristales del coche, por donde resbalaba la lluvia, los hermosos retazos de cielo azul, y las golosinas que el mayordomo del señor Bréderode habría reservado seguramente para los actores, y la linda falda con añadidos de plata...

Carta a un joven que se propone abrazar la carrera del arte

Roberto Louis Stevenson

Con la seductora franqueza de la juventud me plantea un asunto de alguna importancia para usted y (cabe pensarlo) de cierta trascendencia para la humanidad: ¿Ha de convertirse o no en artista? Es algo que usted debe decidir por sí mismo; todo lo que puedo hacer es llamar su atención sobre algunos aspectos que debe tener en cuenta; comenzaré, pues (y es probable que igual termine), asegurándole que todo depende de la vocación.

Saber lo que se quiere es el comienzo de la sabiduría y de la madurez. La juventud es absolutamente experimental. La esencia y el encanto de esa inquieta y deliciosa época es la ignorancia de uno mismo y de la vida. Estas dos incógnitas las aúna el joven una y otra vez, ya en el abrazo amargo, ya en el roce ligero; con un placer exquisito o con un dolor agudo; jamás con indiferencia (la cual le es absolutamente ajena), ni con ese sentimiento hermano de la indiferencia, la aceptación. Si se trata de un joven sensible o de uno fácilmente excitante, el interés de los experimentos excederá con mucho los placeres que de ellos pueda derivar. Aunque pueda creerlo, no es la verdad la que ama, ni el placer lo que busca; su propósito y recompensa serán verificar su propia existencia y saborear la variedad del destino humano. Para él, antes de que la cuchilla de la curiosidad se adormezca, todo lo que no es vida y búsqueda apremiante de experiencias ofrece una imagen árida que difícilmente evocará en épocas posteriores, y en caso de que hubiese alguna excepción -y el destino juega aquí su papel- se tratará de aquellos momentos en que, cansado o estragado de la actividad primaria de los sentidos, revive en la memoria la imagen de las penas y los placeres pasados. De esta suerte, se aparta de las profesiones rutinarias y se inclina insensiblemente hacia la carrera del arte que consiste solamente en saborear y recordar la experiencia.

Esto, que no es tanto vocación por el arte cuanto impaciencia hacia las otras profesiones honradas, frecuentemente se presenta aislado; y siendo así, se va borrando sin asperezas en el curso de los años. Enfáticamente no debe considerársela como una vocación, pues no es una vocación, sólo una tentación; y cuando, hace días, desaprobó su padre, en forma tan violenta y (en mi opinión) con tanta razón su ambición, no es demasiado improbable que estuviera recordando un pasaje similar de su propia experiencia. Pues la tentación es tan común como rara la vocación. Además tenemos vocaciones imperfectas. Tenemos hombres cuyas mentes, están ligadas, no tanto a un arte en particular, como al ars artium, base común de toda labor creativa; hombres que ahora se entregan a la pintura, luego al contrapunto y que pronto se ocuparán en escribir un soneto; todo lo cual realizan con igual interés y a menudo con genuino conocimiento, y de estos temperamentos, cuando sobresalen, me resulta difícil hablar. A alguien así le aconsejaría dedicarse a las letras, pues en literatura (cuya red es tan vasta) toda esta información puede hacerse útil, y si continúa en forma semejante a como ha comenzado, y se convierte al cabo en crítico, estará ya en posesión de las herramientas necesarias. Llegamos, por último, a las vocaciones que son a la vez decisivas y precisas; al hombre que lleva en las venas el amor de los pigmentos, la pasión por el dibujo, el talento para la música o el impulso de crear mediante palabras, de igual modo que otros (o acaso los mismos), nacen con el amor por la raza, el mar, los caballos o el torno. Estos son los predestinados; si un hombre ama su oficio, independientemente de cualquier consideración respecto a la fama o el éxito, los dioses lo han escogido. Puede poseer también una vocación más general: sentir gusto por todas las artes, y creo que a menudo así sucede; pero la marca de su llamado se halla en esa laboriosa parcialidad por una de ellas, en el inextinguible entusiasmo por los logros técnicos, y (quizás esto sea lo más importante) en la candorosa actitud con que acomete su insignificante empresa con una gravedad que envidiaría quien cuidara de un imperio, y en el considerar valiosos el tiempo y la diligencia invertida para alcanzar las menores destrezas. El libro, la estatua la sonata, deben

realizarse con la insensata buena fe y el incansable espíritu de los niños que juegan. ¿Merece la pena? Cuando el artista se hace esta pregunta, la respuesta negativa está implícita en ella. No le sucede así al niño que juega a ser un pirata en el sofá de la sala, ni al cazador que persigue su presa; y el candor del uno y el ardor del otro deben fundirse en el corazón del artista.

Si reconoce en usted algunas de estas decisivas inclinaciones, no hay lugar a la vacilación: sométase a ellas; y observe (pues no desea desalentarlo demasiado) que la disposición normalmente no se presenta tan clara al comienzo, o al menos no de modo constante. El hábito y la práctica afilan el talento; la necesidad de adquirir herramientas se hace menos desagradable, y llega incluso con el paso de los años a ser bienvenida; una inclinación moderada (si es genuina) se convierte en una pasión exclusiva. Por ahora será suficiente si al volver la vista en un intervalo razonable de tiempo, ve que el arte escogido significa ahora un poco más de lo que significara entre los multitudinarios intereses de la juventud. Con un poco de devoción, el tiempo hará el resto; pronto, cada pensamiento engrosará la ocupación amada.

Pero aún con devoción, usted me recordará, aún con perseverancia en la actividad, miles de artistas consumen su vida, si consideramos los resultados, totalmente en vano: miles de artistas y ni siquiera una obra de arte. Tenga en cuenta que la vasta masa de la humanidad es incapaz de hacer algo relativamente bien, y entre otras cosas, arte. El artista inútil seguramente no sería un panadero completamente incompetente; y el artista, incluso si no divierte al público, se divierte a sí mismo; de modo que siempre habrá un hombre que es ahora más feliz gracias a sus vigiliadas. Este es el lado práctico del arte: la inexpugnable fortaleza para el ejercitante sincero. Las retribuciones directas (los salarios del oficio) son exiguas, pero los indirectos (los salarios de la vida) son incalculables. Ningún otro oficio ofrece al hombre su pan de cada día en términos tan espléndidos. El soldado y el explorador tienen momentos de mayor excitación, pero a costa de duras penalidades y de período de tedio que hacen enmudecer. En la vida del artista no tiene por qué haber horas en las que no se experimente un deleite. Tomo como ejemplo el autor con cuya carrera estoy más familiarizado: es cierto que trabaja con un material rebelde, y que el arte de la escritura pone a prueba los ojos y el temperamento; pero obsérvese en su estudio, cuando los temas bullen en su mente y las palabras no escasean: ¡En qué continua serie de pequeños éxitos pasa su tiempo! ¡Con qué sentimiento de poder (como si de mover montañas se tratara) agrupa a sus personajes menores! ¡Con qué placer, tanto de la vista como del oído, ve crecer la etérea construcción sobre la página! ¡Y cómo trabaja en un oficio hacia el cual la materia misma de su vida es tributaria, un oficio que abre puertas a todos sus gustos, sus amores, sus odios, sus convicciones, de modo que lo que escribe es sólo lo que ansiaba expresar! Es posible que haya gozado con muchas cosas en este enorme y trágico escenario del mundo; ¿pero, qué habrá gozado más plenamente que una mañana de trabajo exitoso? Supongamos que está pésimamente remunerado: lo que asombra es que se lo remunere. Otros hombres pagan, y con largueza, por placeres menos deseables.

Pero el ejercicio del arte no sólo reporta placer. Trae consigo, además, una admirable disciplina; pues el trabajo del artista se basa en el honor. El público sabe poco o ignora completamente esos méritos en busca de los cuales usted está condenado a invertir la mayor parte de sus esfuerzos. Méritos de concepción, de vigor, o un cierto logro fácil que un hombre de temperamento artístico alcanza fácilmente, son los que el público reconoce y valora. Pero hacia aquellos más exquisitos refinamientos de destreza y matiz que el artista tan ardientemente desea y tan agudamente siente, por los que (en las vigorosas palabras de Balzac) lucha como un minero sepultado en un derrumbe, por los que, día tras día, recompone, revisa y rechaza, la gran masa del público está completamente ciega. A estas penalidades ignoradas, en el caso de que se logren las más altas cimas. Probablemente la posteridad hará justicia. A la sombra de este pensamiento helado, solo en su estudio, el artista debe día a día ser fiel a su ideal. Es esta la fidelidad que ennoblece su vida; es debido a ella que templada y madura su carácter, gracias a ella que la adusta presencia del gran emperador se tomó (siquiera por un momento) condescendiente hacia los seguidores de Apolo, y aquella voz enérgica pidió al artista que festejara su arte.

Llegados a este punto conviene hacer dos advertencias. Primera, si usted desea continuar siendo su propio juez, debe estar atento a las primeras señales de pereza. Este idealismo, esta honestidad sólo puede sustentarse mediante un esfuerzo perpetuo; el nivel de exigencia se rebaja con facilidad; el artista que dice "así está bien", ya está en el sendero erróneo. Tres o cuatro éxitos mediocres son suficientes a veces (sobretudo en épocas difíciles) para falsificar un talento, y la práctica del periodismo puede inclinar a un hombre a no exigirse demasiado. Éste, pues, es uno de los peligros. No son menores los peligros del otro lado. La conciencia de hasta qué punto el artista es (y debe ser) juez de sí mismo, corrompe los cerebros mediocres. Sensible a méritos recónditos de difícil consecución, formulando o asimilando fórmulas artísticas, o enamorándose tal vez de alguna habilidad particular, muchos artistas olvidan el propósito de todo arte: agradar. Es sin duda tentador renegar del burgués ignorante; sin embargo, no debe olvidarse que es él quien nos paga, y (es evidente) por servicios que desea ver realizados. También aquí, si se lo considera apropiadamente, se plantea un aspecto de trascendental honestidad. Dar al público lo que no quiere, y no obstante esperar sus aplausos; nos hallamos pues ante una extraña pretensión y no demasiado rara, sobre todo entre los pintores. El primer deber de un hombre en este mundo es ser capaz de mantenerse. Cuando ya esto se ha logrado, tiene derecho a hundirse en las excentricidades que desee; pero, debe enfatizarse, no antes. Hasta entonces debe cortejar al burgués que lleva la bolsa; y si en el curso de tales capitulaciones el artista falsifica su talento, es evidente que no se trataba de uno fuerte, pues ha perseverado en él algo más fuerte que el talento, el carácter. Y si su mente es tan independiente que no puede doblegarse ante esta necesidad, aún tiene otra salida: puede desistir del arte y seguir un estilo de vida más viril.

Al hablar de un modo de vida más viril, llego a un punto en el que debo ser más franco. Vivir a expensas de un placer no es una vocación muy alta; aunque de forma velada, implica un patronazgo, sitúa al artista (no importa lo ambicioso que sea) en igual rango que las bailarinas y los jugadores de billar. Los franceses entienden la evasión romántica como una ocupación y llaman a quienes la practican "Hijas de la Alegría". El artista pertenece a esta familia, él es el Hijo de la Alegría; ha escogido su oficio para deleitarse, gana su sustento divirtiendo a otros, se ha desprendido de algo que constituye la más severa dignidad del hombre. Los periódicos hace poco denigraban el título nobiliario de Tennyson; y este Hijo de la Alegría fue acusado de condescender y seguir el ejemplo de Lord Lawrence, Lord Cairns y Lord Clyde. La inspiración del poeta fue mayor; con mayor modestia aceptó el honor; y los anónimos periodistas (si he de creerles) no han tenido en cuenta el ultraje a su profesión. Cuando les llegue su turno, estos caballeros podrán hacerse mayor justicia a sí mismos, me alegraré al saberlo, pues a mis bárbaros ojos incluso Lord Tennyson aparece un poco fuera de lugar en semejante asamblea. No debería haber honores para el artista. El tiene ya su recompensa en el ejercicio de su arte, mayor por lo demás de lo que en vida le corresponde; antes que el arte, otros oficios, menos agradables y quizás más útiles, tienen mayor derecho a los honores.

Pero la maldición de este oficio de agradar es el fracaso. En ocupaciones ordinarias, un hombre se ofrece para hacer algo, producir cierto artículo de un modo convencional, en fin, un proyecto en el que (casi podemos afirmarlo) es difícil fracasar. El artista en cambio se aparta de la multitud y se propone deleitar; proyecto imprudente, pues el fracaso estará rodeado siempre de odiosas circunstancias. La infeliz Hija de la Alegría, que pasea sus galas y su sonrisa, y que sin embargo pasa desapercibida entre la multitud, presenta una imagen que no podemos evocar sin un sentimiento de lacerante compasión. Ella es el prototipo del artista fracasado. Igual que ella, el actor, el bailarín, el cantante deben mostrarse en público y apurar personalmente la copa del fracaso. Y aunque todos los demás escapemos a la suprema amargura de la picota, en esencia todos cortejamos igual humillación. Todos nos comprometemos a ser capaces de continuar agradando. Pero a cada cual, incluso al más admirado, le llega el día en que el ardor decline y la astucia se pierda, y que, avergonzado, se siente ante la barraca vacía. Entonces se verá obligado a hacer algún trabajo, y se sonrojará al cobrarlo. Entonces (como si su pérdida no fuera ya suficientemente cruel) deberá

exponerse a las burlas de los comentaristas de la prensa, que ganan su amargo pan execrando la basura que no han leído, y alabando las excelencias de lo que no pueden entender.

Adviértase que éste parece ser el fin inevitable de los escritores. Les Blancs et Les Bleus (por ejemplo) reúne méritos de orden muy diferente de los de le Vicomte de Bragelonne; y si existe algún caballero que sea capaz de espiar la desnudez de Castle Dangerous, su nombre, me parece, es Ham: no sin derramar lágrimas, nos basta leer sobre ello en las páginas de Lockhart. Así, en la vejez, cuando el bienestar y el oficio son más necesarios, el escritor debe abandonar a la vez su pasatiempo y su medio de vida. Sin duda el pintor que ha logrado retener la atención del público, gana grandes sumas y puede permanecer junto a su caballete hasta una edad avanzada sin que fracase de modo muy ignominioso. El escritor tiene el doble infortunio de estar mal pagado mientras puede trabajar, y de no poder trabajar cuando envejece. Se trata, pues, de un estilo de vida que conduce directamente a una situación falsa.

Pero el escritor (pese a los notorios ejemplos en sentido contrario) debe procurar estar mal pagado. Tennyson y Montepin ganaron salarios espléndidos, pero todos no podemos esperar ser Tennyson, y tal vez no todos deseamos ser Montepin. Si usted decide que su oficio sea un arte, renuncie a cualquier ambición económica. Todo lo más que puede, honestamente esperar, si posee mucho talento y disciplina, es tener iguales ingresos que un oficinista que invierte la décima parte de su energía nerviosa. No tiene usted derecho a exigir más: en los salarios de la vida, no en los del oficio, está su recompensa. El trabajo es aquí el salario. Es claro que no me inspiran simpatía los vulgares lamentos de los artistas. Tal vez no han reparado en lo que obtiene de la aparcería un trabajador del campo, ¿piensan que no puede establecerse en paralelo? Tal vez jamás han reparado en lo que constituye la pensión de un oficial de campo. ¿Suponen que su contribución al arte de agrandar es más importante que la contribución de un coronel. Acaso olvidan lo poco con lo que Millet se contentó ¿C piensan que por poseer menos talento, están eximidos de mostrar iguales virtudes? Sobre un punto es claro que no puede existir duda: si un hombre no es frugal nada tiene que hacer en el campo del arte. Si no es frugal, sus pasos lo conducirán hacia el trágico final del Vieux Saltimbanque, si no es frugal, le resultara muy difícil continuar siendo honesto. Algún día, cuando el carnicero toque a su puerta, estará tentado, o tal vez se vea obligado, a vender una obra desaliñada. Si esta necesidad no ha surgido de su propia desidia, no hay por qué condenarlo; pues no hay palabras con la cuales expresar hasta qué punto es más necesario para un hombre mantener a su familia que conseguir (o preservar) alguna distinción en el arte. Pero si esta presión es debida a sus propias faltas, roba, roba a quien puso confianza en él, roba (lo que es peor) de forma tal que ninguna ley puede castigarlo.

Y ahora tal vez usted me pregunte: si el artista principiante no debe pensar en dinero, y si (como se infiere) no debe esperar honores del estado, ¿puede al menos esperar las delicias de la popularidad? La alabanza, me dirá, es un plato codiciable. Si de lo que usted habla es de la acogida de los otros artistas, ha puesto usted el dedo en uno de los más esenciales y duraderos placeres de la carrera del arte. Pero si tiene su vista puesta en los favores del público o en las reseñas de los periódicos, esté seguro de que acaricia un sueño. Es cierto que en algunos periódicos esotéricos el autor (por ejemplo) es regularmente criticado, y que a menudo se lo alaba mucho más de los que merece, a veces por damas y caballeros que se han negado el privilegio de leer sus trabajos, pero si un hombre es sensible a estas alabanzas desproporcionadas, debemos suponerlo igualmente sensible a aquello que a menudo las acompaña e inevitablemente las sigue: el ridículo. Un hombre puede haber triunfado durante años, y continuar triunfando, pero los críticos pueden cansarse de alabarlo, o puede haber surgido un nuevo ídolo del instante, alguna "figura de relumbrón", a quien ahora prefieren ofrecer sacrificio. He aquí el anverso y el reverso de esta vacía y fea cosa llamada popularidad. ¿Creerá algún hombre que vale la pena merecerla?

Actividades generales para "Un mundo Feliz", de Aldous Huxley. Estrategia integradora

I. Lee atentamente el texto.

II. Identifica en el relato los aspectos relacionados con las variables:
SOCIEDAD, HISTORIA, ECONOMÍA, RELIGIÓN, ARTE.

1. SOCIEDAD:

- Investiga en libros de consulta qué es una utopía.
- Explica por qué la sociedad de Londres reflejada en el texto es utópica.
- Explica por qué la sociedad de Nuevo México es considerada primitiva.
- Explica las clases sociales en el texto: alfas, betas, gammas, deltas y epsilon.

2. HISTORIA:

- Onomasiología: investiga las posibles fuentes históricas de los siguientes nombres: *Bernard Marx*, *Lenina Crown* y *Ford*.
- Determina cómo señalaban la temporalidad, -años, siglos-. Explica por qué.
- Investiga cómo son las reservas indígenas en Estados Unidos en la actualidad y en qué lugares están.

3. ECONOMÍA:

- Explica cómo era su sistema de producción.
- Expresa cuál era la relación entre las clases sociales y la división del trabajo.

4. RELIGIÓN:

- Explica el concepto de Dios en el texto.
- Comenta el concepto de moralidad a través de los personajes, *Lenina Crown* y *John el salvaje*, *Linda* y el padre de *John*.

5. ARTE:

- Expresa cómo se manifestaba el arte en esa sociedad: el cine, la música.
- Explica cuál es la relación entre *John el salvaje* y la literatura.

III. 1. Exposición:

2. Discusión grupal de las respuestas: argumentar con bases y fundamentos el por qué de sus respuestas.

3. Comentario por escrito que contenga la siguiente estructura: Introducción, desarrollo y conclusión.

Obsérvense los requisitos de presentación señalados en las primeras unidades.

"Un mundo feliz"

Aldous Huxley

CAPÍTULO PRIMERO

Un macizo edificio gris de sólo treinta y cuatro pisos. Sobre la entrada principal, las palabras: *Centro de Incubación y Acondicionamiento de la Central de Londres*. y en una tarjeta: *Comunidad, Identidad, Estabilidad*, la divisa del Estado Mundial.

La enorme pieza del piso bajo estaba orientada al Norte. A pesar del calor de fuera y de la temperatura casi tropical del interior, sólo una luz cruda, pálida e invernal, filtrábase a través de los cristales buscando con avidez algunos ensabanados cuerpos yacentes, algún trozo de carne descolorida, producto de disecciones académicas; pero sólo hallaba cristal y níquel y las pulidas y frías porcelanas del laboratorio. Invierno respondía a invierno. Blancas eran las batas de los que allí trabajaban con manos enfundadas en guantes de goma de color cadavérico. La luz era helada, muerta, fantasmal. Sólo los tubos amarillos de los microscopios le prestaban algo de vida mientras resbalaba lúbricamente sobre su palidez, formando una larga serie de ricos destellos todo a lo largo de las mesas de trabajo.

-Ésta -dijo el Director, al abrir la puerta- es la Cámara de fecundación.

Inclinados sobre los instrumentos, trabajaban trescientos fecundadores cuando el director de Incubación y Acondicionamiento entró en la habitación, sumidos en un silencio en que apenas se oía la respiración, inconsciente susurro de la atención más absorta. Una turba de novatos, jovencitos rosados y bisoños, le seguían nerviosa o, por mejor decir, abyectamente, pisándole los talones. Iban provistos de sendos cuadernos donde garrapateaban con ansia cuanto el grande hombre iba diciendo. Bebían la sabiduría en su propia fuente. Era un raro privilegio. El D.I.A. de la Central de Londres consideraba como cosa de su cometido acompañar en persona a los nuevos alumnos, por las diversas dependencias.

-Únicamente para darles una idea general- les decía.

Pues claro que habrán de tener alguna idea general para llevar a cabo un trabajo útil, si bien ésta fuera lo más breve posible, para que pudieran ser al par buenos y felices miembros de la sociedad: pues son los pormenores, como todo el mundo sabe, los que dan lugar a la virtud y a la felicidad, mientras que las generalidades son, intelectualmente consideradas, males necesarios. No son los filósofos sino los que se dan a la marquetaría y los coleccionistas de sellos, quienes constituyen la espina dorsal de la sociedad.

-Mañana -agregó con sonrisa impregnada de una levemente amenazadora campechanía- comenzaréis un trabajo serio. Tendréis que prescindir de generalidades: Mientras tanto...

Mientras tanto, era cuestión de aprovechar tan raro privilegio: directamente de la fuente al cuaderno. Y los muchachos garrapateaban como locos.

Alto, delgado, pero derecho como un huso, el director avanzó hacia el interior de la estancia. De barbilla prominente, tenía los dientes recios y algo salientes, cubiertos, cuando no hablaba, por labios carnosos y redondos. ¿Viejo, joven? ¿Treinta, cuarenta, cincuenta y cinco? Sería difícil precisarlo. Y, desde luego, a nadie le interesaba; en el año 632 de la era Fordiana a nadie se le ocurría siquiera preguntarlo.

-Empezaré por el principio -dijo el Director, y los estudiantes más celosos anotaron en el cuaderno sus propósitos:

"Empezar por el principio..."

-Éstas -señaló con la mano- son las incubadoras.

Y abriendo una puerta aisladora mostró una serie de ringleras superpuestas de tubos de ensayo.

-Las provisión semanal de óvulos -explicó- a la temperatura de la sangre. Aquí las gametas macho -y abrió otra puerta- que deben conservarse a treinta y cinco en vez de a treinta y siete. La temperatura normal de la sangre esteriliza. Los careros envueltos en termógeno no engendran corderos.

Apoyado en las incubadoras, mientras los lápices se deslizaban ilegiblemente a través de las páginas, comenzó una breve descripción del moderno proceso de fecundación. Habló primeramente, por supuesto, de su prólogo quirúrgico: "operación sufrida voluntariamente en beneficio de la sociedad, sin contar que proporciona una bonificación equivalente a seis meses de honorarios"; continuó relatando el procedimiento para conservar el ovario extirpado, vivo y en pleno desarrollo; siguió extendiéndose en consideraciones sobre el óptimo de vida en cuanto a temperatura, grado de salinidad y viscosidad del medio, y prosiguió aludiendo al licor en el que se conservan separados los óvulos maduros; llevólos luego ante las mesas de trabajo y les mostró cómo se extrae aquél de los tubos de ensayo y se echa, gota a gota, en láminas de vidrio, previamente caldeadas, para poner al microscopio; cómo se inspeccionan los óvulos contenidos en ellas con vistas a posibles anomalías, se cuentan y se trasladan a un receptáculo poroso; cómo (y esta vez llevólos a ver la operación) se introduce éste en un caldo tibio, que contiene los espermatozoides libres -a una concentración mínima de cien mil por centímetro cúbico, insistió-; y cómo, tras diez minutos, se saca el receptáculo del caldo y se examina su contenido nuevamente; cómo, si alguno de los óvulos queda sin fecundar, se le sumerge una segunda vez, y aún una tercera, si fuese necesario. Cómo los óvulos fecundados vuelven a las incubadoras, donde los Alfas y Betas permanecen hasta ser definitivamente envasados, mientras que los Gammas, Deltas y Epsilon se sacan a las treinta y seis horas para ser sometidos al procedimiento Bokanowsky.

-Al procedimiento Bokanowsky -repitió el Director.

Y los estudiantes subrayaron estas palabras en sus cuadernos.

-Un óvulo: un embrión: un adulto, es lo normal. Pero he aquí que el óvulo bokanowskyificado rebrota, se reproduce, se segmenta; y resultan de ocho a noventa y seis brotes, y cada uno se convertirá en un embrión perfecto, y cada embrión en un adulto de perfecta talla. Es decir, que se producen noventa y seis seres humanos de lo que antes se formaba uno. Progreso...

-En lo esencial -concluyó el D.I.A.- la bokanowskyificación consiste en una serie de interrupciones en el desarrollo. Detenemos un crecimiento normal y, por una paradoja de la Naturaleza, el óvulo reacciona reproduciéndose.

"Reacciona reproduciéndose." Los lápices se apresuraban.

Hizo una pausa. Una larga banda, que se movía lentamente, introducía un portatubos lleno de éstos, de ensayo, en una gran caja metálica, por cuyo lado opuesto salía otro. Leve rumor de máquinas. Ocho minutos invertían los tubos en atravesar la caja, les decía. Ocho minutos sometidos a intensos rayos X, es decir, casi el máximo que un óvulo puede soportar. Algunos mueren; de los que quedan, los menos aptos se segmentan en dos; la mayoría producen cuatro; algunos, ocho, y todos vuelven a las incubadoras donde comienza el desarrollo de los brotes; transcurridos dos días, se les enfría bruscamente. Dos, cuatro, ocho, los brotes, a su vez, se desdoblaron y retoñan de nuevo, siendo entonces sometidos a una dosis de alcohol casi mortal; en consecuencia, brotan de nuevo, y una vez que han brotado, se les deja desarrollarse en paz -brotes de brotes de brotes-, pues una nueva interrupción en su desenvolvimiento es generalmente fatal. Durante este lapso de tiempo, el óvulo original puede convertirse en un número de embriones que oscila entre ocho y noventa y seis, prodigioso perfeccionamiento -tendréis que reconocerlo- de la obra de la Naturaleza. Seres idénticos, no por grupos de dos o tres, como en los viejos tiempos vivíparos, cuando los gérmenes se dividían accidentalmente, sino por docenas, por veintenas, a la vez.

-Por veintenas -repitió el Director, abriendo los brazos como si estuviese repartiendo dádivas-, por veintenas.

Uno de los estudiantes fue lo bastante tonto para preguntar en qué estribaba la ventaja.

-¡Hijo mío! -respondió el Director, mientras se volvía rápidamente hacia él-. ¿No lo ve usted? ¿No se le ocurre a usted?

Levantó una mano con expresión solemne.

El procedimiento Bokanowsky es uno de los instrumentos más eficaces de la estabilidad social.

Instrumentos más eficaces de la estabilidad social.

Hombres y mujeres en serie, en grupos uniformes. Todo el personal de una pequeña fábrica podría ser procedente de un sólo óvulo bokanowskyficado.

-¡Noventa y seis seres idénticos trabajando en noventa y seis máquinas idénticas! -decía el Director, con trémolo de emoción en la voz-. Sabemos bien a dónde vamos. Por primera vez en la Historia -y aquí repitió la divisa del Estado Mundial: "Identidad, Comunidad, Estabilidad." Sublimas palabras. "Si pudiésemos bokanowskyficar indefinidamente, el gran problema estaba resuelto."

Resuelto por Gammas en serie, Deltas uniformes, Epsilones invariables. Millones de gemelos idénticos, el principio de la producción en masa aplicado por fin a la Biología.

-Pero, ¡ah! -siguió el Director, moviendo la cabeza-, *no podemos bokanowskyficar indefinidamente.*

"Noventa y seis parece ser el máximo y setenta y dos un buen promedio. Fabricar tantos grupos o remesas de gemelos idénticos como puedan salir de un mismo ovario y con gametas del mismo macho; eso es todo lo que se puede lograr (perfección muy relativa) y hasta esto no es fácil".

"Pues en la Naturaleza son necesarios treinta años para que maduren doscientos huevos. Pero nuestra labor es estabilizar la población en este momento, aquí y ahora. Producir gemelos con cuentagotas durante un cuarto de siglo, ¿para qué serviría?"

"Para nada. La técnica de Podsnap ha acelerado inmensamente el proceso de madurez. Se pueden asegurar, cuando menos, ciento cincuenta huevos maduros en dos años. Fertilizar y bokanowskyficar -es decir, multiplicar por setenta y dos- y obtener un promedio de casi once mil hermanos en ciento cincuenta series de gemelos idénticos y todos de la misma edad, con una diferencia máxima de dos años".

"Y en casos excepcionales, hasta quince mil adultos iguales de un mismo ovario."

Volviéndose hacia un joven alto y rubio que entraba en este momento:

-Mr. Foster -dijo.

El joven rubio se acercó.

-¿Querría usted decimos la marca de un sólo óvulo?

-Dieciséis mil doce, en este Centro -replicó mister Foster, sin la menor vacilación.

Hablaba muy de prisa, tenía ojos azules y vivos, y sentía un evidente placer en citar cifras.

-Dieciséis mil doce -repitió- en ciento ochenta y nueve series. Pero desde luego, no es el máximo que se puede alcanzar, ni mucho menos, sobre todo en algunos de los centros tropicales. En Singapur pasan con frecuencia de dieciséis mil quinientos y en Mombasa han llegado a los diecisiete mil. Pero es que gozan de excepcionales ventajas. ¡Hay que ver cómo responde un ovario de negra al líquido pituitario! Resulta asombroso cuando se está habituado a trabajar con material europeo. Todavía -prosiguió, riendo (pero el fuego de la lucha brillaba en sus ojos y su quijada avanzaba desafiadora)-, todavía habremos de vencerlos, como podamos. Estoy en este momento con un estupendo ovario Delta-Menos, que acaba de cumplir los dieciocho meses. Lleva ya doce mil setecientos niños decantados o en embrión. Y aún se muestra resistente. Aún los venceremos.

-¡Así, así me gusta! -gritó el Director dando palmaditas en el hombro a Mr. Foster-. Venga con nosotros para que estos chicos se aprovechen de sus conocimientos de especialista.

-Con mucho gusto -concedió Mr. Foster con una sonrisa.

Le siguieron.

En la Sala de Envasado reinaba una armoniosa presura y una ordenada actividad. Trozos de peritoneo de cerda, fresco, cortados ex profeso y a medida, subían disparados en los ascensores del Almacén de Órganos, situado en el sótano. Un ligero zumbido, luego un chasquido y las puertas del ascensor se abrían de par en par. El equipavases sólo tenía que extender la mano, coger la lámina, meterla, aplastar los bordes, y antes que el envase así forrado quedase fuera del alcance, llevado por el transbordador de cinta sin fin, otro zumbido, otro chasquido y una nueva lámina de peritoneo había ascendido de las profundidades subterráneas, presta para deslizarse en otro envase, el siguiente del interminable y lento desfile sobre la banda móvil.

Junto a los Equipadores estaban los registradores. Avanzaba la procesión; uno a uno, los óvulos eran trasladados de los tubos de ensayo a recipientes mayores; contábase con destreza el revestimiento de peritoneo, ponfase la mórula en su sitio, se vertía la solución salina y... el envase había pasado; era el turno de los encargados de poner los marbetes. Herencia, fecha de la fecundación, número del grupo Bokanowsky; detalles todos que pasaban al envase desde el tubo de ensayo. Cesaba el anónimo y, nombrada e identificada, seguía la procesión lentamente su marcha a través de una abertura en el muro, pasando a la Sala de Predestinación Social.

-Ochenta y ocho metros cúbicos de fichas -dijo con complacencia Foster, al entrar.

-Conteniendo *todo* cuanto pueda interesar -agregó el Director.

-Puestas al día cada mañana.

-Y coordinadas cada tarde.

-Que forman la base de nuestros cálculos.

-Tantos individuos de tal y cual calidad.

-Distribuidos en tales y cuales cantidades.

-El óptimo porcentaje de decantación, en cualquier momento.

-Siendo rápidamente compensadas las pérdidas imprevistas.

-Rápidamente -repitió Mr. Foster-. ¡Si supieseis cuántas horas extraordinarias hube de trabajar tras el último terremoto japonés! -Y rió de buena gana, moviendo la cabeza.

-Los Predestinadores envían sus cifras a los Fecundadores.

-Que les facilitan los embriones pedidos.

-Y los envases vienen para ser predestinados con todo detalle.

-Después de lo cual vuelven al Almacén de Embriones.

-Adonde ahora mismo vamos a ir nosotros.

Y abriendo una puerta, guióles Mr Foster por una escalera que conducía al sótano.

La temperatura era aún tropical. descendieron en una creciente oscuridad; dos puertas y un pasadizo con doble mampara protegían el sótano contra toda posible infiltración de la luz del día.

-Los embriones son como las películas fotográficas -dijo Mr. Foster en tono festivo, cuando empujaba la segunda puerta-: sólo pueden soportar la luz roja.

Y, en efecto, la oscuridad en que se iban sumergiendo los alumnos que le seguían era visible y carmesí, como la oscuridad que se percibe con los ojos cerrados una tarde de verano. Los

flancos panzudos de los envases que se alineaban en filas y más filas brillaban como innumerables rubíes, y entre los rubíes movíanse vagos y rojos espectros de hombres y mujeres con ojos amoratados y todo el aspecto sintomático de lúpicos. El leve chirrido de los aparatos llenaba el ambiente.

-Dénos algunas cifras, Mr. Foster -dijo el Director, que se había cansado de hablar.

Mr. Foster estaba muy satisfecho de dárselas.

-Doscientos veinte metros de largo, doscientos de ancho y diez de alto. -Y señalaba el techo. Los estudiantes, como los pollitos cuando beben, miraron también hacia lo alto.

Tres series de estantes: a nivel del suelo, en la primera galería y en la segunda.

La armazón metálica de las galerías superpuestas se extendía en todas direcciones hasta perderse en la oscuridad. Cerca, tres fantasmas rojos estaban muy atareados descargando demajuanas que acogían de una escalera portátil. Esta partía de la Cámara de Predestinación Social. Cada envase podía colocarse en uno de los quince bastidores o estantes, que, aunque a la vista de los visitantes no lo pareciese, era un transportador a una velocidad de treinta y tres centímetros y un tercio por hora. Doscientos setenta y siete días a razón de ocho metros diarios. Dos mil ciento treinta y seis metros en total. Un circuito del sótano a nivel del suelo, otro en la galería primaria, medio en la segunda, y en la mañana del día doscientos sesenta y siete, la luz diurna en la Sala de Decantación. Desde entonces la denominada Existencia Independiente.

-Sólo que en el intervalo -concluyó Mr. Foster- hemos hecho muchas cosas con ellos. Muchas cosas, sí. -Y sonreía triunfalmente.

-Así, así me gusta -volvió a exclamar el Director-. Demos una vuelta y vaya explicándolo todo, míster Foster.

Mr. Foster lo explicó copiosamente.

Hablóles del desarrollo del embrión en su lecho de peritoneo; hizoles probar la sangre artificial de que se alimentaba. Explicóles por qué era necesario estimularle con placentina y tirosina. Les habló del extracto de *corpus luteum* y mostró cómo se inyectaba automáticamente cada doce metros desde el cero hasta el 2040. Habló de cómo aumentaba gradualmente la dosis de líquido pituitario durante los postreros noventa y seis metros de su recorrido. describió la circulación materno artificial instalada en cada envase en el metro 112 y enseñó los depósitos de la sangre artificial y la bomba centrífuga que mantenía el líquido en movimiento sobre la placenta y lo impulsaba a través del pulmón sintético y del filtro para residuos. Aludió a la tendencia del embrión a la anemia y las grandes dosis de extracto de estómago de cerdo y de hígado de potro fetal que se les suministraban para evitarla.

Explicó el sencillo mecanismo por medio del cual, durante los dos últimos metros de cada ocho, se agita simultáneamente a todos los embriones para familiarizarlos con el movimiento, e insistió acerca de la gravedad del llamado "traumatismo de decantación" y enumeró las precauciones tomadas para reducir a un mínimo, por medio de manipulaciones del envase, este choque peligroso. Expuso las pruebas de sexo que se llevaban a cabo alrededor del metro 200 y el sistema de poner marbetes -una T para los machos, un círculo para las hembras y una interrogación negra, sobre fondo blanco, para los que habían de ser neutros.

-Porque es inútil agregar -continuó Mr. Foster- que, en la gran mayoría de los casos, la fecundidad es simplemente una molestia. Un ovario fecundo de cada mil doscientos bastaría con creces para nuestro objeto. Pero queremos tener donde elegir, y dejar, por supuesto, un gran margen de seguridad. Y por eso dejamos desenvolverse normalmente hasta un treinta por ciento de los embriones femeninos. A los restantes se les suministra una dosis de hormonas sexuales masculinas cada veinticuatro metros durante el resto de la carrera. En resumen: decantan como neutros siendo estructuralmente casi normales (si se exceptúa -se vio obligado a admitir- que tienen una leve tendencia a echar barba y que son estériles). Garantizada su esterilidad. Lo que nos lleva al fin -continuó Mr. Foster- fuera del reino de la servil imitación de la Naturaleza, para entrar en el campo, mucho más interesante, de la invención humana.

Se frotó las manos.

-No era bastante incubar los embriones -añadió-. Eso cualquier vaca puede hacerlo. Predestinamos y condicionamos -continuó-. Decantamos nuestros infantes como seres humanos socializados, como Alfas o Epsilones; es decir, como futuros poceros o futuros... -iba a decir: "futuros Inspectores Mundiales", pero se contuvo a tiempo y terminó: "...futuros Directores de Incubación".

El D.I.A. agradeció el cumplido con una sonrisa.

Pasaban por el metro 320 en el portaenvases número 11. Un joven mecánico Beta-Menos se afanaba en apretar con un destornillador y una llave inglesa la bomba de sangre artificial de un recipiente que pasaba. El zumbido del motor eléctrico se tornaba profundo según iba templando... más sordo, más sordo. Una vuelta final, una mirada al cuentarrevoluciones, y terminó. Dio dos pasos a lo largo de la fila y comenzó la misma operación con la bomba siguiente.

-Reduciendo el número de revoluciones por minuto -explicó Mr. Foster-, la sangre artificial circula más despacio y suministra menos oxígeno al embrión. No hay nada como la escasez de oxígeno para conservar a un embrión por debajo de lo normal. -Se frotó otra vez las manos.

-¿Y para qué se necesita conservar el embrión por debajo de lo normal? -se arriesgó a preguntar un estudiante de buena fe.

-¡Qué burro! -dijo el Director rompiendo su prolongado silencio-. ¿Nunca se le ha ocurrido a usted pensar que un embrión Epsilon necesita un ambiente Epsilon y una herencia Epsilon?

No se le había ocurrido, y la respuesta le dejó confundido.

-Cuánto más baja es la casta -dijo Mr. Foster- se le da menos oxígeno. El primer órgano afectado es el cerebro y después el esqueleto. Al setenta por ciento del oxígeno normal se obtienen enanos, y por debajo de este porcentaje monstruos sin ojos. Que carecen absolutamente de utilidad -concluyó Mr. Foster-. Si se consiguiese encontrar -y su voz se hacía confidencial y anhelante- un procedimiento técnico para acortar el periodo de maduración, ¡qué triunfo! ¡qué beneficio para la Sociedad! Consideren si no al caballo.

Todos le consideraron.

-Madura a los seis años; a los diez el elefante, mientras el hombre no está aún maduro

sexualmente a los trece y no ha terminado su desarrollo hasta los veinte años. De ahí proviene, desde luego, el fruto de ese lento desarrollo: la inteligencia humana. Pero en los Epsilones -decía muy exactamente Mr. Foster- no necesitamos de inteligencia humana. Y como no se necesita, no se la damos. Más aun cuando la mente madura a los diez en los Epsilones, su cuerpo no es apto para el trabajo hasta los dieciocho. Largos e inútiles años de inmadurez. Si el desarrollo físico pudiese hacerse tan rápido, por ejemplo, como el de la vaca, ¡qué enorme economía para la Comunidad!

-¡Enorme! -murmuraron los estudiantes. El entusiasmo de Mr. Foster era contagioso.

Se hacía cada vez más técnico; hablaba de la coordinación anormal de las endocrinas, que hace crezcan los hombres tan lentamente, y admitió para explicarlo una mutación germinal: ¿Se podía anular los efectos de esta mutación germinal? ¿podía hacerse retroceder un embrión de Epsilon por medio de una técnica adecuada al carácter normal de los perros y las vacas? ¡He aquí el problema! Y estaba a punto de ser resuelto.

Pilkington, en Mombasa, había logrado individuos sexualmente maduros a los cuatro años y totalmente desarrollados a los seis y medio. Un triunfo científico, pero carente de utilidad social. A los seis años, hombres y mujeres eran demasiado estúpidos incluso para realizar el trabajo de un Epsilon. Y el sistema era de los de ser o no ser; o se modificaba todo o no se hacía nada. Se estaba estudiando el punto ideal de avenencia entre adultos de veinte años y adultos de seis. Hasta entonces sin éxito alguno, y Mr. Foster movía la cabeza y suspiraba al decirlo.

Sus peregrinaciones por el rojizo ambiente les habían llevado a las proximidades del metro 170, en el portaenvases número 9. Desde allí en adelante éste quedaba cerrado y los recipientes terminaban su carrera por una especie de túnel interrumpido de trecho en trecho por aberturas de dos a tres metros de ancho.

-Acondicionamiento calorífico -dijo Mr. Foster.

Los túneles calientes y los fríos se sucedían alternativamente. La frialdad se unía a otras molestias bajo la forma de rayos X intensos, y cuando llegaban a ser decantados los embriones, tenían horror al frío. Eran los predestinados a emigrar a los trópicos, a ser mineros, tejedores de seda al acetato, o metalúrgicos. Más tarde se formaría su espíritu en consonancia con las inclinaciones de sus cuerpos.

-Les preparamos -resumió Mr. Foster- para que soporten bien el calor. Nuestros colegas de arriba les enseñarán a amarlo.

-Y he aquí -dijo el Director sentenciosamente- el secreto de la felicidad y la virtud: amar lo que hay obligación de hacer. Tal es el fin de todo acondicionamiento: hacer que cada uno ame el destino social, del que no podrá liberarse.

En un espacio entre dos túneles, una enfermera sondeaba delicadamente con una larga y fina jeringuilla el contenido gelatinoso de uno de los envases que circulaban. Los estudiantes y sus gufas quedaron un momento silenciosos, observando.

-Bien, Lenina -exclamó Mr. Foster cuando al fin terminó e incorporóse.

La joven se volvió con rapidez y, pese a la máscara de lupus y a sus ojos enrojecidos, era excepcionalmente hermosa.

-¡Henry! -y su sonrisa dejó ver una hilera de dientes de coral.

-Encantadora, encantadora -murmuró el Director dándole dos o tres azotitos y recibiendo en cambio una deferente sonrisa.

-¿Qué les está usted poniendo? -preguntó mister Foster en un tono muy profesional.

-La inyección usual contra el tifus y la enfermedad del sueño.

-Los trabajadores tropicales -explicó Mr. Foster a los estudiantes- comienzan a sufrir inoculaciones en el metro 150. Los embriones tienen aún branquias. Nosotros inmunizamos a estos peces de las enfermedades del futuro hombre-. Y volviéndose a Lenina: -A las cinco menos diez en la azotea, como siempre -terminó.

-Encantadora -volvió a decir el Director, con otro azotito de despedida, y salió tras de los demás.

En el portaenvases número 10, hileras de futuros trabajadores de industrias químicas de la futura generación se iban acostumbrando al alquitrán, al plomo, a la sosa cáustica, al cloro... El primer grupo de una serie de doscientos cincuenta futuros mecánicos de aviones-cohetes pasaban por el metro 1100 en el portaenvases número 3. Un mecanismo especial mantenía los envases en constante rotación.

-Para perfeccionarles el sentido del equilibrio -explicó Mr. Foster-. Hacer reparaciones al exterior del avión-cohete, en pleno vuelo, es cosa delicada. Retardamos la circulación cuando están en posición normal hasta que están semihambrientos, y se redobla la afluencia de sangre artificial cuando están cabeza abajo. Así comienzan a asociarlo con el bienestar. No se encuentran bien sino cabeza abajo. Y ahora -prosiguió mister Foster- quisiera mostraros un acondicionamiento muy interesante de Intelectuales-Alfa. Tenemos un grupo de ellos en el portaenvases número 5. En la primera galería -dijo Mr. Foster en voz alta a dos muchachos que comenzaban a descender al piso bajo-. Deben de estar hacia el metro 900 -aclaró-. No es posible hacer nada útil de acondicionamiento intelectual hasta que los fetos han perdido la cola. Síganme.

Pero el Director había mirado el reloj.

-Las tres menos diez -dijo-. No queda tiempo para los embriones intelectuales, y lo siento. Hemos de ir a los cuartos de los niños antes de que hayan terminado su siesta.

Mr. Foster hizo un gesto de desilusión.

-Al menos un vistazo a la Cámara de Decantación -suplicó.

-¡Bueno, bueno, una ojeada! -asintió el Director, sonriendo indulgentemente-. ¡Sólo una ojeada!

CAPÍTULO II

Mr. Foster se quedó en la Sala de Decantación mientras el D.I.A. y sus oyentes se dirigieron al ascensor más próximo, que los condujo al quinto piso.

Sección de niños. Salas de acondicionamiento neopauloviano; rezaba el cartel de la entrada.

El Director abrió la puerta; entraron en una gran estancia vacía, alegre y soleada, cuya pared meridional era toda una ventana. Media docena de niñeras, con las chaquetas y pantalones reglamentarios de tela blanca de glutina, asépticamente ocultos los cabellos bajo los gorros blancos, estaban ocupadas en colocar búcaros con rosas, en larga hilera, en el suelo de la sala. Grandes vasos repletos de flores, de millares de pétalos aterciopelados como mejillas de innumerables querubines, querubines que, en esta luz brillante, no eran exclusivamente rosados y arios, sino también luminosamente chinos y mejicanos, apopléticos unos a fuerza de soplar en las trompetas celestiales, pálidos cual la muerte otros, con la póstuma blancura del mármol.

Las niñeras se cuadraron cuando entró el D.I.A.

-Preparen los libros -dijo éste secamente.

Las niñeras obedecieron en silencio. Colocaron los libros entre los vasos floridos; una hilera de *in-cuartos* para niños, tentadoramente abiertos, mostrando cada cual una figura de alegres colores que representaba animales, peces o pájaros.

-Que entren los niños.

Salieron rápidamente para volver, al cabo de uno o dos minutos, empujando una especie de cunas-jaulas en las que se agitaban niños de ocho meses, todos exactamente iguales. Evidentemente, se trataba de un Grupo Bokanowsky y, por pertenecer a la clase Delta, todos ellos vestidos de color caqui.

-Déjenlos en el suelo.

Los niños fueron depositados en el mismo.

-Póngalos ahora de modo que vean los libros y las flores.

Una vez hecho esto, los niños quedaron un momento silenciosos, para comenzar en seguida a arrastrarse hacia ellos, atraídos por los gayos colores de las páginas. Cuando ya estaban cerca, el sol se libró del momentáneo eclipse en que le había tenido una nube. Flamearon las rosas como bajo el efecto de una súbita pasión interna; una vida nueva y profunda pareció comunicarse a las brillantes páginas de los libros. De las filas de niños que avanzaban a gatas, brotaron débiles gritos de alegría, murmullos y ronroneos de placer.

El Director se frotó las manos:

-¡Magnífico! No hubiese salido mejor de haberlo preparado adrede. Los gateadores más listos habían ya llegado a su meta. Las manecitas tendíanse, inseguras, asían, deshojándolas, las

transfiguradas rosas, rasgaban las páginas iluminadas de los libros. Esperó el Director a que estuviesen todos alegremente entretenidos. Y:

-Fijaos bien -dijo. Y alzando la mano dio la señal.

La Niñera Mayor, situada junto a un cuadro de distribución al otro lado de la sala, bajó una pequeña palanca.

Sobrevino una violenta explosión. Aguda, cada vez más aguda, silbó una sirena. Los timbres de alarma sonaron enloquecedores.

Sobresaltados, los niños chillaron, lívidos de terror los rostros.

-Completemos ahora -gritó (pues el ruido era ensordecedor)- la lección con una suave sacudida eléctrica.

Movió otra vez la mano y la Niñera Mayor bajó una segunda palanca. Cambiaron súbitamente de tono los gritos de los niños. Eran algo desesperado, casi vesánico, los alaridos penetrantes y espasmódicos que comenzaron entonces. Contrafáanse y retorciáanse sus cuerpecitos: sus miembros se sacudían violentamente, cual manejados por invisibles hilos.

-Podríamos electrificar toda esa zona del suelo -dijo el Director a modo de explicación;- pero basta con esto. E hizo una señal a la niñera.

Cesaron las explosiones, callaron los timbres, fuese amortiguando el aullido de la sirena, bajando de tono hasta el silencio. Relajáronse los contraídos cuerpos, y lo que habían sido sollozos y alaridos de locos furiosos, volvió a los límites de un terror normal.

-Enseñadles otra vez las flores y los libros.

Obedecieron las niñeras; pero al acercarles las rosas, al ver tan sólo las figuras vivamente iluminadas del *michino*, del *quiquiriquí* y del *be be* de negras lanas, los niños retrocedieron con terror; y volvió a subir súbitamente el tono de sus gritos.

-Observad -dijo triunfalmente el Director-, observad.

Los libros y los estrépitos, las flores y las sacudidas eléctricas, quedan irremisiblemente unidos en la imaginación de estos niños; y al cabo de repetir doscientas veces esta lección u otra semejante, su maridaje será indisoluble. Lo que une el hombre, la Naturaleza es incapaz de separarlo.

Crecerán con lo que los psicólogos llamaban "horror instintivo" a los libros y a las flores. No son sino reflejos inalterablemente condicionados. Quedan inmunizados de libros y botánica para toda la vida.

Volvióse el Director a las niñeras:

-Llévenselos.

Chillando aún, los niños fueron metidos en sus cunas-jaulas, las que rodaron fuera de la sala, dejando tras ellos olor a leche agria y un grato silencio.

Uno de los estudiantes alzó su mano; y, aun cuando comprendía muy bien por qué no se podía tolerar que las castas inferiores malgasten con libros el tiempo de la comunidad, y que corriese siempre el riesgo de que leyese algo que pudiese "desacondicionar" con peligro sus reflejos, sin embargo... no podía comprender lo de las flores. ¿Por qué molestarse en hacer psicológicamente imposible a los Deltas el gusto por las flores?

Pacientemente, lo explicó el D.I.A. Si se hacía que los niños comenzasen a aullar al ver una rosa, era por razones de superior política económica. No hacía mucho (cosa de un siglo), se había acondicionado a los Gammas, Deltas, y aun a los Epsilones, para que amasen las flores en particular y la naturaleza salvaje en general. La idea era hacerles desear ir al campo tantas veces como tuviesen ocasión, obligándoles así a consumir transporte.

-¿Y no consumían transporte? -preguntó el alumno.

-Si, y en bastante cantidad -dijo el D.I.A.-, pero nada más. Las primulas y los paisajes -observó- tienen un grave inconveniente: son gratuitos. El amor a la naturaleza no da trabajo a las fábricas. Se decidió abolir el amor a la naturaleza, entre las clases bajas cuando menos; pero *no* la inclinación a consumir transporte. Pues, por otra parte, era esencial que siguiesen saliendo al campo aunque le odiasen. El problema era hallar para el consumo del transporte una razón económica más sólida que un mero afecto hacia las primulas y los paisajes. Al fin se dio con ella. Acondicionamos a las masas -concluyó el Director- para que odien a la Naturaleza, pero simultáneamente les acondicionamos para que les gusten los deportes campestres. Y a la vez nos las arreglamos para que todos los deportes al aire libre exijan aparatos fabricados. De este modo consumen artículos manufacturados y medios de transporte. De ahí las sacudidas eléctricas.

-Comprendo -dijo el alumno, y guardó silencio, mudo de admiración.

Hubo una pausa; y, tosiendo para aclarar la voz:

-Una vez, hace tiempo -comenzó el Director-, cuando aún nuestro Ford estaba en este mundo, había un muchachillo llamado Reuben Rabinovitch. Sus padres hablaban en polaco. -Se interrumpió-. Sabéis lo que es un polaco, ¿verdad?

-Una lengua muerta.

-Como el francés y el alemán -agregó oficiosamente otro alumno haciendo alarde de su erudición.

-¿Y "padre"? -preguntó el D.I.A.

Se hizo un embarazoso silencio. Varios muchachos enrojecieron. No sabían aún distinguir la línea de separación, importante pero a menudo muy tenue, que separa la obscenidad de la ciencia pura. Uno, al fin, tuvo valor suficiente para alzar la mano.

-En otro tiempo, los seres humanos eran... titubeó; la sangre afluyó a sus mejillas-. Bien, eran vivíparos.

-Muy bien -aprobó el Director moviendo la cabeza.

-Y cuando los niños se decantaban...

-Nacían -corrigió-. Bien; entonces, esto eran los padres, es decir, no los niños, sino los otros. -El pobre chico estaba sumido en confusión.

-En pocas palabras -resumió el Director-, los padres eran el padre y la madre. -Tal obscenidad, que era realmente ciencia, cayó como una bomba en el embarazoso silencio de los muchachos, que no se atrevían a mirarse-. La madre -repitió en voz alta para que les entrase bien la ciencia; y recostándose en su silla-. Son -dijo gravemente- hechos desagradables, bien lo sé. pero la mayor parte de los hechos históricos son desagradables.

Volvió al pequeño Reuben -al pequeño Reuben, en cuya habitación su padre y su madre (¡ejem, ejem!) habían dejado por olvido funcionando la radio.

(Pues no hay que olvidarse de que en aquellos tiempos de grosera reproducción vivípara los niños eran criados siempre por sus padres y no en centros de Acondicionamiento del Estado).

-Mientras dormía el niño, comenzó a oírse por la radio el programa de la emisora de Londres; y a la mañana siguiente, con gran asombro de su... (¡ejem!) y de su... (¡ejem!) (los más atrevidos de los chicos se aventuraron a cambiar risitas entre sí), el chiquitín se despertó repitiendo palabra por palabra una larga conferencia de ese singular escritor antiguo (uno de los pocos cuya obra se ha permitido llegar hasta nosotros). Jorge Bernard Shaw, que hablaba, según tradición fidedigna, de su propio genio. Para él...(guiño y la... (risita) del pequeñín, la tal conferencia fue, como es de suponer, perfectamente incomprensible; e imaginándose que su niño se había vuelto loco de repente, llamaron al médico. Entendía éste, por fortuna, el inglés, y reconoció la conferencia de Shaw radiada la víspera, se dio cuenta de lo sucedido y escribió sobre el caso una carta a la prensa médica. Había sido descubierto el principio de la enseñanza durante el sueño o hipnopedía.

El D.I.A hizo una solemne pausa.

-El principio había sido descubierto; pero pasaron muchos años antes que el principio tuviese aplicaciones útiles. El caso del pequeño Reuben ocurrió sólo veintitrés años después de que nuestro Ford lanzase al mercado su primer modelo T. -Y aquí el Director hizo el signo de la T sobre su estómago, y todos los estudiantes le imitaron reverentemente-. Y sin embargo...

Locamente garrapatearon los estudiantes: "La hipnopedía fue empleada por primera vez oficialmente en el año 214 de N.F. ¿Por qué no antes? Por dos razones: a) ..."

-Los primeros experimentadores -fue diciendo el D.I.A.- iba por mal camino. Creyeron que podían hacer de la hipnopedía un instrumento de educación intelectual...

Un niño, dormido sobre el lado derecho, el brazo laxo fuera de la cama, con la mano colgando. Una voz habla quedamente por entre la rejilla redonda que cubre uno de los costados de una caja.

"El Nilo es el mayor río del África, y el segundo del mundo en longitud. Aunque más corto que el Mississipi-Missouri, el Nilo está a la cabeza de todos los ríos por la extensión de su cuenca, que abarca 35 grados de latitud..."

Al día siguiente, al desayuno, se le preguntaba:

-Tomasín, ¿sabes cuál es el río mayor del África?

Y el niño sacudía la cabeza.

-¿Y no te acuerdas de algo que empieza "El Nilo es el...?"

-El-Nilo-es-el-mayor-río-del-África-y-el-segundo-del-mundo-en-longitud...

-Las palabras salían atropellándose unas a otras-. Aunque-más-corto-que...

-Bueno, dime ahora cuál es el mayor río del África.

-No lo sé -respondía con mirada inmutada.

-El Nilo, Tomasín.

-El-Nilo-es-el-mayor-río-del-África...

Tomasín se echaba a llorar.

-No lo sé -decía lloriqueando. Estos lloriqueos desesperaron a los primeros investigadores. Se abandonaron las experiencias y no se volvió a pensar en enseñar a los niños, durante el sueño, la longitud del Nilo. Bien hecho. No se puede aprender una ciencia sin saber perfectamente de lo que se trata. Sin embargo, si hubiesen comenzado por la educación moral... -dijo el Director guiándoles hacia la puerta. Los alumnos le siguieron garrapateando desesperadamente, mientras andaban y dentro del ascensor-. La educación moral, que no debe nunca ser racional en modo alguno.

"Silencio, silencio", murmuraba un altavoz cuando llegaron al piso decimocuarto, y "Silencio, silencio", repetían infatigablemente los altavoces, a intervalos regulares, a lo largo de cada corredor. Los estudiantes y hasta el propio Director comenzaron a andar de puntillas automáticamente. Eran Alfas, naturalmente, pero hasta a los propios Alfas se les acondicionaba bien. "Silencio, silencio." Todo el ambiente del piso catorce vibraba con tal imperativo categórico.

Cincuenta metros recorridos en puntillas lleváronle a una puerta que el Director abrió cuidadosamente. Entraron en la penumbra de un dormitorio con las ventanas cerradas. Ochenta camitas se alineaban a lo largo de la pared. Sentíase el rumor de respiraciones lentas y regulares, y un murmullo continuo, como de voces muy quedas que susurraran lejos.

Una niñera se levantó cuando entraron y cuadróse ante el Director.

-¿Cuál es la lección de esta tarde? -preguntó.

-Ha sido de Sexo Elemental durante los primeros cuarenta minutos -respondió-. Pero ahora hemos conectado con la de elementos del Sentido de las Clases Sociales.

El Director recorrió lentamente la larga fila de camitas. Entregadas al sueño, ochenta rosadas criaturas yacían, respirando suavemente. De debajo de cada almohada salía un susurro. El D. I. A. se detuvo e, inclinándose sobre una cama, escuchó atento.

-¿Elementos del Sentido de las Clases Sociales, decíais? Lo haremos repetir un poco más alto en el altavoz.

Al extremo del cuarto, había uno de éstos que sobresalía del muro. Fue hasta él el Director y oprimió un interruptor.

"...visten de verde", decía una voz suave, pero clara, comenzando por la mitad de la frase, "y los niños Deltas, de caqui, ¡Oh! no, no quiero jugar con los niños deltas. Y los Epsilones son aún peores. Son demasiado tontos para aprender a leer y escribir. Además, van de negro, que es un color antipático. ¡Cuán contento estoy de ser un Beta!"

Hubo una pausa; continuó la voz:

"Los niños Alfas van de gris. Trabajan mucho más que nosotros porque son prodigiosamente inteligentes. La verdad es que estoy muy satisfecho de ser un Beta, pues no tengo un trabajo tan pesado. Y además somos mucho mejores que los Gammas y los Deltas. Los Gammas son unos tontos. Visten de verde. Y los niños Deltas, de caqui. No, no, no quiero jugar con los niños Deltas. Y los Epsilones son aún peores. Son demasiado tontos para aprender..."

El Director dio vuelta a la llave y la voz cesó. Sólo un susurro fantasmal continuó bajo las ochenta almohaditas.

-Se les repetirá aún cuarenta o cincuenta veces antes de que se despierten; y lo mismo el jueves y el sábado, ciento veinte veces, tres veces por semana, durante treinta meses. Tras lo cual pasarán a otra lección más adelantada.

Rosas y sacudidas eléctricas, el caqui de los Deltas y una bocanada de asafétida, unidos indisolublemente antes de que el niño supiese hablar. Pero el acondicionamiento sin palabras es grosero y rudo; no puede hacer captar las distinciones más finas, no puede inculcar las normas de conducta más complejas. Para eso son necesarias las palabras, pero palabras sin razón. Hipnopedia en suma.

-La mayor fuerza moralizadora y socializadora de todos los siglos.

Los alumnos lo escribieron en sus cuadernos. Ciencia bebida en la propia fuente.

El Director oprimió de nuevo el interruptor:

"...prodigiosamente inteligentes -decía la voz dulce, insinuante, incansable-. La verdad es que estoy muy satisfecho de ser un Beta, pues..."

No como gotas de agua, aunque el agua es capaz, en verdad, de horadar a la larga el más duro granito; sino como gotas de lacre derretido que se adhieren, se incrustan, se incorporan al objeto sobre el que caen, hasta que por fin la roca quede convertida en un bloque escarlata.

-Hasta que al fin la mente del niño *sea* esas sugerencias, y la suma de esas sugerencias *sea* la mente del niño. Más no sólo la mente del niño, sino también la del adulto, y para toda su vida. La mente que juzga, y desea, y decide, integrada por esas sugerencias. ¡Pero he aquí que todas esas sugerencias son *nuestras* sugerencias! -El Director casi gritó de orgullo-. Sugestiones del Estado -golpeó sobre la mesa más próxima-, y por consiguiente...

Un ruido le hizo volverse.

-¡Oh Ford! -dijo cambiando de tono-. ¡He despertado a los chiquillos!

CAPÍTULO III

Era la hora del recreo en el jardín. Desnudos bajo el sol de junio, seiscientos o setecientos niños y niñas dejaban oír sus agudos gritos mientras correteaban sobre el césped, jugaban a la pelota, o se agrupaban silenciosamente dos o tres entre los arbustos floridos. Se habían abierto las rosas, dos ruiseñores tejían sus soliloquios en los sotillos y el cuco desafinaba concienzudamente entre los tilos. El aire parecía adormecerse al murmullo de las abejas y los helicópteros.

El Director y sus discípulos se detuvieron un momento para ver jugar una partida de pelota centrífuga. Veinte niños se agrupaban en corro alrededor de una torrecilla de acero cromado. Una pelota lanzada al aire de forma que cayese en la plataforma situada en lo alto de la torrecilla, descendía por el interior, caía sobre un disco giratorio a mucha velocidad, y salía disparada por una de las numerosas aberturas de la caja cilíndrica, habiendo que atraparla al vuelo.

-Es curioso -murmuró el Director mientras se alejaban-, muy curioso pensar cómo, aun en los tiempos de Nuestro Ford, la mayoría de los juegos se jugaban sin más aparato que una o dos pelotas, unos palos y, en algunos casos, un trozo de red. Imaginaos qué tontería es permitir a la gente jugar a juegos complicados que en ninguna manera aumentan el consumo. Es una locura. Hoy en día los Inspectores aceptan sólo los juegos nuevos, que requieren, cuando menos, tantos accesorios como el más complicado de los existentes-. Hizo una pausa. -¡Qué hermoso grupo!- dijo, señalando con el dedo.

En un trozo de césped, entre dos altas manchas de brezos mediterráneos, un niño de unos siete años y una niña de uno más, se entretenían jugando, con la misma concentrada atención que sabios sumidos en trabajos de investigación, a un juego sexual rudimentario.

-¡Hermoso, muy hermoso! -repitió sentimentalmente el D. I. A.

-¡Muy hermoso! -asintieron cortésmente los jóvenes.

Pero su sonrisa tenía mucho de condescendencia: hacía demasiado poco que habían dejado semejantes juegos, para que los miraran sin cierto desdén. ¿Hermoso? ¡Pero si no eran más que un par de cachorros retozando! Cachorros, ni más ni menos.

-Me ha parecido siempre... -continuaba el Director en el mismo lírico tono, cuando le interrumpió una recia chillería.

De un sotillo próximo salió una niñera, llevando de la mano un crío, que berreaba sin dejar de andar. Una nena algo asustada le seguía casi corriendo.

-¿Qué pasa? -preguntó el Director.

La niñera se encogió de hombros.

-No es nada -respondió-. Este chiquillo que no quiere jugar a los acostumbrados juegos eróticos. Ya lo había notado una o dos veces. Y hoy ha vuelto a las andadas, y se ha puesto a gritar...

-Yo -interrumpió la niñera- no quise hacerle daño, se lo aseguro...

-Ni qué decir tiene, nena -dijo la niñera tranquilizándola-. Así, pues -continuó dirigiéndose de nuevo al Director- le llevo a ver al Inspector Auxiliar de Psicología, sólo por ver si le ocurre algo de anormal.

-Muy bien -dijo el Director-. Llévelo. Tú quédate aquí, nena -agregó, mientras la niñera se llevaba al crío confiado a sus cuidados, que seguía berreando a más y mejor-. ¿Cómo te llamas?

-Polly Trotsky.

-Bonito nombre -dijo el Director-. Corre por ahí a ver si encuentras a otro niño para jugar.

La nena se metió entre las matas, perdiéndose de vista.

-¡Deliciosa criatura! -dijo el Director, siguiéndola con la vista. Y volviéndose a los alumnos-: Lo que ahora voy a deciros os parecerá increíble. Pero es natural que cuando no se está habituado a la Historia, la mayoría de los hechos del pasado parezcan increíbles.

Reveló la pasmosa verdad. Durante un larguísimo periodo antes de Nuestro Ford, y aun varias generaciones después, los juegos eróticos entre niños habían sido considerados anormales (carcajada general); y no sólo anormales, sino positivamente inmorales (¡no es posible!); y, por consiguiente, habían sido rigurosamente prohibidos.

En las caras de los oyentes apareció una atónita incredulidad. ¿Pero es que los pobres críos no tenían derecho a divertirse? No podían creerlo.

-Hasta a los adolescentes -decía el D. I. A.-, hasta a los adolescentes como vosotros...

-¡No es posible!

-Aparte de un poco de autoerotismo y homosexualismo, practicado a escondidas, absolutamente nada.

-¿Nada?

-En la mayoría de los casos, hasta pasar de los veinte años.

-Veinte años -repitió el Director-. Ya os dije que os parecería escepticismo.

-¿Veinte años? -repitieron como un eco los alumnos, llenos de incredulidad.

-Pero, ¿qué sucedía? -preguntaron- ¿cuáles fueron los resultados?

-Los resultados eran horribles. -Una voz profunda y sonora se mezcló súbitamente en el diálogo.

Miraron en torno. A un extremo del grupo, estaba en pie un extranjero, hombre de mediana estatura, pelo negro, nariz aguileña, rojos y carnosos labios, y ojos agudos y sombríos.

-Horribles -repitió.

EL D. I. A., que se había sentado en uno de los bancos de acero cauchotado convenientemente diseminados por los jardines, se puso en pie de un salto al ver al extranjero, y precipitóse hacia él, con las manos extendidas, sonriendo efusivamente.

-¡Inspector! ¡Qué inesperado placer! ¿Quién os creéis que es, chicos...? El Inspector, Su Fordería Mustafá Mond.

En los cuatro mil cuartos del Centro, cuatro mil relojes eléctricos dieron simultáneamente las cuatro. Secas voces salían de las bocinas de los altavoces:

"¡Relevo del primer turno! ¡Entrada del segundo turno! ¡Relevo del primer turno...!"

En el ascensor, subiendo a los vestuarios, Henry Foster y el Subdirector de Predestinación daban la espalda intencionadamente a Bernard Marx, del Departamento de Psicología, a causa de su mala reputación.

El zumbido y leve ruido de las máquinas estremecía el rojizo ambiente del Depósito de Embriones. Los dos turnos iban y venían: a un rostro color de lupus sucedía otro; majestuosamente, por siempre jamás, continuaban los transportadores su lenta marcha con su cargamento de futuros hombres y mujeres.

Lenina Crowe se dirigió con viveza hacia la puerta.

¡Su Fordería Mustafá Mond! Los ojos de los estudiantes que le saludaron se salían casi de sus órbitas. ¡Mustafá Mond! ¡El Inspector de la Europa Occidental! ¡Uno de los Diez Inspectores Mundiales! Uno de los Diez... y se sentaba en el banco con el D. I. A., y se iba a quedar allí, y a hablarles... La ciencia de su propia fuente... De la propia boca de Ford.

Dos chiquillos, menudos y atezados, salieron de entre las matas, les miraron un momento abriendo mucho los ojos de pasmo, y volvieron a sus juegos entre el follaje.

-Todos recordaréis -iba diciendo el Inspector con su voz grave y profunda-, todos recordaréis, supongo, la hermosa e inspirada máxima de Nuestro Ford: "La Historia es una paparrucha". La Historia -repitió lentamente- es una paparrucha.

Agitó su mano, y parecía como si con un invisible plumero hubiese quitado un poco de polvo, y el polvo era Harappa, y Ur de los Caldeos; unas telarañas, Tebas y Babilonia y Cnosos y Micenas. Un plumerazo, otro... ¿dónde estaban Odiseo y Job, dónde Júpiter y Gautama y Jesús? Otro plumerazo, y las pellas de barro viejo llamadas Atenas y Roma, Jerusalén y el Celeste Imperio, desaparecieron. Otro plumerazo, y el lugar donde había estado Italia quedó vacío. Otro, hundiéronse las catedrales; otro y otro, desechos el *Rey Lear* y los *Pensamientos* de Pascal. Otro plumerazo, ¡adiós la Pasión!; otro, ¡adiós el *Réquiem*!; otro, ¡adiós la *Sinfonía*!; otro...

-¿Va usted al cine sensible esta tarde, Henry? -preguntó el Subdirector de Predestinación. He oído decir que la nueva cinta del Alhambra es de primer orden. Hay una escena de amor sobre una piel de oso, que dicen es maravillosa. Están reproducidos todos los pelos del oso. Los efectos táctiles son pasmosos.

-Por eso no se os enseña la Historia -decía el Inspector-. Pero ha llegado ya el momento...

El D. I. A., mirábale inquieto. Corrían extraños rumores acerca de viejos libros prohibidos ocultos en una caja de caudales en el despacho del Inspector. Biblias, poesía -¡Ford sabe qué!

Mustafá Mond cazó al vuelo la ansiosa mirada y sus rojos labios se plegaron en una mueca irónica.

-Bien, Director, bien -dijo en un tono de ligera burla-, no los corromperé...

El D. I. A., quedó lleno de confusión.

Quienes se sienten desdenados, hacen bien en mirar con desdén. La sonrisa que salió de los labios de Bernard Marx era desdenosa. Conque todos los pelos del oso, ¿eh?

¿Todos...? No faltaré.

Mustafá Mond se inclinó hacia adelante, sacudiendo ante ellos el dedo extendido.

-Tratad de imaginaros -dijo, y su voz les produjo un estremecimiento extraño en el diafragma-. Tratad de imaginaros lo que era tener una madre vivípara.

Otra vez la palabra obscena. Pero nadie pensó ahora en sonreír.

-Tratad de imaginaros lo que significaba "vivir con la familia".

Trataron, pero palmariamente sin el menor resultado.

-¿Y sabéis lo que era un hogar?

Denegaron con la cabeza.

Dejando la roja penumbra del sótano, Lenina Crowne subió de un golpe los diecisiete pisos, torció a la derecha al salir del ascensor, siguió un largo pasillo hasta llegar a una puerta: *Vestuario de muchachas*, y abriéndola, hundiéndose en un ensordecedor caos de brazos, senos y ropa interior. Ríos de agua caliente entraban en cien bañeras o salían de ellas gorgoteando. Zumbando y silbando, ochenta aparatos neumáticos de vibromasaje sobaban y chupaban simultáneamente la carne firme y tostada de ochenta soberbios ejemplares femeninos. Todas hablaban a grito pelado. Un aparato de música sintética arrullábanles con un sólo de supercornetín de pistón.

-¡Hola, Fanny! -dijo Lenina a la joven que tenía el armario junto al suyo.

Fanny trabajaba en la Sala de Envases y su apellido era también Crowne. Pero como los

dos mil millones de habitantes del planeta sólo tenían para todos diez mil apellidos, la coincidencia no era muy extraña.

Lenina tiró de sus cierres-cremallera: hacia abajo en la chaqueta, hacia abajo con un doble movimiento de sus manos en los pantalones, hacia abajo otra vez para soltarse la ropa interior, y sólo con las medias y zapatos dirigiéndose hacia las salas de baño.

-El hogar, la casa -unos cuantos cuartos pequeños en los cuales se amontonaban un hombre, una mujer periódicamente embarazada y una lechigada de críos de todas las edades. Ni aire, ni espacio; una cárcel insuficientemente esterilizada; obscuridad, enfermedades, hedores.

(Tan viva era la evocación del Inspector, que uno de los jóvenes, más delicado que los otros, se puso pálido sólo de oírlo, y estuvo a punto de sentir náuseas)

Lenina salió del baño, se secó con la toalla, cogió un largo tubo flexible fijo al muro, aplicóse la boca de él al pecho y como si fuese a suicidarse apretó el gatillo. Un chorro de aire caliente espolvoreóla de finísimo polvo de talco. Sobre la palangana se alineaban los pequeños grifos de un distribuidor de ocho clases de perfumes diferentes y de agua de Colonia. Abrió el tercero de la izquierda y perfumóse de chipre, y, llevando en la mano medias y zapatos, salió a ver si estaba libre alguno de los aparatos de vibromasaje.

-Y el hogar era tan sórdido psíquicamente como físicamente. Físicamente era un vivar de conejos, un estercolero, caldeado por los roces de la vida que se amontonaba, hediendo de emociones. ¡Cuántas bochornosas intimidades, cuántas relaciones peligrosas, insensatas, obscenas, entre los miembros de la familia! Maníaticamente, la madre criaba a sus hijos (*sus hijos*)... los criaba como una gata a sus gatitos... pero como una gata que habla, una gata que sabe decir: "¡Niño mío! ¡Niño mío!" Y que lo repite hasta la saciedad. "¡Niño mío! ¡Oh, sentirlo a mi pecho, sus manitas, su hambre, ese placer inefablemente doloroso! ¡Ya se durmió mi niño, ya se durmió mi niño, con una gota de leche en los labios! Mi niño duerme...". Sí -dijo Mustafá Mond, moviendo la cabeza-, comprendo que os horricéis.

¿Con quién sales esta noche? -preguntó Lenina volviendo del vibromasaje rosada y reluciente como una perla iluminada interiormente.

-Con nadie.

Lenina arqueó las cejas asombrada.

-Hace algún tiempo que no me encuentro bien -explicó Fanny-. El doctor Wells me ha dicho que tome un sucedáneo de Embarazo.

-Pero, niña, tú no tienes más que diecinueve años. El primer sucedáneo de Embarazo sólo es obligatorio a los veintiuno.

Ya lo sé. Pero hay a quien le prueba mejor empezar antes. El doctor Wells me ha dicho que las morenas de pelvis amplia como yo, deberían tomar el primer sucedáneo de Embarazo a los diecisiete; así que, en realidad, llevo dos años de atraso y no dos de adelanto.

Abrió la puerta de su armario y señaló con el dedo unos frascos y cajitas rotulados que se alineaban en el estante superior.

-Jarabe de Corpus Luteum - Lenina leyó los nombres en voz alta-; *Ovarina fresca garantizada, no debe usarse pasado el 1o. de agosto del año 632 de N.F. Extracto de glándulas mamarias: tómese tres veces al día antes de las comidas, con un poco de agua. Plasentina, 5 cm³ para inyecciones intravenosas: tómese una cada tres días...* ¡Aj! -dijo Lenina estremeciéndose-, me cargan las intravenosas. ¿Y a ti?

-También. Pero cuando convienen...

Fanny era una chica de buen componer.

-Nuestro Ford, o Nuestro Freud, como por una razón impenetrable le gustaba llamarse cuando hablaba de materias psicológicas; Nuestro Freud fue el que primero reveló los espantosos males de la vida familiar. El mundo estaba lleno de padres, y lleno por consiguiente de miseria; lleno de madres, y por lo tanto de perversiones, desde el sadismo a la castidad; lleno de hermanos, hermanas, tíos, tías; lleno de locura y suicidio.

-Y sin embargo, entre los salvajes de Samoa, en algunas islas de la costa de Nueva Guinea...

El sol tropical caía como caliente miel sobre los desnudos cuerpos de los niños que retozaban promiscuamente entre las flores de hibisco. Su casa era una cualquiera de las veinte cabañas con techo de palma. En las islas Trobriand, la concepción era obra de los manes de los antepasados; nadie había oído nunca hablar de un padre.

-Los extremos se tocan -dijo al Inspector-. Por la sencilla razón de que se les hace tocarse.

-El doctor Wells dice que tres meses de sucedáneo de Embarazo ahora, mejorarán notablemente mi salud en los tres o cuatro años próximos.

-Así sea -dijo Lenina-. Pero, Fanny, ¿es que durante esos tres meses no podrás...?

-¡No; quizá, nena! Una semana o dos todo lo más. Iré esta noche al Club a jugar al bridge musical. ¿No sales?

Lenina hizo un signo afirmativo.

-¿Con quién?

-Con Henry Foster.

-¿Aún? -El rostro de Fanny, redondo más bien y lleno de bondad, tomó una expresión de doloroso asombro, llena de reproches-. ¿De veras que sales aún con Henry Foster?

Madres y padres, hermanos y hermanas. Pero había también maridos, esposas, amantes. Y monogamia y romanticismos.

-Aunque, probablemente, no sabéis lo que significa todo esto -dijo Mustafá Mond.

Negaron todos ellos con la cabeza.

La familia, la monogamia, el romanticismo. Por doquiera exclusivismo; por doquiera la concentración del interés, la estrecha canalización del impulso y la energía.

-Todos pertenecemos a todos -terminó citando un proverbio hipnopédico.

Los estudiantes afirmaron con la cabeza, mostrando así rotundamente su conformidad con una afirmación que sesenta y dos mil repeticiones les habían hecho aceptar, no sólo como cierta, sino como axiomática, evidente, absolutamente indiscutible.

-A fin de cuentas -protestaba Lenina, -sólo hace unos cuatro meses que estoy con Henry.

-¿Sólo cuatro meses? ¡Tiene gracia! Y además -continuó Fanny señalándola acusadoramente con el dedo- no has tenido a nadie más que Henry en todo ese tiempo, ¿verdad?

Lenina enrojeció hasta las orejas; pero sus ojos, el tono de su voz continuaron desafiantes:

-No, ningún otro -respondió casi colérica-. Y aunque te empeñes, no veo por qué había de tenerlo.

-¡Ah, y no ve por qué había de tenerlo! -dijo Fanny, como dirigiéndose a un invisible oyente situado tras el hombro izquierdo de Lenina.

Y cambiando súbitamente de tono:

-Pero en serio, me parece que tiene que tener un poco de cuidado. Está muy mal lo que haces. ¡Siempre con un solo hombre! No estaría mal a los cuarenta, o a los treinta y cinco. ¡Pero a tu edad, Lenina! ¡No, no puede ser! Y ya sabes lo opuesto que es el D. I. A. a todo lo intenso o demasiado largo. ¡Cuatro meses con Henry Foster, sin tener otro hombre! Se pondría furioso si lo supiera.

-Imaginaos el agua a presión en una tubería.

Se la imaginaron.

-Hagamos en ella un solo agujero -dijo el Inspector-, ¡qué hermoso chorro!

Se le agujerea veinte veces y sólo surgen veinte míseros chorrillos.

-¡Niñito mío! ¡Niñito mío...!

-¡Mamá!

La locura es contagiosa.

Madre, monogamia, romanticismos. Sube el chorro muy alto, impetuoso y blanco de espuma. El impulso tiene una sola salida. Amor mío, niñito mío. No es de extrañar que esos pobres premodernos estuviesen locos y fueran malos y desgraciados. Su mundo no les permitía llevar fácilmente las cosas; no les permitía ser sanos de espíritu, buenos, felices. Con sus madres y sus amantes, con prohibiciones para las que no estaban previamente condicionados, con sus tentaciones

y sus solitarios remordimientos, con todas sus enfermedades y su inacabable y aislante dolor, con su incertidumbre y su pobreza, por fuerza habían de sentir mucho las cosas. Y sintiéndolas mucho (y lo que es más, en soledad, en un aislamiento desesperadamente individual), ¿cómo podían lograr la estabilidad?

-Mirándolo bien, no es necesario que le dejes. Vete con otro de cuando en cuando, y está arreglado. Él andará con otras, ¿no es verdad?

Lenina asintió.

-Ni qué decir tiene. Henry Foster es un caballero siempre correcto. Y, además, no hay que perder de vista al Director. Ya sabes cuánta importancia da...

-Esta tarde me ha dado un azotito -dijo Lenina asintiendo.

-¡Ya lo ves! -dijo Fanny radiante-. Esto os muestra su modo de pensar: el más estricto respeto a las conveniencias.

-Estabilidad -dijo el inspector-, estabilidad. No hay civilización sin estabilidad social. No hay estabilidad social sin estabilidad individual.

Su voz era como un clarín. Escuchándola sentíanse grandes, inflamados.

La máquina rueda, rueda y debe seguir rodando siempre. Si se detiene, es la muerte. Mil millones escarabajaban sobre la corteza de la Tierra. Los engranajes empezaron a girar. Al cabo de ciento cincuenta años eran dos mil millones. Páranse las ruedas. Al cabo de ciento cincuenta semanas, no quedan otra vez más que mil millones; mil millares de millares de hombres y mujeres han muerto de hambre.

Es preciso, pues, que las ruedas anden con regularidad, pero no pueden andar así sin vigilancia. Es preciso que haya allí hombres que las vigilen, tan constantes como ruedas sobre sus ejes; hombres sensatos, obedientes, establemente satisfechos.

Gritando: "¡Niño mío, madre mía, mi solo, mi único amor"; gimiendo: "¡Mis pecados, terrible Dios mío!"; aullando de dolor, desvariando de fiebre, aquejándose de vejez y miseria, ¿cómo se pueden vigilar mecanismos? Y si no pueden vigilarse... Los cadáveres de mil millares de millares de hombres y mujeres son difíciles de enterrar o quemar.

-Y a fin de cuentas -la voz de Fanny era arrulladora- no hay nada de doloroso ni de desagradable en tener un hombre o dos además de Henry. Y siendo así, *debias* ser algo más accesible...

-Estabilidad -insistía el Inspector-. Estabilidad. Necesidad primordial y final. Estabilidad. De ahí todo esto. -Y con un ademán de la mano señaló los jardines, el enorme edificio del Centro de Acondicionamiento, los niños desnudos que se ocultaban entre las flores o corrían sobre el césped.

Lenina movió la cabeza:

-No sé por qué -dijo pensativa- no me siento muy inclinada a andar con unos y con otros de un tiempo a esta parte. Hay temporadas en que no gusta. ¿No te ha sucedido a tí también, Fanny?

Fanny demostró que ~~se~~ hacía cargo, con un movimiento de cabeza.

-Pero hay que hacer lo posible -dijo sentenciosamente- para seguir la corriente. Después de todo, cada uno pertenece a todos los demás.

-Sí, cada uno pertenece a los demás -repitió Lenina lentamente, y, suspirando, se detuvo un instante; después, cogiendo la mano de Fanny, la estrechó suavemente-: Tienes razón, como siempre, Fanny. Haré un esfuerzo.

El impulso contenido se desborda en una ola de sentimiento, de pasión, hasta de locura; todo depende de la fuerza de la corriente, de la altura y resistencia de la presa. El arroyo sin obstáculos se desliza continuamente por los canales que le han sido dispuestos hacia un tranquilo bienestar. (El embrión tiene hambre; día tras día, la bomba de sangre artificial marcha sin cesar a ochocientas revoluciones por minuto. El bebé decantado grita; inmediatamente viene la nodriza con un biberón de secreción externa. El sentimiento acecha en el intervalo que media entre el deseo y su realización. Reducid ese intervalo, derribad esas viejas e inútiles barreras).

-¡Juventud feliz! -dijo el Inspector-. Ningún esfuerzo se ha omitido para hacer vuestras vidas emotivamente fáciles, para evitaros, hasta donde ha sido posible, sentir emociones.

-Ford está en el volante -murmuró el D. I. A.-; todo marcha bien en el mundo.

-¿Lenina Crowne? -dijo Henry, repitiendo como un eco la pregunta del Sudirector de Predestinación, mientras ajustaba el cierre-cremallera de sus pantalones.

-¡Soberbia muchacha! Maravillosamente neumática. Es extraño que no la hayas poseído.

-No sé cómo ha sido -dijo el Subdirector de Predestinación-. Pero ya lo haré en la primera ocasión.

Desde la otra punta del vestuario oyó Bernard Marx lo que decían, y palideció.

-A decir verdad -dijo Lenina-, comienza a cansarme no tener más que a Henry todos los días.

Se puso la media izquierda.

-¿Conoces a Bernard Marx? -preguntó en un tono cuya excesiva indiferencia era evidentemente forzada.

Fanny le miró sorprendida:

-¿No querrás decir...?

-¿Por qué no? Bernard es un Alfa-Mas. Y además me ha invitado a visitar con él una Reserva de Salvajes. Siempre he deseado ver una Reserva de Salvajes.

-¿Y su reputación?

-Y a mí ¿qué me importa su reputación?

-Dicen que no le gusta el Golf de Obstáculos.

-Dicen, dicen... -comentó burlona Lenina.

-Y, además, está *solo* la mayor parte del tiempo.

La voz de Fanny estaba horrorizada.

-Bueno, cuando esté conmigo ya no estará solo. Y además, ¿por qué se muestran tan hurafños con él? A mí me parece más bien agradable.

Sonrióse a sí misma. ¡Qué ridículamente tímido había sido con ella! Casi espantado, como si hubiese sido ella un Inspector Mundial y él un Gamma-Menos de los que cuidan las máquinas.

-Pensad en vosotros mismos -decía Mustafá Mond-. ¿Alguno ha encontrado nunca un obstáculo insuperable?

La pregunta tuvo por respuesta un negativo silencio.

-¿Ha pasado alguno un largo intervalo de tiempo entre la consciencia del deseo y su realización?

-Yo... -comenzó a decir uno de los muchachos pero se contuvo.

-Habla -díjole el D. I. A.-. No hagas esperar a Su Fordería.

-En una ocasión tuve que esperar casi cuatro semanas a que una chica a quien deseaba accediese a ser mía.

-Y ¿sentiste por ello una emoción intensa?

-¡Algo horrible!

-Horrible, es la palabra -dijo el Inspector-. Tan estúpidos eran nuestros antecesores y tan cortos de vista, que cuando los primeros reformadores quisieron libertarles de tan horribles emociones, se negaron a tener ningún trato con ellos.

-Hablan de ella como si fuese un pedazo de carne. -Bernard rechinó los dientes-. Que si la he gustado por aquí, que si la he gustado por allá. ¡Como si fuera un pedazo de camero! La relegan a la misma consideración que al camero. Me dijo que lo pensaría y me contestaría esta semana. ¡Oh, Ford, Ford, Ford!

Sentía ganas de darles de bofetadas.

-La verdad, le aconsejo que pruebe -decía Henry Foster.

-Sea, por ejemplo, la Ectogénesis, Pfitzner y Kawaguchi expusieron su teoría completa. Pero, ¿se dignaron los Gobiernos prestarle atención? No. Había una cosa llamada Cristianismo. Y las mujeres fueron forzadas a seguir siendo vivíparas.

-¡Es tan feo! -dijo Fanny.

-Pero tiene algo que me gusta.

-¡Y además tan *pequeño*!

Fanny hizo una mueca: la poca estatura era algo horrible y típicamente peculiar de las castas inferiores.

-Sin embargo, en él lo encuentro agradable más bien -dijo Lenina-. Entran ganas de mimarle; ya me comprendes, como a un gato.

Fanny se horrorizó.

-Dicen que alguien se equivocó cuando aún estaba en envase y, creyéndole un Gamma, echó alcohol en su sangre artificial. Por eso es tan esmirriado.

-¡Qué tontada!

Lenina se indignó.

-La enseñanza durante el sueño estaba entonces prohibida en Inglaterra. Había una cosa que se llamaba liberalismo. El Parlamento, no sé si sabéis lo que era esto, votó una ley prohibiéndolo. Quedan pruebas de ello. Los discursos sobre la libertad del individuo. La libertad de no ser para nada y ser desgraciado. La libertad de ser como clavija redonda en agujero cuadrado.

-No, al contrario; tendré mucho gusto, se lo aseguro. -Y Henry Foster daba amistosas palmaditas en el hombro al Subdirector de Predestinación-. A fin de cuentas, cada uno pertenece a todos los demás.

-Cien repeticiones tres noches por semana durante cuatro años -pensó Bernard Marx, que era especialista en hipnopedia-. Sesenta y dos mil cuatrocientas repeticiones hacen una verdad. ¡Valientes idiotas!

-O bien el Sistema de las Castas. Constantemente propuesto y constantemente rechazado. Había entonces algo llamado democracia. ¡Cómo si los hombres fuesen iguales en algo más que físicoquímicamente!

-Bueno; lo que te digo es que aceptaré su invitación.

Bernard les odiaba, les odiaba. Pero eran dos, eran altos, eran fuertes.

-La guerra de los Nueve Años empezó en el año 141 de N.F.

-Aun cuando fuese cierto ese cuento del alcohol en su sangre artificial...

-El fosgeno, la cloropicrina, el yodoacetato de etilo, la difenilcianarsina, el cloroformiato de Triclorometilo, el sulfuro de dictoretilo. Y no hablemos del ácido cianhídrico.

-Lo cual no me da la gana de creer -terminó Lenina.

-El ruido de catorce mil aviones que avanzan desplegados. En la Kurfürstendamm y en el Distrito Octavo, la explosión de las bombas de ántrax apenas si era más perceptible que la de una bolsa de papel reventada por un niño.

-Pues porque me he empeñado en visitar una Reserva de Salvajes.

- $\text{CH}_3\text{C}_6\text{H}_2(\text{NO}_2)_3 + \text{Hg}(\text{CNO})_2 =$ ¿a qué? A un enorme hoyo en el suelo, pilas de cascote y algunas piltrafas humanas, un pie arrancado de cuajo y con la bota puesta aún, volando por los aires y cayendo -¡zas!- en un macizo de geranios, geranios escarlata; ¡qué hermoso espectáculo el de aquel verano!

-Eres incorregible, Lenina; hay que dejarte, no se puede contigo.

-La técnica rusa para inficionar los depósitos de agua era particularmente ingeniosa.

Volviéndose la espalda, Fanny y Lenina siguieron mudándose los trajes en silencio.

-La guerra de los Nueve Años, fue el gran derrumbamiento económico. Había que escoger entre la Inspección Mundial y la destrucción. Entre la estabilidad y...

-También Fanny Crowne es una muchacha bonita -dijo el Subdirector de Predestinación.

En las salas de los niños, terminaba la lección de Concepto Elemental de las Clases Sociales; las voces adaptaban la futura demanda a la futura oferta industrial: "¡Cómo me gusta ir en avión -susurraban-, cómo me gusta ir en avión!, ¡cuánto me gusta estrenar un traje!, ¡cuánto me gusta...!"

-El liberalismo, ni qué decir tiene, murió de ántrax, pero, a pesar de todo, cuanto había que hacer no se podía lograr por la fuerza.

-Disto mucho de ser tan neumática como Lenina. ¡Mucho!

"Los trajes viejos son horribles -continuaba el infatigable murmullo-. Hay que tirarlos. Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar, que tener que remendar, vale más..."

-Se gobierna legislando, no pegando. Se gobierna con el cerebro y las asentaderas, no con los puños. Hubo, por ejemplo, un régimen de consumo obligatorio.

-Ya estoy lista -dijo Lenina; pero Fanny seguía callada y volviéndole la espalda-. Hagamos las paces, Fanny.

-Cada hombre, cada mujer y cada niño tenía la obligación de consumir un tanto al año. Para favorecer la industria. El único resultado...

"Vale más desechar que haber de remendar. Cuanto más remiendo, más pobre me siento."

-Eso acabará mal el mejor día -dijo Fanny tristemente.

-Escrupulosas objeciones en gran escala: era cosa de no consumir. El retorno a la Naturaleza.

"¡Cómo me gusta ir en avión! ¡Cómo me gusta ir en avión!"

-El retorno a la cultura. Sí, sí a la cultura. Pero no se consume gran cosa cuando se pasa uno las horas muertas leyendo libros.

-¿Estoy bien así? -preguntó Lenina.

Su chaqueta era de paño de acetato verde botella, con piel verde de glutina en los puños y cuello.

-Ochocientos que practicaban la Vida Sencilla, fueron segados por las ametralladoras en Golders Green.

"Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar que tener que remendar."

Unos calzones de pana verde y medias blancas de lana glutina dobladas bajo las rodillas.

-Sobrevino después la célebre matanza del British Museum. Dos mil fanáticos de la cultura fueron exterminados con gases de sulfuro de dicloretilo.

Una gorrilla de jockey, verde y blanca, sombreaba los ojos de Lenina; sus zapatos eran de un verde vivo y muy brillantes.

-Por fin -continuó Mustafá Mond- los Inspectores cayeron en la cuenta de que nada se lograba con la fuerza. Los métodos lentos pero infinitamente más seguros de la ectogénesis, del acondicionamiento neopauloviano y de la hipnopedia...

Y ciñóse al talle una especie de cartuchera verde de imitación de tafete con cierre de plata, llena de preservativos (pues Lenina no era neutra).

-Se logró al fin que se practicasen los descubrimientos de Pfitzner y Kawaguchi. Una intensa propaganda contra la reproducción vivípara.

-¡Estupenda! -gritó entusiasmada Fanny. Nunca podía resistir mucho tiempo el encanto de Lenina-. ¡Y que precioso cinturón malthusiano!

-Se emprendió al propio tiempo una campaña contra el Pasado: cierre de museos, destrucción de monumentos históricos (afortunadamente la mayoría de ellos habían sido destruidos durante la guerra de los Nueve Años); la supresión de todos los libros publicados antes del año 150 de la era fordiana.

-Tengo que conseguirme otro igual -dijo Fanny.

-Había, por ejemplo, unas cosas llamadas pirámides.

-El mío viejo, de charol negro...

-Y un tal Shakespeare, de quien, naturalmente, no habréis oído nunca hablar.

-Pero es feísimo...

-Tales son las ventajas de una educación verdaderamente científica.

"Cuanto más remiendo, más pobre me encuentro; cuanto más remiendo..."

-La introducción del primer modelo T de Nuestro Ford...

-Hace casi tres meses que la tengo.

-Que fue el punto de partida de la nueva era.

"Vale más desechar que tener que remendar; vale más desechar..."

-Había una cosa, como ya dije, llamada Cristianismo...

"Vale más desechar que tener que remendar."

-La ética y la filosofía del subconsumo...

-¡Cómo me gustan los trajes nuevos!; ¡cómo me gustan los trajes nuevos!; ¡cómo me gustan...!

-De la mayor importancia en la época de la subproducción; pero en la era del maquinismo y de la fijación del ázoe, un verdadero crimen contra la sociedad.

-Es un regalo de Henry Foster.

-Se cortó el remate a todas las cruces y quedaron convertidas en T. Había también una cosa llamada Dios.

-Es verdadera imitación de tafilete.

-Actualmente tenemos el estado Mundial. Y las fiestas del Día de Ford, los Cantos en Común y los Ritos de Solidaridad.

-¡Cómo les odio, oh, Ford! -pensaba Bernard Marx.

-Había también una cosa llamada cielo; pero con todo ello no dejaban de beber enormes cantidades de alcohol.

-Como si fuese pedazo de carne; como si fuese un pedazo de carne.

-Había una cosa llamada alma y una cosa llamada inmortalidad.

-Pregúntale a Henry dónde lo ha comprado.

-Pero tomaban morfina y cocaína.

-Y lo que es peor, es que ella misma se considera un pedazo de carne.

-Pensionó el Estado dos mil especialistas en farmacología y bioquímica el año 178 de N.F.

-Parece muy malhumorado -dijo el Subdirector de Predestinación señalando a Bernard Marx.

-Seis años después, se lanzaba al mercado la droga perfecta.

-Vamos a hacerle hablar para divertirnos.

-Eufórica, narcótica, agradablemente alucinante.

-¡Siempre de mal humor, Marx, siempre de mal humor! -La palmada en el hombro le hizo sobresaltarse y levantar los ojos. Era aquel bárbaro de Henry Foster-. Lo que necesitas es un gramo de soma.

-Todas las ventajas del alcohol y ninguno de sus inconvenientes.

-¡Oh, Ford, le mataría!" -pero limitó a decir: No, gracias -y a rechazar el tubo de tabletas que le ofrecía.

-Puede uno descansar de la realidad cuando le venga en gana y tomar sin el más mínimo dolor de cabeza ni la menor mitología.

-Toma, hombre, toma -insistía Henry Foster.

-La estabilidad quedó así asegurada.

-“Un centímetro cúbico cura diez pasiones” -dijo el Subdirector de Predestinación recitando una fórmula hipnótica elemental.

-Sólo faltaba vencer a la vejez.

-¡Déjame en paz! -gritó Bernard Marx.

-¡Chico! ¡Vaya un genio!

-Las hormonas gonadales, la transfusión de sangre joven, las sales de magnesio.

-Y piensa que un gramo vale más que un ternero. Y salieron riéndose.

-Se han suprimido todos los estigmas de la vejez. Y con ellos, naturalmente...

-No te olvides de preguntarle lo del cinturón malthusiano -dijo Fanny.

-... todas las características mentales de los viejos. Se conserva el mismo carácter durante toda la vida.

... tengo que jugar antes de la noche dos partidas de golf con obstáculos. Me marcho.

-Trabajo, diversiones. A los sesenta años tenemos los mismos gustos y las mismas fuerzas que a los diecisiete. Los viejos, en los pésimos tiempos antiguos, renunciaban, se retiraban, se entregaban a la religión, pasaban el tiempo leyendo, pensando *!pensando!*

-“¡Cochinos, idiotas!” -decía para sí Bernard Marx, mientras de dirigía al ascensor.

-Hoy en día -he aquí el progreso- los viejos trabajan, practican la cópula y no tienen tiempo que perder, ni un momento para sentarse a pensar; y si, por cualquier malhadada circunstancia, el tiempo produjese una grieta en la masa compacta de sus distracciones, queda el *soma*, el delicioso *soma*, del que medio gramo equivale a medio día de descanso, un gramo a un fin de semana, dos a una escapada por el Oriente magnífico, tres a una sombría eternidad en la Luna; y al retorno se hallan al otro lado de la grieta, sanos y salvos en la tierra firme de los trabajos y diversiones cotidianos, corriendo de cine-sensible en cine-sensible, de chica en chica neumática, de campo en campo de Golf Electromagnético.

-¡Largo de aquí, niña! -dijo irritado el Director-. ¡Largo de aquí, niño! ¿No veis que su Fordería está ocupado? Idos a otra parte a proseguir vuestros juegos eróticos.

-¡Pobres niños! -dijo el Inspector.

Lentamente, majestuosamente, con un leve zumbido de máquinas, avanzaban los transportadores a razón de treinta y tres centímetros por hora. En la rojiza obscuridad, centelleaban innumerables rubíes.

CAPÍTULO IV

1

El ascensor estaba lleno de hombres procedentes de los vestuarios de los Alfa, y la entrada de Lenina fue acogida con saludos y sonrisas amigas. Era sumamente popular entre sus compañeros, y en una o en otra ocasión había dormido con casi todos ellos.

“Guapos chicos”, pensaba mientras les devolvía sus saludos. “¡Guapos chicos!” Sin embargo hubiese preferido que las orejas de George Edzel no fuesen tan grandes (¿no le habían echado una gota de paratiroide de más en el metro 328?). Y mirando a Benito Hoover, no pudo remediar el acordarse de que era demasiado velludo cuando se quitaba la ropa.

Al volverse, algo tristes los ojos por el recuerdo del pelo negro y rizado de Benito, vio en un rincón el cuerpo esmirriado y el rostro melancólico de Bernard Marx.

-¡Bernard! -y avanzó hacia él-. Te andaba buscando.

Su voz clara dominó el zumbido del ascensor. Los demás se volvieron con curiosidad.

-Quería hablarte de nuestra excursión a Nuevo Méjico...

Con el rabllo del ojo veía a Roberto Hoover, a quien el pasmo dejaba boquiabierto. La molestó. “Le extraña que le pida ir con él otra vez”, dijo para sus adentros. Y luego, en voz alta y más efusivamente que nunca:

-Estoy encantada de pasar contigo una semana en el mes de julio -le dijo-. (De esta forma manifestó públicamente su infidelidad a Henry. Fanny podía estar contenta, aunque fuese con Bernard.) -Claro está -y Lenina ofrecióle su más deliciosa y significativa sonrisa- si es que aún deseas mi compañía...

Enrojeció el pálido rostro de Bernard.

-¿Qué diablos le pasa? -se preguntó admirada, mas entemecida al mismo tiempo por aquel extraño homenaje a su ascendente.

-¿No sería mejor hablar de esto en cualquier otro sitio? -susurró él, muy apurado.

“Ni que hubiese dicho alguna inconveniencia” -pensó Lenina-. No se habría quedado más cortado si hubiese dicho cualquier obscenidad: si le hubiese preguntado quién era su madre o algo así.”

-Quiero decir con todos éstos alrededor...

El azoramiento no le dejaba hablar.

La risa de Lenina fue franca y sin malicia.

-¡Qué gracia tienes! -dijo; y verdaderamente le hacía gracia-. Me avisarás una semana antes por lo menos, ¿no es verdad? -repitió, cambiando de voz-. Supongo que tomaremos el Cohete Azul del Pacífico. ¿Es el que sale de la Torre de Charing-T? ¿O el de Hampstead?

Antes de que Bernard pudiese contestar, llegó el ascensor al final.

-¡Azotea! -gritó una voz chillona.

El encargado del ascensor era un hombrequito simiesco, vestido de negro como los Semienanos Épsilon-Menos.

-¡Azotea!

Abrió de par en par las puertas. El calor triunfal del sol del mediodía le hizo estremecerse y guñar los ojos.

-¡Ah, azotea! -repitió arrobado.

Se hubiera dicho que súbita y alegremente acababa de despertarse de un somnó y anonadante estupor.

-¡Azotea!

Alzó los ojos, sonriendo, con una especie de perruna admiración a los rostros de los pasajeros. Hablando y riendo salieron hacia la luz. El encargado del ascensor siguióles con los ojos.

-¿Azotea? -dijo una vez más con tono interrogante.

Oyóse después un timbre y del techo del ascensor comenzó un altavoz a dar órdenes, muy suave y sin embargo muy imperiosamente.

-¡Abajo! -decía-, ¡abajo! ¡Piso dieciocho! ¡Ascensor al piso dieciocho! ¡Abajo, al piso...!

Cerró las puertas, apretó un botón y cayó instantáneamente en la penumbra rumorosa del hueco del ascensor, en la penumbra de su propio estupor habitual.

El calor y la luz inundaban la azotea. La tarde era adormecedora con el zumbido de los helicópteros que pasaban; y el bordoneo más profundo de los aviones cohetes que cruzaban raudos e invisibles por el cielo luminoso, a nueve o diez kilómetros de altura, parecía una caricia en el aire tibio. Bernard Marx respiró a sus anchas. Levantó los ojos al cielo, recorrió el azul horizonte y, por último, posó sus ojos en el rostro de Lenina.

-¿Verdad que es hermoso? -Su voz temblaba un tanto.

Sonrióle ella en señal de comprensiva inteligencia.

-Completamente perfecto para el Golf de Obstáculos -respondió arrobada-. Y ahora tengo que marcharme, Bernard. Henry se enfada si le hago esperar... Avísame a tiempo la fecha.

Y agitando las manos cruzó sonriendo la ancha azotea hacia los hangares.

Bernard siguió inmóvil mirando el centelleo cada vez más lejano de sus medias blancas, de sus tostadas rodillas plegándose y desplegándose ágiles, y el suave vaivén de los pantalones cortos de pana, ceñidos bajo la chaqueta verde botella. El semblante de Bernard tenía una expresión dolorosa.

-En verdad que es muy bonita -dijo una voz fuerte y alegre detrás de él.

Bernard volvióse sobresaltado. La cara gordinflona y plácida de Benito Hoover se inclinaba hacia él sonriéndole, llena de franca cordialidad. Benito era notoriamente de buena pasta. Se decía de él que podría haber pasado la vida sin siquiera un gramo de *soma*. Las ruindades y los malos humores que les obligaban a tomarse a los otros aquellos artificiales asuetos, no le afectaban nunca. Todo lo veía de color de rosa.

-¡Y neumática por añadidura! ¡Vaya si lo es!

Luego cambiando de tono:

-Pero parece que estás triste. Necesitas un gramo de *soma* -y hundiendo su mano en el bolsillo derecho de su pantalón, sacó el tubo de pastillas-: un centímetro cúbico cura diez pasiones... ¡Pero oye!

Bernard, repentinamente, se había vuelto y echado a correr.

Benito le siguió con la mirada atónita.

-Pero, ¿qué le pasa a ése? -exclamó, y, moviendo la cabeza pensó que era cierto el chiste del alcohol vertido en la sangre artificial de aquel pobre chico-. Debió afectarle al cerebro seguramente.

Guardó su tubo de *soma* y sacando de su bolsillo un paquete de goma para mascar de hormona sexual, se introdujo un trozo en la boca y se encaminó, rumiando, hacia los hangares.

Cuando llegó Lenina, Henry Foster había ya sacado fuera del cobertizo su aparato y la esperaba, sentado en la cabina.

-Cuatro minutos de retraso -díjola simplemente mientras se sentaba junto a él.

Puso los motores en marcha y embragó el helicóptero. El aparato subió verticalmente, Henry aceleró; el ruido de la hélice se hizo más agudo, pasando del zumbido de un abejorro al de una avispa, del zumbido de una avispa al de un mosquito; el velocímetro acusaba una velocidad ascensional de unos dos kilómetros por minuto. Londres se empequeñecía bajo ellos. Los enormes edificios de techos planos no fueron más, al cabo de pocos segundos, que un semillero de hongos geométricos que surgían entre el verdor de parques y jardines. Y en medio de ellos, sobre un delgado tallo, un hongo más alto, más esbelto, la Torre de Charing-T, alzaba hacia el cielo un disco de brillante cemento.

Como vagos torsos de fabulosos atletas, enormes nubes carnosas flotaban perezosamente en el aire azul, sobre sus cabezas. De una de esas nubes desprendióse súbitamente un diminuto insecto escarlata, zumbando durante su caída.

-El Cohete Rojo -dijo Henry- que llega de Nueva York.

Y mirando su reloj:

-Siete minutos de retraso -agregó, moviendo la cabeza-. Este servicio del Atlántico es de una falta de puntualidad escandalosa.

Quitó el pie del acelerador. El ruido de las hélices sobre sus cabezas bajo un octavo y medio, pasando de nuevo del zumbido de la avispa y del abejorro, al del escarabajo. La velocidad ascensional del aparato disminuyó; un momento después estaban inmóviles en los aires. Henry movió una palanca; oyóse un ligero choque. Lentamente primero; cada vez más aprisa después, hasta no ser más que una bruma circular ante sus ojos, la hélice de propulsión comenzó a girar, y el viento, producido por la velocidad horizontal silbó cada vez más en los estays. Henry tenía fijos los ojos en el cuentarrevoluciones; cuando la aguja marcó mil doscientos, desconectó las hélices verticales: el aparato podía ya volar sólo con sus alas.

Lenina miró por el ventanillo que se abría en el piso y que quedaba entre sus pies. Volaban sobre los seis kilómetros de parque que separaban Londres Central de su primer cinturón de suburbios. El verdor hormigueaba de vida. Bosques de torres de pelota centrífuga brillaban entre los árboles. Cerca de Shepherd's Bush, dos mil Betas-Menos, en dobles parejas, jugaban al tenis en los campos de Riemann. Una doble fila de canchas de pelota en plataforma móvil bordeaba la carretera desde Notting Hill a Willesden. En el Estadio de Ealing se celebraba un festival gimnástico y coral de Deltas.

-¡Qué feo es el color caqui! -observó Lenina, recordando los prejuicios hipnopédicos de su casta.

Los edificios del Estudio de Cine Sensible de Hounslow ocupaban siete hectáreas y media. En sus inmediaciones, un verdadero ejército de trabajadores vestidos de negro y de caqui estaban ocupados en revitrificar la Gran Carretera Occidental. Abrían uno de los grandes crisoles portátiles cuando ellos pasaron. Un chorro de piedra fundida caía vertido sobre el camino, con incandescencia cegadora. Los rodillos compresores de asbesto iban y venían; tras un carro-aljibe, térmicamente aislado se alzaba el vapor en nubecillas blancas.

En Brentford, la fábrica de la Sociedad de Televisión parecía una ciudad en pequeño.

-Debe de ser la hora del relevo -dijo Lenina.

Cual ofidios y hormigas, las muchachas Gamma, de verde claro, y los Semienanos, de negro, se apiñaban junto a las puertas, o hacían cola para tomar los tranvías monorrieles. Los Betas-Menos color de mora iban y venían entre la multitud. El techo del edificio principal se animaba con la llegada y salida de los helicópteros.

-¡Palabra! -dijo Lenina-; estoy muy contenta de no ser Gamma.

Diez minutos después estaban Stoke Poges y habían comenzado su primera partida de Golf de Obstáculos.

Con los ojos casi siempre bajos y apartándolos inmediata y furtivamente si por azar tropezaban con uno de sus compañeros, apresuróse Bernard a atravesar la azotea. Semejaba un hombre perseguido, pero perseguido por enemigos a quienes no desea ver, porque no le parezcan aún más hostiles que los imagina, y por no sentirse a sí mismo más culpable y más desamparado.

-¡Ese empecatado Benito Hoover!

Y sin embargo, a fin de cuentas, el hombre lo había hecho con buena intención. Y ello aún ponía peor la cosa. Los que tenían buenas intenciones se producían de la misma manera que los que las tenían malas. Hasta Lenina le hacía sufrir. Recordaba las semanas de tímida indecisión, durante las cuales la había contemplado y deseado, desesperando de no tener jamás suficiente valor para

decírselo. ¿Se atrevería a afrontar el riesgo de verse humillado por una negativa desdeñosa? Pero si ella dicho sí, ¡qué inmensa alegría! Y sin embargo, ella lo había dicho ya y seguía siendo desgraciado porque a ella le había parecido que era una hermosa tarde para el Golf de Obstáculos, porque se había ido a buscar a Henry Foster, porque le había hecho tanta gracia que no quisiese hablar en público de sus asuntos íntimos. Desgraciado, en una palabra, porque ella había procedido como debe hacerlo cualquier muchacha inglesa sana y decente y no de un modo anormal y extraordinario.

Abrió la puerta de su hangar y mandó a una pareja de Delta-Menos que haraganeaban por allí, que sacasen su aparato a la azotea. Los hangares estaban atendidos por un solo Grupo Bokanowsky y los hombres eran gemelos, idénticamente pequeños, negros y feos, Bernard dio sus órdenes secamente, en tono arrogante, casi ofensivo, como aquel que no está muy seguro de su superioridad. Tenérselas que entender con gentes de casta inferior, producíale siempre a Bernard una impresión muy penosa. Sea cual fuere la causa (y nada de particular tendría si fuesen ciertos los chismes que corrían acerca del alcohol en su sangre artificial: siempre ocurren accidentes desgraciados a pesar de todo), la figura de Bernard no era mucho mejor que la de un Gamma. Tenía ocho centímetros menos que la talla oficial de los Alfa, y era flaco en la misma proporción. El roce con los de casta inferior le recordaba siempre dolorosamente esa insuficiencia física. -Yo soy yo, y quería no serlo-; la autoconciencia era en él punzante y desoladora. Cada vez que tenía que mirar a un Delta rectamente en vez de tener que bajar hacia él los ojos, sentíase humillado. ¿Le trataría aquel ser con el respeto debido a su casta? Esa pregunta le obsesionaba. Y no sin razón. Pues los Gammas, Deltas y Epsilones habían sido en cierto modo acondicionados para asociar el tamaño corporal con la superioridad social. La verdad, un cierto prejuicio hipnopédico sobre la estatura era cosa común. De ahí las risas de las muchachas a las que se dirigía; y las bromas que le gastaban sus compañeros. Estas bromas hacíanle considerarse un intruso, y sintiéndose un intruso, procedía como tal, lo que robustecía el prejuicio contra él e intensificaba el desdén y hostilidad producidos por sus defectos físicos. Y a su vez aumentaba su sentimiento de creerse extraño y solitario. Un temor crónico a verse desdeñado le hacía rehuir a sus compañeros y adoptar entre los inferiores una actitud inquieta y celosa de su dignidad. ¡Cuán amargamente envidiaba a hombres como Henry Foster y Benito Hoover! Hombres que nunca se veían obligados a llamar a gritos a un Épsilon para que se cumpliesen sus órdenes; hombres para quienes su posición era la cosa más natural del mundo; hombres que se hallaban en el sistema de castas como pez en el agua: tan plenamente en su casa, que ni de sí mismos se daban cuenta, ni del benéfico y confortable elemento en que vivían.

Con flojedad, le parecía, y de mala gana, rodaban los hombrecillos su avión desde el hangar a la azotea.

-¡Daos prisa! -gritó Bernard irritado.

Uno de ellos lanzóle una mirada. ¿no era una especie de brutal burla la que se descubría en sus ojos grises y muertos?

-¡Daos prisa! -gritó más recio, y su voz tenía un timbre desagradable y ronco.

Trepó a su avión, y un minuto después volaba rumbo al Sur, hacia el río.

Las diversas Oficinas de Propaganda y la Escuela de Ingenieros de Emociones estaban instaladas en un edificio de sesenta pisos en Fleet Street. En el sótano y los pisos bajos se hallaban los talleres y oficinas de los tres principales diarios londinenses: *El Radio Horario*, hoja para las

castas superiores; *La Gaceta de los Gammas*, verde claro, y en papel caqui exclusivamente con palabras monosilábicas *El Espejo de los Deltas*. A continuación venían las Oficinas de propaganda por Televisión, por Cine Sensible, por la Voz y la Música Sintéticas, que ocupaban veintidós pisos. Encima de ellos estaban los Laboratorios de Investigación y las cámaras aguataadas donde los Registradores de sonidos y los Compositores Sintéticos realizaban sus delicados trabajos. Los últimos dieciocho pisos los ocupaba la Escuela de Ingenieros de Emociones.

Aterrizó Bernard en la azotea de la Casa de la Propaganda y saltó fuera.

-Telefóne a Mr. Helmholtz Watson -ordenó al portero Gamma-Menos- y dígame que Bernard Marx le espera en la azotea.

Se sentó y encendió un cigarrillo.

Helmholtz Watson estaba escribiendo cuando llegó el recado.

-Dígame que voy en seguida -dijo, y colgó el auricular, y volviéndose hacia su secretaria-: Encárguese usted de todo -continuó con el mismo tono oficial e impersonal; y fingiendo no advertir su clara sonrisa, se levantó y dirigióse a buen paso hacia la puerta.

Era un hombre hercúleo, ancho de pecho y de espaldas, macizo y sin embargo vivo de movimientos, elástico y ágil. La rotunda y sólida columna de su cuello sostenía una cabeza de perfecta forma. Su pelo era oscuro y ondulado, sus facciones muy acusadas. Era su tipo vigoroso y acentuado y tenía el aspecto (como su secretaria no se cansaba jamás de repetirlo) de un Alfa-Más de punta a cabo. Era profesor en la Escuela de Ingenieros de Emociones (Sección de Escritos), y en los intervalos de sus actividades educativas, trabajaba como Ingeniero de Emociones. Colaboraba periódicamente en *El Radio Horario*, escribía los argumentos de películas sensibles, y tenía una feliz habilidad para componer máximas y versículos hipnopédicos.

-"Inteligente" -tal era el juicio de sus superiores-. "Quizá (y movían la cabeza, bajando significativamente la voz) demasiado inteligente."

Sí, quizá demasiado inteligente: tenían razón. Un exceso mental había producido Helmholtz Watson efectos muy parecidos a los que en Bernard Marx eran resultado de un defecto físico. Una insuficiencia ósea y muscular había aislado a Bernard de sus semejantes y su sentimiento de estar por ello aparte, exceso mental a tenor de las normas corrientes, convirtiéndose a su vez en causa de mayor separación. Lo que había dado a Helmholtz la desagradable consciencia de ser el mismo y estar totalmente solo, era un exceso de inteligencia. Ambos coincidían en el convencimiento de que eran individuos. Pero mientras que Bernard, el físicamente defectuoso, había sufrido durante toda su vida por este convencimiento de sentirse aparte, hacía muy poco que, al darse cuenta de su exceso mental, Helmholtz Watson había comprendido cuándo separábase de las gentes que le rodeaban. Este campeón de pelota-Escalator, este infatigable amante (decíase que había tenido seiscientos cuarenta amigas en menos de cuatro años), este admirable hombre de comités, bienquisto en todas partes, se había convencido de repente de que deportes, mujeres, mando, no eran para él sino cosas secundarias. En realidad, le preocupaba, le interesaba otra cosa. Pero, ¿cuál? Tal era el problema que Bernard venía a discutir con él, o mejor dicho, pues era Helmholtz el que llevaba siempre la voz cantante, a escuchar razonar a su amigo una vez más.

Tres chicas preciosas de la Oficina de Propaganda de la voz sintética le cayeron encima al salir del ascensor.

-Anda, Helmholtz, vente a cenar con nosotras en la landa de Exmoor -decíanle, rodeándole implorantes.

Sacudió la cabeza y zafóse de ellas.

-No puede ser.

-Iremos solas contigo.

Pero Helmholtz no se dejó conmovir por tan deliciosa promesa.

-No -repitió-, tengo que hacer. -Y siguió decidido su camino.

Le siguieron un rato, y hasta que no le vieron subir al avión de Bernard y que cerraba la portezuela no cejaron. Y refunfuñando.

-¡Qué mujeres! -dijo, mientras se elevaba el aparato-. ¡Qué mujeres! -meneó la cabeza, frunció el ceño-. ¡Son terribles!

Bernard expresó hipócritamente su asentimiento; pero hubiese deseado, mientras decían estas palabras, tener tantas chicas como Helmholtz, y con tan poco esfuerzo. Sintió un apremiante deseo de jactarse.

-Me voy a Nuevo México con Lenina Crowne -dijo con el tono más indiferente que pudo.

-¿De veras? -dijo Helmholtz, sin el menor interés. Después, tras una leve pausa-: Hace una semana o dos -continuó- que he dejado los comités y las chicas. No te puedes imaginar el runrún que ha armado en la Escuela. A pesar de ello, creo que ha valido la pena. Los efectos... -vaciló- son curiosos, muy curiosos.

Una insuficiencia física puede causar una especie de exceso mental. El proceso parece ser reversible. El exceso mental puede producir, para sus fines, la ceguera y sordera voluntarias de una deliberada soledad, la impotencia artificial del ascetismo.

El resto del corto vuelo transcurrió en silencio. Una vez llegados y tendidos muellemente en los sofás neumáticos del cuarto de Bernard. Helmholtz comenzó de nuevo.

Hablaba muy despacio.

-¿No has sentido nunca -preguntó- tener algo dentro de ti que sólo espera para salir que le des una ocasión? ¿Un exceso de fuerza, comprendes, que no usas, como el agua que se precipita en cascadas en vez de pasar por las turbinas?

Miró a Bernard escrutadoramente.

-¿Quieres decir todas las emociones que se podrían sentir si las cosas fuesen otras?

Helmholtz meneó la cabeza.

-No del todo. Me refiero a una extraña sensación que experimento algunas veces, como si hubiese algo importante que decir y no pudiese expresarlo, pero sin saber lo que es ni poder hacer uso de esa fuerza. Si hubiese algún otro modo de escribir... u otros temas que tratar... -Calló, y luego: Ya sabes -prosiguió al fin- que tengo bastante facilidad para la invención de frases; ya comprendes lo que quiero decir, palabras de las que hacen dar un respingo como si uno se hubiese sentado sobre un alfiler, tan nuevas e incitantes parecen, aun cuando se refieren a cualquier cosa hipnóticamente evidente. Pero eso no basta. No basta que sean buenas las frases: lo que se hace también debiera serlo.

-Pero lo que tú haces es bueno, Helmholtz.

-¡Ah! Dentro de su radio de acción, sí. -Helmholtz se encogió de hombros-. Pero ese radio es muy corto. Lo que yo hago no es muy importante que digamos. Tengo el presentimiento de que podría hacer algo mucho mejor. Sí, y más intenso, más violento. Pero, ¿qué? ¿Es que hay algo más importante que decir? ¿Cómo puede uno ser violento con temas del género que tiene que tratar? Las palabras, como los rayos X, atraviesan cualquier cosa si uno las emplea bien. Lees y te sientes traspasado. Esto es una de las cosas que intento enseñar a mis estudiantes: a escribir de forma penetrante. Pero, ¿qué cuerno de interés hay en ser traspasado por un artículo acerca de los cantos en común, o del último adelanto en los órganos de perfumes? Pero, además, ¿es posible hacer que las palabras sean realmente penetrantes, algo así como los más potentes rayos X, cuando se tratan temas de esa clase? ¿Puede decirse algo sobre nada? A fin de cuentas, todo viene a parar a esto. Pruebo una y otra vez...

-¡Chitón! -dijo de repente Bernard; y levantó un dedo; escucharon-. Creo que hay alguien en la puerta -murmuró.

Helmholtz se levantó, atravesó el cuarto de puntillas y, rápidamente, abrió de par en par la puerta. No había nadie.

-Vaya -dijo Bernard, consciente del ridículo-. Estoy algo nervioso. Cuando todos se muestran recelosos con uno, se vuelve uno también receloso con ellos.

Se restregó los ojos, suspiró; su voz tenía un dejo de pena. Se sinceraba:

-Si supieses cuánto he tenido que aguantar de un tiempo a esta parte -dijo en un tono casi lacrimoso, y el raudal de autocompasión parecía una fuente que se hubiera abierto de repente-. ¡Si supieses!

-Helmholtz le oía con cierta sensación de molestia.

-¡Pobre Bernard! -dijo entre sí.

Pero se sentía a la vez algo avergonzado por la conducta de su amigo. Hubiese querido que tuviera algo más de amor propio.

CAPÍTULO V

Desde las ocho de la noche la luz era ya escasa. Los altavoces de la torre del Club de Stoke Poges comenzaron a anunciar con una voz atenerada, que parecía sobrenatural, que era la hora de cerrar los campos de golf. Dejaron Lenina y Henry su partida y volvieron al Club. De los campos del Trust de Secreciones Internas y Externas venían los mugidos de los millares de animales que suministraban, con sus hormonas y su leche, las primeras materias a la gran fábrica de Famham Royal.

Un incesante zumbido de helicópteros llenaba el crepúsculo. Cada dos minutos y medio, una campana y estridentes silbidos anunciaban la salida de uno de los trenes ligeros, monorrieles, que volvían a la capital, desde sus campos separados, a los jugadores de golf de castas inferiores.

Lenina y Henry subieron a su aparato y arrancaron. A doscientos cincuenta metros, disminuyó Henry la velocidad de las hélices del helicóptero y permanecieron suspendidos sobre el paisaje que iba borrándose. El bosque de Burnham Beeches se extendía como una vasta laguna de oscuridad hacia la brillante orilla del cielo occidental. Carmesí en el horizonte, lo postrer del crepúsculo empalidecía hacia lo alto, pasando del anaranjado al amarillo y a un pálido verde acuoso. Al Norte, más allá y por encima de los árboles, la fábrica de Secreciones Internas y Externas lanzaba destellos de cruda luz eléctrica por cada una de las ventanas de sus veinte pisos. Bajo sus ojos se extendían los edificios del Club de Golf, los enormes cuarteles de las castas inferiores, y al otro lado del muro divisorio, las casitas reservadas a los socios Alfas y Betas. Los accesos a la estación del monorriel renegreaban por el hormiguero de los de casta inferior. Saliendo de la bóveda de vidrio, un tres iluminado partió hacia el campo abierto. Siguiendo su ruta hacia el Sudeste, a través de la oscura llanura, sus ojos toparon con los majestuosos edificios del Crematorio de Slough. Para seguridad en los vuelos nocturnos, sus cuatro altas chimeneas estaban iluminadas por reflectores y coronadas por rojas señales de peligro. Constituía un punto de referencia.

-¿Por qué esas torres humeantes tienen alrededor esos como balconillos? -preguntó Lenina.

-Recuperación del fósforo -explicó Henry telegráficamente-. Durante su recorrido hacia lo alto de la chimenea, sufren los gases cuatro diversos tratamientos. Antiguamente, el P_2O_5 escapaba por completo de la circulación cada vez que una cremación se efectuaba. Hoy en día se le recupera en más de un noventa por ciento. Más de kilo y medio por cuerpo de adulto. Lo que representa unas cuatrocientas toneladas de fósforo anuales, sólo en Inglaterra. -Henry hablaba lleno de orgullo, congratulándose de tal resultado, como si se le debiese a él-. Es hermoso pensar que podemos ser útiles socialmente, aun después de muertos: Haciendo crecer las plantas.

Lenina, sin embargo, había vuelto los ojos, y miraba verticalmente hacia abajo la estación del monorriel.

-Es hermoso -asintió-. Pero es raro que los Alfas y los Betas no hagan crecer más plantas que esos despreciables enanillos Gammas, Deltas y Épsilones que están ahí abajo.

-Todos los hombres son físicquímicamente iguales -dijo Henry sentenciosamente-. Por otra parte, hasta los Epsilones realizan indispensables servicios.

-Hasta un Épsilon...

Lenina se acordó de pronto de que, en cierta ocasión, durante su infancia, se despertó de noche y se dio cuenta por primera vez de lo que significaba el cuchicheo que perturbaba su sueño. Volvió a ver el rayo de luna, la fila de camitas blancas; oyó de nuevo la suave voz que decía (las palabras permanecían en ella inolvidadas, inolvidables, al cabo de tantas repeticiones durante la noche entera): "Cada uno trabaja para todos los demás. No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones son útiles. No podemos prescindir de los Epsilones. Cada uno trabaja para todos los demás. No podemos prescindir de nadie..." Recordó Lenina su primer sobresalto de temor y de sorpresa; sus pensamientos durante una media hora de verla; y, luego, bajo el influjo de aquellas interminables repeticiones, su espíritu se fue calmando poco a poco, y el sueño vino suave, dulcemente, como de puntillas...

-Al fin y al cabo, creo que a los Epsilones no les importa nada el ser Epsilones -dijo en voz alta.

-Claro que no les importa. ¿Cómo podría importarles? No saben lo que es ser otra cosa. Nosotros claro que sufríamos. Pero es que también hemos sido condicionados de otro modo. Además, tenemos diferente herencia.

-Estoy muy satisfecha de no ser una Épsilon -dijo con convicción Lenina.

-Y si fueses una Épsilon -dijo Henry- tu acondicionamiento te hubiese hecho estar no menos satisfecha de no ser una Beta o una Alfa.

Embragó la hélice propulsora y puso rumbo a Londres. Tras ellos, al Oeste, el carmesí y el naranja se habían casi desvanecido; y un banco de sombrías nubes se amontonaron hacia el cenit. Cuando pasaron sobre el Crematorio, dio el avión un bote vertical en la columna de aire caliente que subía de las chimeneas, y cayó de súbito cuando llegó a la inmediata corriente fría y descendente.

-¡Magnífica montaña rusa! -dijo Lenina riendo.

Pero la voz de Henry volvióse, un momento, melancólica.

-¿Sabes lo que era esa montaña rusa? -dijo-. La desaparición final y definitiva de un ser humano. La subida en un chorro de gases calientes. Sería curioso saber si era de un hombre o de una mujer, de un Alfa o de un Épsilon... -Suspiró. Luego, con tono jovial-: En resumidas cuentas -terminó-, una cosa es cierta: sea quien sea, fue feliz mientras vivió. Todo el mundo es feliz ahora.

-Sí, todo el mundo es feliz ahora -dijo Lenina como un eco.

Habían oído repetir estas palabras ciento cincuenta veces cada noche durante doce años.

Aterrizaron en la azotea de la casa de cuarenta pisos, repartida en departamentos aislados, en que vivía Henry, en Westminster, y bajaron directamente al comedor. Allí, entre alegre y ruidosa concurrencia, les sirvieron una excelente comida. Con el café trajeron *soma*, del que Lenina tomó dos tabletas de medio gramo y tres Henry. A las nueve y veinte cruzaron la calle para ir al cabaret

recién abierto de la Abadía de Westminster. Era una noche casi sin nubes, estrellada y sin luna; pero Lenina y Henry no se dieron cuenta del hecho, deprimente sin duda alguna. Las señales luminosas en el cielo borrraban la oscuridad exterior: *Calvin Stopes* y sus *dieciséis sexofonistas*. Desde la fachada de la nueva Abadía, las gigantescas letras lanzaban destellos invitadores: *El mejor órgano de perfumes y colores de Londres. La música sintética más nueva.*

Entraron. El aire estaba cargado, casi sofocante, saturado de ámbar gris y sándalo. En el acupulado techo de la sala, el órgano de colores acababa de reproducir una puesta del sol tropical. Los dieciséis sexofonistas tocaban una vieja canción muy en boga: *No hay en el mundo un frasquito como tú, frasquito mío*. Cuatrocientas parejas bailaban un *five-step* en la pista encerada. Lenina y Henry fueron pronto la cuatrocientos uno. Gemían los sexófonos, como melosos gatos bajo la luna, y en los registros alto y tenor parecían estar en la agonía. Lleno de una riqueza prodigiosa de armónicos, su trémulo como subía hacia un clima más sonoro, cada vez más sonoro, hasta que, al fin, con un ademán de mano, el director daba la nota final en un sonoro estrépito de etérea música, que arrastraba fuera de nuestra existencia a los dieciséis músicos meramente humanos. Verdadero trueno en *la bemol mayor*. Y luego, en un semisilencio, en una semipenumbra, seguía una deturgescencia gradual, un *diminuendo* descendente y resbalando por grados, por cuartos de tono, hasta un acorde de dominante débilmente susurrado, que se demoraba aún (mientras que el compás de a cinco por cuatro continuaba latiendo debajo), llenando los oscurecidos segundos de una intensa expectación. Al fin ésta llegó a su término. Y estalló un repentino amanecer y, simultáneamente, los dieciséis entonaron la canción:

*¡Frasquito mío,
siempre te he deseado!
Frasquito mío,
¿Por qué me han decantado?*

*Siempre era en ti claro el cielo,
siempre era en ti el tiempo bueno.
¡Ay!
No hay en el mundo un frasquito
como tú, frasquito mío.*

Dando vueltas y vueltas bailando el *five-step* con las otras cuatrocientas parejas en la Abadía de Westminster, Lenina y Henry danzaban sin embargo en otro mundo -el mundo cálido y rico de color, el mundo infinitamente benévolo del *soma*. ¡Qué bueno, qué bello, qué deliciosamente divertido era! "¡Frasquito mío, siempre te he deseado...!" Pero Lenina y Henry poseían lo que deseaban... Estaban dentro, en este lugar y en este momento mismo, seguramente cobijados, con aquel buen tiempo y aquel cielo eternamente azul. Y cuando, agotados, dejaron los dieciséis sus sexófonos, y el aparato de música sintética se puso a producir lo más nuevo, los lentos *Blues Malthusianos*, habíanse vuelto como dos embriones gemelos, mecidos dulcemente en las olas de un océano de sangre artificial envasada.

"Buenas noches, amigos. Buenas noches, amigos." Los altavoces velaron sus órdenes con una cortesía amable y musical. "Buenas noches, amigos..."

Obedientes, como todos los demás, Lenina y Henry abandonaron la sala. Las deprimentes estrellas habían recorrido un buen trozo de cielo. Pero aun cuando la pantalla de señales al aire libre

que separábalas de sus miradas se hubiese atenuado mucho, los dos continuaban en la feliz ignorancia de la noche.

La segunda dosis de *soma*, tomada media hora antes del cierre del local, había alzado un muro impenetrable entre el universo real y sus espíritus. Como envasados cruzaron la calle; envasados tomaron el ascensor para subir a la habitación de Henry en el piso veintiocho. Y, sin embargo, por muy envasada que estuviese, a pesar del seguro gramo de *soma*, Lenina no se olvidó de tomar todas las precauciones anticoncepcionales prescritas por los reglamentos. Años de hipnopedia intensiva y, de los doce a los diecisiete, ejercicios malthusianos tres veces por semana, habían vuelto la práctica de esas precauciones casi automáticas e inevitable como el parpadeo.

-¡Ay! Ahora me acuerdo -dijo al salir del cuarto de baño- que Fanny Crowne quería saber dónde compraste esta cartuchera tan bonita, imitación de tafilete verde, que me regalaste.

2

Un jueves sí y otro no, tenía Bernard que asistir a los Oficios de Solidaridad. Después de cenar temprano en el Afroditeo (del que Helmholtz había sido elegido recientemente socio por la aplicación del artículo II del reglamento), se despidió de su amigo y, llamando a un taxi desde la azotea, dijo al conductor que volase a la Cantoría Comunal de Fordson. Elevóse el aparato unos doscientos metros, puso rumbo al Este y, mientras viraba, surgió ante los ojos de Bernard, gigantescamente hermosa, la Cantoría. Iluminada por reflectores, sus trescientos veinte metros de mármol blanco de Carrara artificial brillaban con una nevada incandescencia sobre Ludgate Hill; en cada uno de los cuatro ángulos de su plataforma para helicópteros, una inmensa T escarlata lucía en la noche y veinticuatro enormes trompetas áureas rugían una solemne música sintética.

-¡Diablo! Llego tarde -dijo Bernard, viendo el reloj de la Cantoría.

Y, en efecto, mientras pagaba el taxi dio la hora. "Ford"; tronó una formidable voz de bajo en todas las trompetas de oro. "Ford, Ford, Ford..." Nueve veces. Bernard corrió al ascensor.

La gran sala de audiciones para las ceremonias del Día de Ford y otros Cantos generales en Común estaba en la planta baja del edificio. Encima, bien en cada piso, estaban las siete mil cámaras usadas por los grupos de Solidaridad para celebrar oficios quincenales. Bernard descendió al piso 33, cruzó el corredor, detúvose dudando un momento ante la cámara 3,210, y luego, resuelto ya, abrió la puerta y entró.

¡Gracias a Ford!, no era el último. Tres sillas de las doce colocadas en torno a una mesa circular estaban aún vacías. Deslizóse a la más próxima, procurando hacerse notar lo menos posible, y dispúsose a recibir, ceñudo, a los más tardos en llegar conforme fueron entrando.

-¿A qué habéis jugado esta tarde? -preguntóle volviéndose hacia él la muchacha que estaba a su izquierda-. ¿Al Golf de Obstáculos o al Electro-Magnético?

Bernard la miró (¡Ford! ¡Morgana Rothschild!), y tuvo que confesar, ruborizándose, que a ninguno de los dos. Morgana le miró pasmada. Hubo un embarazoso silencio.

Después, volvióle intencionadamente la espalda y dirigióse al hombre más deportivo que tenía a su izquierda.

-¡Buen principio de Oficio de Solidaridad! -pensó apenado Bernard, y tuvo el presentimiento de que fracasaría una vez más en sus esfuerzos para realizar la comunión de pensamiento.

¡Si hubiese mirado alrededor en vez de precipitarse sobre la silla más próxima! Hubiese podido sentarse entre Fiff Bradlaugh y Joanna Diesel. En vez de haberse ido a colocar a ojos ciegos junto a Morgana. ¡Morgana!, ¡Ford!, cuyas cejas negras -ceja mejor-, pues se juntaban ambas en lo alto de la nariz. ¡Ford! y a su diestra tenía a Clara Deterding. Cierto que las cejas de Clara no se juntaban. Pero era en verdad *demasiado* neumática. Mientras que Fiff y Joanna eran como convenía: llenitas, rubias, no muy altas... ¡Y el grandulón de Tom Kawaguchi se acababa de sentar entre las dos!

El último en llegar fue Sarojini Engels.

-Llega usted retrasado -le dijo con severidad el Presidente del Grupo-. Que no le vuelva a suceder.

Sarojini se excusó, y sentóse entre Jim Bokanowsky y Herbert Bakunin. El grupo estaba ya completo, perfecto y sin fallas el círculo de solidaridad. Un hombre, una mujer, un hombre, en corro, siempre alternados, alrededor de la mesa. Eran doce prestos a reunirse en uno, esperando acercarse, fundirse, perder en un ser mayor sus doce personalidades distintas.

Alzóse el Presidente, hizo el signo de la T y, poniendo en marcha la música sintética, desató un redoble de tambores suave e infatigable y un coro de instrumentos -casiviento y supercuerda- que repitieron agitados, una y otra vez, la breve y obsesionante melodía del Primer Himno de Solidaridad. Una vez y otra -y no era el oído el que percibía el machacoso ritmo, sino el diafragma; el sonido y el retumbo de estas repetidas armonías obsesionaba no sólo la mente, sino las entrañas, llenándolas de compasión.

Hizo el Presidente un nuevo signo de la T y sentóse. Los oficios habían comenzado. Tabletas de *soma* consagradas fueron colocadas en el centro de la mesa de los ágapes. La copa del amor, llena de helado de *soma* con fresas, pasó de mano en mano, y fue libada dos veces con la fórmula: "¡Bebo por mi aniquilamiento!" Después, con acompañamiento de música sintética, se entonó el Primer Himno de Solidaridad:

*Doce somos ¡oh, Ford!; reúnenos en uno,
cual diminutas gotas, en el Río Social;
haz que corramos ahora y siempre juntos
raudos como tu cochecillo va.*

Doce patéticas estrofas. Y cuando la copa del amor circuló una segunda vez: "Bebo por el Ser Más Grande" fue la fórmula. Todos bebieron. Sonaba, infatigable, la música. Redoblaban los tambores. Los recios y retumbantes sonos de las armonías continuaban obsesionantes en las conmovidas entrañas. El Segundo Himno de Solidaridad fue cantado:

*¡Oh, ven Tú, Ser Inmenso; ven Tú, Social Amigo;
aniquila a los Doce y en Uno júntalos!
¡Queremos ya morir, pues la muerte es principio
de una vida más grande, sin fin y sin temor!*

Doce estrofas de nuevo. Pero ya el *soma* había comenzado a producir sus efectos. Los ojos estaban brillantes y las mejillas rojas; la luz interior de la universal benevolencia desbordaba de cada faz en felices y amistosas sonrisas. Hasta Bernard se sintió un poco conmovido; cuando Morgana Rothschild volvióse a él con una sonrisa radiante, hizo cuando pudo por corresponderla. Pero la ceja, aquella negra dos-en-una, estaba, ¡ay!, siempre allí; Bernard no podía dejar de verla, no podía, por más esfuerzos que hiciese. Su entemecimiento no había sido lo suficientemente profundo. Quizá si se hubiese sentado entre Fiff y Joanna... Por tercera vez corrió la copa del amor "Bebo por la inminencia de Su Venida", dijo Morgana Rothschild, a quien correspondía esta vez iniciar el rito circular. Su voz era sonora, exaltada. Bebió y pasó la copa a Bernard. "Bebo por la inminencia de Su Venida", repitió éste, haciendo un sincero esfuerzo por sentir que la Venida era inminente; pero la ceja continuó obsesionándole, y la Venida, en lo que a él le atañía, estaba horriblemente lejos. Bebió y entregó la copa a Clara Deterding. "Fracasaré esta vez también -se dijo-, lo sé". Pero siguió haciendo cuanto podía para tener una sonrisa radiante.

La copa del amor había terminado su periplo. Alzando la mano, hizo un signo el Presidente, y el coro entonó el Tercer Himno de Solidaridad:

*¡Mirad cómo a vosotros descende ya el Gran Ser!
Y arrullados por música de sonoro tambor,
en Él regocijaos, y morid de placer,
porque yo soy vosotros y vosotros sois yo.*

Conforme sucedíanse los versos, las voces vibraban con una excitación cada vez más intensa. El sentimiento de la inminencia de la Venida era como una tensión eléctrica en el ambiente. Interrumpió el Presidente la música, y con la postrera nota de la última estrofa hubo un absoluto silencio, el silencio tenso, estremecido y calofriante de una vida galvánica. El Presidente extendió su mano, y súbitamente una Voz, una profunda y recia voz, más musical que cualquier voz meramente humana, más rica, más cálida, más vibrante de amor, de ansioso deseo, de compasión, una voz maravillosa, misteriosa, sobrenatural, les habló desde lo alto. Muy lentamente: "¡Oh, Ford, Ford, Ford!", dijo atenuándose y descendiendo de tono. Una sensación de suave calor se extendía desde el plexo solar a las extremidades de los oyentes; brotáronles lágrimas; parecía que sus corazones y sus entrañas se movían en ellos cual si gozaran de una vida independiente. "¡Ford!" Se derretían. "¡Ford!". Ya estaban derretidos. Después, en otro tono, inopinada y con sobresalto: "¡Escuchad!", tronó la Voz. "¡Escuchad!" Y tras una pausa, que se volvió casi murmullo, pero murmullo inconcebiblemente más penetrante que el grito más agudo: "Los pies del Gran Ser", dijo, y volvió a repetir: "Los pies del Gran Ser." El murmullo expiraba casi, "Los pies del Gran Ser están en la escalera." Y de nuevo un silencio; y la espera, que se había de momento relajado, hízose tensa de nuevo, cual una cuerda que se templó; más tensa, más tensa cada vez, hasta casi romperla. Los pies del Gran Ser, oíanlos, ¡ay!, oíanlos bajando quedamente los peldaños, acercándose cada vez más a medida que bajaban la invisible escalera. Y súbitamente rompióse la cuerda. Los ojos desorbitados, los labios abiertos. Morgana Rothschild alzóse de un salto.

-¡Le oigo -gritó-, le oigo!

-¡Ya llega! -gritó Sarojini Engels.

-¡Sí, ya llega, le oigo!

Fiff Bradlaugh y Tom Kawaguchi se levantaron simultáneamente.

-¡Oh, oh, oh! -dijo Joanna en inarticulado testimonio.

-¡Ya llega! -aulló Jim Bokanowsky.

Inclinóse el Presidente hacia adelante, y frotando con su mano, desató un delirio de címbalos e instrumentos de metal, una fiebre de martilleos en tantanes.

-¡Ah, ya llega! -vociferó Clara Deterding-. ¡Sí...!

Y fue lo mismo que si le cortasen el pescuezo.

Comprendiendo que ya era tiempo de que él hiciese algo, Bernard se puso en pie de un salto y gritó:

-¡Le oigo! ¡Ya llega!

Pero no era verdad. No oía nada, y, para él, no llegaba nadie. Nadie, a pesar de la música, a pesar de la sobreexcitación creciente. Pero braceó y gritó como los que más; y cuando empezaron a rebullirse y a zapatear y a arrastrar los pies, también él rebulló, zapateó y arrastró los pies.

Dieron la vuelta a la habitación, circular procesión de danzantes, cada uno con las manos en las caderas del danzante que le precedía; dieron vueltas y vueltas, gritando al unísono y golpeando con los pies al ritmo de la música, llevando el compás golpeando reciamente con sus manos en las nalgas que estaban delante de ellos; doce pares de manos golpeando como una soía: doce pares de nalgas resonando macizamente. Doce en uno, doce en uno. "Le oigo, le oigo, ya llega." La música aceleró el ritmo; los pies golpearon más aprisa, más aprisa aún caían las manos rítmicas. Y de pronto, una potente voz sintética de bajo tronó las palabras que anunciaban el sacrificio final, la final consumación de la solidaridad, la venida del Doce en Uno, la encarnación del Gran Ser. "Orgía Latria" ¹ cantó mientras los tantanes continuaban su febril tamborileo:

*Orgía Latria, Ford y zambra,
besa a las chicas y hazte uno con ellas.
¡Muchachos, uníos en paz con las chicas,
que la Orgía Latria os alegra!*

"Orgía Latria..." Los danzantes repitieron el litúrgico estribillo: "Orgía Latria, Ford y zambra, besa a las chicas..." Y mientras cantaban, comenzaron las luces a extinguirse lentamente, a extinguirse y a hacerse al mismo tiempo más ardientes, más jugosas, más rojas, hasta que al fin halláronse danzando en la penumbra escarlata del Depósito de Embriones. "Orgía Latria." En la oscuridad fetal color de sangre, siguieron algún tiempo los danzantes dando vueltas, y a golpear, a golpear interminablemente, siguiendo el ritmo incabable. "Orgía Latria..." Después el corno osciló, rompióse, cayó en parcial desintegración sobre los divanes dispuestos a la redonda -círculo rodeando a otro círculo- en torno de la mesa y sus sillas planetarias. "Orgía Latria..." Tiernamente, la profunda Voz arrullaba y zureaba; parecía como si, en la roja penumbra, una enorme paloma negra se cerniese benéfica sobre los danzantes, tendidos ahora panza abajo y panza arriba.

¹ *Grgy-pergy* en el original, que se traduce por Orgía Latria, por tener sentido lógico y onomatopéyico semejante.

Estaban de pie en la azotea; acaba el reloj de dar las doce. La noche era serena y tibia.

-¿Verdad que ha sido prodigioso? -dijo Fiff Bradlaugh-. ¿Verdad que ha sido sencillamente prodigioso?

Miraba a Bernard con expresión de arrobó, pero de un arrobó en que no hubiese vestigios de inquietud o excitación -pues estar excitado es estar insatisfecho. Era el suyo el éxtasis tranquilo de la perfección lograda, de la paz, no sólo de la vacuna y mera saciedad de la nada, sino de la vida ponderada, de las energías en reposo o en equilibrio. Una paz rica y viviente. Pues los Oficios de Solidaridad daban tanto como quitaban, extraían sólo para rehenchir. Sentíase llena, perfecta, era algo más que simplemente ella misma.

-¿No le ha parecido prodigioso? -insistió, mirando cara a cara a Bernard con ojos que brillaban con un fulgor sobrenatural.

-Sí, realmente, me ha parecido prodigioso -dijo, mintiendo, y apartó los ojos.

La visión de su rostro transfigurado era a la par una acusación y un irónico recordatorio de su aislamiento. Sentíase tan desgraciado y sólo ahora como al comenzar los oficios; más aislado, si cabe, a causa del vacío que jamás podría ser colmado en él, a causa de su inerte saciedad. Aparte, y en desacuerdo, mientras que los demás fundíanse con el Gran Ser; solo hasta en los brazos de Morgana, mucho más solo aún, en verdad, más irremediamente él mismo que nunca lo fuera en toda su vida. Había salido de aquella penumbra escarlata al vulgar brillo de la luz eléctrica, con un sentimiento del yo que le hacía pasar las penas de la agonía. Era inmensamente desgraciado, y quizá (aquellos brillantes ojos le acusaban), quizá fuese por su culpa.

-Sencillamente prodigioso -repitió. Pero sólo podía pensar en la ceja de Morgana.

CAPÍTULO VI

I

-Absurdo, sencillamente absurdo -tal era el juicio de Lenina sobre Bernard.

Tan absurdo, que en las semanas siguientes se había preguntado más de una vez si no sería mejor desistir de sus vacaciones en Nuevo Méjico e irse al Polo Norte con Benito Hoover. Lo malo es que ya conocía el Polo Norte: había estado allí con George Edzel el verano último, y lo encontró bastante aburrido. Ningún sitio a donde ir, y el hotel muy anticuado, sin televisión en las habitaciones, ni órganos de perfumes, sólo la más ramplona de las músicas sintéticas y veinticinco canchas de Pelota Escalator para más de doscientos huéspedes. No, decididamente, no soportaba otra vez el Polo Norte. Además, no había estado más que una vez en América. Y muy poco tiempo. Un módico fin de semana en Nueva York -¿con Jean-Jacques Habibullah o con Bokanovsky Jones? No se acordaba ni tenía importancia alguna. La idea de volar de nuevo rumbo al Oeste y permanecer allí una semana completa era muy tentadora. Además, pasaría cuando menos tres días en la Reserva de Salvajes. Sólo una media docena de personas en todo el Centro habían visitado una Reserva de Salvajes. Por ser un psicólogo Alfa-Más, era Bernard uno de los pocos hombres conocidos suyos que tuviesen derecho a un permiso especial. Era, pues, una ocasión única para Lenina. Y sin embargo, tan únicas también eran las rarezas de Bernard, que había dudado de aprovecharla y pensado hasta en aventurarse de nuevo al Polo con el bueno de Benito, tan jovial siempre. Al fin y al cabo Benito era normal. Mientras que Bernard...

"Es el alcohol de su sangre artificial" -era la explicación de Fanny para todas sus excentricidades. Pero Henry, con quien, una noche que estaban juntos en la cama, había Lenina, un poco inquieta, tratado del carácter de su nuevo amante, Henry había comparado al pobre Bernard con un rinoceronte.

-No se puede domesticar a un rinoceronte -le había dicho con su estilo breve y recio-. Hay hombres casi como rinocerontes; no reaccionan como corresponde al acondicionamiento. ¡Pobres diablos! Bernard es un de ellos. Por suerte suya, sabe bien su oficio. De no ser por esto, el Director le hubiese plantado en la calle. Sin embargo -agregó consoladoramente- me parece bastante inofensivo.

Bastante inofensivo, quizá; pero también bastante inquietante. Lo primero, esa manía de hacer las cosas en privado. Lo que, en la práctica, se traducía en no hacer nada. Pues ¿qué era lo que uno podía hacer en la intimidad? (Aparte, naturalmente, de irse a la cama; pero ésto no se va a estar haciendo todo el día). Sí, ¿qué más? Poca cosa. La primera tarde que salieron juntos hacía un tiempo muy hermoso. Lenina propuso nadar un rato en Torquay Country Club y cenar luego en el Oxford Unión. Pero Bernard creía que había demasiada gente. Bueno, ¿y qué tal una vuelta de Golf Electromagnético en Saint Andrews? Un nuevo no: Bernard creía que jugar al Golf Electromagnético era perder el tiempo.

-Entonces, ¿para qué sirve el tiempo? -preguntó asombrada Lenina.

Por lo visto, para paseos por la Región de los Lagos, pues esto fue lo que propuso entonces. Aterrizar en la cima del Skiddaw y andar un par de horas entre los brezales.

-Y solo contigo, Lenina.

-Pero, Bernard, si estaremos solos toda la noche...

Bernard se puso colorado y apartó los ojos.

-Quería decir solos para hablar -balbuceó.

-¿Hablar? Pero, ¿de qué?

Andar y hablar le parecía un modo muy absurdo de perder un día.

Al fin le convenció, muy a su pesar, de volar hasta Amsterdam para ver los cuartos de final del Campeonato femenino de lucha (pesos pesados).

-Estará lleno de gente -gruñó- como siempre.

Estuvo tercamente enfadado toda la noche; no quiso hablar con las amigas de Lenina (que encontraron a docenas en el bar donde despachaban helados de *soma* en los intervalos de las luchas); y, a pesar de su mal humor, rehusó decididamente tomar el medio gramo de *sundae* de frambuesa que ella se empeñaba en hacerle beber.

-Prefiero ser yo mismo -dijo-, yo mismo y amargado. Y no otro y alegre.

-"Un gramo a tiempo, te pone contento" -dijo Lenina, ofreciéndole una de las maravillas que se enseñaban durante el sueño.

Bernard rechazó impaciente el vaso que le ofrecía.

-No te enfades, vaya -díjole ella-; acuérdate: "Con un centímetro cúbico se curan diez pasiones."

-¡Cállate, por el amor de Ford! -gritó él.

Lenina se encogió de hombros.

-Un gramo vale más que un ternero -dijo con dignidad, y se bebió el *sundae*.

Cuando volaban, de regreso, sobre el Canal, se empeñó Bernard en parar la hélice propulsora y permanecer sostenido por las hélices del helicóptero a menos de treinta metros sobre las olas. El tiempo era malo; corría, reció, el Sudoeste y el cielo estaba anubarrado.

-Mira -ordenó.

-¡Qué espantoso! -dijo Lenina, apartándose con horror de la ventanilla. Estaba aterrorizada por el invasor vacío de la noche, por las negras olas espumeantes que saltaban bajo ellos, por la pálida faz de la Luna, tan hurafña y atormentada por las fugitivas nubes.

-¡Abre la radio, pronto!

Extendió la mano hacia el botón y dióle vueltas al azar.

-"...siempre era en ti claro el cielo -cantaron en trémolo dieciséis voces en falsete-, siempre era en ti el tiempo bueno".

Luego, un hipo, y silencio. Bernard había cortado la corriente.

-Me gusta contemplar en paz el mar -dijo-. No se puede ni mirar con esa musiquilla en los oídos.

-Pero ¡si es deliciosa! Y, además, yo no quiero mirar.

-Pero yo sí -insistió él-. Esto me da la sensación... -dudó, buscando palabras para expresarse- ...la sensación de ser aún más yo mismo, no sé si comprenderás lo que quiero decir. Más yo mismo, no tan por completo parte de otra cosa. No sólo una célula del cuerpo social. ¿No te lo hace sentir a ti, Lenina?

Pero Lenina lloraba.

-Es espantoso, es espantoso -repetía continuamente-. Y ¿cómo puedes hablar así de tu deseo de no ser una parte del cuerpo social? "Todos trabajamos para todos. No podemos prescindir de nadie. Hasta los Epsilones..."

-Sí, ya lo sé -dijo Bernard sarcásticamente-. "¡Hasta los Epsilones son útiles!" También yo lo soy. Pero te juro que daría algo por no servir para nada.

Lenina se escandalizó de tal blasfemia.

-¡Bernard! -protestó con voz triste y llena de pasmo- ¿Cómo puedes hablar así?

Cambiando de tono, Bernard repitió pensativo:

-¿Qué cómo puedo? No, el verdadero problema es: ¿Por qué no puedo?, o, mejor -pues, a fin de cuentas sé muy bien por qué no puedo- ¿qué es lo que experimentaría si pudiese, si fuere libre, si yo no estuviese esclavizado por mi acondicionamiento?

-¡Qué cosas más horribles estás diciendo, Bernard!

-¿Tú no sientes el deseo de ser libre, Lenina?

-No entiendo lo que dices. Ya soy libre. Libre de gozar de este tiempo, el mejor de los tiempos. "Todos somos felices ahora."

Bernard se echo a reír.

-Sí. "Todos somos felices ahora". comenzamos a decirles a los niños a los cinco años. Pero ¿tú no querías ser libre, ser feliz de otro modo, Lenina? De un modo personal; no como todos los demás...

-No entiendo lo que dices -repitió ella.

Luego, volviéndose a él:

-¡Regresemos, Bernard -suplicó-, no quiero estar aquí!

-¿Es que no te gusta estar conmigo?

-¡Ni qué decir tiene, Bernard! Es este horrible sitio.

-Yo creía que aquí estaríamos más... más *juntos*, con sólo el mar y la Luna. Más juntos que entre la multitud, y hasta que en mi casa. ¿No lo comprendes?

-Yo no comprendo nada -dijo resuelta, decidida a conservar intacta su incompreensión-. Nada. Y menos aún -continuó cambiando de tono-, por qué no tomas *soma* cuando te vienen esas horribles ideas. Las olvidarías por completo, y en vez de creerte desgraciado estarías lleno de alegría. ¡Tan lleno de alegría!... -repitió, sonriendo a pesar de la inquietud que se asomaba a sus ojos, de un modo que quería ser pícaro y voluptuoso.

Miróla en silencio, frío y grave, intensamente. Al cabo de unos segundos, los ojos de Lenina miraron a otra parte: lanzó una risilla nerviosa; quiso decir algo y no supo qué. Se prolongó el silencio.

Cuando al fin habló Bernard, hízolo con un hilo de voz, lleno de cansancio.

-Bueno, volvámonos.

Y pisando a fondo el acelerador, lanzó su aparato de un salto hacia el cielo, y a mil

trecientos metros de altura puso en marcha la hélice propulsora. Durante un par de minutos volaron en silencio. Entonces Bernard rompió súbitamente a reír.

"Un poco forzado", pensó Lenina, pero al fin se reía.

-¿Se te pasa? -se arriesgó a preguntar.

Por toda respuesta, soltando una de las palancas de mando, rodeóla el talle y empezó a acariciarle los senos.

"¡Gracias a Ford! -pensó ella-, ¡ya está en sus cabales!"

Media hora más tarde entraban en casa de Bernard, quien se tragó de golpe cuatro tabletas de soma, abrió la radio y la televisión y empezó a desnudarse.

-Bueno -le preguntó a Lenina, con intencionada picardía, cuando volvieron a verse al siguiente día por la tarde en la azotea- ¿Qué te parece, nos divertimos mucho ayer?

Bernard asintió con un movimiento de cabeza. Subieron al avión. Una pequeña sacudida, y salieron.

-Todos me dicen que soy muy neumática -dijo Lenina reflexivamente, palmoteándose las piernas.

-Mucho.

Pero tenía una expresión dolorosa en los ojos.

"Como un pedazo de carne" -pensó.

Le miró con cierta ansiedad.

-¿No me encuentras un poco gordita?

Negó con la cabeza. "Como un pedazo de carne".

-¿Me encuentras bien?

Afirmación de igual género.

-¿En todo?

-Perfecta -dijo él en voz alta.

E interiormente:

"También se lo cree ella, y no le importa ser sólo un pedazo de carne".

Lenina sonrió triunfalmente. Pero su satisfacción era prematura.

-Así y todo -continuó él tras de una corta pausa -hubiese querido que lo nuestro terminara de otro modo.

-¿De otro modo? ¿Es que era posible otro modo...?

-Hubiese querido que no terminara acostándonos -especificó él. Lenina estaba asombrada.

-No tan aprisa, no el primer día.

-Bueno, ¿pero entonces qué...?

Le empezó a decir un montón de absurdos incomprensibles y peligrosos. Lenina hizo cuanto pudo por taparse los oídos de su alma; pero no podía remediar que de cuando en cuando una frase se obstinara en ser oída:

-...para probar el efecto producido al reprimir mis impulsos -oyóle decir.

Tales palabras parecieron apretar un resorte de su mente.

"Nunca dejéis para mañana el placer que podáis gozar hoy" -dijo con gravedad.

-Doscientas repeticiones, dos veces por semana, de los catorce a los dieciséis años y medio -fue todo el comentario de Bernard.

Y seguía divagando.

-Querría saber lo que es pasión -oyóle decir-. Quiero sentir algo fuertemente.

"Cuando el individuo siente, comunidad en peligro" -dijo Lenina.

-Bueno, ¿y por qué no puede peligrar un poco?

-¡Bernard!

Pero Bernard seguía tan fresco.

-Intelectualmente y durante las horas de trabajo, adultos -siguió. En cuanto a sentimientos y deseos, niños.

-Nuestro Ford amaba a los niños.

Haciéndose el desentendido:

Se me ocurrió súbitamente el otro día -siguió Bernard- que se podría ser adulto en todo.

-No te entiendo.

El tono de Lenina era firme.

-De sobra lo sé. Y por eso nos acostamos juntos ayer, como niños, en vez de ser adultos y esperar.

-Pero resultó muy divertido -insistió Lenina-. ¿No es cierto?

-¡Oh, divertidísimo! -respondió él; pero con voz tan sombría, con una expresión tan profundamente desgraciada, que Lenina sintió que de repente se evaporaba todo su triunfo. Quizá la hubiese encontrado demasiado gordita, a pesar de todo.

-Ya te lo dije -se limitó a responder Fanny a las confidencias de Lenina-. Es el alcohol de su sangre artificial.

-No me importa -insistió Lenina-. Me gusta. Sus manos son preciosas. Y el modo que tiene de mover los hombros, muy atractivo.

Suspiró.

-Pero querría que no fuese tan raro.

II

Deteniéndose un momento a la puerta del despacho del Director, hizo Bernard una aspiración profunda y sacó el pecho, preparándose a afrontar el desagrado y desaprobación que de seguro encontraría. Dio con los nudillos y entró.

-Vengo a pedirle que apruebe esta autorización -dijo con el tono más indiferente posible, y dejó el papel sobre la mesa.

El Director lanzó una mirada agria. Pero el papel llevaba el membrete de la Oficina del Inspector Mundial, y la firma de Mustafá Mond, franca y negra, al pie. Todo estaba en regla. El Director no tenía dónde cogerse. Puso con lápiz sus iniciales -dos letrillas pálidas, acurrucadas, al pie de Mustafá Mond- y ya iba a devolver el papel sin comentario alguno, cuando sus ojos se fijaron en algo del permiso.

-¿Para la Reserva de Nuevo Méjico? -dijo, y su tono, y el rostro que alzó hacia Bernard, mostraron inquietud y pasmo.

Sorprendido de su sorpresa, Bernard afirmó con un movimiento de cabeza. Siguió un silencio.

El Director se echó atrás en su silla, frunciendo el ceño.

-¿Cuánto tiempo hace ya? -dijo hablando consigo mismo más que con Bernard-. Veinte años, creo. Veinticinco, más bien. Debía de tener la edad de usted.

Suspiró y movió la cabeza.

Bernard sintióse muy molesto. ¡Un hombre que guardaba tanto las conveniencias, tan escrupulosamente correcto como el Director, cometer incongruencia semejante! Sintió deseos de taparse la cara, de salir corriendo del despacho. No porque viese nada de intrínsecamente reprobable en que las personas hablasen de su remoto pasado; eso era uno de tantos prejuicios hipnopédicos de los que (tal creía él) habíase librado. Lo que le asustaba era que sabía muy bien que el Director lo

desaprobaba, y que desaprobándolo y todo, había sido arrastrado a realizar lo prohibido. ¿Por qué fuerza interior? Aunque molesto, Bernard escuchaba con ávida curiosidad.

-Tuve su misma idea -decía el Director-. Quise ver a los salvajes. Conseguí una autorización para Nuevo Méjico, y fui a pasar allí mis vacaciones estivales. Con la chica que tenía por aquel entonces, una Beta Menos, y creo (cerró los ojos) que tenía el pelo rubio. De todas suertes, era neumática, particularmente neumática; de esto me acuerdo bien. Nos fuimos para allá, vimos a los salvajes, nos paseamos a caballo y todo lo demás. Y entonces -era casi el último día de mi permiso- entonces... ¡en fin! se perdió. Habíamos subido a caballo una de aquellas endiabladas montañas y hacía un calor horrible y pesado; tras la comida nos dormimos. Yo, al menos, me dormí. Ella debió de ir a dar una vuelta sola. Sea lo que quiera, cuando me desperté no estaba allí. Y la más horrorosa tormenta que he conocido comenzó a descargar sobre nosotros. Llovía a mares, tronaba, relampagueaba; y los caballos rompieron las bridas y escaparon; me caí, queriéndolos coger, y me hice daño en la rodilla, hasta el punto de que apenas podía andar. No obstante, busqué por todos lados, grité, volví a buscar. No encontré rastro de ella. Pensé entonces que se había vuelto a la hospedería. Me arrastré hacia el valle, por el mismo camino por donde habíamos venido. Dolfame terriblemente la rodilla, y había perdido mi *soma*. Tardé varias horas. No llegué a la hospedería hasta media noche. No estaba allí..., no estaba -repitió el Director.

Siguió un silencio.

-Bien -prosiguió al fin- a la mañana hice nuevas pesquisas. Pero no logramos encontrarla. Debía de haberse caído en un barranco, o de ser devorada por algún león de las montañas. ¡Ford lo sabe! Sea como quiera, fue algo horrible. Me dejó anonadado. Más de lo debido, sin duda. Porque, a fin de cuentas, es un accidente que le había podido ocurrir a cualquiera; y, además, el cuerpo social perdura aunque sus células componentes puedan cambiar. Pero esta consolación hipnopédica no me pareció muy eficaz.

Meneó la cabeza.

-Aún ahora, sueño a veces -siguió el Director, con voz más baja-, sueño que me despierto con los truenos y me encuentro con que ella no está, sueño que la busco una y otra vez entre los árboles.

Y cayó en el silencio de los recuerdos.

-Debí de causarle a usted una impresión terrible -dijo Bernard, casi con envidia. [®]

Al oír la voz, recordó el Director con sobresalto dónde estaba; lanzó a Bernard una mirada y, apartando los ojos enrojeció malhumorado; le miró otra vez, súbitamente desconfiado, celoso de su dignidad.

-No crea -dijo- que sostuviese con aquella chica relaciones indecorosas. Nada emocional, nada muy duradero. Todo perfectamente sano y normal.

Tendió a Bernard el permiso.

-Realmente, no sé por qué le he cansado con esta trivial anécdota.

Furioso consigo mismo por haber revelado un bochornoso secreto, echó su cólera sobre Bernard. El mirar de sus ojos era ahora francamente malévolo.

-Quiero aprovechar esta oportunidad, señor Marx -siguió-, para decirle que no estoy del todo satisfecho de los informes que recibo acerca de su conducta en las horas después del trabajo. Quizá diga usted que eso no me interesa. Pero sí me interesa, y mucho. Tengo que velar por el buen nombre del Centro. Es preciso que mis trabajadores estén a cubierto de cualquier censura, particularmente los de las castas superiores. Los Alfas están acondicionados de tal suerte, que no están obligados a ser infantiles en su conducta emotiva. Pero esto es una razón demés para que hagan un especial esfuerzo para adaptarse. Su deber es ser infantiles, aun contra su inclinación. Y así, señor Marx, se lo advierto por su bien.

La voz del Director vibraba con una indignación que habíase vuelto austera e impersonal, y era la expresión de la desaprobación de la Sociedad misma.

-Si me informan de nuevo de cualquier falta de usted en lo que se refiere a las normas de decoro infantil, pediré su traslado a un subcentro de Islandia. Buenos días.

Y dándose vuelta en su silla giratoria, cogió la pluma y se puso a escribir.

"Esto le servirá de lección", dijo para sí.

Mas se engañaba, pues Bernard salió del despacho lleno de triunfal orgullo, cerrando de golpe la puerta, pensando que él solo hacía frente a todo el orden de cosas establecido; exaltado por la embriagadora conciencia de su significación e importancia individual. La idea de la persecución no sólo le dejaba impávido, sino que obraba como un tónico más bien que como un deprimente. Sentíase lo suficientemente fuerte para afrontar y vencer a las calamidades; lo suficientemente fuerte para afrontar hasta a Islandia. Y esta confianza era tanto más fuerte, cuanto que no creía tener que afrontar nada. No se trasladaban tan fácilmente a las personas por motivos de esta índole. Islandia era sólo una amenaza. Una amenaza para estimularle y vivificarle. Iba silbando corredor adelante.

A la tarde hizo un relato heroico de su entrevista con el D.I.A.

"Tras lo cual -terminaba- le he dicho claramente que se fuese al Pasado Sin Fondo y me he salido del despacho. Y se acabó."

Miró expectativamente a Helmholtz Watson, esperando una recompensa de simpatía, ánimos, admiración. Pero ni una palabra. Helmholtz siguió sentado en silencio, mirando al suelo.

Quería a Bernard; le agradecía el ser el único hombre entre sus conocidos con quien se podía hablar de los temas que él creía importantes. Había, sin embargo, en Bernard cosas que le cargaban. La jactancia, por ejemplo. Y las explosiones de propia conmiseración con que alternaba. Y esa deplorable costumbre que tenía de ser valiente a *posteriori*, lleno -pasado el lance- de la más extraordinaria presencia de espíritu. Detestaba todo esto, precisamente porque quería a Bernard.

Pasaba el tiempo. Helmholtz seguía mirando al suelo. Y de repente Bernard se avergonzó y desvió su mirada.

III

El viaje efectuóse casi sin incidente. El Cohete Azul del Pacífico llegó a Nueva Orleans con dos minutos y medio de adelanto, perdió luego cuatro minutos a causa de un tornado sobre Tejas, pero encontró una corriente de aire favorable en los 95 grados de longitud Oeste, y pudo aterrizar en Santa Fe con menos de cuarenta segundos de retraso con la hora del horario.

-Cuarenta segundos en un vuelo de seis horas y media, no está mal -concedió Lenina.

Durmieron aquella noche en Santa Fe. El hotel era excelente, incomparablemente mejor pongo por caso, que aquel horrible Aurora Boreal Palace que Lenina había padecido el verano último. Aire líquido, televisión, vibromasaje por el vacío, radio, cafeína en infusión, preservativos calientes y perfumes de ocho diversas clases estaban instalados en cada habitación. El aparato de música sintética se hallaba funcionando en el momento en que entraban en el *hall*, y no dejaba nada que desear. Un anuncio en el ascensor advertía que había en el hotel sesenta canchas de Pelota-Escalator a raqueta, y que el golf con obstáculos y electromagnético podían jugarse en el parque.

-¡Pero esto es sencillamente magnífico! -exclamó Lenina-. Casi querría que pudiésemos quedarnos aquí. ¡Sesenta canchas de Pelota-Escalator!...

-No las habrá en la Reserva -díjole Bernard, a guisa de advertencia-. Ni perfumes, ni televisión, ni siquiera agua caliente. Si crees que no lo podrás soportar, quédate aquí hasta mi vuelta.

Lenina casi se ofendió.

-Claro es que puedo soportarlo. Si he dicho que esto era muy agradable, ha sido porque... bueno, porque el progreso es muy agradable, ¿no es así?

-Quinientas repeticiones, una vez por semana, desde los trece a los dieciséis años -dijo cansado Bernard, como si hablase consigo mismo.

-¿Qué dices?

-Digo que el progreso es muy agradable. Y precisamente por eso no debes ir a la Reserva si no tienes muchas ganas.

-Pero si las tengo...

-Muy bien, entonces -dijo Bernard; y parecía casi una amenaza.

Su permiso debía ser refrendado por el encargado de la Reserva, en cuya oficina se presentaron a la mañana siguiente. Un ujier negro, Epsilon-Más, pasó la tarjeta de Bernard, quien fue recibido casi inmediatamente.

El encargado era un rubio y branquicéfalo Alfa-Menos, bajo, colorado, de cara redonda y anchas espaldas, con una voz fuerte y sonora muy a propósito para la repetición de máximas hipnopédicas. Era una cantera de informes inútiles y de buenos consejos no pedidos. En cuanto se arrancaba, seguía y seguía con su voz tonante.

...quinientos sesenta mil kilómetros cuadrados, divididos en cuatro subreservas, rodeadas cada una de una tela metálica, por la que circula corriente eléctrica de alta tensión...

En este momento, y sin aparente razón, de repente se acordó Bernard de que había dejado abierto el grifo del agua de Colonia de su cuarto de baño.

-... de alta tensión, procedente de la estación hidroeléctrica del Gran Cañón.

"Me costará una fortuna de aquí a que vuelva."

Con los ojos del alma veía Bernard la aguja del contador de perfume dar vueltas y vueltas en la esfera, como una hormiga, infatigablemente.

"Telefonaré, urgente, a Helmholtz Watson."

-...más cinco mil kilómetros de tela metálica a sesenta mil voltios.

-¿De veras? -dijo Lenina atentamente, no sabiendo ni por asomo lo que el encargado había dicho, pero amoldando su respuesta a su teatral pausa.

Cuando el encargado se puso a perorar con voz tonante, tomó discretamente medio gramo de *soma*, a resultas de lo cual podía estar allí, serena, sin oír ni pensar en nada, pero con sus grandes ojos azules fijos en el rostro del encargado con una expresión de profunda atención.

-Tocar la cerca es la muerte instantánea -dijo solemnemente el encargado-. No hay quien se escape de una Reserva de Salvajes.

La palabra "escape" era una evocación.

-Quizá -dijo Bernard, medio levantándose- convendría pensar en despedimos.

La manecilla negra corría como un insecto, royendo el tiempo, royendo su dinero.

-No hay quien se escape -repitió el encargado, haciéndole sentar de nuevo con un ademán de su mano; y como el permiso no está aún contrasignado, no tuvo Bernard otro remedio que obedecer.

-Los que nacen en la Reserva, no lo olvide, señorita -añadió mirando lubricamente a Lenina, y con un incorrecto cuchicheo- no olvide que en la Reserva *nacen* aún hoy los niños, aunque parezca absurdo e irritante...

Esperaba que su alusión a tema tan escabroso haría ruborizar a Lenina; pero ella sonrió sólo con una simulada comprensión y dijo:

-¿De veras?

Decepcionado el hombre, repitió:

-Los que nacen, digo, en la Reserva están destinados a morir allí.

"Destinados a morir allí... Un decilitro de agua de Colonia por minuto. Seis litros por hora".

-Quizá -probó Bernard de nuevo- convendría...

Echándose hacia adelante, golpeó el Encargado la mesa con su índice.

-Me preguntarán ustedes cuánta gente vive en la Reserva. Y les respondo -triumfalmente-, y les respondo que no lo sabemos. No es posible hacer un cálculo exacto.

-¿De veras?

-De veras, señorita.

Seis veces veinticuatro...no, más aproximado seis veces treinta y seis. Bernard estaba pálido y tembloroso de impaciencia. Pero el bramido continuaba inexorable.

-...unos sesenta mil indios y mestizos... absolutamente salvajes... Nuestros inspectores los visitan de tiempo en tiempo... Aparte de esto, ninguna otra comunicación tienen con el mundo civilizado... Conservan aún sus repulsivos usos y costumbres... El matrimonio, si usted sabe lo que esto significa, señorita: la familia... Nada de acondicionamiento... monstruosas supersticiones... Cristianismo, totemismo, culto de los antepasados... Lenguas muertas como el zuñi, el español, el athapascán... pumas, puerco-espines y otros animales feroces... enfermedades contagiosas... Sacerdotes... Lagartos venenosos...

-¿De veras?

Habían logrado escapar al fin. Bernard lanzóse sobre el teléfono. Aprisa, aprisa; pero necesitó casi tres minutos para comunicar con Helmholtz Watson.

-¡Parece que estamos ya entre los salvajes! -lamentóse-. ¡Qué incompetencia!

-Toma un gramo de *soma* -sugirió Lenina.

Rehusó, prefiriendo su cólera. Por fin, gracias a Ford, se pudo entender; sí, era Helmholtz; Helmholtz, a quien le explicó lo que le había ocurrido y que prometió ir en seguida a su casa y cerrar la llave, y que aprovechó la ocasión para contarle que el D.I.A. había dicho en público, la noche anterior...

-¿Qué? ¿Busca otro para reemplazarme? -la voz de Bernard era angustiada-. Así, pues, ¿es cosa hecha? ¿Dijo algo de Islandia? ¿Sí? ¡Ford! ¡Islandia!...

Colgó el auricular y volvióse hacia Lenina. Estaba pálido y completamente abatido.

-¿Qué te pasa? -pregunto ella.

-¿Que qué me pasa? -dejóse caer pesadamente en una silla-. Que me van a enviar a Islandia.

A menudo se había preguntado en el pasado qué experimentaría si se viese sometido (sin *soma* y sin nada más que sus recuerdos interiores) a una dura prueba, una pena, una persecución; y hasta había deseado que le acaeciera. Una semana antes, en el despacho del Director, se había

imaginado resistiendo con valor, aceptando estoicamente el sufrimiento sin una palabra. Las amenazas del Director le habían exaltado y dándole la idea de ser más fuerte que los acontecimientos. Pero era, lo comprendía ahora, porque no las había tomado en serio; y no creyó que, llegado el caso, hiciera nada el D.I.A. Ahora que veía que eran reales las amenazas y que iban a cumplirse, Bernard sintióse anonadado. De su imaginado estoicismo, de su teórico valor no quedaba ni rastro.

Se indignó contra sí mismo -¡qué imbécil había sido!- con el Director -¡qué injusto era al no darle otra ocasión, alguna otra ocasión a la que, según ahora le parecía innegable, había siempre tenido intención de asirse!- Y nada menos Islandia, Islandia...

Lenina movió la cabeza.

-Fui y seré me ponen triste -recitó ella-; tomo un gramo y sólo soy.

Al fin, convencióle de que ingiriere cuatro tabletas de *soma*. Cinco minutos después, raíces y frutos fueron suprimidos; la flor del presente abría, color de rosa. Un aviso traído por el ujier anuncióles que, por orden del Encargado, un Guardia de la Reserva les esperaba con un avión en la azotea. Un ochavón de uniforme verde-Gamma les saludó y explicóles el programa para la mañana.

Una ojeada a vista de pájaro de diez o doce de los principales pueblos, aterrizaje para comer en el valle de malpaís. La hospedería era confortable y allá arriba, en el pueblo, los salvajes estarían probablemente a punto de celebrar su fiesta estival. Sería, pues, el mejor sitio donde pasar la noche.

Ocuparon sus puestos en el avión y partieron. Diez minutos después cruzaban la frontera que separaba la civilización de lo salvaje. Por montes y por llanos, a través de desiertos de sal o de arena, por entre bosques, por el fondo violáceo de los cañones, franqueando precipicios, picos y mesas, la cerca seguía irresistiblemente en línea recta, geométrico símbolo de la triunfante voluntad humana. A su pie, aquí y allá, un mosaico de blancas osamentas, un esqueleto aún no mondado, sombrío sobre la tierra leonada, señalaba el sitio donde el venado, o el toro, puma, puerco-espín o coyote, o bien los enormes y glotones buharros, que volaron bajos atraídos por el hedor de la carroña, fueron fulminados -se diría que por una poética justicia- al tocar los destructores alambres.

-Ni aprenden -dijo el piloto del uniforme verde señalando los huesos bajo ellos- ni aprenderán... -agregó riendo, como si en cierto modo se apuntara un tanto por cada animal electrocutado.

Bernard se echó a reír también; tras dos gramos de *soma* le parecía bien la gracia, sin saber por qué. Echóse a reír y, casi inmediatamente, se durmió, y dormido, pasó volando sobre Taos y Tesuco; sobre Namba. Picores y Pojoaque, Sía y Cochiti, sobre Laguna y Acoma y la Mesa Encantada, sobre Zuño y Cibola y Ojo Caliente, despertándose, por fin, y hallando que el aparato había aterrizado ya y que Lenina llevaba las maletas a una casita cuadrada y el ochavón verde-Gamma hablaba incomprensiblemente con un joven indio.

-Malpaís -explicó el piloto mientras Bernard bajaba-. Esa es la hospedería, y hay danza por la tarde en el pueblo. Este os guiará -y señaló con el dedo al adusto joven-. Creo que tendrá gracia -rió con una mueca-. Todo cuanto hacen tienen gracia -subióse al avión y puso en marcha los motores-. Mañana volveré. Y no lo olviden -agregó con tono tranquilizador dirigiéndose a Lenina-, son inofensivos por completo; los salvajes no le harán nada. Conocen demasiado bien las bombas de

gases para comprender que no hay que andar con bromas.

Sin cesar de reír, embragó las hélices del helicóptero, aceleró y partió.

CAPITULO VII

Semejaba la mesa un barco detenido por una calma en un estrecho de polvo leonado. Serpenteaba el canal entre cantiles; y descendiendo de una de las murallas hacia la otra, a través del valle, corría una línea verde: el río y las tierras de sus orillas. En la proa de este barco de piedra, en medio del estrecho y pareciendo formar parte de él, como un crestón de forma geométrica, se alzaba el pueblo de Malpaís. Bloque sobre bloque, cada piso más pequeño que el de abajo, las altas casas parecían escalonadas y truncadas pirámides recortándose en el cielo azul. A su pie se apiñaba un revoltijo de construcciones bajas, una maraña de tapias; y, por tres lados, precipicios cortados a pico sobre la llanura. Algunas columnas de humo subían verticalmente por el aire inmóvil y perdíanse.

-Extraño -dijo Lenina-, muy extraño -tal era su habitual palabra de condenación-. No me gusta. Y este hombre tampoco -y señalaba con el dedo al guía indio designado para llevarlos al pueblo.

Tal sentimiento era evidentemente correspondido; hasta la espalda del hombre, mientras caminaba ante ellos, era hostil, sombríamente desdefiosa.

-Además -bajó la voz-, hiede.

De repente, pareció como si el aire se hubiese vuelto vivo y se hubiese puesto a latir, a latir con la infatigable pulsación de la sangre. Allá arriba, en Malpaís, redoblaban los tambores. Sus pies siguieron el ritmo de aquel misterioso corazón; aceleraron el paso. La senda que seguían llevóles al pie del precipicio. Los bordes del barco formado por la gran mesa erguíanse cual torres: casi cien metros de alto.

-Me gustaría haber podido traer el avión -dijo Lenina, mirando con enfado la desnuda muralla de rocas-. Me carga andar. ¡Y se siente uno tan chico cuando está al pie de una montaña!

Caminaron durante algún tiempo a la sombra de la mesa, rodearon luego un espolón, y en la otra ladera de un barranco cavado por las aguas vieron la subida. Subieron. Era un sendero escalonado que serpentaba de un lado a otro del barranco. A veces el redoblar de los tambores se hacía casi imperceptible, otras parecía estuviere tras la primera revuelta.

Cuando estaban a la mitad de la subida, un águila pasó tan cerca de ellos que el aire de sus alas azotóles el rostro con un soplo fresco. En una quiebra de la roca yacía un montón de osamentas. Todo era absurdamente opresivo y el indio hedía cada vez más. Salieron por fin del barranco al sol. El remate de la mesa era una pétrea cubierta de barco.

-Como la Torre de Caring-T -comentó Lenina.

Pero no pudo gozar mucho del descubrimiento de tan tranquilizador parecido. Un ruido de quedos pasos les hizo volverse. Desnudos hasta el ombligo, sus cuerpos morenos obscuro pintados a rayas blancas (como el asfalto de las pistas de tenis, explicaba más tarde Lenina), deshumanizado el rostro por arabescos escarlatas, negros y ocre, dos indios venían corriendo por

el sendero. Su negro pelo estaba trenzado con piel de zorro y franela roja. Un manto de plumas de pavo flotaban sobre sus hombros, altas diademas también de plumas brillaban alegremente alrededor de sus cabezas. A cada paso que daban tintineaban sus brazaletes argénteos y sus pesados collares de hueso y cuentas de turquesa. Se acercaban sin decir palabra, corriendo quedamente con sus mocasines de piel de gamo. Uno llevaba un plumero; el otro, en ambas manos, algo que mirado a distancia parecía como tres o cuatro cabos de cuerda gruesa. Una de las cuerdas se retorció inquieta, y súbitamente vio Lenina que eran serpientes.

Se acercaban cada vez más; miráronles sus sombríos ojos, pero sin hacer un signo de reconocimiento, ni la menor señal de haberlos visto o de haberse dado cuenta de su existencia. La inquieta serpiente colgaba ahora, fofa, cual las demás, los dos hombres siguieron adelante.

-No me gusta -dijo Lenina-. No me gusta ni pizca.

Menos le gustó aún lo que les esperaba a la entrada del pueblo, donde les dejó el guía mientras iba en busca de instrucciones. La suciedad, lo primero; las pilas de basura, el polvo, los perros, las moscas. Su rostro se crispó en una mueca de disgusto. Llevóse el pañuelo a la nariz.

-Pero, ¿cómo pueden vivir así? -estalló con voz de indignada incredulidad- No es posible.

Bernard se encogió de hombros filosóficamente.

-Sea como quiera -dijo, llevan haciéndolo cinco a seis mil años. Creo, pues, que ya deben estar acostumbrados.

-Pero si "A falta de fornicidad, lo mejor es curiosidad" -insistió ella.

-Sí, y "La civilización es la esterilización" -replicó Bernard, terminando en tono irónico la segunda lección hipnopédica de higiene elemental-. Pero esta gente no ha oído nunca hablar de Nuestro Ford, y no están civilizados. De forma que es inútil que...

-¡Oh! -ella se aferró a su brazo-. Mira.

Un indio casi desnudo bajaba lentamente desde la terraza del primer piso de una casa vecina -peldaño tras peldaño-, con el trémulo cuidado de la avanzada edad. Su rostro estaba profundamente surcado de arrugas y tan negro cual una máscara de obsidiana. Tenía sumida la desdentada boca. En las comisuras de los labios y a ambos lados de la barbilla crecían unos cuantos pelos cerdosos, casi blancos sobre la oscura piel. El largo pelo destrenzado le caía en grises mechones. Tenía el cuerpo encorvado, y tan escuálido que parecía no tener carne sobre los huesos. Bajaba muy despacio, deteniéndose en cada escalón antes de aventurarse a bajar otro.

-¿Qué le pasa? -susurró Lenina. Tenía los ojos desorbitados de pánico y horror.

-Es que es viejo, nada más -respondió Bernard tan indiferente como pudo.

Estaba confuso también; pero hizo un esfuerzo para parecer impávido.

-¿Viejo? -repitió ella-. Pero también el Director es viejo; hay muchas personas viejas, pero no como éste.

-Es porque no les dejamos ser como éste. Les protegemos de las enfermedades. Mantenemos artificialmente sus secreciones internas en un juvenil equilibrio. No dejamos descender la cantidad de su magnesio y su calcio por debajo de la que tenían a los treinta años. Les transfundimos sangre joven. Mantenemos su metabolismo permanentemente estimulado. Por eso no son como éste. Y también -agregó- porque la mayoría de ellos mueren mucho antes de alcanzar la edad de este viejo. Juventud casi intacta hasta los sesenta, y entonces, ¡zas!, se acabó.

Pero Lenina no le escuchaba. Miraba al viejo. Despacio, despacio, bajaba. Sus pies tocaron la tierra. Volvióse. Hundidos en sus profundas órbitas, lucían aún los ojos extraordinariamente brillantes. Posólos en ella inexpresivamente, sin sorpresa, como si ella no hubiese estado allí. Después, lentamente, encorvado, el viejo, pian pianito, pasó por delante de ellos y se fue.

-¡Pero esto es horrible -cuchicheó Lenina-, espantoso! No debíamos haber venido.

Buscó su *soma* en el bolsillo; pero por un olvido sin precedentes había dejado el tubo en la hospedería. Bernard tenía también vacíos los bolsillos.

No le quedaba a Lenina otro remedio que afrontar sin ayuda alguna los horrores de malpaís. Cayeron súbitos y en tropel sobre ella. La vista de dos mujeres jóvenes dando el pecho a sus niños la hizo ruborizarse y volver la cara. Nunca había visto en su vida cosa tan indecente. Y lo que la puso peor fue que, en vez de hacerse el desentendido, Bernard se puso a hacer comentarios sobre aquella repugnante escena vivípara. Avergonzado, ahora que los efectos del *soma* habían desaparecido, de la flaqueza que había mostrado por la mañana en el hotel, se violentaba para aparecer fuerte y heterodoxo.

-¡Qué relaciones maravillosamente íntimas! -dijo, deliberadamente procaz-. ¡Y qué intensidad de sentimiento debe de producir! A menudo pienso que quizá nos haya faltado algo por no haber tenido madre. Y quizá también te haya faltado algo por no ser madre, Lenina. Imagínate a ti misma ahí sentada con un nene tuyo...

-¡Pero, Bernard! ¿Cómo te atreves...?

El paso de una vieja con una enfermedad cutánea, desvió su indignación.

-Vámonos -suplicó-. No me gusta.

Pero en aquel momento volvió el guía, y haciéndoles seña de que le siguieran, llevólos por la estrecha calle entre las casas. Doblaron una esquina. Un perro muerto yacía en un montón de inmundicias; una mujer con bocio despiojaba a una niña. Detúvose el guía al pie de la escalera, alzó en alto su mano y extendióla después horizontalmente hacia adelante. Hicieron lo que les mandaba, en silencio. Treparon escalera arriba, y pasada la puerta a que daba acceso, entraron en una habitación larga y estrecha, bastante oscura y que olía a humo, a sebo quemado y a ropa que se ha llevado mucho tiempo sin lavar. Al otro extremo del cuarto se abría otra puerta, por la que penetraban un rayo de sol y el redoblar, recio y próximo, de los tambores.

Atravesaron el umbral y se encontraron en una amplia terraza. Debajo de ellos, encuadrada por las altas casas, se extendía la plaza del pueblo llena de indios. Mantas de colores vivos, plumas en los negros cabellos, reflejos de turquesa y pieles atezadas que brillaban de sudor. Lenina se llevó otra vez el pañuelo a la nariz. En el espacio libre del centro de la plaza veíanse dos

plataformas circulares de adobes y barro apisonado, azoteas, según todas las trazas, de habitaciones subterráneas; pues en el centro de cada plataforma había una especie de escotilla con una escalerilla que parecía surgir de las profundidades. Escuchóse la música de una flauta casi perdida entre el redoble persistente, regular, implacable de los tambores.

Gustáronle éstos a Lenina. Cerrando los ojos, se entregó a su grave y reiterado redoblar, y dejó que se invadiera cada vez más por completo su ser, hasta que ya no quedó en el mundo para ella sino aquella profunda pulsación sonora. Recordábale tranquilizadamente los sonos sintéticos de los Oficios de Solidaridad en las fiestas del Día de Ford. "Orgía Latria", murmuró. Aquellos tambores redoblaban con igual ritmo.

Hubo una súbita explosión de canto que la hizo estremecer: cientos de voces masculinas gritando briosamente en ronco, metálico unísono. Algunas notas sostenidas y el silencio, el resonante silencio de los tambores; luego, penetrante, como un grito agudo, la respuesta de las mujeres. Otra vez los tambores; y de nuevo los varones, con la salvaje afirmación de su hombría.

Sí, muy extraño. Extraño era el lugar: también lo era la música y los trajes; las paperas, las enfermedades de la piel, los viejos. Pero en cuanto al espectáculo mismo, no le parecía que tuviese nada de particularmente extraño.

-Me recuerda los cantos en común de las castas inferiores.

Pero un poco más tarde ya le recordó bastante menos la inocente ceremonia. Pues de repente había surgido, en racimos, de las redondas cámaras subterráneas, una espantable colección de monstruos. Horriblemente enmascarados, o pintarrajeados sin semejanza alguna humana, comenzaron a bailar alrededor de la plaza una extraña danza, golpeando el suelo con los pies; daban vueltas y más vueltas alrededor de la plaza cantando sin dejar de andar; vueltas y más vueltas, cada vez más aprisa; y los tambores habían cambiado y acelerado su ritmo, tanto que semejaba el latido de la fiebre en las orejas; y la multitud se había puesto a corear a los danzantes, cada vez más fuerte; y, la primera, una mujer, dio un alarido; después otra, y otra, como si las estuviesen matando; y entonces, súbitamente, el director de la danza se separó del corro y corrió a una gran caja de madera que estaba en un extremo de la plaza, levantó la tapa y sacó fuera un par de serpientes negras. Un aullido brotó de la multitud, y los demás danzantes corrieron hacia él con las manos extendidas. Arrojó las serpientes a los primeros que llegaron, y volvió a buscar más en la caja. Más y más serpientes negras, y pardas y moteadas, sacólas y lanzólas fuera. Y entonces la danza comenzó con ritmo diferente. Vueltas y vueltas, con sus serpientes, serpentinamente, con un suave movimiento ondulante de rodillas y caderas. Vueltas y más vueltas. Hizo luego el guía una señal y, una tras otra, todas las sierpes fueron lanzadas a tierra en medio de la plaza; salió un viejo del subterráneo y espolvoreólas de harina de maíz; después, apareció una mujer por otra escotilla y las roció con agua de una jarra negra. Levantó luego el viejo su mano y, simultánea, horripilantemente, hizo un completo silencio. Cesaron de sonar los tambores; la vida parecía haber llegado a su fin. Señaló el viejo las dos escotillas que daban entrada al mundo inferior. Y lentamente, alzada de lo profundo por invisibles manos, surgió de una de ellas la pintada imagen de un águila, y de la otra la de un hombre desnudo, clavado en una cruz. Allí quedaron, sosteniéndose aparentemente ellas mismas, como si vigilaran. Dio el viejo una palmada. Desnudo, con sólo un breve taparrabos de algodón, un muchacho de unos dieciocho años salió de la turba y paróse ante él, cruzados los brazos, baja la cabeza. El viejo hizo sobre él el signo de la cruz y se alejó. Lentamente empezó el chico a dar vueltas en torno al montón de serpientes que se retorció. Cuando había terminado la primera y comenzaba la segunda, salió de entre los danzantes un hombre alto, con una máscara de coyote y, llevando en

su mano un rebenque de cuero trenzado, avanzó hacia el muchacho. Siguió éste andando como si no le hubiese visto. El hombre-coyote alzó el rebenque; sucedió un largo momento de espera, después un rápido movimiento, el silbido del látigo y su golpe sonoro y seco en la carne. El cuerpo del chico se estremeció, pero no exhaló una queja y continuó andando con su paso lento y acompasado. Golpeó el coyote una vez y otra, y a cada zurriagazo, alzábase de la multitud primero un suspiro, después un hondo gemido. El muchacho seguía andando. Dos, tres, cuatro veces dio la vuelta. La sangre corría sobre sus carnes. Cinco, seis vueltas. De pronto, Lenina se cubrió la cara con las manos y rompió en sollozos.

-¡Deténlos, deténlos! -imploró.

Pero el látigo caía y caía inexorablemente. Siete vueltas. Entonces, de repente, el muchacho se tambaleó y, sin una queja, cayó hacia adelante. El viejo, inclinándose sobre él, tocóle la espalda con una gran pluma blanca, alzóla un instante, roja, para que la multitud la viese, y sacudióla tres veces sobre las serpientes. Cayeron algunas gotas y, de pronto, los tambores redoblaron de nuevo un espanto de notas precipitadas; alzóse un gran clamor. Los danzantes echáronse hacia adelante, recogieron las serpientes y huyeron de la plaza. Hombres, mujeres, niños, la muchedumbre entera corrió tras ellos. Un minuto después la plaza estaba vacía. Sólo quedaba el muchacho, tendido boca abajo en el sitio donde cayera, completamente inmóvil. Salieron tres viejas de una de las casas, le levantaron con dificultad y metieronle dentro. El águila y el crucificado estuvieron un poco tiempo como dando guardia al pueblo vacío; después, como si ya hubiesen visto bastante, se hundieron poco a poco en sus escotillas, en el mundo inferior.

Lenina sollozaba.

-¡Qué horrible! -repetía sin cesar, y eran vanos todos los consuelos de Bernard-. ¡Qué horrible! ¡Esa sangre! -Se estremeció-. ¡Qué falta me hace mi *soma*!

Oyóse ruido de pasos en la habitación interior.

Lenina no se movió; continuó sentada, aparte, con la cabeza hundida entre las manos, sin ver nada. Solamente Bernard se volvió.

El traje del joven que salía entonces a la terraza era el de un indio; pero los trenzados cabellos de éste eran de color pajizo, sus ojos azul pálido, y su tez era una tez blanca, bronceada.

-¡Hola! Buenos Días -dijo el extranjero en un inglés correcto, más extraño-. Sois civilizados, ¿verdad? ¿Venís de allá lejos, del otro lado de la Reserva?

-¿Qué es esto, ¡oh, Ford!? -comenzó a decir Bernard, atónito.

El joven suspiró y movió la cabeza:

-Un hombre muy desgraciado. -Y señalando las manchas de sangre en el centro de la plaza-: ¿Veis esta "maldita mancha"? -preguntó con voz trémula de emoción.

-"Vale más un gramo que proclamar un daño" -dijo mecánicamente Lenina, sin apartar las manos de su rostro-. ¡Qué falta me hace mi *soma*!

-Era yo quien debió salir -continuó el joven-. ¿Por qué no me han querido para el sacrificio? Hubiese dado diez, doce, quince vueltas. Palowhtiwa no ha podido pasar de las siete. Podrían haber tenido el doble de sangre conmigo. "Teñir de púrpura los mares tumultuosos." ¹

-Tendió los brazos en un amplio ademán; después, desesperado, dejólos caer-. Pero no me han dejado. "Les desagradaba por mi tez". ² Siempre ha sido igual, siempre.

Brotaban lágrimas de los ojos del joven; se sintió avergonzado y volvióse de espaldas.

El asombro hizo olvidar a Lenina la falta de *soma*. Descubrió su cara y miró por vez primera al extranjero.

-Pero, ¿es posible que *quiera* usted que lo azoten?

Sin mirarla, hizo el joven un signo afirmativo.

-Por el beneficio del pueblo, para que llueva y crezcan los trigos. Y para complacer a Pukong y a Jesús. Y para demostrar además que soy capaz de sufrir el dolor sin quejarme. Sí -y su voz tomó una resonancia nueva; volvióse, sacó el pecho y levantó orgulloso la quijada, con aire de desafío para probar que soy un hombre... ¡Oh!

Suspiró y quedóse luego callado, con los ojos muy abiertos. Veía por primera vez en su vida el rostro de una muchacha cuyas mejillas no fuesen de color chocolate o de piel de perro, cuyo pelo fuese castaño y ondulado y cuya expresión (¡pasmosa novedad!) mostraba benévolo interés. Lenina sonreía. "¡Qué chico más guapo! -pensaba- ¡Es un real mozo!" La sangre afluyó al rostro del joven; alzó los ojos un momento, y al ver que le seguía sonriendo, conmovióse de tal forma, que tuvo que volverse y hacer que miraba con atención algo situado al otro lado de la plaza.

Las preguntas de Bernard le sacaron de apuros. ¿Quién? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿De dónde?

Los ojos fijos en Bernard (pues tan loco deseo sentía de ver sonriendo a Lenina, que no osaba mirarla), el joven procuró explicarse.

Linda y él -Linda era su madre (esta palabra puso en un apuro a Lenina)-, eran forasteros en la Reserva. Linda había venido de Allá Lejos, antes de nacer él, con un hombre que era su padre. (Bernard fue todo oídos.) Paseando a pie por las montañas, hacia el Norte, cayóse por un barranco e hirióse la cabeza.

-¡Siga, siga! -dijo Bernard nerviosamente.

Algunos cazadores de Malpaís habíanla hallado y conducido al pueblo. En cuanto al hombre que era su padre, Linda no le había vuelto a ver más. Su nombre era Tomakin (Sí, el D.I.A. se llamaba Thomas). Debía de haberse marchado allá lejos, sin ella, hombre mezquino, malo, desnaturalizado.

-Y así, nací yo en Malpaís -terminó. En Malpaís -dijo, meneando la cabeza.

1 The multitudinous seas incarnadine. (Macbeth, II, 2).

2 Mislike me not for my complexion. (Merchant of Venice, II, 1).

¡Qué sucia era aquella casucha en las afueras del pueblo!

Un espacio lleno de polvo y de basuras separábala de él. Dos perros famélicos hociqueaban de un modo repugnante las inmundicias junto a la puerta. Olfía mal cuando entraron, y en la penumbra zumbaba el vuelo de las moscas.

-¡Linda! -llamó el joven.

En la habitación interior, contestó una voz femenina algo ronca:

-Ya voy.

Esperaron. Esparcidos por el suelo, en cacharros, restos de la comida, de varias comidas quizá.

Se abrió la puerta. Una maciza y corpulenta india rubia atravesó el umbral y se detuvo mirando a los forasteros, pasmada, incrédula boquiabierta. Lenina observó con disgusto que le faltaban los dientes. Y el color de los que le quedaban... Se estremeció. Era aún peor que el viejo. Tan gorda. Y todos los rasgos de su cara fofos, con bolsas y arrugas. Y las mejillas ajadas, cubiertas de manchas rojizas. Y las rojas venas de su nariz y los ojos enramados. Y su cuello, ¡qué cuello!; y el trapo que le cubría la cabeza hecho jirones y pringoso. Y bajo la parda túnica en forma de saco, aquellos enormes senos, el abultado vientre, las caderas. ¡Mucho peor que el viejo! ¡Mucho peor! Y de repente aquella criatura rompió a hablar, corrió hacia ella con los brazos abiertos, y, ¡oh, Ford!, ¡oh Ford!, aquello era insufrible, un momento más y se desmayaba, estrechóla contra aquel vientre, contra aquellos pechos y empezó a besarla. ¡Ford!, a besarla, babeándola; hedía terriblemente, desde luego que nunca se había bañado, y olía que apestaba a aquel terrible líquido que se ponía en los envases de los Deltas y Epsilones (¡no, no era cierto lo que se contaba de Bernard!); olía, sin duda alguna, a alcohol. Se zafó en cuanto pudo.

Se encontró cara a cara con ella; su hinchado rostro estaba lleno de lágrimas.

-¡Ay, amiga mía! -corría entre sollozos el torrente de palabras-. ¡Si supieses cuán contenta estoy, después de tantos años! Ver caras civilizadas. Sí, y trajes civilizados. Pensé no volvería a ver ya más un trozo de auténtica seda al acetato.

Tocó con sus dedos la manga de la blusa de Lenina. Tenía las uñas de luto.

-¡Y esta monería de pantalones de pana de viscosa! Todavía guardo, amiga mía, en un cofre, los vestidos con que vine aquí. Ya se los enseñaré después. Aunque naturalmente, el acetato está hecho jirones. ¡Y mi cartuchera blanca es tan bonita!; pero, la verdad, la suya de taflete verde lo es más aún. Y no me sirvió de mucho la tal cartuchera.

Sus lágrimas corrieron de nuevo.

-Supongo que John les habrá contado. ¡Y lo que he sufrido, y sin un gramo de *soma*! Sólo un trago de *mescal*, cuando Popé, un chico que conocí hace tiempo, me lo traía. Pero hace daño después, y el *peyotl* produce mareos; y además, lo que es peor, el sentimiento de vergüenza que os queda al día siguiente. ¡Y yo estaba tan avergonzada! Imagínese: ¡yo, una Beta, tener un niño!; póngase en mi lugar. (De pensarlo sólo, Lenina se estremeció.) Y no fue culpa mía, se lo juro; no sé cómo pudo ocurrir, pues hice siempre todos los ejercicios malthusianos, que ya saben ustedes,

tiempos: uno, dos, tres, cuatro; lo juro; pero con todo, sucedió, y aquí no había en ningún sitio un Centro de Abortamiento. Entre paréntesis, ¿sigue aún en Chelsea el que había? -preguntó.

Lenina hizo con la cabeza un signo afirmativo.

-¿Continúa iluminándose con reflectores los martes y los viernes?

Lenina afirmó de nuevo.

-¡Qué encantadora torre de cristal rosa!

La pobre Linda alzó su cara con los ojos cerrados, y contempló estática la radiante imagen de su recuerdo.

-Y el río, por la noche... -murmuró.

Gruesos lagrimones pasaron a través de sus cerrados párpados.

-Y la vuelta, en avión, de Stoke Poges, al atardecer. Y luego un baño cálido y un vibromasaje por el vacío... Pero...

Aspiró profundamente, meneó la cabeza, abrió los ojos, sorbióse un par de veces los mocos, sonóse con los dedos que limpió después en su traje.

-¡Dispénseme! -dijo, viendo el involuntario gesto de desagrado de Lenina-. Hice mal en hacerlo. Dispénseme. Pero ¿cómo arreglárselas si no hay pañuelos? ¡Lo que he sufrido al principio con esta suciedad, con esta falta de asepsia! Tenía una terrible brecha en la cabeza cuando me trajeron aquí. No pueden ustedes imaginarse lo que me pusieron en ella. Sebo, ni más ni menos, sebo. "La Civilización es la Esterilización", solía decirles, e "Id en mi estreptococo alado hasta Bambury-T, para ver mi cuarto de baño niquelado con su W.C", como si fueran niños. Pero, naturalmente, no me entendían. ¿Cómo iban a entenderme? Y al fin me acostumbré, creo. Además, ¿cómo se puede estar limpio sin una instalación de agua caliente? Miren estos vestidos. Esta basta lana no es acetato. ¡Y cuánto dura, cuánto! Y si se rompe hay que arreglarla. Pero yo soy una Beta; trabajaba en la Sala de Fecundación; nadie me había enseñado nada de esto. No era asunto mío. Además, no estaba bien arreglar la ropa. "Tíradlos cuando están rotos y comprad otros nuevos." "Cuando más remiendo, más pobre me encuentro". ¿No es así? Remendar es anti-social. Pero todo es diferente aquí. Es como vivir entre locos. No hacen más que locuras.

Miró alrededor; vio que John y Bernard habíanlas dejado y paseaban arriba y abajo ante la casa, entre el polvo y las inmundicias. Después, en voz no menos confidencial, inclinándose, en tanto que Lenina se erguía y se echaba atrás, tan cerca que su desagradable aliento de veneno para embriones movía los cabellos sobre las mejillas de la joven, murmuró roncamente:

-Por ejemplo, ved las relaciones aquí. Locuras, puras locuras. Cada uno pertenece a los demás, ¿no es así? -insistió, tirando de la manga a Lenina.

Lenina afirmó con la cabeza, y apartóla cuanto pudo, exhaló el aire que había retenido hasta no poder más, y aspiró otro relativamente puro.

-Bueno- continuó la otra-, ninguna está obligada a estar más que con una sola persona. Y si una tiene más, según es costumbre, la juzgan viciosa y antisocial. Y la odian y la menosprecian. Una vez, vinieron una porción de mujeres y armaron un gran escándalo porque sus hombres venían a verme. Bueno, ¿y por qué no? Lanzáronse entonces sobre mí... No, no, fue horrible. No puedo contárselo.

Linda se tapó la cara con las manos y estremeciése.

-Son odiosas las mujeres aquí. Locas, locas y crueles. Y, ni que decir tiene, no saben una palabra de ejercicios malthusianos, ni de envases, ni de decantación, ni de nada de eso. Pasan todo el tiempo en tener hijos, como perras. Es repugnante. ¡Y pensar que yo...! ¡Oh, Ford, Ford, Ford! Y, sin embargo, John era un gran consuelo para mí. No sé lo que hubiera hecho sin él. Aunque se pone fuera de sí cada vez que un hombre... Incluso cuando era un niño. Una vez (ya era entonces algo mayor) quiso matar al pobre Waihusiwa, ¿era Popé?, sólo porque yo acostumbraba a estar con ellos algunas veces. Y no podía hacerle comprender que esto era lo que debían hacer las personas civilizadas. Pero yo creo que la locura es contagiosa. John ha debido de cogerlo de los indios, pues siempre ha estado entre ellos. Aunque siempre también han procedido mal con él y no le han dejado hacer lo que hacían los demás muchachos. Y en cierto modo ha sido un bien, pues me ha sido más fácil acondicionarle un poco. No tiene usted idea de lo difícil que es. Había muchas cosas que yo no sabía; no era de mi incumbencia saberlas. Quiero decir cuando un chico os pregunta cómo funciona un helicóptero, o quién ha hecho el mundo, ¿qué va una a responder si es una Beta y ha trabajado siempre en la Sala de Fecundación? ¿Qué va una a responder?

CAPÍTULO VIII

Fuera, entre el polvo y las basuras (eran cuatro los perros ahora) Bernard y John iban despacio arriba y abajo.

-Me es tan difícil formarme una idea -decía Bernard-, reconstruir... como si viviésemos en distintos planetas, en distintos siglos. Una madre, y toda esta suciedad, y dioses, y vejez, y enfermedades...

Movió la cabeza.

-Es casi inconcebible. No comprenderé nada si no me lo explica.

-¿Explicar qué?

-Esto.

Señaló el pueblo.

-Eso.

Y señaló ahora la casucha en las afueras del pueblo.

-Todo. Toda su vida.

-Pero ¿qué es lo que hay que decir?

-Desde el principio. Desde tan atrás como pueda recordar.

-Tan atrás como yo pueda recordar...

John frunció el ceño. Siguióse un largo silencio.

Hacía mucho calor. Habían comido muchas tortillas y maíz tierno. Linda le dijo:

"Ven a acostarte, niño".

Se acostaron juntos en la ancha cama.

"Canta".

Y Linda cantó... cantó: "Id en mi estreptococo alado hasta Bambury-T" y "Adiós, adiós, niño adorado, pronto serás tú decantado."

Su voz se hizo cada vez más débil.

Se oyó un gran ruido y despertó sobresaltado. Un hombre estaba junto al lecho, enorme, espantoso. Le decía algo a Linda, y Linda reía. Ella se había subido el cobertor hasta la barbilla, pero el hombre intentaba bajarlo de nuevo. Sus cabellos eran como dos cuerdas negras y en torno de su brazo tenía un hermoso brazalete de plata con piedras azules. Le gustaba el brazalete; pero a pesar de todo tenía miedo; escondió la cara en el cuerpo de Linda. Linda púsole encima una mano y él sintióse más seguro. Las otras palabras no las comprendió tan bien:

"Delante de John, no." El hombre le miró, miró de nuevo a Linda, y le dijo algo en voz baja. Linda dijo -"No." Inclínose el hombre entonces sobre el lecho y su rostro era enorme y terrible; las negras cuerdas de sus cabellos tocaban el cobertor. "No", repitió Linda, y él sintió que su mano le agarraba más fuerte. Pero el hombre cogióle por un brazo; le hacía daño. Gritó. El hombre asióle con ambas manos y le levantó.

Linda seguía sujetándole, y decía: -"¡No, no!" El hombre dijo algo leve y áspero, y súbitamente las manos de Linda le dejaron. "Linda, Linda." Pataleaba, se retorció; pero el hombre llevó a través del cuarto, abrió éste, y le echó fuera, en medio de la otra habitación, y fué cerrando la puerta tras él. Levantóse y corrió a la puerta. Poniéndose en puntillas llegaba, justo, al recio picaporte de madera. Levantóle y empujó. Mas no se abrió la puerta. "¡Linda!", gritó. Pero Linda no respondió.

Recordaba una habitación muy grande, más bien oscura; había en ella grandes máquinas de madera, a las que había hilos atados y un grupo de mujeres en pie alrededor haciendo cobertores, decía Linda. Linda le dijo que se sentase en un rincón con los otros niños, mientras ella iba a ayudar a las mujeres. Jugó con los niños mucho rato. De pronto la gente se puso a gritar, y las mujeres echaron a Linda, y Linda se puso a llorar. Fuese hacia la puerta y él corrió tras ella. Preguntóle por qué se habían enfadado. "Porque he roto algo", dijo. Enfadándose ella también entonces: "¿Cómo iba a saber yo hacer esa cochina tela?" -dijo: "¡Cochinos salvajes!" Él le preguntó que qué eran salvajes. Cuando volvieron a su casa, Popé estaba esperando a la puerta, y entró con ellos. Tenía una gran calabaza llena de líquido que parecía agua; pero que no lo era, sino una cosa que olía mal y que quemaba la boca y hacía toser. Linda bebió un poco y Popé bebió también, y entonces Linda se rió mucho y empezó a hablar a gritos; y en seguida se entró con Popé en la otra habitación. Cuando

salió Popé, entró él. Linda estaba en la cama, y tan profundamente dormida que no pudo despertarla.

Popé acostumbraba venir a menudo. Decía que el líquido que contenía la calabaza se llama *mescal*; pero Linda decía que se debía llamar soma; sólo que después hacía daño. Odiaba a Popé. Odiaba a cuantos hombres visitaban a Linda. Una tarde, mientras jugaba con otros niños (hacía frío, recordaba, y había nieve en las montañas), entró en casa y oyó voces coléricas en el dormitorio. Eran voces de mujer y decían palabras que él no entendía; pero comprendía que debían ser horribles. Y de repente -¡záz! algo cayó en el suelo; oyó gentes que se movían muy aprisa, y se oyó otro ¡zaz! y un ruido como cuando se golpea a un mulo, pero no tan seco; y Linda que gritaba: -"¡Oh, no, no, no!", decía. Entró corriendo. Había tres mujeres vestidas de oscuro. Linda estaba tendida en la cama. Una de ellas le sujetaba las muñecas. Otra estaba echada encima de sus piernas, para que no pudiese patear. La tercera la golpeaba con un vergajo. Una, dos, tres veces; y a cada vez Linda aullaba. Llorando, tiró del manto de la mujer: "¡Por favor, por favor!" Con la mano libre, la mujer le apartó. El vergajo cayó una y otra vez y Linda volvió a dar alaridos. Cogió entre las suyas la enorme mano morena de la mujer y mordióla con todas sus fuerzas. Ella lanzó un grito, libróse con una sacudida, y empujóle con tanta violencia que cayó. Mientras estaba en el suelo pególe tres veces con el látigo. Sintió un dolor tan grande como nunca había sentido -como una quemadura-. El rebenque silbó de nuevo, y cayó. Pero esta vez fue Linda quien gritó.

"¿Por qué querían hacerte daño, Linda?" -le preguntó por la noche. Lloraba, pues los rojos verdugones del rebenque en su espalda le hacían aún sufrir horriblemente. Pero lloraba también porque las gentes eran malas y crueles, y él era sólo un niño y no podía nada contra ellos. Linda también lloraba. Ella era mayor, pero no tan fuerte para poder luchar contra las tres. Para ella tampoco aquello era justo. "¿Por qué querían hacerte daño, Linda?"

"No lo sé. ¿Cómo voy a saberlo?" -Era difícil oír lo que decía, porque estaba echada boca abajo, hundida la cara en la almohada. "Dicen que esos hombres son *sus hombres*", continuó; y no parecía hablar con él sino con alguno que estuviese en su interior. Un largo soliloquio del que nada entendía; y por fin rompió a llorar más reciamente que nunca.

"No llores, Linda, no llores."

Apretóse contra ella. Echóle el brazo al cuello. Linda lanzó un grito. -"¡Ten cuidado! ¡Ay, mi hombro!" -y le rechazó rudamente. Su cabeza chocó contra el muro. "¡Idiota!" gritó; y, de repente, se puso a darle azotes, ¡zas, zas!...

"¡Linda! -gritó él-. ¡Oh madre, por Dios!"

"Yo no soy tu madre. No quiero ser tu madre."

"¡Ay, Linda, ay!" -Ella le dio un bofetón.

"Convertida en salvaje -gritó-. Tener crías como un animal... Si no hubiese sido por ti, podría haber ido a ver al Inspector, podría haber salido de aquí. Pero con un bebé... ¡Qué vergüenza!"

Vio que le iba a pegar otra vez, y levantó el brazo para defender la cara:

"No, Linda, no, ¡Por favor!"

"¡Cachorro, bestia!" -Le quitó el brazo, descubriéndole el rostro.

- "No, Linda, no" -Cerró los ojos esperando el golpe.

Pero no le pegó más. Volvió a abrir los ojos un momento después y vio que le estaba mirando. Intentó él sonreírle. De repente, ella le echó los brazos al cuello y le llenó la cara de besos.

A veces, durante varios días, Linda, no se levantaba. Permanecía en la cama, llena de tristeza. O bien bebía el líquido que le traía Popé, se reía a carcajadas, y se dormía. A veces, las náuseas la hacían arrojar. A menudo, se olvidaba de lavarle, y muchos días no tenían otra cosa para comer que tortillas frías. Aún se acordaba de sus terribles gritos la primera vez que encontró ciertos insectos en sus cabellos.

Sus momentos más felices eran cuando le hablaba de Allá Lejos.

- "¿De veras se puede volar cuando uno quiere?"

- "Sí, de veras". - Y le hablaba de la preciosa música que salía de una caja, de los divertidos deportes a que se podía jugar, de las cosas ricas de comer y beber, de la luz que surge apretando un aparatito que hay en la pared, de las imágenes que se podían oír, sentir y tocar al par que se las veía; de otra caja que producía agradables olores, y de casas rosadas y verdes y azules y plateadas altas como montañas, y de que todo el mundo era feliz y que nadie estaba nunca triste ni colérico, y que cada uno pertenecía a todos los demás, y de las cajas en las que se podía ver y oír cuando pasaba al otro extremo del mundo, de bebés en finos y limpios envases -todo muy limpio, sin mal olor, ni suciedad alguna-, y de las personas que nunca estaban solas, sino viviendo siempre juntas, alegres y felices, como durante las danzas de verano en Malpaís, pero mucho más felices, pues allí la felicidad era estable, siempre, siempre... La escuchaba horas y horas. A veces, cuando él y los otros niños estaban cansados de jugar, uno de los viejos del pueblo les hablaba, en la otra lengua, del Gran Transformador del Mundo, y de la larga lucha entre la Mano Derecha y la Mano Izquierda, entre la Sequía y la Humedad; de Awonawilona, que formó una espesa niebla, pensando una noche, y de esa niebla creó el Mundo: de la Madre Tierra y del Padre Cielo; de Ahaiyuta y Marsaillema, los gemelos de la Guerra y del Azar; de Jesús y de Pukong; de María y de Etsanatilehi, la mujer que se toma joven; de la Piedra Negra en Laguna y de la gran Águila y de Nuestra Señora de Acoma. Extrañas historias, y más maravillosas aún porque se las contaban en el otro idioma, que no comprendía del todo. Tendido en su cama, pensaba en el Cielo y en Londres y Nuestra Señora de Acoma, y en las filas y filas de bebés en finos y limpios envases, en Jesús volando y en Linda volando, y en el gran Director de los Centros Mundiales de Incubación, y en Awonawilona.

Muchos hombres venían a ver a Linda. Los chiquillos empezaban a señalarla con el dedo. Con aquel lenguaje extraño decían que Linda era mala; dábanle nombres que él no comprendía; pero que comprendía que eran malos. Un día le cantaron una copla, repitiéndola muchas veces. Les tiró piedras. Le contestaron: una piedra puntiaguda le rasgó la mejilla. La sangre no cesaba de correr, llenóse de sangre.

Linda le enseñó a leer. Con un carbón de madera dibujaba imágenes en el muro: un animal sentado, un bebé en un envase; después escribía letras. EL NIÑO ESTÁ EN EL TARRO Y EN LA ESTERILLA DEL GATO. Aprendió pronto y fácilmente. Cuando supo leer todas las palabras que ella escribía en la pared, Linda abrió su gran maleta de madera y sacó de debajo de unos graciosos pantaloncillos rojos que no se ponía nunca un delgado librito. Le había visto antes a menudo. "Cuando seas mayor -le había dicho- podrás leerlo." Ahora, pues, ya era mayor. Púsose orgulloso. "Temo que no le encuentres interesante -dijo- pero es lo único que tengo." -Suspiró - "¿Si pudieses ver las hermosas máquinas de leer que tenemos en Londres!" -Se puso a leer: (*El acondicionamiento Químico y Bacteriológico del Embrión. Instrucciones prácticas para los trabajadores Betas de los*

Depósitos de Embriones.) -Necesitó casi un cuarto de hora para leer sólo el título. Arrojó el librito al suelo. "¡Estúpido libro!" -dijo, y se echó a llorar.

Los chiquillos seguían cantando su copla a Linda. A veces, también, refanse de él, por sus vestidos harapientos. Cuando se le rompían, Linda no sabía componerlos. Allá Lejos, decía, se tiraban los trajes viejos y se compraban otros: "¡Andrajoso, andrajoso!", gritaban los chiquillos. "Pero yo sé leer, -decíase a sí mismo- y ellos no. Ni siquiera saben lo que es leer." Le era muy fácil, cuando pensaba en ello lo bastante, el imaginarse que no le importaba que se burlaran de él. Pidióle a Linda que le diese otra vez el libro.

Cuanto más le señalaban con el dedo los niños, más se afanaba en la lectura. Pronto logró leer de corrido todas las palabras. Aun las más largas. Pero ¿qué significaban? Preguntó a Linda; pero aun cuando ella le respondía, no sacaba gran cosa en limpio. Y generalmente no sabía ella qué decirle.

- "¿Qué son productos químicos?" -preguntó.

- "¡Oh! materias como las sales de magnesio y el alcohol para hacer pequeños y encanijados a los Deltas y a los Epsilones, y el carbonato de calcio para los huesos y todo lo demás por el estilo."

- "Pero, ¿cómo se hacen los productos químicos, Linda? ¿De dónde proceden?"

- "No lo sé. Se les saca de frascos. Y cuando los frascos están vacíos, se manda a buscar otros al Depósito de Productos Químicos. Supongo que serán los del Depósito Farmacéutico los que los hagan. O si no los mandarían a buscar a la fábrica. No lo sé. Nunca trabajé en cosas de química. Mi tarea era ocuparme en los embriones."

Lo mismo ocurría con cuantas cosas le preguntaba. Linda parecía no saber nada de nada. El viejo del pueblo daba respuestas mucho más precisas.

- "La semilla de los hombres y de todas las criaturas, la semilla de Sol y la semilla de la Tierra y la semilla de los Cielos, es Awonawilona, quien las sacó de la Niebla del Crecimiento. El Mundo tiene cuatro matrices, y él puso las semillas en la más baja de las cuatro, y gradualmente las semillas empezaron a crecer..."

Un día (John calculó más tarde que debió de ser algo después que cumpliera los doce años), al entrar en casa, vio un libro, que jamás había visto, tirado por el suelo, en la alcoba. Era un tomo grueso, que parecía muy antiguo. La pasta estaba roída de ratones y algunas de sus hojas sueltas y arrugadas. Alzóle y leyó la portada; el libro se titulaba: *Obras Completas de William Shakespeare.*

Linda estaba echada en la cama, bebiendo a traguitos, en una taza, el repugnante y apestoso mescal. "Popé le ha traído", dijo. Su voz era pastosa y ronca, parecía la voz de otra persona. "Estaba en una de las arcas de la Kiva de los Antflopes. Creen debía estar allí desde hace cientos de años. Debe de ser cierto, porque lo he hojeado y me parece lleno de tonterías. Precivilizado. Pero podrá servir para que practiques la lectura." Echó el último trago, dejó el vaso en el suelo, dióse media vuelta, hipó una o dos veces, y durmióse.

Abrió el libro al azar.

*Vivir en ese lecho maculado
entre sudor hediondo, delectarse
con salaces coloquios y caricias
en el camastro inmundo... 1*

Las extrañas palabras penetraron en su alma, rugiendo como parlantes truenos; como los tambores de las fiestas del verano, si los tambores pudiesen hablar; como los hombres que cantan la Canción del Trigo, tan hermosa, tan hermosa, que hace llorar; como el viejo Mitsima pronunciando *mantranés* o fórmulas mágicas sobre sus plumas, sus bastones labrados y sus pedazos de piedra y hueso. - *Kiadla tsilu silokua. Kiai silu sli, silu* - pero mejor que los conjuros de Mitsima, porque estaban llenas de sentido, porque le hablaban a él; hablábanle de Linda maravillosamente y sólo a medias comprensiblemente, en terribles y hermosos conjuros; de Linda acostada y roncando, con la vacía taza por los suelos, junto al lecho; de Linda y Popé, de Linda y Popé.

Odiaba a Popé cada vez más. Puede un hombre sonreír siempre y ser un villano. Cruel, traidor, rijoso, inhumano. ¿Qué significaban exactamente estas palabras? Sólo a medias lo sabía. Pero su fuerza mágica era muy grande, y continuaban rugiendo en su cabeza, y fue como si nunca hubiese antes odiado realmente a Popé; como si nunca le hubiese realmente odiado, pues nunca había podido decir cuánto le odiaba. Pero ahora poseía las palabras, aquellas palabras como tambores, como canciones, como *mantranés*. Las palabras, la historia de donde las tomó (no tenía para él ni pies ni cabeza, pero a pesar de todo era maravillosa, maravillosa), dábanle un motivo para odiar a Popé; y hacían más real su odio; hacían hasta al propio Popé más real.

Un día, cuando venía de jugar, la puerta de la alcoba estaba abierta, y los vio a los dos en la cama, dormidos. Linda blanca y Popé casi negro a su lado, un brazo alrededor del cuello de la mujer y la otra mano morena sobre sus pechos, y una de las largas trenzas cruzando la garganta como una serpiente negra que fuese a estrangularla. La calabaza de Popé y una taza, caídas en el suelo, junto al lecho. Linda roncaba.

Parecióle que su corazón había desaparecido, dejándole sólo un hueco. Se sintió vacío, vacío, y frío enfermo mejor, y con vértigo. Se apoyó en el muro para no caer. Cruel, traidor, rijoso. Como los tambores, como las canciones al trigo, como *mantranés*, las palabras se repetían una y otra vez en su cabeza. Tras el frío, sintió calor súbitamente. Sus mejillas ardían por la afluencia de sangre; la alcoba daba vueltas y ensombreciase ante sus ojos. Rechinó los dientes. "Le mataré, le mataré", decía. Y, súbitamente, surgieron las palabras:

*Cuando duerma borracho, o sus furiosos,
o el placer incestuoso de su lecho... 2*

Las fórmulas mágicas estaban de su parte, la magia le daba las razones y lo impulsaba. Salióse y vino a la otra habitación. "Cuando duerma, borracho..." El cuchillo de cortar la carne estaba en el suelo, junto al hogar. Cogióle y volvió a la puerta, de puntillas. "Cuando duerma borracho, borracho..." Cruzó corriendo la alcoba, asestó e hirió. -¡Ay, sangre!-. Hirió otra vez,

1 Nay, but to live
In the rank sweat of an enseamed bed,
Stew'd in corruption, honeying and making love
Over the nasty sty...

2 When he is drunk asleep, or in his rage
or in the incestuous pleasure of his bed...
(Hamlet, III,3)

mientras Popé despertaba de su sueño, y alzó la mano para golpear de nuevo; pero sintió sujeta su muñeca, sujeta -¡ay, ay!-torcida. No podía moverse, estaba cogido en un cepo, y los negros ojillos de Popé, muy cerca, hincándose en los suyos. Él apartó los ojos. Había dos heridas en el hombro izquierdo de Popé. "¡Sangre, sangre! -gritaba Linda-, ¡sangre!" Nunca había podido sufrir la vista de la sangre. Levantó Popé la otra mano para golpearle, pensó él. Encogióse para recibir el golpe. Pero la mano sólo le cogió la barbilla, y volvióle la cara de forma que tuvo que mirar de nuevo los ojos de Popé. Mucho tiempo, horas y horas. Y de repente -no pudo impedirlo-, se echó a llorar. Popé rompió a reír "Vete", le dijo en las otras palabras, en las indias. "Vete, mi valiente Ahaiyuta."

Se fue corriendo a la otra habitación para ocultar las lágrimas.

"Ya tienes quince años -le dijo el anciano Mitsima, en el habla india-. Ahora ya te puedo enseñar a labrar el barro".

En cuchillas, a la orilla del río, trabajaban juntos.

"Lo primero de todo -dijo Mitsima cogiendo una pella de barro húmedo entre sus manos- vamos a hacer una lunita".

Aplastó el viejo la pella hasta volverla un disco, curvó luego los bordes, y la luna se convirtió en un cuenco.

Despacio y torpemente imitó los delicados movimientos del viejo.

"Una luna, un cuenco, y ahora una serpiente".

Mitsima redondeó otra pella de barro hasta hacer un largo y flexible cilindro, curvóle en redondo y púsole en el borde del cuenco.

"Otra serpiente. Y otra. Y otra".

Arandela tras arandela, Mitsima trabajó los costados del cuenco; primero era estrecho, luego se hinchó e hízole angosto hacia el cuello. Mitsima aplastó golpeó, acarició y raspó; y por fin acabóse, en la forma de un cántaro usual en Malpaís, pero de un blanco mantecoso en vez de negro, y blanco aún al tacto. Triste parodia del de Mitsima, se erguía el suyo al a lado. Mirando ambos cacharros, se echó a reír.

"El próximo será mejor"- dijo, y se puso a humedecer otra pella de barro. ®

Labrar, dar forma, sentir sus dedos adquirir más maestría y más fuerza, producíale extraordinario placer.

"A. B. C. Vitamina D"-canturreaba mientras trabajaba-. "En el hígado hay grasa y en el mar bacalaos...".

Y Mitsima cantaba también, una canción de la muerte de un oso. Trabajando todo el día, y todo el día estuvo lleno de una intensa y absorbente felicidad.

"Este invierno -dijo el anciano Mitsima- te enseñaré a manejar el arco."

Estuvo mucho tiempo delante de la casa; y al fin todas las ceremonias se terminaron en el interior. se abrió la puerta, y salieron. Kothlu venía el primero, con la mano derecha extendida y muy apretada cual si guardara una preciosa joya. Con su mano cerrada, e igualmente extendida, seguía Kiakimé. Caminaban en silencio, y en silencio, tras ellos, venían los hermanos y las hermanas, y los primos y los viejos.

Salieron del pueblo, atravesaron la mesa. Y al borde del barranco se detuvieron, mirando al Sol naciente. Kothlu abrió su mano. Un poco de harina de maíz blanqueó en la palma; sopló en ella, murmuró algunas palabras, y lanzó el puñado de harina blanca hacia el Sol. Kiakimé hizo lo propio. Entonces el padre de Kiakimé se adelantó y, blandiendo un bastón litúrgico adornado de plumas, recitó un largo rezo, y lanzó el bastón tras la harina de maíz.

"Se ha terminado -dijo el anciano Mitsima en voz alta-. Ya están casados."

-Bueno -dijo Linda cuando se marcharon-, lo que me parece es que hacen muchos remilgos para nada. En las tierras civilizadas, cuando un muchacho desea a una chica, se limita a...Pero, ¿a dónde vas, John?

No hizo caso a sus llamadas, y echó a correr lejos, lejos, a cualquier sitio donde pudiera estar solo.

Se ha terminado. Las palabras del viejo Mitsima repetíanse en su alma. Terminado, terminado...En silencio, desde muy lejos, pero violenta, desesperada, desesperanzadamente, había amado a Kiakimé. Y ahora se había terminado. Tenía dieciséis años.

Con la luna llena, en la Kiva de los Antílopes, iban a decir secretos, iban a producirse y a recogerse secretos. Los muchachos entrarían en la Kiva para salir hechos hombres. Todos los chicos estaban atemorizados e impacientes al mismo tiempo. Llegó al fin el día, Púsose el Sol y alzóse la Luna. Fue con los otros. Los hombres estaban de pie, sombríos, a la entrada de la Kiva; la escalera se hundía en las profundidades iluminadas de rojo. Ya los primeros muchachos habían empezado a bajar, y, de pronto, uno de los hombres le cogió del brazo y sacóle fuera de las filas. Záfose y se escurrió a su sitio entre los demás. Esta vez el hombre golpeó y le tiró del pelo.

"¡Esto no es para ti, peliblanco!" -dijo otro. Los chicos se rieron-. "¡Vete!" -Y como se hiciese el remolón al final del grupo-. "¡Vete!" -gritaronle de nuevo los hombres. Uno de ellos agachóse, cogió una piedra y se la tiró: "¡Vete, vete, vete!"

Hubo una lluvia de piedras. Ensangrentado, huyó en las tinieblas. De la Kiva iluminada de rojo llegaba el ruido de los cánticos. El último muchacho descendía por la escalera. Estaba solo.

Solo, fuera del pueblo en la desnuda llanura de la mesa. Semejaba el peñasco blancuzcas osamentas bajo la luz de la Luna. Allí abajo, en el valle, los coyotes ladraban al astro de la noche. Le dolían aún las contusiones, que le sangraban todavía; pero no sollozaba de dolor, sino porque estaba solo, porque había sido echado él solo a aquel espectral mundo de peñascos y claro de luna. Se sentó al borde del precipicio. La luna estaba tras él; miró hacia abajo, hacia las negras sombras de la mesa, en las negras sombras de la muerte. Sólo había que dar un paso, un saltito... Alzó su mano derecha en la luz de la Luna. Del corte de su muñeca corría sangre aún. Cada varios segundos, caía una gota, oscura, casi sin color en la luz muerta. Una gota, otra gota, otra gota...Mañana, y mañana, y mañana...

Había descubierto el Tiempo, la Muerte y Dios.

-Solo, siempre solo -decía el joven.

Estas palabras despertaron un quejumbroso eco en el alma de Bernard. Solo, solo...

-Yo también -dijo en un raptó de confidencia-. Terriblemente solo.

-¿También usted? -John miróle extrañado-. Yo creía que Allí Lejos...Linda me decía siempre, que nadie estaba allí nunca solo.

Bernard enrojeció, molesto.

-Verá usted -dijo farfullando y desviando los ojos-, creo que debo de ser algo diferente de la mayoría de las personas. Si uno ha sido decantado diversamente...

-Justo, eso es. -El joven asintió con una inclinación de cabeza- Si uno es diferentes es fatal que esté solo. Y le tratan mal a uno. ¿Sabe usted que me han echado de todas partes absolutamente? Cuando los otros muchachos iban a pasar la noche en las montañas, es decir, cuando se debe ser en sueños el animal sagrado de cada uno, no me dejaban ir con los otros; no han querido decirme ninguno de los secretos. Yo lo he hecho por mi cuenta -añadió-. No he comido nada durante cinco días, y entonces he ido solo, una noche, a las montañas, allí. -Y las señaló con el dedo.

Bernard sonrió con actitud condescendiente.

-¿Y soñó usted algo? -preguntó.

El otro afirmó con la cabeza.

-No hay para qué decirlo. -Quedó un momento en silencio; luego, en voz baja.

-Un día -siguió- hice algo que los otros no habían hecho nunca. Estuve de pie contra una roca, a mediodía, en verano, con los brazos extendidos, como Jesús en la cruz.

-Y ¿para qué?

-Quería saber lo que era estar crucificado. Colgando allí, al sol.

-Pero ¿por qué?

-¿Por qué? Bueno....-dudaba-. Porque creía que debía hacerlo. Si Jesús pudo soportarlo.... Y, además, si uno ha hecho algo malo....Por otra parte yo era desgraciado; ésta era la otra razón.

-Me parece un curioso modo de curar su infelicidad -dijo Bernard. Pero, reflexionándolo, determinó que, después de todo, era bastante razonable. Mejor que tomar *soma*.

-Me desmayé al cabo de algún tiempo -dijo el joven-. Y me caí boca abajo. ¿No ve usted la cicatriz de la herida que me hice?

Apartó de su frente su espesa cabellera rubia. La cicatriz veíase pálida y arrugada, en la sien derecha.

Bernard miróla y luego, rápidamente, tras un leve escalofrío, apartó los ojos. Su acondicionamiento háblale hecho no tan compasivo como extremadamente delicado. La mera alusión a enfermedades o heridas, le era no sólo espantable, sino también repulsiva y sobre todo molesta. Como la suciedad, las deformidades, la vejez. Cambió apresuradamente de conversación.

-¿Le gustaría venir a Londres con nosotros? -preguntó, realizando la primera maniobra de una campaña cuyo plan estratégico había comenzado secretamente, desde el momento en que había supuesto, en la casucha, quién debía de ser el padre del joven salvaje-. ¿Le gustaría?

El rostro del joven se iluminó:

-¿Habla usted en serio?

-Desde luego; claro que sí puedo lograr el permiso.

-¿También Linda?

-Bueno...

Dudaba. Aquella repugnante criatura. Imposible. A menos, a menos...Ocurriósele de repente a Bernard, que precisamente el ser tan repugnante podía ser algo inapreciable para sus planes.

-Claro que sí -gritó, compensando sus primeras dudas con un exceso de ruidosa cordialidad.

El joven aspiró profundamente el aire.

-Pensar que va a realizarse lo que he soñado toda mi vida. ¿Recuerda usted lo que dice Miranda?

-¿Quién es Miranda?

Pero el joven, evidentemente, no había oído la pregunta.

-¡Oh maravilla, maravilla! -decía, y sus ojos fulgían, y su rostro se coloreaba vivamente-. ¡Cuántas divinas criaturas aquí hallo! - La humanidad, ¡qué hermosa! Su tez se encendió aún más; pensaba en Lenina, ángel vestido de glutina verde-botella, reluciente de juventud y de cremas olorosas, gordezuela y que sonreía bondadosa. Su voz temblaba -¡Oh, magnífico mundo mundo nuevo...! -comenzó, pero súbitamente interrumpióse; la sangre había huido de sus mejillas; estaba pálido como el papel:

-¿Está usted casado con ella? -preguntó.

-¿Estoy que...?

-Casado. ¿Sabe...? -para siempre. Se dice "para siempre" en las palabras indias; y no puede deshacerse.

-¡No, por Ford! -Bernard no pudo evitar el reírse.

John rió también, mas por otra razón: reía de pura alegría.

-¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo! -repetía-. ¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo, que tales seres tienes...! Partamos ya.

-Tiene usted a veces un modo singular de hablar -dijo Bernard, mirando perplejo al joven-. Y, de todas formas, ¿no sería mejor esperar y ver cómo es ese mundo nuevo?

CAPÍTULO IX

Creía Lenina que, tras esta absurda y horrible jornada, le correspondía un absoluto descanso. Tan pronto como llegaron a la hospedería ingirió seis tabletas de *soma* de medio gramo cada una, tendióse en su lecho, y a la diez minutos había embarcado para una eternidad lunar. Harían falta lo menos dieciocho horas antes de que estuviese de vuelta al mundo real.

Entretanto, Bernard yacía pensativo, con los ojos abiertos en la oscuridad. Era ya bien corrida la medianoche cuando puso dormir. Medianoche corrida; pero su insomnio no fue estéril: tenía un plan.

Puntualmente, a las diez de la mañana, el ochavón uniformado de verde, bajó de su helicóptero. Bernard le esperaba entre las pitas.

-Miss Crowne ha tomado *soma* para descansar -explicó-. Difícilmente despertará antes de las cinco. Tenemos, pues, siete horas.

Tendría tiempo de volar hasta Santa Fe, despachar los asuntos que tenía pendientes y estar de nuevo en Malpaís mucho antes que ella despertara.

-¿Estará segura aquí sola?

-Como en helicóptero -respondió el ochavón.

Subieron al aparato y partieron. A las diez treinta y cuatro aterrizaban en la azotea de la Casa de Correos de Santa Fe; a las diez treinta y siete Bernard estaba en comunicación con el Despacho del Inspector Mundial en Whitehall; a las diez treinta y nueve hablaba con el cuarto secretario particular de Su Fordería; a las diez cuarenta y cuatro repetía su historia al primer secretario, y a las diez cuarenta y siete y medio la voz profunda y sonora de Mustafá Mond resonó en sus oídos.

O wonder!

How many goodly creatures are there here
How beauteous mankind is! O brave new world,
That has such people in't!

(Tempest, V.I.).

-Me he atrevido a pensar -balbució Bernard-, que quizá Vuestra Fordería encontrarse en este asunto un interés científico suficiente.

-Si, encuentro suficiente interés científico -dijo la voz profunda-. Traiga a Londres con usted a esos dos individuos.

-No ignora Vuestra Fordería que necesitare un permiso especial...

-Las órdenes necesarias se enviarán en este mismo instante al Encargado de la Reserva. Puede pasarse inmediatamente por la Oficina del Encargado. Buenos días, mister Marx.

Se hizo el silencio. Bernard colgó el auricular y se apresuró a subir a la azotea.

-Oficina del Encargado -dijo al ochavón verde-Gamma.

A las diez cincuenta y cuatro, Bernard daba la mano al encargado.

-Encantado, mister Marx, encantado. -Su tonante voz estaba llena de deferencia-. Ahora mismo acabamos de recibir órdenes especiales...

-Ya sé -dijo Bernard interrumpiéndole-. He hablado con Su Fordería por teléfono hace un momento. - Su tono cansado implicaba que tenía por costumbre. Desplomóse sobre una silla. Si tuviese usted la amabilidad de dar los pasos necesarios lo más pronto posible. Lo más pronto posible -repetió enfáticamente. Se divertía de lo lindo.

A las once y tres tenía en su bolsillo todos los papeles necesarios.

-Hasta más ver -dijo protectoramente al Encargado, que le acompañaba hasta la puerta del ascensor-. Hasta más ver.

Fue andando hasta el hotel, tomó un baño, un vibromasaje por el vacío, afeitóse con un electrolítico, oyó las noticias de la mañana, miró la televisión un cuarto de hora, comió muy a gusto, y a las dos y media regresó volando con el ochavón a Malpaís.

El joven estaba ante la hospedería.

-¡Bernard! -llamó-. ¡Bernard! -No obtuvo respuesta.

Sin hacer ruido con sus mocasines de piel de gamo, subió las escaleras e intentó abrir la puerta. La puerta estaba cerrada con llave.

¡Se habían ido! ¡Ido! Era lo más terrible que jamás le había ocurrido.

Ella le había dicho que viniera a verlos, y se habían ido. Se sentó en las escaleras y se echó a llorar.

Media hora más tarde se le ocurrió mirar por la ventana. Lo primero que vio fue una maleta verde con las iniciales L.C. pintadas en la funda. Estalló en él la alegría como una llama. Cogió una piedra. El cristal roto tintineó en el suelo. Un momento después John estaba dentro de la

habitación. Abrió la maleta verde; y de repente hallóse respirando el perfume de Lenina, llenando sus pulmones con su ser hecho esencia. Sintió latir su corazón apresuradamente; por un momento creyó desmayarse. Inclínándose entonces sobre la preciosa caja, la tocó, la levantó a la luz, la examinó. Los cierres de cremallera de los pantalones de pana de glutina verde que trajo Lenina de reserva fueron primero un enigma; pero, en cuanto lo descifró, una delicia. Ris, ras; ris, ras, otra vez; estaba encantado. Las babuchas verdes de la joven eran lo más hermoso que había visto nunca. Desplegó una combinación con cierre de cremallera, se ruborizó, y la volvió en seguida a su sitio; pero besó en cambio un perfumado pañuelo de acetato y echóse al cuello una bufanda. Al abrir una caja esparció una nube de polvo perfumado. Se puso las manos blancas como si las hubiese metido en harina. Limpióselas con el pecho, en los hombros, en los brazos desnudos. ¡Delicioso perfume! Cerró los ojos; restregó su mejilla contra el empolvado brazo. Contacto de piel lisa con su rostro, perfume de polvos almizclados en su nariz; era su presencia real.

-¡Lenina! -susurró-. ¡Lenina!

Un ruido le sobresaltó, e hizo volverse sintiéndose culpable. Volvió a meter en la maleta sus hurtillos, y cerróla; escuchó otra vez, miró. Ni una señal de vida, ni un rumor. Y sin embargo había oído algo, algo como un suspiro, como un eruido del tillado. Fue en puntillas hasta la puerta y, abriéndola cautelosamente, hallóse frente a un largo pasillo. Al extremo había otra puerta entreabierta. Salió, empujóla y se asomó.

En un lecho bajo, las sábanas echadas hacia los pies, con un pijama rosa de una pieza y cierre de cremallera, yacía Lenina, profundamente dormida y tan bella entre sus bucles, tan infantilmente atrayente con los rosados deditos de sus pies y su grave y adormecido rostro, tan confiada en el abandono de sus suaves manos y sus laxos miembros, que sintió que se le saltaban las lágrimas.

Con infinitas y completamente innecesarias precauciones, pues se hubiese necesitado cuando menos el ruido de un disparo de pistola para traer de nuevo a Lenina a la vida antes del tiempo que duraba el efecto del *soma*, entró en el cuarto, y arrodillóse junto al lecho. La contempló, cruzó las manos, sus labios se movieron:

-Sus ojos -murmuró:

Sus ojos, sus cabellos, su mejillas,
sus andares, su voz; tú los manejas
en tu discurso, ¡y esa mano a cuyo
lado los blancos son cual tinta
escribiendo sus tachas, cuyo suave
tocar hace que rudo nos parezca
el pulmón de los cisnes...!

Her eyes, her hair, her cheek, her gait, her voice;
Handlest in thy discourse, O! that her hand,
In whose comparison all whites are ink
Writing their own reproach; to whose soft seizure
The cygnet's down is harsh,

(Troilus and Cressida, I,1).

Zumbaba alrededor de ella una mosca; oxeóla con la mano.

-Las moscas -recordó.

Sobre el milagro blanco de la mano
de mi Julieta, pueden detenerse,
robar la gracia inmortal de sus labios,
si; pero ante su púdica modestia
de vestal, enrojecen cual juzgando
culpables a sus besos... 2

Muy despacio, con el ademán vacilante de quien se inclina para acariciar a un tímido y quizá un poco peligroso pájaro, alargó la mano. Pero se quedó temblando a dos centímetros de aquellos dedos blandamente colgantes, a punto de tocarlos. *¿Se atrevería? Se atrevería a profanar con su mano, la más indigna* que... No, no se atrevía. El pájaro era muy peligroso. Volvió atrás la mano. ¡Qué hermosa era! ¡Qué hermosa!

Pensó entonces de pronto que sólo tenía que coger la cremallera que ella tenía al cuello, y de un solo tirón... Cerró los ojos, sacudió la cabeza como un perro que sacude las orejas al salir del agua. ¡Abominable pensamiento! Se avergonzó de sí mismo. Púdica modestia de vestal....

Sintióse un zumbido en el aire. ¿Otra mosca que quería robar la gracia inmortal de sus labios? ¿Una avispa? Miró, no vio nada. El zumbido se hacía cada vez más intenso, localizándose precisamente entre las cerradas ventanas. ¡El avión! Presa de pánico púsose en pie, corrió a la otra habitación, salió de un salto por la abierta ventana, y apresurándose por la senda, entre las altas pitas, llegó a tiempo para recibir a Bernard Marx cuando bajaba del helicóptero.

2

On the white wonder of dear Juliet's hand, may seize
And steal immortal blessing from her lips,
Who, even in pure and vestal modesty,
Still blush, and thinking their own kisses sin.

(Romeo and Juliet I, 5).

3

If I profane with my unworhiest hand
This holy shrine

(Romeo and Juliet, I, 5).

CAPÍTULO X

Las manecillas de los cuatro mil relojes eléctricos de las cuatro mil salas del Centro de Bloomsburry señalaban las dos y veintisiete. "Esta industriosa colmena", como tanto le gustaba denominarla al Director, se hallaba en pleno zumbido de trabajo. Todos estaban ocupados, todo en ordenado movimiento. Bajo los microscopios, sacudiendo furiosamente su larga cola, los espermatozoides abriéndose camino, horadando de cabeza los óvulos; y los óvulos ya fecundados se dilataban, se dividían, o si eran bokanowkyficados, retoñaban y estallaban en poblaciones enteras de distintos embriones. Desde la Sala de Predestinación Social, los montacargas bajaban zumbando a los sótanos, y allí, en la rojiza penumbra, sazonzándose al calor de su capa de peritoneo, y atiborrados de sangre artificial y de hormonas, crecían y crecían los fetos, o bien, envenenados, languidecían en una encanijada epsilonlez. Con un leve zumbido, y un ruido ligero, los portaenvases recorrían de un modo imperceptible durante varias semanas todas las edades del pasado en abreviatura, hasta que en la Sala de Decantación, los recién desvenados bebés lanzaban su primer vagido de horror y pasmo.

Las dínamos jadeaban en el sótano, los ascensores subían y bajaban a toda marcha. En los doce pisos de salas para niños, era la hora de la comida. De mil ochocientos biberones, mil ochocientos nenes cuidadosamente etiquetados chupaban simultáneamente su medio litro de secreción externa pasteurizada.

Encima de ellos, en los diez pisos sucesivos dedicados a dormitorios, los niños y niñas que necesitaban aún echar la siesta estaban tan ocupados como los demás, aunque sin saberlo, escuchando inconscientemente hipnopédicas lecciones de higiene y sociabilidad, conciencia de clase y los primeros pinitos de vida erótica. Encima de ellos aún, estaban las salas de recreo y, habiéndose metido el tiempo en aguas, novecientos niños mayores se distraían con juegos de construcción y modelado, el escondite y los juegos eróticos.

¡Zum, zum! La colmena zumbaba activa, gozosamente. El canto de las jóvenes inclinadas sobre sus tubos de ensayo subía alegremente. Los Predestinadores silbaban mientras trabajaban, y en la Sala de Decantación cambiábase chistes por encima de los vacíos envases. Pero el rostro del Director, cuando entró con Henry Foster en la Sala de Fecundación, era grave, petrificado a fuerza de severidad.

-Un escarmiento público -iba diciendo-. Y en esta sala, porque en ella hay más trabajadores de las castas superiores que en ninguna otra del Centro. Le he dicho que venga aquí a las dos y media.

-Hace muy bien su trabajo -dijo Henry, intercediendo con una generosidad hipócrita.

-Losé Razón de más para ser severo. La eminencia intelectual acarrea las correspondientes responsabilidades morales. Cuanto más grande es el talento de un hombre, mayor es su poder para extraviar a los otros. Preferible es que sufra uno a que muchos sean corrompidos. Considere el asunto desapasionadamente, míster Foster, y verá que no hay crimen tan nefando como la heterodoxia en la conducta. El asesino mata sólo al individuo y, después de todo, ¿qué es un individuo? -Con un amplio ademán, señaló las filas de microscopios, los tubos de ensayo, las incubadoras-. Podemos hacer un nuevo ensayo con la mayor facilidad, y tantos como queramos. La

heterodoxia amenaza algo muy diferente que la vida de un mero individuo: ataca a la Sociedad misma. Sí, a la Sociedad misma -repitió-. ¡Ah! ¡Aquí está!

Bernard entró en la sala y avanzaba hacia ellos entre las filas de fecundadores. Una leve capa de pretenciosa confianza en sí mismo velaba a duras penas su nerviosismo. La voz con que dijo:

-Buenos días, señor Director -era absurdamente alta; y, para corregirlo, dijo:

-Me rogó usted que viniese a hablarle aquí -ridículamente bajo, un chillido de ratón.

-Sí, míster Marx -dijo el Director con un tono de mal agüero-. Le he rogado que viniera a verme aquí. Regresó usted de sus vacaciones ayer noche, según creo.

-Si -respondió Bernard.

-Sí -repitió el Director, alargando la i. Y alzando súbitamente la voz:

-Señoras y señores -clamó: Señoras y señores.

El canto de las chicas sobre los tubos de ensayo, el pensativo silbar de los microscopios, cesó de repente. Se hizo un profundo silencio; todos se volvieron.

-Señoras y señores -repitió el Director una vez más-. Dispéñeme el que interrumpa vuestros trabajos. Un penoso deber me obliga. La seguridad y estabilidad de la Sociedad corren peligro. Sí, corren peligro, señoras y señores. Este hombre -y señaló acusadoramente a Bernard-, este hombre que ven ante ustedes, este Alfa-Más a quien tanto se le ha otorgado, y del cual, por consiguiente, tanto podía esperarse, éste su colega (o ¿no sería mejor me anticipase y dijera ex colega?) ha traicionado groseramente la confianza depositada en él. Por sus heréticas opiniones sobre el deporte y el *soma*, por la escandalosa heterodoxia de su vida sexual, por su resistencia a obedecer las enseñanzas de Nuestro Ford y a conducirse fuera de sus horas de trabajo "como un tubo de envase" -aquí el Director hizo el signo de la T- se ha declarado enemigo de la Sociedad, un subversivo, señoras y señores, de todo Orden y Estabilidad, un conspirador contra la Civilización misma. Por esta razón me propongo expulsarle, expulsarle ignominiosamente del puesto que ha ocupado en este Centro; y me propongo pedir su inmediato traslado a un Subcentro de la menor categoría y, para que este castigo pueda servir mejor a los intereses de la Sociedad, lo más lejos posible de todo Centro importante de población. En Islandia tendrá pocas ocasiones de descarriar a nadie con su antifordiano ejemplo.

El Director hizo una pausa; después, cruzándose de brazos y vuelto teatralmente a Bernard:

-Marx -dijo- ¿tiene alguna razón que alegar para que no ejecute la sentencia pronunciada contra usted?

-Sí -respondió Bernard muy alto.

Algo desconcertado, pero majestuosamente aún:

-Expóngala -dijo el Director.

-Bueno. pero está en el pasillo. Un momento.

Bernard corrió hacia la puerta y la abrió de par en par.

-Entre -ordenó, y la razón entró y se hizo ostensible por sí misma.

Hubo un convulsivo jadeo, un murmullo de pasmo y de horror; una muchacha empezó a dar gritos; subiéndose a una silla para ver mejor, alguien tiró dos tubos de ensayo llenos de espermatozoides. Hinchada, arrugada entre aquellos cuerpos juveniles y firmes, entre aquellos rostros que nada deformaban, como un monstruo extraño y espantoso, de edad madura, avanzó Linda en la habitación sonriendo coquetona con su rota y descolorida sonrisa, moviendo al andar, con movimiento que creía una ondulación voluptuosa, sus caderas enormes, Bernard iba a su lado.

-Aquí está -dijo señalando al Director.

-¿Se creía que no lo reconocería? -dijo Linda indignada; y volviéndose al Director-: ¡Vaya si le he reconocido; Tomakin, te hubiese reconocido en cualquier parte, entre mil! Pero quizá tú me hayas olvidado. ¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas, Tomakin? ¡Tu Linda!

Se le quedó mirando, ladeada la cabeza, sin dejar de sonreír, pero con una sonrisa que progresivamente, ante la expresión de petrificado disgusto del Director, iba perdiendo aplomo, con una sonrisa que se apagaba, y finalmente se extinguía.

-¿No te acuerdas, Tomakin? -repetía con voz trémula.

Tenía la mirada ansiosa, agónica. El rostro abotagado y lleno de ronchas estremeciéndose grotescamente en una mueca de agudo dolor.

-¡Tomakin! -Y le tendió los brazos. Uno empezó a reír burlonamente.

-¿Qué significa esta -empezó a decir el Director- monstruosa...

-¡Tomakin! -adelantóse, arrastrando tras ella su manto, y echándole los brazos al cuello reclinó su cabeza en el pecho de él.

Las risas volviéronse irreprimibles alaridos.

-...esta monstruosa farsa? -gritó el Director.

Encamado como un tomate, trató de librarse del abrazo de Linda. Desesperadamente se asía ella:

-Pero si soy Linda, si soy Linda.

Las risas ahogaron su voz.

-Tú me hiciste un niño -aulló, dominando el barullo.

Hubo un súbito y embarazoso silencio; las miradas flotaban azoradas, sin saber dónde

posarse. El Director palideció bruscamente, cesó de forcejear y detúvose con las manos en las muñecas de Linda, mirándola espantado con los ojos muy abiertos.

-Sí, un niño, y yo soy su madre.

Lanzó esta obscenidad como un desaffo en el vejado silencio; y luego, apartándose bruscamente de él, llena de vergüenza, se cubrió el rostro con las manos, sollozando.

-No fue culpa mía, Tomakin, pues yo hacía siempre mis ejercicios malthusianos, ¿no es cierto? ¿No es cierto? Siempre.... No sé cómo fue.... Si vieses lo horrible que es. Tomakin.... Pero él me ha sido un gran consuelo, a pesar de todo.

Y volviéndose hacia la puerta:

-¡John! -gritó. ¡John!

Entró en seguida, detúvose un instante junto a la puerta, miró en torno y, quedo, con sus pies calzados de mocasines, cruzó rápidamente la sala, cayó de hinojos ante el Director, y dijo con voz clara:

-¡Padre mío!

Esta palabra (pues "padre" no era tan obscena, tenía menos relación con el desvío moral que representaba el tener un hijo; sino simplemente grosera, una incorrección escatológica, más bien que pornográfica), esta palabra cómicamente indecente alivió la tensión, del todo intolerable. Estallaron risas enormes, casi histéricas, carcajada tras carcajada, como si no fuesen a terminar nunca.

-Padre -¡nada menos que el Director! -¡Padre! ¡Oh, Ford! ¡Oh, Ford! Sí que estaba bueno.

Los hipos y las carcajadas se sucedían. Las caras parecían iban a estallar, las lágrimas corrían. Otros seis tubos de espermatozoides cayeron al suelo.

-¡Padre mío!

Pálido, furiosos los ojos, el Director miraba en torno, en la agonía de una enloquecedora humillación.

-¡Padre mío!

Las risas que parecían haberse extinguido, brotaron otra vez y más fuerte que nunca. Tapóse los oídos con las manos y salió corriendo de la sala.

CAPÍTULO XI

Tras la escena de la Sala de Fecundación, el mundillo de las castas superiores de Londres ansiaba ver aquella deliciosa criatura que se había postrado de hinojos ante el Director de Incubación y Acondicionamiento; -o mejor dicho, el Ex Director, pues el pobre hombre dimitió inmediatamente y no había vuelto a poner los pies en el Centro-, y le había llamado (¡la cosa era demasiado buena para ser cierta!) "padre mío"

Linda, por el contrario, no despertó entusiasmo alguno; nadie sentía el menor deseo de verla. Decir de alguien que era madre, pasaba ya de broma: era una obscenidad. Y además no era una salvaje auténtica, había salido de un envase y la habían acondicionado como a cada quisque; así, pues, no podía tener ideas verdaderamente raras. Finalmente -y ésta era la principal razón por la que nadie quería ver a la pobre Linda- tenía en contra su aspecto. Gorda; la juventud perdida; con sus dientes cariados y su tez llena de ronchas, y aquella pinta. ¡Ford! No se la podía mirar sin sentir náuseas; sí, náuseas. Así, pues, las gentes de viso estaban firmemente decididas a no ver a Linda. Y Linda, por su parte, tampoco deseaba verlas. La vuelta a la civilización era para ella la vuelta al *soma*, era la posibilidad de estar echada y tomarse vacaciones tras vacaciones, sin sentir nunca al despertar ni jaqueca ni vómitos, sin sentir nunca lo que se sentía después del *peyotl*: la sensación de haber hecho algo tan vergonzante antisocial que jamás se podía ya llevar la cabeza alta. El *soma* no gastaba bromas tan pesadas. Las vacaciones que proporcionaba eran perfectas, y si la mañana siguiente era desagradable, no lo era intrínsecamente en sí, sino en comparación con los goces de las vacaciones. El remedio consistía en estar en continuas vacaciones. Glotonamente, pedía cada vez mayores y más frecuentes dosis. El doctor Shaw dudó al principio; después dejola tomar cuanto quiso. Llegó a ingerir hasta veinte gramos por día.

-Esto acaba con ella dentro de un mes o dos -confió el doctor a Bernard-. El mejor día se le paralizará el centro respiratorio. No volverá a respirar. Terminado. Y es lo mejor. Si pudiéramos rejuvenecer, sería otra cosa. Pero no podemos.

Cosa sorprendente, según el sentir de todos (pues durante sus sesiones de *soma* Linda estaba convenientemente apartada), John puso reparos.

-Pero ¿no le acorta usted la vida dándole tanto?

-En un sentido, sí, -concedió el doctor Shaw-. Pero en otro se la alargamos.

El joven abrió mucho los ojos, sin comprender.

-El *soma* hace perder algunos años en el tiempo -prosiguió el doctor-. Pero piense usted en el enorme, inmensa duración que puede darle fuera del tiempo. Cada vacación de *soma* es un fragmento de lo que nuestros antepasados llamaban la eternidad.

John empezaba a comprender.

-La eternidad estaba en nuestros labios y en nuestros ojos 1 -murmuró.

-¿Qué?

-Nada.

-Claro es que no se puede dejar a las personas irse a la eternidad, si tienen algo importante que hacer aquí. Pero como ella no tiene nada importante que hacer...

-Aun así -insistió John- no me parece bien.

El doctor se encogió de hombros.

-Bueno, si a usted le parece mejor tenerle todo el día encima aullando como una loca...

Al fin, John vióse obligado a ceder. Linda tuvo *soma*. Siguió en adelante en su cuartito del piso treinta y siete, en la casa de Bernard, acostada, con la radio y la televisión funcionando constantemente, y la llave del pachulí goteando, y las tabletas de *soma* al alcance de la mano. Seguía allí, y sin embargo no estaba allí; estaba siempre lejos, infinitamente lejos, de vacaciones; de vacaciones en algún otro mundo, donde la música de la radio era un laberinto de sonoros colores, un laberinto resbaladizo, palpitante, que guiaba (y por qué hermosos e inevitables rodeos) a un brillante centro de certidumbre absoluta; donde las danzantes imágenes de la caja de televisión eran los actores de una inefablemente deliciosa película sensible toda cantada; donde el goteante pachulí era más que un perfume -era el Sol, un millón de sexófonos. Popé poseyéndola; pero mucho más, incomparablemente más, y sin cesar.

-No, no podemos rejuvenecer. Pero celebro mucho -terminó el doctor Shaw- el haber tenido esta ocasión de observar la senilidad en un ser humano. Muchas gracias por haberme llamado.

Estrechó fuertemente la mano de Bernard.

Era, pues, a John a quien buscaban todos. Y como sólo era posible verle por medio de Bernard, su guardián oficial, Bernard hallóse, por primera vez en su vida, tratado no simplemente como cualquier otro, sino como una persona de gran importancia.

Ya no se hablaba de alcohol de su sangre artificial, ya nadie se burlaba de su aspecto físico. Henry Foster se deshizo en cumplimientos de amistad; Benito Hoover le regaló seis paquetes de goma de hormona sexual para mascar; el Subdirector de Predestinación vino a mendigarle casi con bajeza una invitación para una de las *soirées* de Bernard. Y en cuanto a mujeres, bastaba que Bernard aludiese a la posibilidad de una invitación para lograr la que quisiera, fuese quien fuese.

-Bernard me ha invitado a ver al Salvaje el miércoles próximo -anunció triunfalmente Fanny.

-Me alegro -dijo Lenina-. Y ahora tendrás que reconocer que te habías equivocado con respecto a Bernard ¿No le encuentras muy agradable?

Fanny afirmó con la cabeza.

-Y debo reconocer -dijo- que he sido muy agradablemente sorprendida.

El Envasador-Jefe, el Director de Predestinación, tres Subdelegados del Fecundador

General, el Profesor de Sensaciones de la Escuela de Ingenieros de Emoción, el Decano de la Cantoría en Común de Westminster, el Inspector de la Bokanowskyficación... la lista de personalidades de Bernard era interminable.

-He tenido seis muchachas la semana pasada -dijo confidencialmente a Helmholtz Watson-. Una el lunes, dos el martes, otras dos el viernes y una el sábado. Y si hubiese tenido tiempo y humor, quedaba todavía una docena que lo estaban deseando...

Helmholtz escuchaba sus jactancias en un silencio tan severamente desaprobador, que Bernard se molestó.

-Me tienes envidia -dijo.

Helmholtz negó con la cabeza.

-Estoy triste, nada más -respondió.

Bernard marchóse disgustado.

-Nunca más -dijo entre sí-. Nunca más volveré a hablar a Helmholtz.

Pasaron los días. El triunfo se le subió a Bernard a la cabeza, y le fue reconciliando por completo (como cualquier buen intoxicante hace) con un mundo al que hasta entonces había encontrado muy poco satisfactorio. En cuanto reconocía su importancia, el orden de las cosas antojábasele bueno. Pero aunque reconciliado por el triunfo, rehusó sin embargo renunciar al privilegio de criticar este orden. Pues el criticar realizaba, a su entender, su propia importancia y hacíale sentirse más grande. Y, además, creía sinceramente que había cosas criticables. (Al mismo tiempo le halagaba sinceramente también su buen éxito y tener cuantas chicas quería.) Ante todos éstos que, a causa del Salvaje, hacíanle ahora el rendibú, alardeaba Bernard de una vituperable heterodoxia. Le ofan cortésmente. Pero a sus espaldas la gente meneaba la cabeza. "Este chico acabará mal", decían, profetizando con la mayor seguridad, pues pensaban colaborar personalmente en el momento oportuno para que acabara mal. "No encontrará otro salvaje que le saque a flote la segunda vez", decían. Entre tanto, cierto, estaba allí el primer salvaje; y seguían siendo corteses. Y como eran corteses, Bernard creíase verdaderamente gigantesco; gigantesco y, al mismo tiempo, ligero, ingravido a fuerza de triunfo, de soberbia, más ligero que el aire.

-Más ligero que el aire -dijo Bernard, señalando hacia arriba.

Como una perla en el cielo, alto, mucho más alto que ellos, el globo cautivo del Servicio Meteorológico brillaba rosado con la luz del Sol.

"...Se le mostrará al dicho Salvaje -rezaban las instrucciones dadas a Bernard- la vida civilizada en todos sus aspectos..."

Se le mostraba ahora, a vista de pájaro, el panorama desde la Torre de Charing-T. El Jefe de Estación y el Meteorólogo de turno servían de guías. Pero era Bernard el que hablaba más. Embriagado, se producía como si, cuando menos, fuese un Inspector Mundial. Más ligero que el aire.

El Cohete Verde de Bombay cayó del cielo. Descendieron los pasajeros Ocho idénticos

gemelos dravidianos, vestidos de caqui, asomaron por las ocho ventanillas de la cabina: los camareros.

-Mil doscientos cincuenta kilómetros por hora -dijo el Jefe de la Estación solemnemente-.
¿Qué le parece, señor Salvaje?

A John le pareció muy bonito.

-Sin embargo -dijo-, Puck podía poner un ceñidor en torno de la Tierra en cuarenta minutos.¹

"El Salvaje -escribía Bernard en su informe a Mustafá-Mond- muestra sorprendentemente poca admiración o sorpresa por las invenciones civilizadas. Lo que, sin duda, en parte es debido al hecho de haber oído hablar de ellas a la mujer. Linda, su ma..."

(Mustafá-Mond frunció el ceño. -"¿Pensará este idiota que soy tan flojo para no poder ver esa palabra escrita con todas sus letras?").

"Y en parte también a estar dirigido todo su interés a lo que él llama 'el alma', que persiste en considerar como una entidad independiente del medio físico circundante; mientras que, como he intentado demostrarle..."

El Inspector saltó los párrafos siguientes; e iba ya a volver la página en busca de algo más interesante y concreto, cuando tropezaron sus ojos con una serie de frases verdaderamente extraordinarias: "...aunque me es preciso admitir -leyó- que estoy de acuerdo con el salvaje en encontrar la civilizada puerilidad demasiado fácil o, como él dice, poco costosa; y me permito aprovechar esta ocasión para llamar la atención de Vuestra Fordería acerca de..."

La cólera de Mustafá Mond casi inmediatamente cedió plaza al buen humor. La idea de que aquel infeliz le encajaba solemnemente -a él- una conferencia sobre el orden social, era, en verdad demasiado grotesca. Debía de haber perdido el juicio. "Hay que darle una lección", se dijo; y echó hacia atrás la cabeza y rompió a reír a carcajadas. No habría lección, de momento cuando menos.

Se trataba de una fabriquilla de aparatos de alumbrado para helicópteros, sucursal de la Sociedad de Equipos Eléctricos. Fueron recibidos en la propia azotea (pues la carta-circular de recomendación del Inspector producía efectos mágicos) por el Jefe Técnico y el Director del Elemento Humano. Bajaron a la fábrica.

-Cada trabajo -explicó el Director del Elemento Humano, -es llevado a cabo, en lo posible, por un solo Grupo Bokanowsky.

Y, en efecto, ochenta y tres Deltas, negros, braquicéfalos y muy romos de narices, se empleaban en el estampado en frío. Los cincuenta y seis tomos de mandriles y cuatro brocas estaban manejados por ciento seis Gammas aquileños, color jengibre. Ciento siete Epsilones senegaleses, acondicionados para el calor, trabajaban en la fundición. Treinta y tres mujeres Deltas, de cabezas

1

I'll put a girdle round about the earth

In forty minutes

(Midsummer Night's Dream, II,1)

alargadas, color de arena y estrechas pelvis, todas -con una diferencia de 20 milímetros- de 1 metro 69 de altura, hacían tornillos. En la sala de ajustaje, se montaban los dinamos por dos cuadrillas de enanos Gamma-Más. Las dos mesas bajas estaban fronteras; por entre ellas, poco a poco, avanzaba la correa sin fin con su carga de piezas sueltas; cuarenta y siete cabezas rubias frente a cuarenta y siete morenas. Cuarenta y siete chatos frente a cuarenta y siete narigudos; cuarenta y siete hociquirromos frente a cuarenta y siete prognatos. Los mecanismos completos eran revisados por dieciocho muchachas de rizado pelo castaño, vestidas de verde Gamma; embalados por treinta y siete Deltas patiocortos y zurdos, y cargados en plataformas y camiones a la espera por sesenta y tres Epsilones Semienanos, ojiazules, de pelo de estopa y pecosos.

"¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo..." Por una jugarreta de su memoria, el Salvaje hallóse repitiendo las palabras de Miranda. "¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo que tales gentes tienes!"

-Puedo asegurarles -terminó el Director del Elemento Humano, cuando se marchaban de la fábrica-, que casi nunca tenemos disensiones con nuestros trabajadores. Siempre hallamos...

Pero el Salvaje se había separado bruscamente de sus acompañantes, y hacía esfuerzos por vomitar tras un seto de laureles, cual si la tierra firme fuese un helicóptero en un bache de aire.

"El Salvaje -escribía Bernard-, rehusa tomar *soma*, y parece estar muy disgustado porque la mujer Linda, su m..., está en continuas vacaciones. Es digno de observarse que, a pesar de la senilidad y aspecto en extremo repulsivo de su m..., va el Salvaje frecuentemente a verla, y muéstrase muy unido a ella: interesante ejemplo de cómo un temprano acondicionamiento puede modificar y aún contrariar los naturales impulsos (en este caso particular, el impulso a retroceder ante un objeto desagradable).

En Eton aterrizaron en la azotea de la Escuela Superior. Al otro lado del patio, los cincuenta y dos pisos de la Torre de Lupton lucían, blancos, al Sol. A su izquierda la Escuela y a su derecha la Cantoría Escolar en Común, alzaban sus moles venerables de cemento armado y vitacristal. En el centro del cuadrángulo estaba la arcaica y curiosa estatua, de acero cromado, de Nuestro Ford.

El Rector doctor Gaffney y Miss Keate, la Directora, les recibieron al bajar del avión.

-¿Tiene muchos gemelos aquí? -preguntó el Salvaje, un poco escamado, cuando iban a empezar la visita.

-¡Oh, no! -respondió el Rector-. Eton está exclusivamente reservado para los chicos y chicas de las castas superiores. Cada óvulo, un individuo. Esto, ni qué decir tiene, hace la educación más difícil. Pero como están llamados asumir responsabilidades y a afrontar inesperadas contingencias, no se puede remediar.

Suspiró.

Mientras tanto, a Bernard le iba gustando mucho Miss Keate.

-Si está usted libre cualquier noche, un lunes, un miércoles o un viernes -le decía,

señalando con el pulgar al Salvaje-. Es curioso, ¿sabe usted? Muy extraño.

Sonrió Miss Keate, y él pensó que su sonrisa era realmente encantadora.

-Gracias -dijo ella-; tendré sumo placer en asistir a una de sus reuniones.

El Rector abrió una puerta.

Cinco minutos pasados en esta clase de Alfas-Doble-Mas dejaron a John un poco aturdido.

-¿Qué es la relatividad elemental? -susurró a Bernard.

Bernard intentó explicárselo; pero, pensándolo mejor, propuso ir a cualquier otra clase.

De detrás de una puerta, en el pasillo que conducía a la clase de Geografía de los Betas-Menos, una sonora voz de soprano gritaba: "Uno, dos, tres, cuatro", y luego, con fatigada impaciencia: "¡Posición!"

-Ejercicios malthusianos -explicó la Directora-. La mayoría de nuestras chicas están esterilizadas, desde luego. Yo misma lo estoy -y sonrió a Bernard-. pero tenemos unas ochocientas que no lo están y a las que es necesario hacerles hacer constantemente esos ejercicios.

En la clase de Geografía de los Betas-Menos, supo John que "una reserva de salvajes es un lugar que a causa de las desfavorables condiciones climáticas o geológicas, o por su pobreza de recursos naturales, no compensa el gasto de civilización". ¡Tras!, la sala quedó a oscuras y, de repente, en la pantalla, sobre la cabeza del Profesor, aparecieron los *Penitentes*¹ de Acoma postrándose ante Nuestra Señora, gimiendo como John les había oído gemir, confesando sus pecados ante Cristo crucificado, ante el águila, imagen de Pukong. Los jóvenes etonianos echáronse a reír alegremente. Sin dejar sus gemidos, pusieron en pie los Penitentes desnudáronse hasta la cintura, y comenzaron a azotarse una y otra vez con látigos de correhuelas con nudos. Las risas redobladas, ahogaron hasta la amplificada reproducción de sus gemidos.

-Pero, ¿por qué se ríen? -preguntó el Salvaje apenado y pasmado.

-¿Por qué -el Rector volvió hacia él su rostro en que le retozaba la risa-. ¿Por qué? Pues porque tiene muchísima gracia.

En la penumbra cinematográfica, Bernard arriesgóse a hacer un ademán que antes, ni aun en total obscuridad, se hubiese atrevido. Muy seguro de su actual importancia, rodeó el talle de la Directora. Ella plegóse como un sauce. Ya estaba a punto de darle un beso o dos, y hasta, como quien no hace la cosa, un pellizquito, cuando, de golpe, las contraventanas se abrieron.

-Quizá sería preferible que siguiésemos -dijo Miss Keate-, y se dirigió hacia la puerta.

-Aquí está la Central Hipnopédica -dijo a su vez el Rector, instantes después.

Cientos de cajas de música sintética, una para cada dormitorio, estaban alineadas en anaqueles alrededor de tres de los muros de la pieza; en el cuarto, clasificados en un columbario, estaban los rollos de inscripción sonora que contenían las diversas lecciones hipnopédicas.

-Se mete el rollo por aquí -explicó Bernard, interrumpiendo al doctor Gaffney-, se aprieta este interruptor...

-No, este otro, -corrigió el Rector, amoscado.

-Bueno, ese. El rollo se desarrolla. Las células de selenio transforman las impulsiones luminosas en ondas sonoras, y ...

-Y ya está -terminó el doctor Gaffney.

-¿Leen a Shakespeare? -preguntó el Salvaje cuando, de camino para los Laboratorios Bioquímicos pasaron por delante de la Biblioteca de la Escuela.

-Claro que no -dijo la Directora ruborizándose.

-Nuestra biblioteca -afirmó el doctor Gaffney-, contiene sólo libros de consulta. Si nuestros chicos quieren distraerse, pueden ir al cine sensible. No les animamos a entregarse a las diversiones solitarias.

Cinco autobuses cargados de chicos y chicas, cantando o en un silencioso abrazo, pasaron ante ellos por la carretera vitrificada.

-Vuelven ahora mismo -explicó el doctor Gaffney, mientras Bernard, cuchicheando, se citaba con la Directora para aquella misma tarde- del crematorio de Slough. El acondicionamiento para la muerte comienza a los dieciocho meses. Cada crío pasa dos mañanas cada semana en el Hospital de Moribundos. Tienen allí juguetes más bonitos, y los días en que hay muertos les dan crema de chocolate. Aprenden así a considerar la muerte como una cosa natural.

-Como cualquier otro proceso fisiológico -concluyó la Directora profesionalmente.

Quedaron de acuerdo: a las ocho en el Savoy.

De vuelta a Londres se detuvieron en la fábrica de la Compañía General de Televisión en Brentford.

-¿Quiere esperarme un momento mientras voy a telefonar? -preguntó Bernard.

El Salvaje observó mientras esperaba. Dejaba el trabajo el turno principal del día. Una multitud de obreros de castas inferiores hacía cola ante la estación del monorriel: siete u ochocientos Gammas, Delta y Epsilon, hombres y mujeres, con sólo una docena de fisonomías y tallas diferentes. A cada uno, junto con su billete, el taquillero le daba una caja de cartón con píldoras. La cola avanzaba lentamente.

-¿Qué hay en esos...(acordándose del *Mercader de Venecia*) cofrecillos? -preguntó el Salvaje a Bernard cuando volvió.

-La diaria ración de *soma* -contestó Bernard bastante confusamente pues estaba masticando una pastilla de la goma para mascar, regalo de Benito Hoover.

-Se les da al terminar el trabajo. Cuatro tabletas al finalizar éste y seis el sábado.

Cogió afectuosamente del brazo a John y se fueron hacia el helicóptero.

Lenina entró cantando en el Vestuario.

-Parece que estás contenta -dijo Fanny.

-Sí *estoy* contenta -respondió Lenina-. ¡Ris! Bernard me ha llamado hace media hora.

¡Ris, ras! Se quitó los pantalones.

-Tiene un compromiso inesperado -¡Ris! -Y me ruega acompañe esta tarde al Salvaje al Cine Sensible. Tengo que andar lista.

Y lanzóse hacia el baño.

-Tiene suerte -se dijo Fanny viéndola marchar.

No había nada de envidia en el comentario; Fanny, con su buena alma, constataba meramente un hecho. Lenina *tenía* suerte; suerte, porque había compartido junto con Bernard una buena parte de la inmensa celebridad del Salvaje; suerte por reflejar por el momento en su insignificante persona la moda suprema del día. ¿No le había invitado la Secretaría de la Sociedad de Jóvenes Fordianas a dar una conferencia sobre sus impresiones? ¿No había sido invitada a la Comida Anual del Aphroditoum Club? ¿No había salido ya en uno de los últimos Noticieros Sensibles (de un modo visible, audible y tocable) ante incontables millones de espectadores esparcidos por todo el planeta?

No menos halagüeñas eran las atenciones que con ella habían tenido conspicuas personalidades. El Segundo Secretario del Inspector Mundial de la región, la había invitado a cenar y a desayunar con él. Había pasado un fin de semana con Su Fordería el Fiscal Supremo y otro con el Archichante de Canterbury. El Presidente de la Compañía de Secreciones Internas y Externas la telefoneaba constantemente, y había además ido a Deauville con el Subdirector del Banco de Europa.

-Es maravilloso, claro está. Y sin embargo, en cierto modo -confesó a Fanny- me parece como si lograra algo con malas artes. Porque, desde luego, lo primero que desean saber es cómo hace el amor un salvaje. Y tengo que decirles que no lo sé.

Meneó la cabeza.

-La mayoría naturalmente, no me cree. Y es verdad. Y yo querría que no lo fuera -agregó tristemente y suspirando- Es tremendamente hermoso, ¿no te parece?

-Pero, ¿es que no le gustas? -preguntó Fanny.

-Algunas veces creo que sí, y otras me parece que no. Hace cuanto puede para rehuirme; sale de la habitación en cuanto yo entro; no quiere tocarme; no quiere ni aún mirarme. Pero a veces me vuelvo bruscamente y le sorprendo contemplándome; y luego, ¿eh?, ya sabes cómo miran los hombres cuando les gustamos.

Si, Fanny lo sabía.

-No lo entiendo -dijo Lenina.

No lo entendía; y estaba no sólo extrañada, sino también algo apenada.

-Porque, ya ves, Fanny, me gusta.

Le gustaba cada día más. Y se le presentaba una buena ocasión, pensó mientras perfumábase después del baño. Tap, top, top, una buena ocasión. Su optimismo se tradujo en canto:

Cífieme, embriégame a caricias,
bésame hasta que caiga en coma,
cífieme estrecha y dulcemente
con amor grande como el *soma*.

El órgano de perfumes tocaba un capricho de hierbas aromáticas, deliciosamente refrescantes, filigranas de arpegios de tomillo y espliego, de romero, de albahaca, de mirto, de estragón; una serie de atrevidas modulaciones que pasaban por todos los matices desde las especias hasta el ámbar gris, y un moroso retomo por el sándalo, el alcanfor, el cedro y el heno recién segado. (con unos incidentales, sutiles toques de discordes: una bocanada de rífonada, una casi sugestión de estiércol de puerco), para tomar a los sencillos aromas con los que comenzó la pieza. La postrera explosión de tomillo desvaneciése; oyéronse aplausos y encendiéronse las luces. En la máquina de música sintética, el rollo de impresión sonora comenzó a desarrollarse. Era un trío para hiperviolín, supervioloncelo y sedooboe, que llenó el aire con su agradable languidez. Treinta o cuarenta compases, y sobre este fondo instrumental, una voz más que humana comenzó a gorjear; ya de garganta, ya de cabeza, ya hueca como una flauta, ya cargada de armonías llenas de deseo, pasaba sin esfuerzo de la marca en bajo de Gaspard Foster a los límites mismos de los sonos musicales, hasta un trino como el grito del murciélago, más alto que el más alto *do* que una vez (en 1770, en la Ópera Ducal de Parma, con gran pasmo de Mozart) lanzó Lucrezia Ajugari, única cantante de quien tal recuerde la Historia.

Hundidos en sus butacas neumáticas, Lenina y el Salvaje oían y escuchaban. Llegó a la vez a los ojos y a la piel.

Se apagaron las luces; letras llameantes destacáronse como si se sostuviesen solas en la oscuridad. *Tres semanas en helicóptero. Superfilm totalmente cantado, hablado sintéticamente, en colores, estereoscópico y sensible. Con acompañamiento sincronizado de órgano de perfumes.*

-Apoye las manos en los botones metálicos que hay en los brazos de la butaca -murmuró Lenina-, pues así nos apreciará los efectos del sensible.

Obedeció el Salvaje.

Las letras ígneas habían desaparecido; siguieron diez segundos de obscuridad completa; y, de pronto, deslumbrantes y pareciendo más sólidas de lo que serían en carne y hueso, de más vivos efectos que la misma vida, surgieron, abrazadas, las imágenes estereoscópicas de un negro gigantesco y de una joven Beta-Más, de cabellos de oro y braquicéfala.

Sobresaltóse el Salvaje. ¡Qué sensación en los labios! Levantó una mano y la llevó a la boca; la titilación cesó; dejó caer de nuevo su mano sobre el botón metálico y se renovó la sensación. El órgano de perfumes, mientras tanto, exhalaba almizcle puro. Expirante, una superpaloma de rollo sonoro, arrulló: "Ru, ruu", y vibrando sólo a treinta y dos veces por segundo, una voz de bajo más que africana por la profundidad, respondió: "¡Aah-ah! ¡Uh-ah! ¡Uh-ah!", los labios estereoscópicos se juntaron de nuevo, y de nuevo las zonas faciales erógenas de los seis mil espectadores del Alhambra titilaron de un placer galvánico casi intolerable. "¡Uh...!"

El tema de la cinta era sumamente sencillo. Pocos minutos después de los primeros "¡Uhs!" y "¡Aahs!", se había cantado un dúo, y algunos escauceos amorosos fueron ejecutados sobre la famosa piel de oso, cada pelo de la cual (el Subdirector de Predestinación tenía razón en absoluto) podía sentir por separado y distintamente. Sufría el negro un accidente de helicóptero y caía de cabeza. ¡Pum! ¡Qué agudo dolor en la frente! Un coro de ¡Ah! y de ¡Ay! surgió del auditorio.

El porrazo mandó a paseo en un momento todo el acondicionamiento del negro. Sintió por la Beta rubia una exclusiva y vesánica pasión. Protestó ella. Persistió él. Y vinieron los forcejeos, las persecuciones, una agresión a un rival, y finalmente, un rapto sensacional. La rubia Beta fue raptada en medio de los aires, y retenida en constante vuelo, durante tres semanas, en un cerrilmente antisocial *tete-a-tete* con el negro loco. Por fin, y tras una serie de aventuras y abundantes acrobacias aéreas, tres hermosos jóvenes Alfas lograron liberarla. El negro fue enviado a un Centro de Reacondicionamiento para Adultos y la cinta terminó feliz y decorosamente, convirtiéndose la rubia Beta en querida de sus tres salvadores. Interrumpiéronse por un momento para cantar un cuarteto sintético, con gran acompañamiento superorquestal y de gardenia en el órgano de perfumes. Hizo después la piel de oso una última aparición, y entre un estrépito de sexófonos desvaneciéndose en la oscuridad el último beso estereoscópico, la última titilación eléctrica amortiguóse en los labios, como una expirante mariposa nocturna que palpita, palpita más débilmente cada vez, y queda por último inmóvil, completamente inmóvil.

Pero para Lenina, la mariposa no murió completamente. Aun después de encendidas las luces, mientras entre la multitud, iban lentos hacia los ascensores, aún palpaba el fantasma junto a sus labios, aún trazaba sobre su piel leves arabescos estremecidos de angustia y de placer. Tenía encendidas las mejillas, los ojos como joyas de rocío, la respiración anhelante. Asióse al brazo del Salvaje y apretóle, inerte, contra ella. Miróla un momento, pálido, apenado, deseoso y avergonzado de su deseo. Él no era digno, no lo era... sus miradas se cruzaron por un momento. ¡Qué tesoros prometía la de ella! ¡Cómo temple, un bocado de rey! Rápidamente desvió la mirada y separó su brazo. Se sintió oscuramente aterrado de que ella cesara de ser algo de lo que él pudiese sentirse indigno.

-Creo que no se deberían ver estas cosas -dijo, apresurándose a transferir de Lenina a las circunstancias que les rodeaban el posible vituperio por cualquier imperfección presente o futura.

-¿Qué cosas, John?

-Esa horrible película.

-¿Horrible? -Lenina estaba sinceramente atónita -¡Pero si era muy agradable!

-Era abyecta -dijo él con indignación-, innoble...

Movió la cabeza.

-No sé lo que quieres decir...-¿Por qué eran tan extraño? ¿Por qué se complacía en amargarlo todo?

En el taxicóptero apenas la miró. Ligado por poderosos votos nunca dichos, obedeciendo a las leyes que hacía mucho habían cesado de regir, manteníanse silenciosos, apartados los ojos. A veces, como si un dedo hubiese tirado de una cuerda a punto de romperse, todo su cuerpo se estremecía por una súbita sacudida nerviosa.

Aterrizó el taxicóptero sobre la azotea de la casa de Lenina.

"¡Por fin!" -pensó ella triunfalmente al bajar-. "¡Por fin!" aun cuando hubiese estado tan raro hasta allí. De pie, bajo una lámpara miróse en su espejito... Sí, tenía la nariz un poquitín brillante. Sacudió el polvo que se había desprendido de la borla. Tendría el tiempo justo mientras él pagaba el taxi. Frotó la parte brillante, pensando: "Es enormemente hermoso. No tiene ninguna razón para ser tímido como Bernard, Y, sin embargo..., cualquier otro hombre lo habría hecho hace ya mucho tiempo. Pero, ¡por fin!". El fragmento de rostro en el redondo espejito sonrióle de pronto.

-¡Buenas noches! -dijo una voz ahogada a su espalda.

Lenina volvióse rápidamente. Estaba junto a la abierta portezuela del taxi, los ojos fijos y muy abiertos; de seguro habíalos tenido así todo el tiempo que ella estuvo dándose polvos en la nariz, esperando...¿qué?, o dudando, intentando decidirse, y pensando todo el tiempo, pensando, pensando, no podía imaginarse en qué extraordinarias cosas.

-Buenas noches, Lenina -repetió, e hizo una mueca al intentar sonreír.

-Pero, John...Yo creía que...Y creía que no te irías...

Cerró la portezuela e inclinóse hacia adelante para decirle algo al conductor. El aparato lanzóse a los aires.

Mirando hacia abajo por la ventanilla del suelo, pudo ver el Salvaje a Lenina con la cabeza echada hacia atrás, pálida bajo la luz azulada de las lámparas. Tenía los labios entreabiertos, le llamaba. Su silueta, cada vez más pequeña, alejábale rápidamente de él; el cuadro de la azotea, reduciéndose, parecía hundirse en la noche.

Cinco minutos después entraba en la habitación. Sacó de su escondrijo el volumen roído de ratones y hojeó religiosamente las páginas manchadas y arrugadas, y púsose a leer *Otelo*. *Otelo* -recordaba- se parecía al héroe de *Tres semanas en helicóptero*. Era un negro también.

Limpiándose los ojos, cruzó Lenina la azotea hasta el ascensor. Mientras descendía al piso veintisiete, sacó el tubo de *soma*. No era bastante un gramo, resolvió; su pena requería más de un gramo. pero si tomaba dos, corría el riesgo de no despertar a tiempo a la mañana siguiente. Partió la diferencia y echó en su palma izquierda, ahuecada en forma de cuenco, tres pastillas de medio gramo.

CAPÍTULO XII

Bernard tuvo que gritar ante la puerta cerrada; el Salvaje no quería abrir.

-Todos están aquí, esperándote...

-Déjalos que esperen -replicó una voz velada a través de la puerta.

-Pero ya sabes, John (¡qué difícil es tener un tono persuasivo cuando se grita a voz en cuello!) que los he invitado expresamente para que te conocieran.

-Debías haberme preguntado primero si yo quería conocerlos.

-Pero siempre has salido hasta ahora, John.

-Precisamente por eso no quiero salir más.

-Hazlo por mí -clamó Bernard con voz tonante-. ¿No quieres salir por complacerme?

-No.

-¿Lo dices de veras?

-Sí.

-Y ¿qué hago yo ahora? -gimió Bernard desesperadamente.

-¡Vete al demonio! -gritó dentro una voz furiosa.

-¡Pero si ha venido esta noche el Archichante de Canterbury! -Bernard casi lloraba.

-*A; yaa takua!* -sólo en zúñi podía expresar adecuadamente el Salvaje lo que pensaba del Archichante-. *Hani!* -agregó tras de haberlo pensado; y luego (¡y con qué sarcástica ferocidad!)-: *Sons éso tse-ná.* -Y escupió en el suelo, como pudiera hacerlo Popé.

Por fin Bernard tuvo que marcharse cabizbajo, deprimido, a sus habitaciones e informar a la impaciente concurrencia que el Salvaje no saldría aquella noche. La noticia fue acogida con indignación. Los hombres estaban furiosos de que se hubiese jugado con ellos hasta el punto de hacerles tratar cortésmente a un ente insignificante, con pésima reputación y opiniones heréticas. Cuanto mayor era su jerarquía, más profundo era su resentimiento.

-¡Darne a mí una broma como esta! -repetía constantemente el Archichante-. ¡A mí!

En cuanto a las mujeres, estaban indignadas de ver que habían sido poseídas con engaño por un desdichado hombrecillo en el envase del cual se habían echado alcohol por equivocación, por una criatura que tenía el físico de un Gamma-Menos. Era una ofensa, y proclamaronlo en voz cada vez más alta. La Directora de Eton fue particularmente implacable.

Sólo Lenina no dijo nada. Pálida, velados los azules ojos por una desusada melancolía,

siguió sentada en un rincón, separada de cuantos le rodeaban por una emoción que ellos no compartían. Había venido a la reunión llena de un extraño sentimiento de ansioso alborozo. "Dentro de pocos minutos -pensaba al entrar en la sala- le veré, hablaré con él, le diré (pues había venido con su resolución tomada) que me gusta más que ninguno de cuantos he conocido. Y entonces, quizá dirá él..."

-¿Que diría él? La sangre le aflujó a las mejillas.

"¿Por qué estaría tan raro la otra noche, después del cine sensible? Es muy chocante. Y sin embargo estoy completamente segura de que realmente le gusto. Estoy segura..."

En este mismo momento fue cuando Bernard anunció que el Salvaje no asistiría a la reunión.

Sintió Lenina de repente todas las sensaciones que se experimentan normalmente al comienzo de un tratamiento de sucedáneo de Pasión Violenta: una sensación de horrible vacío, una aprensión anhelante, náuseas. Parecía que su corazón cesaba de latir.

"Quizá sea porque no le gusto", se dijo. Y en seguida esta hipótesis convirtióse en una certidumbre inconcusa: John había rehusado ir con ella porque no le gustaba. No le gustaba.

Es realmente demasiado -decía la Directora de Eton al Director de Crematorios y de Recuperación de Fósforo-. Cuando pienso que yo, sin más ni más...

-Sí -dijo la voz de Fanny Crowne-, es absolutamente cierto eso del alcohol. Yo conozco a una que a su vez conoce a la que trabajaba entonces en el Depósito de Embriones -Ésta se lo dijo a mi amiga y mi amiga a mí...

-Es verdaderamente triste -dijo Henry Foster, manifestando su simpatía al Archichante-. Quizá pueda interesarle a usted saber que nuestro Ex Director estaba a punto de trasladarse a Islandia.

Atravesando por cada una de las palabras pronunciadas, el rotundo globo de la alegre confianza en sí mismo de Bernard se deshinchaba por mil heridas. Pálido, abstraído, abyecto y agitado, iba y venía entre sus invitados füllando incoherentes disculpas, asegurandoles que se sentasen y tomaran un *sandwich* de carotina, una lonja de pasta de vitaminas A, una copa de Champaña artificial. Comían con buen diente, pero hacían como si no le viesan; bebían y se mostraban groseros con él, o hablaban de él entre sí, en voz alta y de un modo mortificante, como si no estuviese presente.

-Y ahora, amigos míos -dijo el Archichante de Canterbury, con aquella hermosa y sonora voz con que dirigía las ceremonias del Día de Ford, -ahora, amigos míos, creo que ha llegado el momento...

Púsose en pie, posó su copa, sacudió de su chaleco púrpura las migajas de una respetable colación, y se dirigió a la puerta.

Bernard precipitóse hacia él para impedirlo.

-¿De veras se marcha usted, señor Archichante?...

Aún es muy temprano. Yo creía que...

Sí, ¿qué no había esperado cuando Lenina díjole confidencialmente que el Archichante aceptaría una invitación si se la enviaban? "Es muy amable, ¿sabes?". Y le enseñó a Bernard el pequeño cierre de cremallera, de oro y en forma de T, que el Archichante le había dado como recuerdo del fin de semana que pasó en la Cantoría Diocesana. *Asistirán el Archichante de Canterbury y el señor Salvaje*. Bernard había proclamado su triunfo en todas las invitaciones. Pero el Salvaje, Bernard escogió precisamente aquella noche para encerrarse en su cuarto, gritar Hani! y hasta (por fortuna Bernard no entendía el zuiñ): *Sons éso tse-ná!* Lo que debería haber sido el remate de la carrera de Bernard habíase convertido en un momento en la mayor de las humillaciones.

-¡Y yo que había esperado tanto...! -repetía balbuciendo, los ojos implorantes y extraviados, puestos en el conspicuo dignatario.

-Mi querido amigo-dijo el Archichante en un tono severo, alto y solemne en medio de un silencio general-, permítame que le haga una advertencia -movió su dedo señalando a Bernard- antes de que sea demasiado tarde. Una advertencia saludable. -Su voz hízose sepulcral-. Enmiénde, amigo mío, enmiénde.

Hízole el signo de la T, y volvióse.

-Lenina, hija mfa -dijo en otro tono-, vente conmigo.

Obediente, pero sin sonreír y (del todo insensible al honor que se la dispensaba) sin entusiasmo alguno, Lenina salió de la sala tras él. Los demás invitados siguiéronles tras un respetuoso intervalo. El último cerró de golpe la puerta. Bernard quedó solo.

Atravesando de parte a parte, desinflado del todo, dejóse caer en una silla, y, tapándose la cara con las manos, comenzó a llorar. Reaccionó al cabo de unos minutos, sin erabargo, y tomó cuatro tabletas de *soma*.

Allá arriba, en un cuarto, el Salvaje leía *Romeo y Julieta*.

Lenina y el Archichante detuviéronse en la azotea de la Cantoría.

-Apresúrate, amiguito, quiero decir, Lenina -gritó impaciente el Archichante, desde la puerta del ascensor. Lenina, que se había detenido un momento para mirar la Luna, bajó los ojos y cruzó apresurada la azotea.

Una Nueva Teoría de la Biología, tal era el título de la memoria que Mustafá Mond terminaba de leer. Siguió sentado un rato, frunciendo meditando las cejas; tomó después su pluma y escribió cruzando la portada: "La forma con que al autor trata matemáticamente la concepción del fin, es nueva y muy ingeniosa, pero herética y, en lo que atañe al presente orden social, peligrosa y subversiva en potencia. *No se publique*." -Subrayó estas palabras-. Debe vigilarse al autor. Quizá pueda hacerse necesario su traslado a la Estación de Biología Marina de Santa Elena."

¡Qué lástima! -pensó mientras firmaba-. Es un trabajo admirable, pero una vez que se empiezan a admitir explicaciones de orden finalista, no se sabe dónde se irá a parar. Son esta clase de ideas las que más fácilmente pueden descondicionar las mentes menos sólidamente encuadradas de las castas superiores, haciéndoles perder su fe en la felicidad como Soberano Bien, y hacerles creer, en su lugar, que la meta está en cualquier parte más allá, en cualquier parte fuera de la presente esfera humana; que el fin de la vida no es el mantenimiento del bienestar sino una intensificación,

un refinamiento de la conciencia, un aumento del saber. Lo que -reflexionaba el Administrador- es posiblemente verdad. Pero no admisible en las presentes circunstancias." Volvió a coger la pluma, y bajo las palabras No se publique trazó una segunda raya, más gruesa y más negra que la primera; suspiró "¡Que bien se pasaría si no se tuviera que pensar en la felicidad!"

Cerrados los ojos, arrobado y radiante el rostro, John declamaba suavemente en la soledad:

A arder enseña con fulgor las teas;
y pende en las mejillas de la noche
cual rica joya de una oreja etíope
para la tierra en demasía bella.¹

La T de oro brillaba sobre el seno de Lenina. Retozón, cogióla el Archichante entre sus dedos; alegremente tiró y tiró.

-Me parece -dijo de pronto Lenina, rompiendo un largo silencio- que voy a tomarme un par de gramos de *soma*.

A aquella hora estaba Bernard profundamente dormido y sonreía en el particular paraíso de sus sueños. Pero inexorablemente, cada treinta segundos, el minuterio del reloj eléctrico colgado sobre su lecho avanzaba con un ruidillo casi imperceptible. Clic, clic clic, clic... Y llegó la mañana. Bernard hallóse de nuevo entre las miserias del espacio y del tiempo. Y en el estado de ánimo más deplorable, fue en taxi a su trabajo en el Centro de Acondicionamiento. La embriaguez del triunfo se había disipado; era sobriamente su antiguo yo; y contrastando con el pasajero globo de las últimas semanas, el antiguo yo parecía ser, aún más que nunca, más pesado que la atmósfera que le rodeaba.

A este deshinchado Bernard mostró el salvaje una inesperada simpatía. -Te pareces más a como eras en Malpafs -le dijo cuando Bernard contóle su lastimosa historia-. ¿Te acuerdas cuando hablamos por primera vez? Delante de la casucha. Ahora eres como eras entonces.

-Porque vuelvo a ser desgraciado; por eso.

-Bueno, ¿y qué? ¡Preferiría ser desgraciado a esa especie de felicidad falsa y engañosa que aquí tenfas!

-¡Me gusta! -dijo Bernard amargamente-. ¡Cuando eres tú el causante de todo! ¡No quisiste asistir a mi reunión, y todos se volvieron contra mí!

Sabía que cuanto decía era absurdo e injusto. Reconocía para sus adentros y a fin de cuentas la verdad de cuanto decía el Salvaje sobre el escaso valor de unos amigos que podían trocarse, por una desatención tan leve, en encarnizados enemigos. Pero a pesar de que lo sabía y reconocíalo, a pesar del hecho de que su apoyo y simpatía fuesen ahora su único consuelo, Bernard continuaba alimentando perversamente, junto con su en absoluto sincera afección, un secreto

¹ O, she doth teach the torches to burn bright!
It seems she hangs upon the cheek of night
Like a rich jewel in an Ethiop's ear;
Beauty too rich for use, for earth too dear...

(Romeo and Juliet I. 5).

agravio contra el Salvaje, y maquinaba todo un plan de vengancillas contra él. Pensar en algo contra el Archichantre era inútil; tampoco le era posible vengarse del Envasador Jefe o del Subdirector de predestinación. Como víctima, tenía el Salvaje para Bernard esta enorme superioridad sobre los otros: que era accesible. Una de las principales funciones de un amigo es el sufrir (en forma más suave y simbólica) los castigos que queremos, y no podemos infligir a nuestros enemigos.

El otro amigo-víctima de Bernard era Helmholtz. Cuando, vencido fue otra vez en busca de una amistad que en sus prosperidades no había juzgado útil conservar, Helmholtz otorgósele; y otorgósele sin una queja, sin un comentario, como si se le hubiera olvidado que hubiese habido jamás entre ellos un disgusto. Conmovido, sintióse Bernard humillado al mismo tiempo por tal magnanimidad, magnanimidad más extraordinaria aún, y por lo tanto aún más humillante, porque no era debida al soma, sino por completo a la índole de Helmholtz. Era el Helmholtz de la vida diaria quien olvidaba y perdonaba, no el Helmholtz de las vacaciones que dan medio gramo de soma. Bernard mostróse lo debidamente agradecido (era un consuelo enorme haber vuelto a hallar a su amigo) y a la par lo debidamente resentido (sería un gran placer vengarse de Helmholtz por su generosidad).

La primera vez que se encontraron después de su alejamiento, Bernard contó el cuento de sus desgracias y aceptó sus consuelos. Sólo algunos días después se enteró con sorpresa y dolorosa vergüenza, que no era él solo quien tenía dificultades. También Helmholtz había chocado con la Autoridad.

-A causa de unos versos -explicó-. Explicaba mi curso acostumbrado de Técnica Emocional Superior a los estudiantes del tercer año. Doce conferencias, la séptima de las cuales trata de versos. "Sobre el empleo de los versos en la Propaganda Moral y la Publicidad", para concretar, había ilustrado siempre mi conferencia con una porción de ejemplos técnicos. Esta vez quise ponerles uno que yo mismo acababa de escribir. Pura locura, desde luego; pero no pude resistir la tentación -se echó a reír-. Tenía curiosidad por ver sus reacciones. Además -agregó más en serio- quería hacer un poco de propaganda: quería hacerles sentir algo de lo que sentí cuando escribí los versos, ¡Ford! -Rió de nuevo- ¡La que se armó! El Jefe me llamó y amenazándome con ponerme inmediatamente de patitas en la calle. ¡Ya estaba fichado!

-Pero ¿qué decían tus versos? -preguntó Bernard.

-Hablaban de la soledad.

Bernard arqueó las cejas.

Te los recitaré, si quieres.

Y Helmholtz comenzó:

El Comité de ayer
aún suena en los oídos
cual el eco apagado
de lejano zumbido.
flota la medianoche
en la ciudad vacía
-¡las máquinas paradas

y las faces dormidas:-

desiertos los lugares
que frecuenta la gente...
se juntan los silencios
dulces, tristes, alegres

y hablan, pero con voces
que yo entender no puedo:
nostalgias de Susana
y Egeria, de su senos,

brazos y nalgatorio
forman una presencia;
¿cuál, cuál...? Y me pregunto
el porqué tal esencia,

absurda, de vacío
y de la nada hecha,
satura más mi noche
que esta otra a quien poseo
tan lleno de tristeza.

-Bueno, se los puse como ejemplo, y ellos me denunciaron al Jefe -No me sorprende -dijo Bernard-. Es precisamente opuesto a toda su enseñanza durante el sueño. No olvides que se les ha prevenido cuando menos doscientas cincuenta mil veces contra la soledad.

-Ya lo sé. Pero quería ver el efecto que producía.

-Pues ya le has visto.

Helmholtz se limitó a reír.

-Creo -dijo tras una pausa- que empiezo ahora a tener un tema sobre qué escribir. Me parece que comienzo a ser capaz de emplear este poder que siento tengo en mí, suplementario, latente. Me parece sentirle venir a mí.

"A pesar de sus inquietudes, parece -pensó Bernard- muy feliz".

Helmholtz y el Salvaje se entendieron en seguida. Tan cordialmente, que Bernard sintió escozor en los celos. Al cabo de una porción de semanas no había conseguido intimar tanto con el Salvaje como Helmholtz lo logró inmediatamente. Observándoles, oyendo su conversación, sentía algunas veces haberles puesto en relación. Se avergonzaba de sus celos y alternativamente hacía esfuerzos de voluntad y tomaba soma para no sentirlos. pero eran tan afortunados sus esfuerzos; y entre las escapadas de soma había necesariamente intervalos. Y el odioso sentimiento retornaba incansable.

En su tercer encuentro con el Salvaje, recitóle Helmholtz sus versos a la soledad.

-¿Qué te parecen? -preguntó cuando hubo terminado.

El Salvaje meneó la cabeza.

-Escucha esto -respondió; y sacando el cajón donde le guardaba bajo llave, su libro roído de ratones, abrió y leyó:

Deja que el ave en el recio
ramaje del solitario
árbol de la Arabia, sea
trompetero y triste heraldo...¹

Escuchó Helmholtz con una excitación creciente. En "solitario árbol de Arabia", sobresaltóse; tras "tú, ruidoso mensajero", sonrió con súbito placer, en "cualquier ave de tiránica ala" subióle la sangre a las mejillas pero tras "fúnebre música" púsose pálido y tembló con una emoción sin precedentes. El Salvaje siguió leyendo:

La propiedad asustóse
de este yo que no era el mismo;
una natura y dos nombres
sin llamarse dos ni uno,
confundióse la razón
pues creció en ella el tumulto...²

-¡Orgía Latria! -dijo Bernard interrumpiendo la lectura con una desagradable risotada-. Es sencillamente un himno de los Oficios de Solidaridad.

Se vengaba de sus dos amigos porque sentían más afecto entre sí que hacia él.

Durante las dos o tres reuniones siguientes repitió a menudo su vengancilla. Era fácil y, pues los dos. Helmholtz y el Salvaje, sufrían mucho viendo romper y mancillar su amado cristal poético, sumamente eficaz. Por fin, Helmholtz le amenazó con echarle de un puntapié en el trasero si volvía a interrumpir. Y sin embargo, cosa curiosa, la interrupción siguiente, la más torpe de todas, vino de Helmholtz.

Lefá el Salvaje en alta voz Romeo y Julieta- lefa (pues veíase Romeo y a Lenina, Julieta) con intensa y vibrante pasión. Helmholtz había escuchado con sumo interés la escena del primer encuentro de los amantes. La escena del jardín había deleitándole con su poesía; pero los sentimientos expresados hicieronle sonreír. Ponerse de ese modo a causa de una chica, parecía ridículo. Pero, como detalles verbales. ¡Qué magnífica pieza de ingeniería emocional!

-¡Junto a ese fulano, parecen tontos de remate nuestros mejores técnicos de propaganda!

1 Let the bird of loudets lay
On the sole Arabian tree,
Herald sad and trumpet be...

2 Property was thus appall'd
That the self was not the same:
Single nature's double name
Neither two nor one was call'd.
Reason in itself confounded
Saw division grow together...

(The Phoenix and the Turtle).

Sonrió triunfalmente el Salvaje y siguió su lectura. Todo fue bien hasta que, en la última escena del tercer acto, Capuleto y su señora empiezan a convencer, a la fuerza a Julieta de que se case con Paris. Helmholtz estuvo nervioso durante toda la escena; pero cuando, realizando por el Salvaje con patética mímica, grita Julieta:

¿No hay piedad en los cielos, pues no alcanza
a ver el fondo de mi inmensa pena?
¡No me rechaces, dulce madre mía!
Detén mi boda un mes, una semana,
si no mi nupcial lecho sea donde
yace Tibaldo en bóveda sombría...¹

Cuando Julieta hubo acabado de decir esto, soltó Helmholtz una carcajada irreprimible.

¡La madre y el padre (obscenidad grotesca) forzando a la hija a aceptar uno que no quería! ¡Y la idiota de la chica sin decir que ella quería a otro a quien (de momento por lo menos) prefería! ¡En su indecente absurdo, la situación era irresistiblemente cómica! Había logrado, haciendo heroicos esfuerzos, contener su risa creciente; pero el "dulce madre" (en el trémulo tono de angustia con que le había dicho el Salvaje) y la alusión a Tibaldo yaciendo muerto, pero evidentemente sin incinerar y desperdiciando su fósforo en una bóveda sombría, era demasiado. Se rió a carcajadas hasta que las lágrimas empezaron a correrle por el rostro; rió interminablemente a pesar de que, pálido al sentirse ultrajado, mirábase el Salvaje por encima del libro y, viendo que la risa continuaba, cerróse indignado y, levantándose, con el gesto de quien recoge su perla de delante de los puercos, guardóle en su cajón y cerró con llave.

-Y, sin embargo -dijo Helmholtz cuando, habiendo recobrado aliento suficiente para poder disculparse y apaciguado al Salvaje para que se allanase a escuchar sus explicaciones-, comprendo demasiado bien que se necesitan situaciones ridículas y absurdas como éstas; no se puede escribir realmente bien sobre otros temas. ¿Por qué era aquel viejo un tan maravilloso técnico de propaganda? Porque tenía tantas cosas versánicas y dolorosas que le exaltasen. Hay que estar dolorido, inquieto; de otro modo no se acierta con las frases verdaderamente buenas, penetrantes. frases rayos X. ¡Pero eso de los padres y las madres! -Meneó la cabeza-. No esperes de mí que pueda estar serio oyendo hablar de padres y madres. Y ¿quién demonios se va a impresionar por si un chico se lleva a una chica o la deja? (El Salvaje dio un respingo; pero Helmholtz, que miraba pensativamente al suelo, no lo vio). No -terminó, con un suspiro-, no puede ser. Necesitamos otra especie de locura y violencia. pero, ¿Cuál, cuál) ¿Dónde hallarla? -Calló; luego, moviendo la cabeza-: No lo sé -dijo al fin-, no lo sé.

1 Is there no pity stting in the clouds,
That seas into the bottom of my gried?
O, sweet my mother, cast me not away!
Delay this marriage for a month, a week;
Or, if you do not, make the brindal bed
in that dim monument wheere Tybalt lies...

CAPÍTULO XIII

Henry Foster surgió en la penumbra del depósito de Embriones.

-¿Quieres venir al sensible esta noche?

Lenina negó con la cabeza, sin hablar.

-¿Sales con algún otro?

Le interesaba saber quiénes de sus amigos formaban pareja

-¿Es Benito Hoover? -preguntó

Ella negó otra vez con la cabeza.

Henry notó cansancio en aquellos ojos purpúreos, palidez bajo aquel barniz de lúpulo, tristeza en las comisuras de los labios carmesíes y sin sonrisa.

-¿No te encuentras mal? -preguntó un poco inquieto, temiendo no tuviese alguna de las pocas enfermedades infecciosas que aún quedaban.

Una vez más Lenina negó con la cabeza.

-De todas formas deberías ir a ver al médico -dijo Henry -. "Médico cada día, médicos en lejanía" -dijo convencido, apoyando la máxima hipnopédica con una palmadita en el hombro-. Quizá necesites un sucedáneo de embarazo -sugirió-. O un serio tratamiento de S.P.V.

A veces ya sabes, no es suficiente el sucedáneo de pasión normal.

-¡Oh por Ford? -dijo Lenina, rompiendo su terco silencio-, ¡cállate ya!

Y dándole la espalda volvióse a sus embriones.

¡Bueno estaba el tratamiento de S.P. V.! De buena gana se hubiese reído a no estar a punto de llorar. ¡Como si no tuviesen dentro bastante S.P. V.! Suspiró profundamente y llenó su jeringuilla.

"John -murmuró entre sí-, John..." Y luego:

"¿He puesto a éste o no su inyección de enfermedad del sueño?"

No pudo acordarse. Por fin decidió no correr el riesgo de administrarle una segunda dosis, y dirigióse hacia el siguiente envase.

(Veintidós años, ocho meses y cuatro días después de este suceso, un prometedor joven Alfa-Menos, administrador de Muanza-Muanza, morfa de tripanosomiasis, primer caso en más de medio siglo). Suspirando, Lenina prosiguió su trabajo.

Una hora después, en el vestuario, protestaba Fanny enérgicamente.

-Es absurdo ponerte como te pones, completamente absurdo -repitió-. Y ¿por qué causa? Por un hombre, por uno.

-Pero es el único que quiero.

-¡Como si no hubiera millones de hombres en el mundo!

-Pero no los quiero

-¿Cómo puedes saberlo sin probarlos?

-Ya los he probado.

-¿Cuántos? -preguntó Fanny, encogiéndose de hombros desdeñosamente-. ¿Uno, dos?

-Docenas. Pero -agregó bajando la cabeza- de nada me ha servido

-Bien pero hay que tener constancia -dijo Fanny sentenciosamente. Pero era indudable que su confianza en sus propios consejos estaba minada-. Nada se puede alcanzar sin constancia.

-Pero mientras tanto...

-No pienses en él...

-No puedo evitarlo.

-Toma soma, entonces.

-Ya lo hago.

-Bien, pues sigue.

-Pero en los intervalos, me gusta. Y me gustará siempre.

-Bueno, pues si es así -dijo Fanny decidida-. ¿Por qué no vas a donde él y lo posees, quiera o no quiera?

-¡Si supieses lo raro que es!

-Razón de más para ser decidida.

-Eso se dice muy bien.

-No se dice muy bien.

-No consientas locuras. Obra. -La voz de Fanny era como un clarín. Hubiese podido ser una conferenciante de la "Asociación de Jóvenes Fordianas", dando una charla vespertina a

adolescentes Beta-Menos-: Si, obra inmediatamente. Ahora mismo.

-Me da miedo.

-Bueno, no tienes más que tomar antes medio gramo de *soma*. Y ahora voy a tomar mi baño.

Y salió, decidida arrastrando su toalla.

Sonó el timbre, y el Salvaje, que esperaba impaciente a Helmholtz aquella tarde (pues habiéndose decidido al fin a hablar a Helmholtz de Lenina, no podía demorar un momento más sus confidencias), alzóse de un salto y corrió a la puerta.

-Me daba el corazón que vendrías, Helmholtz -gritó al abrir.

En el umbral, vestida con un traje marinero de satén blanco de acetato, y con un gorriño blanco picarescamente caído sobre la oreja izquierda, estaba Lenina.

-¡Ah! -dijo el Salvaje, como si le hubiesen dado un fuerte golpe.

Había bastado medio gramo para hacer olvidar a Lenina sus temores y escrúpulos.

-¡Hola, John! -dijo sonriendo, y entró en la habitación pasando por delante de él. Automáticamente John cerró la puerta y siguióla. Lenina sentóse. Hubo un largo silencio.

-No parece que te has alegrado mucho de verme, John -dijo por fin.

-¿Que no me he alegrado?

El Salvaje la miró quejoso; luego, bruscamente, cayó de hinojos ante ella, y tomando su mano, besóse la reverente.

-¿Que no me he alegrado? ¡Oh, si supieras! -susurró, y, atreviéndose a alzar sus ojos a su rostro:

Admirada Lenina - siguió, cumbre misma - de lo admirable; de cuanto precioso - hay en el mundo, digna. (Sonríele ella con dulcísima ternura). ¡Oh, tú, perfecta. (Se inclinaba hacia él con la boca entreabierta), tan perfecta y sin par, creada sólo (Cada vez más encima) de lo mejor de cada ser...¹ (se arrimaba aún más)...

El Salvaje púsose de pronto de pie.

1

Admir'd Miranda!

Indeed the top of admiration;

What's dearest in the world...

You, o you

So perfect and so peerles, are created

Of every creature's best

(Tempest, III,1).

-Por esto -dijo, mirando a otra parte-, quería hacer algo primero...Es decir, probarte que soy digno de ti. No es que espere nunca lograrlo, pero querría cuando menos probarte que no soy del todo *indigno*. Querría hacer algo.

-¿Y por qué has de creer que se necesite..?

Lenina empezó, pero dejó sin terminar la frase. Había un dejo de irritación en su voz. Cuando una se ha inclinado, cada vez más cerquita y la boca entreabierta -para encontrarse con un sitio vacío, mientras un palurdo idiotas se pone en pie- hay sobrados motivos, aun con un medio gramo de *soma* en la sangre, para sentirse molesta.

-En Malpaís- balbuceaba incoherentemente el Salvaje- hay que ofrecerle la piel de un león de las montañas, cuando se quiere desposar a alguna. O si no un lobo.

-No hay leones en Inglaterra -dijo Lenina incisivamente.

-Y si los hubiera -agregó el Salvaje con un repentino y desdeñoso encono- los matarían desde un helicóptero, supongo, con gases asfixiantes o algo por el estilo. Yo no lo haría, Lenina...

Echó los hombros hacia atrás y arriesgóse a mirarla, y topó con su mirada de contrariada incomprensión.

Confuso:

-Haría cualquier cosa -prosiguió cada vez más incoherentemente-. Cualquier cosa que tú me mandarás. Hay deportes penosos, bien lo sabes. Esto es lo que me pasa. Limpiaría los suelos si tú lo desearas.

-¿Pero si tenemos aspiradores -dijo Lenina, casi en extravío-, no es necesario.

-No, si ya sé que no *es necesario*. Pero *cosas serviles hay que se soportan, noblemente*.¹ Y yo querría soportar algo noblemente. ¿No comprendes lo que quiero decir?

-Pero puesto que hay aspiradores...

-No es eso.

-Y Epsilones semienanos para que los accionen -prosiguió-. ¿Por qué, pues?

-¿Por qué? Pues por ti, Sólo para probarte que...

-Y ¿qué diablos tienen que ver los aspiradores con los leones?

There be some sports are painful, and their baseness
Delight in them sets off; some kinds of labour
Are nobly undergone,

(Tempest, III,1).

-Para probarte cuánto...

-...¿O los leones con que te hayas alegrado de verme?

Estaba cada vez más furiosa.

-.cuánto te amo, Lenina -rompió al fin, casi desesperadamente.

Como un símbolo de la ola interior de rebosante alegría, subió la sangre a las mejillas de

Lenina.

-¿De veras, John?

-No quería decírtelo -gritó el Salvaje, juntando sus manos como en agonía-. Hasta
...Óyeme, Lenina; en Malpaís la gente se casa.

-¿Se...qué?

La irritación comenzaba a invadir su voz de nuevo, ¿Qué estaba diciendo?

-Para siempre. hacen promesa de vivir juntos siempre.

-¡Qué horrible idea!

Lenina estaba de veras escandalizada.

-Durando más que la exterior belleza, - el alma se renueva más aprisa - que la sangre decae 1.

-¿Qué?

-Como esto otro de Shakespeare: *Si el nudo virginal rompes primero, -que todas las sagradas ceremonias- puedan en su completo y sano rito...*²

-¡Por Ford, John, di cosas de sentido! No entiendo ni una palabra de lo que dices. Primero los aspiradores; luego los nudos. Me vas a volver loca.

Se puso en pie y, como si temiese que huyera de ella físicamente, cual huía en espíritu, agarróla de la muñeca.

-Respóndeme ¿Te gusto o no te gusto?

1 Outliving beauty's outward, with a mind
That doth renew swifter than bloods decays.
Troilus and Cressida, III, 2)

2 If thou dost break her virgin knot before
All sanctimonious ceremonies may
With full and holy rite..
(Tempest, IV, 1).

Siguió un silencio; luego, en voz muy baja:

-Te amo más que a nada en el mundo -dijo él.

-Entonces; ¿por qué diablos no lo decías? -gritó (y en su exasperación clavó sus afiladas uñas en la muñeca)-, en vez de perder el tiempo hablando de nudos, de aspiradores y de leones, y de hacerme sufrir durante semanas y más semanas.

Soltó su mano y se la rechazó con fuerza.

-¡Si no me gustaras tanto estaría furiosa contigo!

Y de repente echó los brazos al cuello; sintió, suaves, sus labios sobre los suyos. Tan deliciosamente suaves, tan cálidos, tan eléctricos, que no pudo por menos de pensar en los besos de *Tres semanas en helicóptero*. ¡Uh! ¡Uh! La rubia estereoscópica y ¡ah! el negro más que real. ¡Que horror! Intentó desasirse, pero Lenina apretó su brazo.

-¿Por qué no me lo decías? -susurró, echando atrás la cabeza para mirarle bien.

Sus ojos estaban llenos de tiernos reproches.

-El antro más sombrío, el más idóneo -lugar. (La voz de su conciencia tronaba poéticamente). *Las sugerencias más perversas - del peor de nuestros genios, podrán nunca - trocar mi honor en abyecto deseo.*¹

-¡Nunca, nunca! Tal fue su resolución.

-¡Gaznápiro! -dijo ella-. Yo te deseo con toda mi alma, tú me desea a mí, ¿por qué no hemos...?

-Pero Lenina...-comenzó a protestar; y como retirase inmediatamente los brazos y se apartara de él, creyó por un momento que ella iba a obedecer su muda indicación.

Pero cuando se quitó su cartuchera de charolado cuero blanco y colgóla cuidadosamente del respaldo de una silla, empezó a pensar que se había equivocado.

-¡Lenina! -repetió con timidez.

Llevóse ésta la mano al cuello y dio un tirón vertical; su marinera blanca se abrió hasta abajo; la sospecha se hizo realidad tangible. ¡y tan tangible!

-¿Que haces Lenina?

¡Zis, zas! Su respuesta no precisó palabras. Salióse fuera de su pantalón de campana. Su combinación era de un raso pálido de concha. La T de oro del Archichantre temblaba sobre su pecho.

1 The murkiest den,
The most opportune place, the strong st suggestion
Our worser genius can, shall never melt
Mine honour into lus

(Tempest, IV 1).

"A través de las rejas, esos senos - penetran en los ojos de los hombres..."¹ Las cantantes, tonantes mágicas palabras, hacíanla parecer doblemente peligrosa, doblemente seductora. ¡Suaves, suaves, pero cuán penetrantes! Socavando y horadando la razón, minando la resolución. "Son las más firmes juramentos paja - ante la hoguera de la sangre: abstente, o si no ¡adíos tus votos..."²

¡Zis, la rosada redondez se abrió cual una manzana partida con limpieza. Una leve sacudida en los brazos, alzar primero el pie derecho, y luego el izquierdo, y la combinación quedó en el suelo, sin vida, cual si se hubiera desinchado.

Con sólo sus calcetines y zapatos y su gorrito picarescamente de lado, se fue hacia él.

-¡Amor mío, amor mío. ¡Si me lo hubieras dicho primero!

Y le tendió los brazos.

Pero, en vez de decirle él también: "¡Amor mío!", y tenderle a su vez los brazos, el Salvaje retrocedió aterrorizado, agitando sus manos ante ella, cual si tratase de echar a algún animal inoportuno y peligroso.

Cuatro pasos atrás y se encontró acorralado contra la pared.

-¡Nene mío! -decía Lenina, y poniéndole las manos en los hombros se apretó contra él. Cñeme, embriégame a caricias -ordenó.

También ella tenía poesía a que echar mano, también sabía palabras que cantaban, y tenían sortilegio y sonaban como tambores.

-Bésame...-cerró los ojos y su voz fue sólo un adormecido murmullo-, bésame hasta que caiga en coma-, cñeme estrecha y dulcemente..

Pero el Salvaje la agarró por las muñecas, arrancóle las manos de sus hombros y rechazóla con toda su fuerza.

-¡Ay! ...¡Me haces daño! Estás...¡Oh -calló de pronto.

El terror hízola olvidar el dolor. Al abrir los ojos, vio su rostro -no, su rostro no sino el feroz de un extraño, pálido, desencajado, convulso por una loca e inexplicable furia.

-¿Que te pasa, John? -murmuró espantada.

1 For those milk paps that throng the window bars
Bore at men's eyes
(Timon of Athens, IV. 3)

2 The strongest oaths are straw
To the fire in the blood: be nore abstemious,
Or else goo-night your vow.
(Tempets IV. 1).

No respondió él, pero miróla con ojos extraviados. Las manos con que le agarraba las muñecas estaban trémulas. Jadeaba profunda e irregularmente. Quedo, casi imperceptible, pero espantoso, sintió de pronto el rechinar de sus dientes.

-¿Qué te pasa -exclamó casi en un alarido.

Y cual si se hubiese despertado por su grito, la cogió por los hombros y la zarandó.

-¡Putá! Aulló-. ¡Putá! ¡Impúdica ramera!¹

-¡Oh, no, eso no, eso no! -protestaba con una voz que volvía grotesca el zamarreo de él.

-¡Putá!

-¡Por favor John!

-¡Condenada puta!

-Un gramo es mejor...-empezó a decir.

Rechazóla el Salvaje con tanta fuerza que vaciló y cayó.

-¡Vete! -gritó amenazadoramente de pie a su lado -¡vete de mi vista, o te mato!

Y apretó los puños.

Lenina levantó el brazo para defender el rostro.

-No, no, ¡por favor, John!

-Pronto. ¡Aprisa!

El brazo siempre en alto y siguiendo con ojos espantados todos sus movimientos, se incorporó, y en cuclillas y sin dejar de cubrir la cabeza dio un salto hacia el cuarto de baño.

El ruido de la prodigiosa manotada con que fue acelerada su marcha, pareció el de un pistoletazo.

-¡Ay!

Y Lenina saltó hacia adelante.

Segura ya en el cuarto de baño, cerrado con llave, pudo mirar sus contusiones. En pie y de espaldas al espejo, volvió atrás la cabeza.

Mirando por encima del hombro izquierdo vio la huella de una mano abierta, clara y escarlata en su nacarada carne. Suavemente frotó la parte dolorida.

1 Impudent strumpet!
(Othello, IV 2)

En la otra habitación iba el Salvaje arriba y abajo, dando grandes zancadas, al redoble y la música de las palabras mágicas:

"Lanzase al reyezuelo y la dorada - mosca se entrega a sus concupiscencias -bajo mi vista..."

Locamente rodaban por sus oídos.

"Ni la garduña, ni el caballo sucio - se arrojan más rijosos. Son centauros - salvo la talla, aun cuando sean hembras.- Hasta la cinta heredan a los dioses, - desde allí abajo todo es de los diablos: - hay infierno, hay tinieblas, hay abismo - de azufre...ardiendo, hirviendo, hedor, destrucción ¡fu, fu, puah, puah ! Dame una onza de algalia, buen boticario, para endulzar mi imaginación."¹

-¡John ! -se atrevió a decir una vocecilla insinuante, desde el cuarto de baño-. ¡John

-¡Oh, mala hierba, tan amable y bella. -con tan dulce perfume, que el sentido - llega a sufrir!...¡Que libro tan hermoso se haya hecho - para escribir "puta" en sus hojas! - Cuando te acercas, los cielos se tapan - la nariz..."²

Pero el perfume flotaba en torno de él, su chaqueta estaba aún blanca de los polvos que habían perfumado el aterciopelado cuerpo de Lenina. "¡Impúdica ramera, impúdica ramera, impúdica ramera!" El inexorable ritmo martilleábase a sí mismo. Impúdica..."

-John, ¿podré coger mis vestidos?

Recogió los pantalones de campana, la marinera, la combinación.

-¡Abre! -ordenó, dando una patada en la puerta.

1 The wren goes to', and the small gilded fly
Does lecher in my sight...
...The fitchew nor the soiled horse goes to't
With a more riotous appetite.
Down from the waist the are Centaurs,
Though women all above:
But to the girdle do the gods inherit,
Beneath is all the friends's:
There's hell, there's darkness, there's the sulphurous pit.
Burning, sealding, stench, consumption, fie, fie, fie pah.
pah! Give me and ounce of civet, good aprothecary, to sweeten my
imagination

(King. Lear. IV. 6)

2 O thou weed!
Who art so lovely fair and smell'st so sweet
That the sense aches at three....
...Was this fair paper, this most goodly book,
Made to write "whore" upon?
...Heaven stops the nose at it...

(Othello. IV. 2).

-No, no quiero.

La voz era medrosa y retadora.

-Bueno ¿cómo te los voy a dar así?

-Tíralos por el montante de la puerta.

Hizo lo que ella le decía, y púsose de nuevo a andar impaciente por el cuarto.

"Impúdica ramera impúdica ramera. El demonio de la lujuria con su carnosos trasero y su dedo de patata..."¹

-¡John !

Él no respondió

"Su carnosos trasero y su dedo de patata..."

-¡John !

¿Qué pasa? -preguntó ásperamente.

-Si me quisieras dar mi cinturón malthusiano...

Lenina siguió sentada, escuchando los pasos en la otra habitación, y preguntóse, sin dejar de escuchar, hasta cuándo seguiría yendo arriba y abajo a grandes zancadas; si tendría que esperar hasta que se marchase; o si sería prudente, tras dejar pasar un rato razonable para que su locura se calmase, abrir la puerta del cuarto de baño y lanzarse fuera de un salto.

Fue interrumpida en medio de sus molestas cavilaciones por el ruido del timbre del teléfono que sonaba en la otra pieza. Bruscamente cesaron las idas y venidas. Oyó la voz del Salvaje dialogar con el silencio.

-Al habla.

...

-Sí.

-Si yo no me substituyo a mí mismo, yo soy.

1 (Troilus and Cressida. V.2). En el tiempo de Shakespeare, se tenía a la patata por un afrodisiaco.

-¿Qué? ¿Quién está mala? Claro que me interesa.

....

-¿Es cosa grave? ¿Está realmente mal? Voy en seguida...

....

-¿No está en su casa? ¿Dónde la han llevado?

....

-¡Ay Dios mío! ¡Deme la dirección!

....

-Tres, Park Lane, ¿es así? ¿Tres? Gracias

Lenina oyó el auricular al colgarle, después pasos apresurados. Un portazo, luego silencio. ¿Se había ido?

Con infinitas precauciones abrió la puerta unos milímetros; miró por la rendija; animóse viendo la habitación vacía; abrió un poco más y sacó la cabeza afuera; y finalmente entró de puntillas estuvo unos segundos escuchando, latándole con fuerza el corazón; corrió después a la puerta de la escalera, la abrió, deslizóse, cerróla de golpe, corrió. Hasta que no se vio en el ascensor y éste comenzó a descender, no empezó a sentirse a salvo.

CAPÍTULO XIV

El Hospital de Moribundos, de Park Lane, era una torre de sesenta pisos de ladrillos color prímula. Cuando el Salvaje bajaba de su taxicóptero, un convoy de aéreos furgones de muertos, pintados de alegres colores, se elevó zumbando del techo y dirigióse, cruzando el parque, hacía el Crematorio de Slough. En la puerta del ascensor, el portero principal dióle las indicaciones precisas y descendió hasta la sala 81 (una sala para la senilidad galopante, explicó el portero) situada en el piso diecisiete.

Era una estancia amplia, clara merced al sol y a su pintura amarilla, con veinte camas, llenas todas. Linda moría acompañada y con todas las comodidades modernas. El aire se vivificaba continuamente por alegres melodías sintéticas. A los pies de cada lecho, frente al moribundo que ocupábale, había una caja de televisión. Funcionaba ésta, como un grifo abierto, desde la mañana hasta la noche. Cada cuarto de hora, el perfume de la sala se cambiaba automáticamente.

-Intentamos -explicaba la enfermera que acompañaba al Salvaje desde la puerta- intentamos crear aquí un ambiente agradable, algo intermedio entre un hotel de primer orden y un cine sensible, si entiende usted lo que quiero decir.

-¿Dónde está? -preguntó el Salvaje, sin hacer caso de sus corteses explicaciones.

La enfermera se amoscó.

-¡Cuánta prisa tiene! -dijo.

-¿Hay alguna esperanza? -preguntó.

-¿Quiere decir de que no se muera?

Afirmó él.

-No, desde luego no. Cuando envían a alguno aquí, es que no...

Se detuvo, extrañada por la expresión de dolor de su lívido rostro.

-Pero, ¿qué pasa? -preguntó.

No estaba acostumbrada a estas cosas en los visitantes. (No es que, por otra parte, fueran muchos los visitantes; ni ninguna razón había para que lo fueran)

-¿Se siente mal?

Meneó la cabeza.

-Es que es mi madre -dijo con voz apenas perceptible.

La enfermera le miró con pasmados, aterrados ojos; y miró rápidamente a otro lado. Del cuello a la frente su rostro estaba rojo como un ascua.

-Lléveme a su lado -dijo el Salvaje, haciendo un esfuerzo para hablar en un tono normal.

Ruborizada aún, llévole a través de la sala. Caras aún frescas y sin marchitarse (pues la senilidad galopaba tan aprisa que no daba tiempo para que envejeciesen las mejillas, sólo el cerebro y el corazón), volvíanse cuando pasaban. Sus pasos eran seguidos por los vagos, descuidados ojos de la segunda infancia. El Salvaje se estremecía al mirarlos.

Yacía Linda en la última de la larga fila de camas, junto al muro. Hundida entre almohadones, miraba las semifinales del Campeonato Sudamericano de Tenis, en la pista de Riemann, que jugábase en silenciosa y reducida reproducción en la caja de televisión a los pies del lecho. Iban las figurillas de aquí para allá en su cuadro de vidrio iluminado, como peces en un acuario silencioso pero agitados habitantes de otro mundo.

Linda miraba aquello sonriendo vagamente y sin comprender. Su pálida y gordinflona cara tenía una expresión de estúpida felicidad. Sus ojos se cerraban a cada momento, y durante

algunos segundos parecía dormitar. Luego, con un sobresaltito, se despertaba de nuevo a los grotescos Campeonatos de Tenis en acuario, a la edición por Super-Vox Wurlitzeriana del "Cñieme, embriégame a caricias"..., a la cálida bocanada de verbena lanzada por el ventilador por encima de su cabeza -despertábase a todas estas cosas, o más bien a un sueño donde todas estas cosas, transformadas y embellecidas por el soma en su sangre, eran maravillosos constituyentes, y sonreía una vez más con su rota y descolorida sonrisa de pueril contento.

-Bueno, me tengo que ir -dijo la enfermera-. Espero a una patulea de chiquillos. Y, además, hay el número 3. -Señaló hacia el otro extremo de la sala-. Presto a marcharse de un momento a otro. Bueno está usted en su casa.

Y se alejó de prisa.

El Salvaje sentóse junto al lecho.

-Linda -murmuró, cogiéndose la mano.

Al oír su nombre, ella se volvió. Sus vagos ojos tuvieron un destello de conocimiento. Le apretó la mano, sonrió, sus labios se movieron; después, bruscamente, su cabeza cayó hacia atrás. Se quedó dormida. Se quedó allí mirándola, buscando en su arrugada carne, buscando y hallando aquella juvenil y radiante faz que se había inclinado sobre su niñez en Malpaís, recordando (y cerraba los ojos) su voz, sus movimientos, todos los sucesos de su vida común. "Ir en estreptococo hasta Banbury T..." ¡Qué hermosas eran sus canciones! ¡Y aquellas canciones infantiles, cuán mágicamente extrañas y misteriosas!

A.B.C. Vitamina D.

En el hígado hay grasa y en el mar bacalaos.

Sintió ardientes lágrimas afluir a sus ojos al acordarse de la voz de Linda repitiéndoselas. Y luego las lecciones de lectura: "el niño está en el tarro, y en la esterilla el gato"; y las "Instrucciones Elementales para los Trabajadores Betas de los Depósitos de Embriones." Y las largas veladas junto al fuego o, en verano, en la azotea de la casucha, cuando ella contábale cosas de Allá Lejos, fuera de la Reserva: aquel hermoso, hermosísimo Allá Lejos, cuyo recuerdo, cual el de un cielo, un paraíso de bienes y delicias, guardaba completo e intacto, sin desflorar por el contacto con la realidad de este real Londres, de sus actuales, civilizados moradores.

Un súbito ruido de agudas vocecillas hízole abrir los ojos y, tras enjugar rápidamente las lágrimas, volverse. Algo que parecía una interminable marea de idénticos gemelos de ocho años derramábase por la estancia. Niños iguales, niños iguales, uno tras otro, uno tras otro, ¡que pesadilla! Sus rostros, su repetido rostro, pues sólo había uno para todos, se achataba, todo orificios de nariz y ojos pálidos y saltones. Su uniforme era caqui. Todos tenían las bocas abiertas y caídas. Entraron chillando y charlando. En un momento pareció la habitación hormiguar de ellos. Apretujábanse como un enjambre entre las camas, subíanse encima, gateaban por debajo, curioseaban en las cajas de televisión, hacían muecas a los enfermos.

Linda les sorprendió y hasta se alarmó. Un grupo se detuvo a los pies de su cama, mirándola con medrosa y estúpida curiosidad de animales que se encuentran bruscamente ante lo desconocido.

-¡Ah!, ¡mirad, mirad!

Hablaban con voz baja, asustada.

-¿Qué tiene? ¿Por qué está tan gorda?

Nunca habían visto una cara como aquella, nunca habían visto cara que no fuese tersa y juvenil, ni cuerpo que hubiese dejado de ser delgado y derecho. Todas aquellas sexagenarias moribundas tenían aspecto de jovencillas, casi niñas. A los cuarenta y cuatro, Linda parecía, por contraste, un monstruo de fofa y deformada senilidad.

-¡Qué fea es! -fueron los comentarios cuchicheados-. ¡Mira qué dientes!

De pronto, de debajo de la cama, salió un crío casi romo, entre la silla de John y el muro, y se quedó mirando el rostro dormido de Linda.

-Dime...-empezó; pero la frase terminó prematuramente en un chillido.

El Salvaje lo había agarrado por el cuello del uniforme, lo levantó en peso por encima de la silla, y lo despachó dando berridos, de una buena bofetada.

Sus gritos atrajeron a la enfermeras, que se precipitó en su ayuda.

-¿Qué le ha hecho usted? -preguntó furiosa-. ¡No consiento que pegue usted a los niños!

-Bueno, pues entonces apártelos de esta cama.

La voz del Salvaje estaba trémula de indignación.

-¿Qué hacen aquí estos mocosos? ¡Es vergonzoso!

-¿Vergonzoso? ¿Qué quiere decir? Se les acondiciona para la muerte.

Y le advierto- dijo amenazadora- que si interrumpe otra vez su acondicionamiento, llamaré a los porteros para que le echen.

El Salvaje se puso en pie y dio dos pasos hacia ella. Sus ademanes y la expresión de su rostro eran tan amenazadores que la enfermera retrocedió horrorizada. Con gran esfuerzo contuvo a él, y sentóse de nuevo junto al lecho.

Tranquilizada, pero con dignidad un tantico vacua e incierta.

-Ya está usted advertido -dijo la enfermera-. No lo olvide.

Pero apartó, sin embargo, a los críos más curiosos, y les hizo tomar parte en una partida de ratón y el gato organizada por uno de sus colegas en la otra punta de la sala.

-Vaya a tomar ahora su taza de solución de caféna, amiga mía, -dijo a la otra enfermera.

El ejercitar su autoridad volvióla su confianza, e hízola sentirse mejor.

-Vamos, niños, -llamó.

Linda se había rebullido, inquieta; abrió un momento sus ojos, miró vagamente en torno y volvió a quedarse adormecida. Sentado a su lado, intentó el Salvaje ardientemente recobrar su estado de ánimo de unos minutos antes.

-A. B. C. vitamina D -se repetía, como si estas palabras fuesen un conjuro que volviera a la vida el pasado muerto.

Pero el conjuro era ineficaz. Obstinadamente, los hermosos recuerdos rehusaban alzarse; hubo sólo una odiosa resurrección de celeras, fealdades y miserias. Popé con la sangre corriéndole de la herida del hombro, y Linda repugnantemente dormida, y las moscas zumbando alrededor del mescal derramado en el suelo junto al lecho, y los muchachos llamándola aquellas cosas cuando pasaba...;No, no! Cerró los ojos, sacudió la cabeza, rechazando con resolución tales recuerdos.

-A. B. C. vitamina D...

Intentó pensar en aquellos momentos cuando estaba en sus rodillas y ella le estrechaba entre sus brazos y cantaba, cantaba y volvía a cantar, mientras le mecía hasta dormirlo:

-A. B. C. vitamina D, vitamina D, vitamina D....

La Super-Vox Wurlitzeriana habíase alzado hasta un sollozante crescendo, y de pronto, la verbena en el aparato de circulación de perfumes, a un intenso pachulí. Rebullóse Linda despertó, miró vagamente unos instantes a los semifinalistas; luego, alzando la cabeza, aspiró una o dos veces el aire con el nuevo perfume, y sonrió de repente, con una sonrisa de éxtasis infantil.

-¡Popé! -susurró, y cerró los ojos-. ¡Cómo me gusta esto, como me...! -suspiró, y dejóse caer sobre las almohadas.

-Pero, Linda -dijo el Salvaje, implorante-. ¿no me conoces?

Se había esforzado todo lo posible, había hecho cuanto había podido. ¿Por qué no le dejaba ella olvidar? Cogióla su débil mano, casi con violencia, cual si quisiese forzarla a abandonar su sueño de placeres abyectos, de bajos y odioso recuerdos, para volver al presente, a la realidad, al inquietante presente, a la espantosa realidad, pero sublimes, preñados de significaciones, desesperadamente importantes precisamente a causa de la inminencia de lo que les hacía tan temibles.

-¿No me conoces, Linda?

Sintió la leve presión de su mano en respuesta. -Las lágrimas afluyeron a sus ojos. Inclínose sobre ella y la besó.

Se movieron sus labios:

-¡Popé! -susurró de nuevo, y sintió él como si le hubiesen arrojado al rostro un cubo de

basuras.

Ardió súbitamente la cólera en él. Contenida por segunda vez la pasión de su dolor, había hallado otro escape, se había trocado en pasión de exasperada rabia.

-¡Pero si yo soy John! -gritó-. ¡Soy John!

Y en su terrible dolor, cogióla por los hombros y zarandeóla.

Abriéndose, parpadeando, los ojos de Linda; le vio, reconocióle:

-¡John!

Pero situó la cara real, las reales y violentas manos en un imaginario mundo, entre los interiores y personales equivalentes del pachulí y la Super-Wurlitzer, entre los trasfigurados recuerdos y las extrañamente traspuestas sensaciones que constitufan el universo de su sueño. Reconocióle como John, su hijo, pero se le representaba como un intruso en aquel paradisíaco Malpaís, donde ella pasaba sus vacaciones de soma con Popé. Estaba irritado porque le gustaba Popé, la zarandeaba porque Popé estaba en la cama con ella. ¡Cómo si eso fuera algo malo, como si todas las personas civilizadas no hiciesen lo mismo!

-Cada uno pertenece a to...

Su voz murió súbitamente en un casi inaudible jadeo, su boca se abrió, hizo un desesperado esfuerzo por llenar de aire sus pulmones. Pero fue como si hubiese olvidado el respirar. Intentó gritar, mas no acudió el sonido; sólo el terror de sus ojos desorbitados revelaba su sufrimiento. Llevóse las manos a la garganta, atrapó el aire, el aire que no podía respirar más, el aire que, para ella, había dejado de existir.

El Salvaje estaba en pie, inclinado sobre ella.

-¿Qué tienes Linda? ¿Qué tienes?

Su voz era implorante; se diría que la suplicaba le tranquilizase.

La mirada que lanzóle estaba llena de un terror indecible; de terror, y parecióle de reproche. Trató de incorporarse en la cama, pero cayó sobre las almohadas. Su cara estaba horriblemente contraída, sus labios azules.

Volvióse el Salvaje y corrió hacia la otra punta de la sala.

-¡Aprisa, aprisa! -gritó-. ¡Venga aprisa!

La Enfermera Mayor estaba en el centro de un círculo de gemelos que jugaban al ratón y al gato. Al primer instante de sorpresa, sucedió casi inmediatamente el reproche.

-¡No grite! ¡Mire que hay niños! -dijo frunciendo el ceño-. Va usted a desancondicionarlos...Pero, ¿qué hace? -Había roto el corro-. ¡Tenga usted cuidado!

Un crío empezó a chillar.

-¡Aprisa, aprisa! Algo le ha ocurrido. La he matado.

Cuando llegaron al extremo de la sala, Linda había muerto.

El Salvaje permaneció un momento en pie, inmóvil en su silencio; luego cayó de hinojos junto al lecho y, tapándose la cara con las manos, sollozó locamente.

La enfermera quedóse perpleja, mirando ya a la figura arrodillada junto al lecho (¡qué escandalosa exhibición) ya (¡pobres niños!) a los gemelos que habían interrumpido su ratón y el gato y miraban desde la otra punta de la sala, abiertos ojos y narices, la estrambótica escena que se desarrollaba junto a la cama número 20. ¿Debía hablarle? ¿Intentar hacerlo volver a lo correcto? ¿Recordarle dónde estaba? ¡Las fatales consecuencias que ello podía acarrear a aquellos pobres inocentes! ¡Destruir así todo su saludable acondicionamiento para la muerte, con gritos de mal gusto, como si la muerte fuese algo terrible, como si un individuo tuviese tanta importancia! Podría esto producirles las más deplorables ideas sobre el particular, trastornales y hacerles reaccionar en un sentido enteramente erróneo, completamente antisocial.

Adelantóse hasta él y tocóle en el hombro.

-¿No puede usted conducirse correctamente? -dijo con voz baja, irritada.

Pero, al volver la cabeza, vio una media docena de gemelos que estaban ya de pie y venían por la sala adelante. El corro se deshacía. Un momento más y...No, el peligro era grande. Todo el grupo podía retroceder cinco o seis meses en su acondicionamiento. Volvió presurosa a sus amenazados polluelos.

-¿Quién quiere una barrita de chocolate? -preguntó con voz alta y alegre.

-¡Yo! -aulló a coro el Grupo Bokanowsky. La cama número 20 quedó olvidada completamente.

-¡Oh, Dios, Dios, Dios mío...! -seguía repitiendo el Salvaje.

Ente el caos de pena y remordimientos que llenaba su alma, era la única palabra articulada.

-¡Dios! -murmuró en voz alta-. ¡Dios!

-¿Qué está diciendo? -dijo una voz muy próxima, distinta y penetrante, entre los trinos del Super-Wurlitzer.

Sobresaltóse violentamente el Salvaje y, descubriéndose el rostro, miró alrededor. Cinco gemelos caqui, cada uno con un pedazo de barrita en la mano derecha y sus caras idénticas diversamente pintadas de chocolate, le estaban mirando con sus ojos redondos, saltones.

Mirándose entre sí y rompieron a reír simultáneamente. Uno de ellos señaló con la punta de su barrita.

-¿Está muerta? -preguntó.

El Salvaje le miró un momento en silencio. Luego, en silencio, púsose en pie, y en silencio dirigióse despacio hacia la puerta.

-¿Está muerta? -repitió el curioso chiquillo, trotando a su lado.

El Salvaje bajó su mirada hacia él y, sin decir palabra, rechazóle. El crío cayó al suelo y se puso a chillar. El Salvaje ni se volvió.

CAPÍTULO XV

El servicio del Hospital de Moribundos de Park Lane estaba constituido por ciento sesenta y dos Deltas, divididos en dos Grupos Bokanowsky, de ochenta y cuatro gemelas pelirrojas y sesenta y ocho gemelos dolicocefalos y pelinegros, respectivamente. A las seis, cuando su trabajo diario terminaba, reuníanse los dos grupos en el vestíbulo del hospital y recibían del Subcónomo interino su ración de soma.

Al salir del ascensor, cayó el Salvaje en medio de ellos. Estaba por completo abstraído -por la muerte, el dolor y sus remordimientos-; mecánicamente, sin conciencia de lo que hacía, empezó a abrirse camino a empujones por entre la turba.

-¿Por qué empuja así? ¿Dónde se cree que está?

Altas o bajas, saliendo de una multitud de gargantas, sólo dos voces piaban o gruñían. Repetidos hasta el infinito, cual en una serie de espejos, dos rostros, uno de monda y pecosa luna, nimbada de naranja; el otro, afilado, corvo, de pájaro, con una barba de dos días, se volvieron coléricos hacia él. Sus palabras y sus recios codazos en sus costados, rompieron su inconsciencia. Despertóse a la realidad exterior, miró en torno suyo, y dióse cuenta de lo que veía; dióse cuenta con una sensación de horror y de disgusto, por el constante delirio de sus días y sus noches, por la pesadilla de aquel enjambre de identidad indistinguible. Gemelos, gemelos...habían venido en montón, como gusanos, al babear el misterio de la muerte de Linda. Ahora, gusanos aún, pero más grandes, ya formados del todo, trepaban por su dolor y su arrepentimiento. Detúvose y, con extraviados y horrorizados ojos; miró en torno suyo aquella turba caqui, en medio de la cual se encontraba, descollando sobre ella la cabeza. "¡Cuántas divinas criaturas halló!" Las sonoras palabras se burlaban de él sarcásticamente. "La humanidad, ¡qué hermosa! ¡Oh, dichoso mundo, mundo nuevo....!"

-¡Distribución de soma! -gritó una voz potente-. Con orden haced el favor. Más aprisa los de atrás.

Se había abierto una puerta, y sacaron una mesa y una silla al vestíbulo. La voz era la de un elegante joven Alfa, que entró trayendo consigo una cajita negra de hierro. Un murmullo de satisfacción alzóse entre los gemelos que esperaban. Se olvidaron por completo del Salvaje. Su atención estaba concentrada en la negra cajita que el joven había colocado sobre la mesa, y estaba a punto de abrir. La tapa se alzó.

-¡Aah, aah -dijeron simultáneamente los ciento sesenta y dos, como si estuvieran mirando fuegos artificiales.

El joven sacó un puñado de minúsculas cajitas de píldoras.

-Ahora -dijo con voz perentoria- id viniendo, haced el favor. Uno por uno, y sin empujar.

Uno a uno y sin empujar avanzaron los gemelos. Primero dos hombres, luego una mujer, luego otro hombre, después tres mujeres, después...

El Salvaje permaneció mirándolos. "¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo....!" En su mente, las sonoras palabras parecieron cambiar de tono. ¡Se habían burlado de él en su miseria y remordimiento, burlado de él y con qué tono odioso de cínico sarcasmo! Riéndose diabólicamente, habían insistido en su inmundicia vileza, la nauseabunda fealdad de aquella pesadilla. Ahora, de pronto, clarineaban una llamada al arma. "¡Oh, magnífico mundo, mundo nuevo!" Mirando proclamaba la posibilidad de la belleza, la posibilidad de transformar la pesadilla en algo hermoso y noble. "¡Oh magnífico mundo, mundo nuevo!" Era un desafío, una orden.

-¡No empujar! -gritó furioso el Subecónomo interino.

Y cerró con fuerza la tapa de la cajita.

-¡Suspenderé la distribución si no os portáis correctamente!

Los Deltas murmuraron, empujándose un poco unos a otros, y callaron.

La amenaza había sido eficaz. Privación de soma, ¡qué espantosa idea!

-Ya vamos bien -dijo el joven, y volvió a abrir la cajita.

Linda había sido una esclava, Linda había muerto; otros vivirían con libertad, y el mundo tomaría hermoso. Era una reparación, un deber. Y, súbitamente parecióle al Salvaje que él podría hacerlo; era como si hubiese abierto una ventana, corrido una cortina.

-Vamos -dijo el Subecónomo.

Avanzó otra mujer caqui.

-¡Alto! -gritó el Salvaje con fuerte y sonora voz-. ¡Alto!

Se abrió paso hasta la mesa; los Deltas miraronle asombrados.

-¡Ford! -dijo el Subecónomo interino, quedamente-. ¡El Salvaje! Sintió miedo.

-Oídmeme os lo ruego -gritó con ardor el Salvaje-. "Prestadme oídos..."¹

1 Friends, Romans, countrymen, lend me your ears.

(Julius Caesar, III,2)

Jamás había hablado en público y hallaba mucha dificultad para expresar lo que quería decir.

-No toméis esa horrible droga. Es veneno, es veneno.

-Pienso, mñster Salvaje -dijo el Subecónomo interino, sonriendo propiciatoriamente-, que me dejaréis...

-Un veneno, así para el alma como para el cuerpo.

-Bien, pero déjame continuar la distribución, ¿no le parece? Sea bueno. Sea bueno....

Con la cautelosa suavidad de quien acaricia a un animal notoriamente resabiado, daba palmaditas en el brazo del Salvaje.

-Déjeme...

-¡Nunca! -gritó el Salvaje.

-Pero mire, amigo...

-¡Tire todo ese horrible veneno!

Las palabras "¡Tire todo ese....!" atravesaron las envolventes capas de incomprensión, llegando a lo vivo de la conciencia de los Deltas. Un colérico murmullo alzóse de la turba.

-Vengo a traer la libertad -dijo el Salvaje, volviéndose hacia los gemelos-. Vengo...

El Subecónomo interino no oyó más; se había escurrido del vestíbulo y estaban buscando un número en la lista de teléfonos.

- No está en su cuarto -resumió Bernard-. Ni en el mío, ni en el tuyo. Ni en el Aphroditoeum; ni en el Centro, ni en la Escuela. ¿Adónde puede haber ido?

Helmholtz se encogió de hombros. Habían vuelto del trabajo, esperando hallar al Salvaje aguardándole en cualquiera de los sitios acostumbrados, y no había rastro de él. Era desagradable, pues tenían intención de ir a Biarritz en el deporticóptero, de cuatro asientos, de Helmholtz. Llegarían tarde a la cena si no venía pronto.

-Esperemos cinco minutos más -dijo Helmholtz -Si no viene por aquí nos ...

Interrumpióle el timbre del teléfono. Cogió el auricular.

-Al habla. Diga.

Luego, tras escuchar un largo intervalo:

-¡Ford en el volante! -juró-. Voy ahora mismo.

-¿Qué pasa? -preguntó Bernard.

-Un amigo del Hospital de Park Lane -respondió Hemholtz-. El Salvaje está allí. Parece que se ha vuelto loco. Sea lo que sea, es urgente. ¿Vienes?

Corrieron juntos por el pasillo, hacia los ascensores.

-¿Pero os gusta ser esclavos? -decía el Salvaje cuando entraban en el Hospital.

Tenía rojo el rostro y sus ojos brillaban de ardor e indignación.

-¿Os gusta ser como bebés? Bebés, sordos y babosos -agregó, exasperado por su bestial estupidez, insultando a los mismos a quienes había venido a salvar.

Los insultos rebotaban en su caparazón de recia estupidez; le miraban con una vacua expresión de estúpido y avieso resentimiento en los ojos.

-¡Sí babosos! -gritó a voz en cuello.

Dolor y remordimiento, compasión y deber, todo lo había olvidado ya, arrebatado como estaba por un intenso y avasallador odio hacia aquellos monstruos infrahumanos.

-¿No queréis ser libres y hombres? ¿No queréis saber lo que son la hombría y la libertad? La rabia hacía fluido; las palabras acudíanle fácilmente, en continuo flujo.

-¿No queréis? -repetió, mas no obtuvo respuesta.

-Muy bien, pues entonces -dijo malhumorado-, yo os lo enseñaré; yo os haré ser libres, queráis o no queráis.

Y abriendo una ventana que daba al patio del hospital, empezó a tirar a puñados las cajitas de soma.

Por un momento, la turba caqui permaneció silenciosa, petrificada, a la vista de aquel audaz sacrilegio, con pasmo y horror.

-Está loco -murmuró Bernard, mirándole con los ojos desorbitados-. Le van a matar. Le van...

Un súbito alarido alzóse de la turba; una ola de movimiento lanzóla amenazadoramente hacia el Salvaje.

-¡Que Ford le ayude! -dijo Bernard, y apartó los ojos.

-¡Ford ayuda a quien se ayuda!

Y con una viva, con una auténtica risa de triunfo, Helmholtz Watson abrióse paso entre la multitud.

-¡Libres, libres! -gritaba el Salvaje, y con una mano seguía tirando el soma al patio, mientras, con la otra golpeaba los indistinguibles rostros de sus asaltantes-. ¡Libres!

Y de repente apareció Helmholtz a su lado.

-¡Bien, Helmholtz, bien!

Golpeando también Helmholtz, dijo:

-¡Hombres al fin y al cabo!

Y en el intervalo, lanzando también el veneno a puñados por la abierta ventana:

-¡Sí hombres, hombres!

Y ya no quedaba más veneno que tirar. Alzó la cajita, y mostróles su negro vacío.

-¡Y sois libres!

Aullando, cargaron los Deltas con redoblada furia.

Dudando al margen de la lucha:

-Están perdidos -dijo Bernard y, acuciado por un súbito impulso, corrió adelante en su socorro; pero lo pensó mejor y paróse, avergonzado, prosiguió adelante; de nuevo lo pensó mejor, y detúvose en una agonía de humillante indecisión, pensando que los podían matar si no les ayudaba, y que podían matarle si lo hacía. Entonces (¡bendito sea Ford!) ojirredondos y con el hocico de cerdo de sus máscaras contra gases, llegaron los policías.

Bernard lanzóse a su encuentro. Agitó los brazos; entraba en acción, hacía algo.

-¡Socorro! -gritó varias veces, cada vez más fuerte, para forjarse en sí mismo la ilusión de ayudar-. ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Los policías echaronle a un lado y comenzaron su faena. Tres hombres con pulverizadores sujetos a sus espaldas mediante correas, esparcieron por el aire espesas nubes de soma. Otros dos estaban ocupados en un aparato portátil de música sintética. Armados de pistolas de agua, cargadas con un poderoso anestésico, otros cuatro abríanse camino entre la multitud, dejando metódicamente fuera de combate, con un chorro tras otro, a los más fieros combatientes.

-¡Aprisa, aprisa! -chillaba Bernard-. Los van a matar si no andáis listos. Los...¡Oh!

Cansado de su cháchara, uno de los policías le había disparado su pistola de agua. Bernard estuvo tambaleándose durante uno o dos segundos sobre sus piernas, que parecían haber perdido sus huesos, sus tendones, sus músculos, haberse tomado meras barras de jalea, y luego, ni aún jalea: agua; y cayó en tierra como un fardo.

Súbitamente, desde el aparato de música sintética, comenzó a hablar una voz; la voz de la Razón, la voz de los Buenos Sentimientos. Desarrollábase el rollo sonoro en el discurso sintético número dos (potencia media) contra los motines, extraído de lo profundo de un inexistente corazón:

"Amigos míos, amigos míos" -decía la voz tan patéticamente, con un dejo de reproche tan infinitamente tierno que, aun detrás de sus máscaras contra gases, los ojos de los policías se arrasaron momentáneamente de lágrimas-. "¿Qué es esto? ¿Por qué no estáis unidos? ¿Por qué no sois felices y buenos?"

"Felices y buenos", repetía la voz.

"En paz, en paz".

Tembló volvióse murmullo y momentáneamente expiró.

"¡Oh!, ¡cuánto deseo que seáis felices!" recomenzó con un ardor convencido. "¡Deseo tanto que seáis buenos! ¡Sed buenos, sed bueno. lo ruego!..."

Dos minutos después la voz y los vapores del soma produjeron su efecto. Los Deltas se besaban y acariciábanse, llorando unos a otros, media docena de gemelos a la vez en un comprensivo abrazo. hasta casi lloraban Helmholtz y el Salvaje. Trájose el Economato una nueva provisión de cajitas; se hizo aprisa y corriendo una nueva distribución y, al son de las afectuosas despedidas abaritonadas de la voz, dispersáronse los gemelos, sollozando como si se les partiese el alma.

"¡Salud, amigos, queridos amigos! ¡Que Ford os guarde! ¡Salud, amigos, queridos amigos! ¡Que Ford os guarde! ¡Salid amigos, queridos amigos!..."

Cuando el último de los Deltas hubo salido, el policía cortó la corriente. La voz angélica calló.

-¿Vienen ustedes de buen grado? -preguntó el Sargento- ¿O habrá que anestesiarlos?

Y apuntóles amenazadoramente su pistola de agua.

-¡Iremos de buen grado! -respondió el Salvaje, restañándose alternativamente la sangre de un labio roto, un codo rozado y la mano izquierda mordida.

El pañuelo en su nariz que sangraba. Helmholtz afirmó con la cabeza.

Vuelto ya en sí y recobrando el uso de sus piernas, Bernard había aprovechado este momento para ir hacia la puerta, haciéndose lo menos visible que pudo.

-¡Alto ahí! -gritó el sargento y un policía, con su máscara de hocico de cerdo, cruzó corriendo la sala y púsole una mano en el hombro.

Bernard volvióse con expresión de inocencia ofendida. ¿Escapar? ¡Ni soñado había en tal cosa!

-Aunque, ¿para qué me quiere usted a mí? -dijo al sargento-. No se me ocurre para qué.

-Es usted amigo de los detenidos, ¿no es cierto?

-Bien....-dijo Bernard, y dudó.

No, en realidad no podía negarlo.

-¿Y por qué no había de serlo? -preguntó.

-Venga, entonces -dijo el sargento, y marchó hacia la puerta, y hacia el coche de la policía, que esperaba.

CAPÍTULO XVI

La habitación a la que se les condujo era el despacho del Inspector.

-Su Forderfa bajará dentro de un momento.

El mayordomo Gamma les dejó solos.

Helmholtz rompió a reír a carcajadas.

-Más parece esto una reunión, para tomar una solución de cafeína, que un juicio.

Y dejóse caer en el sillón neumático más lujoso.

-¡Anímate, Bernard! -agregó al tropezar con el semblante verdoso y triste de su amigo.

Pero Bernard no quería que le tranquilizaran; sin responder, sin mirar siquiera a Helmholtz, fue a sentarse en la silla más incómoda de la habitación, cuidadosamente elegida, con la oscura esperanza de aplacar de algún modo la ira de las potencias superiores.

El Salvaje, sin embargo, daba vueltas inquieto alrededor de la pieza, mirando con vaga, superficial curiosidad los libros de los estantes, los rollos de las máquinas de leer en sus numerosos columbarios. En la mesa, bajo la ventana, yacía un grueso volumen, encuadernado en flexible imitación de cuero, con grandes tes áureas estampadas. Cogióle y le abrió: *Mi vida y mi obra, por nuestro Ford*. El libro había sido editado en Detroit por la Sociedad para la Propagación de Conocimientos Fordianos. Perezosamente pasó las páginas, leyendo una sentencia aquí, un párrafo allá, y llegaba a la conclusión de que no le interesaba el libro, cuando abrióse la puerta y el Inspector Mundial de la Europa Occidental entró en la habitación con ligeros pasos.

Mustafá Mond dio la mano a los tres; pero se dirigió al Salvaje.

-Así, pues, no le gusta mucho la civilización, mñster Salvaje -dijo.

El Salvaje le miró. Había venido decidido a mentir, fanfarronear, encastillarse en su silencio; pero, tranquilizado por la inteligente simpatía del rostro del Inspector, decidió decir la verdad sin rodeos.

-No

Y meneó la cabeza.

Bernard se estremeció y miróle horrorizado. ¿Qué iba a pensar el Inspector? Estar fichado como amigo de un hombre que dice que no le gusta la civilización, que lo dice abiertamente y al Inspector en persona, era espantoso.

-Pero, John...-comenzó.

Una mirada de Mustafá Mond le redujo a un abyecto silencio.

-Sin duda -reconoció el Salvaje-, hay cosas muy agradables. Toda esa música aérea, por ejemplo...

-A veces mil sonoros instrumentos - acarician mi oído; otras, mil voces.¹

El rostro del Salvaje se iluminó con un súbito placer.

-¿También le ha leído? -preguntó-. Creía que nadie sabía nada de ese libro en Inglaterra.

-Casi nadie. Soy yo uno de los poquísimos. Está prohibido. Pero como yo hago aquí las leyes, puedo también quebrantarlas. Impunemente, míster Marx -agregó volviéndose hacia Bernard-, pero me temo que usted no pueda hacer otro tanto.

Bernard sumióse en un estado de mayor abatimiento aún.

-Pero, ¿por qué está prohibido? -preguntó el Salvaje.

Con la emoción de haber hallado un hombre que había leído a Shakespeare, olvidaba momentáneamente todo lo demás.

El Inspector se encogió de hombros.

-Porque es viejo; tal es la principal razón. Y aquí no usamos cosas viejas.

-¿Aún cuando sean bellas?

-Sobre todo cuando son bellas. La belleza es atractiva, y no queremos que el pueblo se sienta atraído por las cosas viejas. Queremos que le gusten las nuevas.

-Pero es que las nuevas son estúpidas y horribles. ¡Esas farsas en que sólo hay helicópteros volando por todas partes y donde se sienten personas besándose.

Hizo una mueca.

-¡Cabrones y micos!

Sólo en las palabras de Otelo halló un adecuado vehículo para su odio y desprecio.

-Bonitos animales, no dañinos -murmuró el Inspector a guisa de paréntesis.

-¿Por qué no hacen que lean, mejor, Otelo?

-Ya se lo dije: es viejo. Por otra parte, tampoco entenderían.

Sí, era verdad. Recordó que Helmholtz se había reído de Romeo y Julieta.

-Bueno -dijo tras una pausa-, entonces algo nuevo que se parezca a Otelo y que puedan entenderlo.

-Eso es lo que todos hemos deseado escribir -dijo Helmholtz rompiendo un largo silencio.

-Y lo que jamás escribirán -dijo el Inspector-. Porque si realmente se pareciera a Otelo, ninguno podría entenderlo, aunque fuese nuevo. Y si era nuevo, no se podría parecer a Otelo.

-¿Por qué no?

-Eso es ¿por qué no? -repitió Helmholtz

Él olvidaba a su vez las desagradables realidades de la situación.

Lívido de ansiedad y aprensión, sólo Bernard recordábala, los otros no les hacían caso.

-Por qué no?

-Porque nuestro mundo no es el mismo que el de Otelo. No se pueden hacer automóviles sin acero, y no se pueden hacer tragedias sin inestabilidad social. El mundo es estable ahora. Las gentes son felices; tienen cuanto desean, y no desean nunca lo que no pueden tener. Están a gusto; están seguras; nunca están enfermas; no tienen miedo a la muerte; viven en una bendita ignorancia de la pasión y la vejez; no están cargados de padres ni madres; no tienen esposas, ni amantes que les causen emociones violentas; están acondicionados de tal suerte que, prácticamente, no pueden dejar de comportarse como deben de producirse. Y si cualquiera cosa no anda bien, ahí está el soma. Que habéis arrojado lindamente por la ventana en nombre de la libertad, míster Salvaje. ¡La Libertad! -rió-. ¡Esperar que los Deltas sepan lo que es la libertad! ¡Y ahora esperar que comprendan Otelo! ¡Pobre infeliz!

El Salvaje quedó un momento silencioso.

-A pesar de todo- insistió obstinadamente-. Otelo es bueno. Otelo es mejor que esas películas sensibles.

-Desde luego -dijo el Inspector-. Pero es el precio que hemos pagado por la estabilidad. Hay que escoger entre la dicha y lo que las gentes llamaban antaño arte sublime. Hemos sacrificado el arte sublime. Ahora tenemos las sensibles y el órgano de perfumes.

-Pero no tienen ningún sentido.

-Tienen su propio sentido; representan una porción de sensaciones agradables para el auditorio.

-Pero están....contadas por un idiota.¹

El Inspector se echó a reír.

-No es usted muy amable con su amigo míster Watson, uno de nuestros más distinguidos Ingenieros de emociones.

-Pero tiene razón-dijo sombríamente Helmholtz-. Es idiota. Escribir cuando no hay nada que decir....

-Precisamente. Ello requiere la más enorme habilidad. Hacéis autos con el absoluto mínimo de acero, obras de arte sin prácticamente otra cosa que sensación pura.

El Salvaje meneó la cabeza.

-Todo esto me parece horrible en absoluto.

-Desde luego lo es. La actual felicidad siempre parece muy menguada, en comparación de las compensaciones que brinda la miseria. Y, además, la estabilidad no es ni con mucho tan espectacular como la inestabilidad. Y el estar satisfecho no tiene el encanto de una denodada lucha contra la desgracia, ni el pintoresquismo de una pugna contra la tentación, o de una fatal derrota a manos de la pasión o de la duda. La felicidad nunca es grandiosa.

-Creo que tiene usted razón-dijo el Salvaje, tras un silencio-. Pero, ¿es necesario que sea tan horrible como esos gemelos?- Pasóse la mano por los ojos, cual si quisiese borrar el recuerdo de la imagen de aquellas teorías de idénticos enanos en las mesas de montaje, de aquellos rebaños de enanos formando cola a la entrada de la estación del monorriel en Brentford, de aquellos gusanillos humanos pululando alrededor del lecho de muerte de Linda, el rostro interminable repetido de sus asaltantes. Miró su mano izquierda vendada y se estremeció.

-¡Qué horrible!

-¡Pero qué útil! Veo que no le gustan nuestros grupos Bokanowsky; pero, le aseguro que constituyen el cimiento sobre lo que todo lo demás se construye. Son el giróscopo que estabiliza el avión-cohete del Estado en su inflexible marcha.

La voz profunda vibraba hasta taladrar los oídos; la gesticulante mano parecía representar la potencia y el espíritu de la irresistible máquina. La oratoria de Mustafá Mond rayaba casi tan alto como los modelos sintéticos.

1

Life is a tale

Told by an idiot, full of sound and fury

Signifying nothing.

(Macbeth, V.9)

-No comprendo por qué los tienen -dijo el Salvaje- pudiendo producir lo que se quiera en los envases ¿Por qué no hacen ustedes en cada uno un Alfa-Más-Doble, si se puede lograr?

Mustafá Mond se echó a reír

-Porque no tenemos malditas las ganas de hacernos retorcer el pescuezo -respondió-. Nosotros creemos en la felicidad y en la estabilidad. Una sociedad de Alfas no podría evitar el ser inestable y desgraciada. Imagine una fábrica donde todos fuesen Alfas, es decir, individuos diferenciados y sin parentesco, de buena herencia y acondicionados para ser capaces (con ciertas limitaciones) de escoger libremente y asumir responsabilidades. ¡Imagínela! -repitió.

El Salvaje trató de imaginársela, mas no con muy buen éxito.

-Es absurdo. Un hombre decantado para Alfa. acondicionado para Alfa se volvería loco si tuviese que hacer el trabajo de un Epsilon semienano, se volvería loco o se pondría a destruirlo todo. Los Alfas pueden ser completamente socializados, pero sólo a condición de que trabajen como Alfas. Sólo a un Epsilon se le pueden pedir sacrificios de Epsilon, por la sencilla razón de que no son sacrificios para él; es la línea de menor resistencia. Su acondicionamiento ha tenido los rieles por donde él ha de rodar. No puede impedirlo; está predestinado. Aun después de la decantación, está siempre en el interior de un envase, de un invisible envase de infantiles y embrionarias restricciones. Cada uno de nosotros, desde luego -continuó pensativamente el Inspector- cruza su vida dentro de un envase. Pero si somos Alfas, nuestros envases son, relativamente hablando, enormes. Y sufriríamos intensamente si nos viésemos confinados en un espacio más estrecho. No se puede echar el champaña artificial de las castas superiores en las botellas de la casta inferior. Es teóricamente evidente, pero ha sido demostrado también en la práctica. El resultado del experimento de Chipre fue convincente.

-¿Qué fue eso?

Mustafá Mond sonrió:

-Bien, puede llamarse un experimento de reenvasación, si gustáis. Acaeció en el año 473 de N.F. Los Inspectores hicieron evacuar la isla de Chipre por todos sus habitantes, y recolonizándola con una hornada de veintidós mil Alfas preparada especialmente. Entregóseles maquinaria industrial y agrícola y dejóselas gobernarse por sí solos. El resultado cumplió exactamente todas las predicciones teóricas. Las tierras no se cultivaron bien, hubo huelgas en todas las fábricas; las leyes eran menospreciadas, las órdenes se desobedecían; todas las gentes destinadas a efectuar un trabajo de orden inferior estaban constantemente intrigando para conseguir otro mejor, y todos los empleados en los trabajos superiores contraintrigaban una guerra civil de primer orden. Cuando murieron diecinueve de los veintidós mil, los sobrevivientes pidieron unánimes a los Inspectores Mundiales reasumiesen el gobierno de la isla. Así lo hicieron. Y tal fue el fin de la única sociedad de Alfas que ha habido en el mundo.

El Salvaje suspiró profundamente.

-La población óptima -dijo Mustafá Mond-, es como el iceberg: ocho novenos bajo el agua y uno encima.

-¿Y son felices bajo el agua?

-Más felices que encima. Más felices que sus amigos, por ejemplo -y señaló con el índice

-¿A pesar de su odioso trabajo?

-¿Odioso? No lo creen así ellos. Al contrario, les gusta. Es leve y de una simplicidad infantil. No agota la mente ni los músculos. Siete horas y media de un trabajo leve y muy llevadero, y luego, la ración de *soma*, y deportes y copulación sin trabas y el cine sensible. ¿Qué más pueden pedir? Ciertamente -agregó- que podrían pedir menos horas. Y desde luego podríamos concedérselas. Técnicamente, sería sencillísimo reducir el trabajo de las castas inferiores a tres o cuatro horas al día, pero ¿serían más felices por ello? De ningún modo. Ya se hizo el experimento, hace más de siglo y medio. Irlanda entera se organizó a base de cuatro horas al día. ¿Cuál fue el resultado? revueltas y un aumento en el consumo de *soma*; nada más. Estas tres horas y media suplementarias de ocio estaban tan lejos de ser un manantial de dicha, que las gentes veíanse obligadas a procurarse vacaciones para librarse de ellas. La Oficina de Inventos rebosa de planos de procedimientos para economizar trabajo: a millares...-Mustafá Mond hizo un amplio ademán-. Y ¿por qué? no lo realizamos? Por el bien de los trabajadores; sería pura crueldad al afligirles con un excesivo ocio. Lo mismo ocurre con la agricultura. Podríamos producir por síntesis hasta el último bocado de nuestros alimentos, si quisiéramos. Pero no hacemos tal. Preferimos que un tercio de la población se dedique a los trabajos de la tierra. Y esto en su propio beneficio: sólo porque cuesta más tiempo obtener el alimento de la tierra que de una fábrica. Además, hemos de pensar en nuestra estabilidad. No queremos cambiar. Cada cambio es una amenaza a la estabilidad. Ésta es otra razón por la que estamos tan poco inclinados a aplicar invenciones nuevas. Cada descubrimiento de ciencia pura es potencialmente subversivo; hasta la ciencia ha de ser tratada como un posible enemigo. Sí, hasta la ciencia.

¿La ciencia? El Salvaje frunció el ceño. Conocía la palabra. Pero no podría decir lo que significaba exactamente. Shakespeare y los ancianos del pueblo nunca la habían mencionado, y de Linda solamente había recogido vagas indicaciones: la ciencia era algo con los que se construían helicópteros, algo que os hace reír de las Danzas del Maíz, algo que os preserva de estar enfermo y de que se os caigan los dientes. Hizo un desesperado esfuerzo para comprender lo que quería decir.

-Si -proseguía Mustafá Mond-, ese es otro cargo en el costo de la estabilidad. No es solamente el arte lo incompatible con la dicha, sino también la ciencia. La ciencia es peligrosa; hemos de tenerla cuidadosamente encadenada y amordazada.

-¿Cómo? dijo Helmholtz pasmado -¡Pero si siempre estamos diciendo que la ciencia lo es todo! Es un lugar común hipnopédico.

-Tres veces por semana, desde los trece a los diecisiete años -apoyó Bernard.

-Y toda la propaganda científica que realizamos en la Escuela...

-Sí; pero ¿qué ciencia? -preguntó Mustafá Mond sarcásticamente-. Ustedes no han recibido cultura científica, así que no pueden juzgar. Yo era un físico bastante bueno en mi tiempo. Bastante bueno, lo bastante bueno para comprender que toda nuestra ciencia es ni más ni menos que un libro de cocina, con una ortodoxa teoría del cocinado, que nadie tiene el derecho de poner en duda, y una lista de recetas a las que nada se puede añadir, salvo con especial permiso del Cocinero Mayor. Yo soy ahora el Cocinero Mayor. Pero fui también un galopín curiosillo. Me dio también por cocinar un poco a mi manera. Cocinar heterodoxo, cocinar ilícito. Un poco de verdadera ciencia en suma.

Calló

-Y ¿qué pasó? preguntó Helmholtz Watson.

Suspiró el Inspector.

-Poco más o menos lo que les va a pasar a ustedes, muchachos.

Estuve a punto de que me enviaran a una isla.

Tales palabras galvanizaron a Bernard, produciéndole una violenta y extemporánea actividad.

-¿Mandarme a una isla?

Se puso en pie de un bote, cruzó corriendo el cuarto y detúvose gesticulando ante el Inspector:

-No es posible. No he hecho nada. Fueron los otros. Juro que fueron los otros -y señaló acusadoramente a Helmholtz y el Salvaje-. ¡Oh, se lo ruego, no me mande a Islandia. Le prometo no hacer más que lo que tenga que hacer. Concédame otra oportunidad. Concédame otra oportunidad, por favor -comenzaron a afluirle las lágrimas-. Es culpa suya, nada más que suya -sollozaba-. A Islandia no, su Fordería; a Islandia, no...

Y en un paroxismo de rastrera abyección, arrodillóse ante el Inspector. Mustafá Mond intentó levantarse, pero Bernard persistía en su ahinamiento; su flujo de palabras corría inagotablemente. Al fin el Inspector tuvo que llamar a su cuarto secretario.

-Traiga tres hombres y llévese a míster Marx a un dormitorio. Denle una buena vaporización de *soma* y déjenlo acostado.

El cuarto Secretario salió y volvió con tres lacayos gemelos, uniformados de verde. Se llevaron a Bernard aún sollozando y chillando.

-Cualquiera diría que le iban a cortar el pescuezo -dijo el Inspector, al cerrarse la puerta-. Si tuviese un poco de sentido, comprendería que su castigo es en realidad un premio. Le mandan a una isla. Es decir, le mandan a un lugar donde hallará la compañía de los hombres y mujeres más interesantes que podría encontrar en todo el mundo. Cuantas personas que, por una u otra causa han alcanzado demasiada personalidad para poder adaptarse a la vida en común. Cuantas personas no están conformes con la ortodoxia. Cuantas tienen ideas propias. Cuantas, en una palabra, son alguien. Casi les envidio, míster Watson.

Helmholtz se echó a reír.

-¿Por qué, entonces, no está usted también en una isla?

-Porque, a fin de cuentas, prefiero esto -respondió el Inspector.

Se me dio a escoger: enviarme a una isla, donde hubiese podido continuar mis estudios

de ciencia pura, o entrar en el Consejo de Inspectores, con la perspectiva de llegar con el tiempo a un Inspectorado. Escogí éste y dejé la ciencia

Tras una breve pausa:

-A veces -agregó- me da por añorar la ciencia. La felicidad es un dueño tiránico, sobre todo la felicidad de los demás. Un dueño mucho más tiránico, si no se está acondicionado para aceptar incuestionablemente nada, salvo la verdad.

Suspiró cayó de nuevo en el silencio y continuó luego en un tono más animado:

-En fin, el deber es el deber. No se pueden consultar los propios gustos. Me interesa la verdad, amo la ciencia. Pero la verdad es una amenaza y la ciencia un peligro público. Tan peligrosa cuanto fue benéfica. Nos ha dado el más estable equilibrio de la historia. El de China en comparación, era desesperadamente inseguro; aun los primitivos matriarcados no eran más seguros que nosotros. Gracias, repito, a la ciencia. Pero no podemos permitir a la ciencia deshacer su propia, excelente obra. Por eso limitamos tan cuidadosamente el campo de sus investigaciones, por eso estuve a punto de ser mandado a una isla. No le permitimos ocuparse más que en los problemas más inmediatos del momento. Todas las demás investigaciones se evitan constantemente. Es curioso -prosiguió tras una breve pausa- leer lo que se escribía en tiempo de Nuestro Ford acerca del progreso científico. Parecían haber imaginado que proseguiría indefinidamente, sin tener en cuenta ninguna otra cosa. El saber era el más alto bien; la verdad, el valor supremo; todo lo demás era secundario y subordinado. Ciertamente las ideas comenzaban a cambiar por entonces. Nuestro Ford mismo hizo mucho por quitar prestigio a la verdad y la belleza y dárselo al confort y la felicidad. La producción en masa exigía este cambio. La felicidad universal conserva los engranajes funcionando con regularidad; la verdad y la belleza, no. Y desde luego, siempre que las masas obtenían el poder político, era la felicidad, más bien que la verdad y la belleza, lo que interesaba. Pero, a pesar de todo, se permitían aún las investigaciones científicas sin restricciones, continuábase hablando de la verdad y la belleza como si fueran los soberanos bienes. Así siguió hasta la Guerra de los Nueve años. Ésta hizo cambiar de tono. ¿Con qué se comen la belleza o el saber cuando las bombas de ántrax estallan a vuestro alrededor? Fue entonces cuando, por primera vez, la ciencia comenzó a ser vigilada: tras la Guerra de los Nueve años. Las gentes estaban dispuestas hasta a que se les vigilasen sus apetitos. Cualquier cosa a cambio de vivir tranquilos. Siempre hemos vigilado desde entonces. Claro es que esto no ha sido muy bueno que digamos para la verdad. Pero sí para la felicidad. Todo tiene su precio. La felicidad había que pagarla. Usted la paga, míster Watson, la paga porque le interesa demasiado la belleza. Yo, que me interesaba mucho por la verdad, también la he pagado.

-Pero usted no fue a una isla -dijo el Salvaje, rompiendo un largo silencio.

Sonrió el Inspector.

-Así es como lo he pagado. Escogiendo servir a la felicidad. La de los otros, no la mía. Es una suerte -agregó tras una pausa- que haya en el mundo una porción de islas. No sé qué haríamos sin ellas. Les meteríamos a ustedes en la cámara asfixiante, creo. A propósito, míster Watson, ¿le gustaría un clima tropical? ¿Las Marquesas, por ejemplo, o Samoa? ¿O bien algo más vivificante?

Helmholtz alzóse de su sillón neumático.

-Preferiría un clima malo -respondió-. Me parece que podría escribir mejor si el clima fuera malo. Si hay en abundancia vientos y tempestades, por ejemplo... El Inspector aprobó con un signo de cabeza.

-Me gusta su temple míster Watson. Mucho, en verdad. Tanto como oficialmente le desapruébo.

Sonrió

-¿Qué tal las islas Falkland?

-Sí, creo que servirán -respondió Helmholtz-. Y ahora, si no le parece mal, iré a ver cómo anda el pobre Bernard.

CAPÍTULO XVII

-Arte, ciencia... Me parece que habrá pagado muy cara su felicidad -dijo el Salvaje, cuando se quedaron solos-. ¿Algo más aún?

-Sí, la religión ni qué decir tiene -replicó el Inspector-. Había antes algo que se llamaba Dios, antes de la Guerra de los Nueve Años. Pero, me olvidaba, supongo que sabe usted lo que es Dios.

-La verdad....-El Salvaje titubeaba. Hubiese querido decir algo acerca de la soledad, acerca de la noche, acerca de la mesa yaciendo lívida bajo la luna, del precipicio, de la buceada en las sombras tinieblas, de la muerte. Hubiese querido hablar, pero le faltaron palabras. Ni aun en Shakespeare.

El Inspector, entre tanto, había atravesado la habitación y abría una gran caja de caudales empotrada en el muro entre estantes de libros. La pesada puerta se abrió. Rebuscando en la oscuridad de la caja:

-He aquí algo -dijo- que me ha interesado siempre mucho -Sacó un grueso volumen negro-. No habrá leído esto nunca, me parece.

El Salvaje cogióle.

-La Santa Biblia, que contiene el Antiguo y el Nuevo Testamento, -leyó en voz alta en la portada.

-Ni éste.

Era un librito, que había perdido la cubierta: La Imitación de Cristo.

-Ni éste.

Y también otro volumen: *Las Variedades de la Experiencia Religiosa* por William James.

-Y tengo aún muchos más -continuó Mustafá Mond volviendo a su silla -Toda una colección de libros pornográficos. Dios. en la caja y Ford en los anaqueles

Y señaló riendo su biblioteca oficial, los anaqueles de libros, los bastidores llenos de bobinas de máquinas de leer y de rollos de impresión sonora.

-Pero, si sabe usted de Dios, ¿por qué no les habla de él? -preguntó indignado el Salvaje-. ¿Por qué no les da estos libros sobre Dios?

-Por la misma razón que no les damos Otelo: son viejos; hablan de Dios como hace cientos de años. No como es ahora.

-Pero Dios no cambia.

-Pero los hombres, sí.

¿Y qué importa eso?

-Todo un mundo de diferencia -dijo Mustafá Mond-. Se levantó otra vez y fué a la caja. Había un hombre que se llamaba el Cardenal Newman -dijo-: un Cardenal -explicó entre paréntesis- es una especie de Archichantre.

-"Yo, Pandulfo, Cardenal de Milán la bella...¹ He leído algo de esto en Shakespeare.

-Seguramente. Bueno, como iba diciendo, había un hombre llamado el cardenal Newman. ¡Ah aquí está el libro! -Le sacó- Y ya que estoy sobre esto, voy a coger este otro también. Es de uno que se llamaba Maine de Biran. Era un filósofo, si es que sabe usted lo que esto era.

-Un hombre que sueña menos cosas que existen en el cielo y la tierra² -dijo prontamente el Salvaje.

-Muy bien. Dentro de un momento leeré una de las cosas que soñó. Entre tanto, escuche lo que dice este viejo Archichantre. -Abrió el libro por un lugar señalado con una tira de papel y empezó a leer-: "No somos más nuestros que nuestro es lo que poseemos. No habiéndonos nosotros hecho a nosotros mismos, no podemos tener potestad suprema sobre nosotros mismos. No somos nuestros dueños. Somos propiedad de Dios. ¿No consiste nuestra felicidad en mirar las cosas de este modo? ¿Es, desde cualquier punto que se mire, una dicha o un consuelo considerar que somos nuestros dueños? Pueden pensar tal los jóvenes y los afortunados. Estos pueden creer que es una gran cosa poder ordenarlo todo a su gusto, no depender de nadie, como ellos suponen, no tener que pensar en nada que no se vea, verse libre del fastidio del continuo reconocimiento, de la continua plegaria, del continuo recordatorio de que han de hacer la voluntad de otro. Pero conforme el tiempo pasa, ellos, como todos los demás hombres, hallan que la independencia no se hizo para el hombre,

1 King John. II.1.

2 There are more things in heaven and earth. Horatio
Than are dreamt of in your philosophy
(Hamlet I, 5)

que es un estado antinatural, que puede satisfacer durante algún tiempo, pero que no nos lleva seguros, hasta el fin..." -Mustafá Mond detúvose, dejó el primer libro y, cogiendo el otro, hojeólo. Esto, por ejemplo -dijo, y con voz profunda volvió a leer-: "Envejece el hombre; percibe un sentimiento radical de flaqueza, de cansancio, de malestar, que acompaña al avance de la edad; y, al sentirse, así, se cree enfermo, adormece sus temores pensando que aquel penoso estado se debe a una causa determinada, de la que, cual de una enfermedad, espera curarse. ¡Vanas imaginaciones! La enfermedad es la vejez; y es bien desagradable. Dícese que es el miedo a la muerte y de lo que vendrá después el que vuelve religiosos a los hombres conforme entran en años. Pero mi propia experiencia me ha llevado a la convicción de que, completamente aparte de toda clase de terrores e imaginaciones, el sentimiento religioso tiende a desarrollarse, conforme vamos para viejos, a causa de que, calmadas las pasiones, la imaginación y la sensibilidad menos excitadas y excitables, la razón está menos turbada en sus funciones, menos oscurecida por imágenes, deseos y distracciones que de continuo, le absorbían; entonces Dios surge como de detrás de una nube; nuestra alma siente, ve, tiende hacia la fuente de toda luz; natural e inevitablemente; pues ahora que todo cuanto da vida y encanto al mundo de las sensaciones ha comenzado a huir de nosotros; ahora que la existencia fenoménica no está mantenida por las impresiones internas y externas, sentimos la necesidad de apoyarnos sobre algo que permanezca y que no nos engañe, una realidad, una absoluta y eterna verdad. Sí, volvemos inevitablemente a Dios; pues este sentimiento religioso es de índole tan pura, tan delicioso para el alma que la experimenta, que nos compensa de todas las demás pérdidas..." -Mustafá Mond cerró el libro y se recostó en su sillón-. Una de las muchas cosas del cielo y de la tierra sobre las que estos filósofos no soñaron fue esto (movió su mano): nosotros, el mundo moderno. "Sólo se puede ser independiente de Dios mientras se es joven y afortunado; la independencia no nos lleva, seguros, al fin". Bueno, pues nosotros tenemos juventud y fortuna hasta el fin. ¿Qué se deduce? Evidentemente, que podemos ser independientes de Dios. "El sentimiento religioso nos compensa de todas las demás pérdidas." Pero es que nosotros no tenemos pérdidas que compensar, el sentimiento religioso es superfluo. Y ¿para qué buscar un sucedáneo de los deseos juveniles, cuando los deseos juveniles no nos faltan? ¿Ni un sucedáneo de distracciones, cuando seguimos gozando de todas las antiguas bagatelas hasta el fin? ¿Qué necesidad tenemos de reposo, si nuestras almas y nuestros cuerpos continúan deleitándose con la actividad? ¿ni de consuelos, cuando tenemos el soma. ¿Ni de algo inmutable, cuando existe el orden social?

-¿Creen entonces que no hay Dios?

-No; creo que muy probablemente lo hay.

-¿Por qué, entonces...?

Mustafá Mond le detuvo.

-Pero se manifiesta de diversas maneras a los diversos hombres. En los tiempos premodernos se manifestaba como el ser que se describe en estos libros. Ahora...

-¿Cómo se manifiesta ahora? -preguntó el Salvaje.

-Bien; se manifiesta como una ausencia: como si no existiese en absoluto.

-Culpa de ustedes.

-Diga culpa de la civilización. Dios no es compatible con las máquinas y la medicina científica y la felicidad universal. Hay que escoger. Nuestra civilización ha escogido las máquinas

y la medicina y la felicidad. Por eso tengo que guardar estos libros encerrados en la caja de caudales. Son pura inmundicia. La gente se escandalizaría si...

El Salvaje le interrumpió:

-¿Pero no es natural sentir que hay Dios?

-Lo mismo podría usted preguntar si es natural cerrar pantalones con cremallera -dijo el Inspector sarcásticamente-. Me recuerda otro de los antiguos, llamado Bradley. Definía la filosofía como la invención de una mala razón para lo que creemos por instinto. ¡Como si se creyese nada por instinto! Uno cree las cosas porque ha sido acondicionado para creerlas. Inventar malas razones para lo que se cree por otras malas razones: tal es la filosofía. La gente cree en Dios porque ha sido acondicionada para creer en Dios.

-Pero, a pesar de los pesares -insistió el Salvaje-, es natural creer en Dios cuando estamos solos, completamente solos, de noche, pensando en la muerte...

-Pero nadie está nunca solo ahora -dijo Mustafá Mond-. Les hacemos odiar la soledad; y disponemos sus vidas de suerte que les sea casi imposible lograrla.

El Salvaje asintió tristemente con la cabeza. En Malpaís, había sufrido al verse excluido de las comunes actividades del pueblo; en el civilizado Londres sufría por no poder librarse de esas comunes actividades, ni estar tranquilamente solo.

-¿Se acuerda de aquel pasaje del *Rey Lear*? -dijo por último el Salvaje-. "Los dioses son justos, y de nuestros agradables vicios hacen instrumentos para atormentarnos; el lugar corrompido y sombrío donde te concibió, cuéstale los ojos"; y Edmundo responde, como recordará, malherido, agonizante: "Bien dicho; es verdad. La rueda ha dado toda la vuelta; y aquí estoy." ¿Qué me dice ahora? ¿No parece, según eso, que hay un Dios dirigiendo las cosas, castigando, premiando?

-¿Sí, eh? -preguntó el Inspector a su vez-. Puede entregarse a cuantos agradables vicios quiera con una neutra, sin correr el riesgo de que le saque los ojos la querida de su hijo. "La rueda ha dado la vuelta; y aquí estoy." Pero ¿dónde estaría Edmundo en nuestros días? Sentado en un sillón neumático, el brazo alrededor del talle de una chica, chupando su goma de mascar de hormona sexual, en un cisne sensible. Los dioses son justos. Sin duda. Pero su código de leyes se dicta, en última instancia, por las gentes que organizan la sociedad; la Providencia recibe órdenes de los hombres.

-¿Está seguro? -preguntó el Salvaje-. ¿Está bien seguro de que el Edmundo del sillón neumático no ha sido tan duramente castigado como el Edmundo ensangrentado y herido de muerte? Los dioses son justos. ¿No habrán hecho uso de sus agradables vicios para degradarle?

-¿Degradarle de qué? Como ciudadano feliz, trabajador y buen consumidor, es perfecto. Claro está, si escoge usted otras normas diferentes de las nuestras, quizá pueda decir que está degradado. Pero hay que atenerse a una serie de postulados. No se puede jugar al Golf Electromagnético siguiendo las reglas de la Pelota Centrífuga.

-No reside el valor en el capricho -particular -dijo el Salvaje-. La dignidad y estima - conserva igual en donde era preciosa como en la tienda de quien la cautiva.¹

-Vaya, vaya -protestó Mustafá Mond-; eso es ir demasiado lejos, ¿no le parece?

-Si se permitieran pensar en Dios, no se dejarían degradar por agradables vicios. Tendrían una razón para llevar las cosas con paciencia y para ejecutarlas con valor. Yo lo he visto en los Indios.

-Estoy seguro de ello -dijo Mustafá Mond-. Pero nosotros no somos Indios. Un hombre civilizado no tiene ninguna necesidad de soportar nada que sea realmente desagradable. Y en cuanto a hacer las cosas, ¡Ford le libre de que tal idea se le pase por la cabeza! Se trastornaría todo el orden social si los hombres se pusiesen a hacer cosas por su cuenta y riesgo.

-¿Y el renunciamento? Si tuvieran un Dios, tendrían una razón para el renunciamento.

-Pero la civilización industrial es sólo posible cuando no hay renunciamento. El goce hasta los límites que impone la higiene y la economía. Sin esto, el mecanismo cesa de funcionar.

-¿Había una razón para la castidad! -dijo el Salvaje, enrojeciendo un poco al pronunciar estas palabras.

-Pero castidad significa pasión, castidad significa neurastenia. Y pasión y neurastenia significan inestabilidad. E inestabilidad significa el fin de la civilización. No puede haber una civilización duradera sin abundancia de agradables vicios.

-Pero Dios es la razón de ser de todo lo noble y hermoso y heroico. ¡Si tuviesen un Dios..!

-Mi joven y querido amigo -dijo Mustafá Mond-, la civilización no tiene en absoluto necesidad de nobleza ni de heroísmo. Ambas cosas son síntomas de ineficacia política. En una sociedad bien organizada como la nuestra, nadie tendrá ocasión de ser noble ni heroico. Es preciso que las circunstancias se hagan fundamentalmente inestables para que tal ocasión pueda surgir. Donde hay guerras, donde hay juramentos de fidelidad, donde hay tentaciones que resistir, donde hay objetos de amor por qué luchar, o qué defender, allí, naturalmente, nobleza y heroísmo tienen una explicación. Pero hoy ya no hay guerras. Se tiene el mayor cuidado de preservarse de amar a nadie demasiado. No hay juramentos de fidelidad; está uno acondicionado de tal suerte que no puede dejar de hacer lo que tiene que hacer. Y lo que tiene que hacer es, en conjunto, tan agradable, tantos impulsos naturales se dejan manifestar libremente, que no hay en realidad tentaciones que resistir. Y si, por una desgraciada causalidad, le pasa a uno algo desagradable, siempre queda el *soma* que le permite evadirse de la realidad. Siempre queda el *soma* para calmar su cólera, para reconciliarle a uno con sus enemigos, para volverle paciente y sufrido. Antaño, sólo podían lograrse estas cosas realizando un gran esfuerzo y tras años y años de disciplina moral. Ahora se traga uno, dos o tres tabletas de medio gramo, y se acabó. Todos pueden ser buenos ahora. Pueden llevar consigo, en un frasquito, la mitad cuando menos de su moralidad. Cristianismo sin lágrimas, tal es el *soma*.

¹ But value dwells not in particular will.
It holds his estimate and dignity
As well wherein 'tis precious in itself
As in the prizer

(Troilus and Cressida. II.7.)

-Pero las lágrimas son necesarias. ¿No recuerda lo que dice Otelo? "¡Si tras cada tempestad vienen tales calmas, soplen los vientos hasta que despierten a la muerte!". Un indio viejo solía contarnos la historia de la Muchacha de Matsaki. Los jóvenes que querían casarse con ella, tenían que pasar una mañana cavando su jardín. Parecía fácil, pero había moscas y mosquitos encantados. La mayoría de los jóvenes no podían resistir las picaduras. Pero uno que pudo, aquel obtuvo la chica.

-¡Precioso pero en los países civilizados -dijo el Inspector- se pueden tener muchachas sin cavar para lograrlas; y no hay moscas ni mosquitos que le piquen. Hace ya siglos que nos hemos librado de ellos por completo.

Asintió el Salvaje frunciendo las cejas.

-Se han librado, cierto. Lo de siempre. Se libran de todo lo desagradable en vez de aprender a soportarlo. *Pero es más noble sufrir en el alma- los golpes y saetas de la suerte, -o tomando las armas contra un piélago - de desgracias, triunfar de ellas al fin..¹* Pero ustedes no hacen ni lo uno ni lo otro. Ni sufren ni luchan. Se contentan con abolir en redondo tiros y saetas. Demasiado fácil.

Calló bruscamente, pensando en su madre. En su cuarto del piso treinta y siete, Linda había flotado en un mar de canoras luces y perfumadas caricias, flotado fuera, fuera del espacio, fuera del tiempo, fuera de la prisión de sus recuerdos, de su hábitos, de su carne vieja y fofa. Y Tomakín, Ex Director de Incubación y Acondicionamiento, estaba también de vacaciones, huyendo de la humillación y la amargura en un mundo donde no podía oír aquellas palabras, aquellas risas burlonas, donde no podía ver aquella faz horrible, aquellos sudorosos y flácidos brazos en torno a su cuello, en un bellissimo mundo...

-Les hace falta -prosiguió el Salvaje- algo que cueste lágrimas. Nada cuesta aquí nada.

("Doce millones y medio de dólares -había protestado Henry Foster cuando el Salvaje se lo dijo una vez-. Doce millones y medio; tal es el costo del nuevo Centro de Acondicionamiento. Ni un céntimo menos").

-Exponer lo mortal y lo inseguro -desafiando al azar, peligro y muerte - aunque por una cáscara de huevo sea tan sólo.² ¿No vale eso nada? -preguntó mirando a Mustafá Mond-. Aun prescindiendo de Dios, y eso que Dios, desde luego, sería una razón para ello, ¿no vale nada vivir peligrosamente?

-¡Ya lo creo que vale! -replicó el Inspector-. Hombres y mujeres necesitan que se les estimule de tiempo en tiempo las glándulas suprarrenales.

-¿Qué? -preguntó, sin comprender, el Salvaje.

-Es uno de los requisitos de la perfecta salud. Por eso hemos puesto obligatorios los tratamientos de S. P. V.

1 Whether tis worthier in the mind to suffer
The slings and arrows of outrageous fortune,
Or to take arms against a sea of troubles,
And by opposing end them.

(Hamlet, III, 1).

2 Exposing wath is mortal and unsure
To all that fortune, death and danger dare,
Even for an eggshell

(Hamlet, IV, 4)

-S. P. V. el valor...
-Sucedáneo de Pasión Violenta. Generalmente una vez. Irrigamos el organismo con adrenalina. Es el completo equivalente fisiológico del miedo y de la cólera. Todos los efectos tónicos de la muerte de Desdémona y el hecho de ser muerta por Otelo, sin ninguno de sus inconvenientes.

-Pero es que me gustan los inconvenientes.

-Pues a nosotros, no -dijo el Inspector-. Preferimos hacer las cosas cómodamente.

-Pero yo no quiero la comodidad. Yo quiero a Dios, quiero la poesía, quiero el verdadero riesgo, quiero la libertad, quiero la bondad. Quiero el pecado.

-En resumen -dijo Mustafá Mond-: usted reclama el derecho de ser desgraciado.

-Bueno, vaya -dijo el Salvaje-: reclamo el derecho de ser desgraciado.

-Sin hablar del derecho a envejecer y volverse frío e impotente; el derecho a tener sífilis y cáncer; el derecho a tener poco que comer; el derecho a ser piojoso; el derecho a vivir en constante inquietud por lo que ocurrirá mañana; el derecho a pescar la tifoidea; el derecho a ser atormentado por indecibles dolores de todas clases.

Siguió un largo silencio.

-Los reclamo todos -dijo por último el Salvaje.

Mustafá Mond se encogió de hombros.

-Por nosotros, concedidos

CAPÍTULO XVIII

La puerta estaba entreabierta; entraron.

-¡John!

Del cuarto de baño vino un ruido desagradable y característico.

-¿Te pasa algo? -gritó Helmholtz.

No hubo respuesta. El ruido desagradable se repitió otras dos veces; nuevo silencio. Luego, con un clic metálico, la puerta del cuarto de baño abrióse y, muy pálido, apareció el Salvaje.

-¡Qué mala cara tienes, John! -exclamó Helmholtz solícitamente.

-¿Te ha sentado mal algo que has comido? -preguntó Bernard.

El Salvaje asintió con la cabeza.

-He comido civilización.

-¿Qué?

-Me ha envenenado; estaba manchado. Y entonces -agregó en voz más baja- he comido mi propio pecado.

-Bueno; pero ¿qué exactamente? ... Quiero decir ahora...

-Ahora ya estoy purificado -dijo el Salvaje-. He bebido mostaza en agua tibia.

Los otros le miraron pasmados.

-¿Quieres decir que lo has hecho a propósito? -preguntó Bernard.

-Así se purifican siempre los indios. -Sentóse y, suspirando, se pasó la mano por la frente. Quiero descansar un momento -dijo-. Estoy algo cansado.

-Bueno, no me sorprende -dijo Helmholtz. Y tras un silencio-. Venimos a decirte adiós -prosiguió en otro tono-. Marchamos mañana por la mañana.

-Sí marchamos mañana por la mañana -dijo Bernard, en cuyo rostro observó el Salvaje una expresión nueva, de resuelta resignación-. Y de paso, John -continuó inclinándose sobre su silla y poniendo una mano en las rodillas del Salvaje-, querría decirte cuánto deploro lo ocurrido ayer. -Enrojació-. Cuán avergonzado estoy -prosiguió, a pesar de lo incierto de su voz-; cuánto, en realidad...

El Salvaje, paróle en seco y, tomando su mano, se la estrechó afectuosamente.

-Helmholtz se ha portado muy bien conmigo -continuó Bernard tras una breve pausa-. Si no llega a ser por él, habría...

-¡Calla, calla! -protestó Helmholtz.

Hubo un silencio. A pesar de su tristeza -a causa de ella quizá, pues su tristeza era el síntoma del afecto que sentían unos por otros-, los tres jóvenes se sentían felices.

-He ido a ver al Inspector esta mañana -dijo por fin el Salvaje.

-¿Para qué?

-Para preguntarle si podía ir a las islas con vosotros.

-Y ¿qué ha dicho? -preguntó ávidamente Helmholtz.

El Salvaje meneó la cabeza.

No ha querido dejarme.

-¿Por qué?

-Dice que quiere continuar el experimento. Pero, que me lleven los demonios -agregó el Salvaje, con un súbito furor-, que me lleven los demonios si continúo siendo sujeto de experimentos. Ni por todos los inspectores del mundo. También yo me iré mañana.

-Pero ¿cómo? -preguntaron los otros a coro.

El Salvaje se encogió de hombros.

-A cualquier sitio. Lo mismo me da. Con tal de que pueda estar solo.

Desde Guildford, la línea descendente seguía el valle de Wey hasta Godalming. Luego, por encima de Milford y Witley, se dirigía a Haslemere y, cruzando Petersfield, hacia Portsmouth. Aproximadamente paralela a ella, la línea ascendente pasaba sobre Worplesden, Tongham, Puttenham, Elstead y Grayshott. Entre Hog's Back y Hindhead, había sitios en que ambas líneas no estaban separadas más que por cinco o seis kilómetros. La distancia era demasiado pequeña para los aviadores descuidados, particularmente de noche y cuando habían tomado un medio grado de más. Había habido accidentes. Algunos serios. Se decidió desviar la línea ascendente algunos kilómetros al Oeste. Entre Grayshott y Tongham cuatro faros aéreos abandonados señalaban la dirección de la antigua ruta de Portsmouth a Londres. El cielo sobre ellos estaba ahora silencioso y desierto. Por encima de Selborne, Borden y Farnham, era por donde pasaban sin cesar los helicópteros, zumbando y rugiendo.

El Salvaje había escogido para su eremitorio el viejo faro situado en la cima de la colina entre Puttenham y Elstead. El edificio era de cemento armado y hallábase en excelente estado, casi con demasiadas comodidades, pensó el Salvaje cuando por primera vez exploró aquellos lugares, casi demasiado lujosamente civilizado. Tranquilizó su conciencia prometiéndose compensarlo mediante una autodisciplina más dura, con purificaciones más completas y radicales. Su primera noche en el eremitorio fue deliberadamente una noche de insomnio. Pasó las horas rezando de hinojos, ya el Cielo del que el culpable Claudio mendigó su perdón, ya en zúñi a Awonawilona, ya a Jesús y Fukong, ya a su propio animal tutelar, el águila. De tiempo en tiempo extendía sus brazos cual si estuviese en una cruz, y tenía así durante largos minutos de dolor que aumentaba gradualmente hasta convertirse en trémula y penosa agonía; tenía así, en voluntaria crucifixión, mientras repetía, con los dientes apretados (el sudor, entre tanto, corría por su faz):

-¡Oh, perdóname! ¡Purifícame! ¡Oh, ayúdame a ser bueno! -una y otra vez, hasta estar a punto de desfallecer de dolor.

Cuando vino la mañana, sintió que había ganado el derecho de habitar en el faro; sí, aunque hubiese cristales en casi todas las ventanas, aunque tuviese tan buenas vistas desde la plataforma. Pues la propia razón por qué escogió el faro habíase convertido casi instantáneamente en una razón para irse a vivir a cualquier otro sitio. Había decidido vivir allí por las buenas vistas, porque, desde aquel descolgado punto, le parecía contemplar a lo lejos la encarnación de un ser divino. Pero ¿quién era él para verse colmado diariamente, y aun cada hora, con la visión de la belleza? ¿Quién era él para vivir en la visible presencia de Dios? Todo cuanto merecía para vivir era alguna inmundicia zahúrda, algún sombrío agujero bajo tierra.

Encorvado y dolorido tras su larga noche de penitencia, pero por la misma razón interiormente tranquilo, trepó a la plataforma de su torre, y miró el resplandeciente mundo del amanecer donde había reconquistado el derecho a habitar. Al Norte, la vista estaba limitada por la larga arista gredosa del Hog's Back, detrás de cuya extremidad oriental alzábanse las torres de los siete rascacielos que formaban Guildford. Al verlos, hizo el Salvaje una mueca; pero con el tiempo llegaría a reconciliarse con ellos; pues por la noche titilaban alegremente con geométricas constelaciones, o bien, iluminados por los reflectores, señalaban con sus dedos luminosos (con un ademán cuyo significado nadie, salvo el Salvaje, comprendía a la sazón en Inglaterra) solemnemente hacia los insondables misterios de los cielos.

En el valle que separaba el Hog's Back de la arenosa colina en que se emplazaba el faro, Puttenham era un modesto pueblecillo, de nueve pisos, con silos, una granja de avicultura y una pequeña fábrica de vitaminas D. Al otro lado del faro, hacia el Sur, la tierra descendía en largas pendientes pobladas de malezas hasta una cadena de lagunas.

Más allá, descolgando de los bosques intermedios, se esgueña la torre de catorce pisos de Elstead. Enfadadas entre el húmedo ambiente inglés, Hindhead y Selborne atraían los ojos con su azul lejano y romántico. Pero no eran tan sólo las lejanías las que habían atraído al Salvaje a su fero; las irreflexiones eran tan seductoras como aquéllas. Los bosques los campos llenos de brezos y amarillas rebanas, los arboles de pinos de Escocia, las luminosas charcas con sus esbeltos abedules, sus nenúfares, sus lotos de juncos, todo era muy bello, y, para unos ojos acostumbrados a la aridez del desierto americano, asombroso. ¡Y qué soledad! Se pasaban los días sin ver un ser humano. El faro estaba sólo a un cuarto de hora de vuelo en la Torre de Charing-T; pero las montañas de Malpais difícilmente serían más solitarias que esta tierra de Surrey. Las muchedumbres que diariamente dejaban Londres, dejábanse sólo para ir a jugar al golf electromagnético o al tenis. Puttenham no tenía campos, y las prateras de Reimann, más próximas, estaban en Guildford. Flores y paisajes eran aquí las únicas distracciones. Y como no había ninguna razón para venir, nadie venía. Durante los primeros días, el Salvaje vivió sólo y tranquilo.

La mayor parte del dinero que a su llegada recibió John para sus gastos, había gastado en equiparse. Antes de dejar Londres, compró cuatro mantas de lana de glutina, cuerdas y bramantes, clavos, cinta, algunas herramientas, cerillas (si bien pensaba más adelante construirse un parahuso para hacer fuego), algunos pucheros y cacerotas, dos docenas de paquetes de semillas y diez kilogramos de harina de algodón.

-No harina artificial de almidón sintético y residuos de algodón -había insistido-. Aun cuando sea mala nutritiva.

Pero cuando se trató de las galletas panglandulares y de la carne de vaca artificial vitamizada, no pudo resistir a la persuasiva elocuencia del tendero. Contemplando ahora los botes de hojizata, se recordaba su debilidad amargamente. ¡Odiosos productos civilizados! Había resuelto no comerlos nunca, aun cuando se muriese de hambre.

"Así aprendería", pensó vindicativamente. Así aprendería él también.

Costó el dinero. Lo poco que le quedaba le bastaría, a su parecer, para pasar el invierno. Desde la próxima primavera su huerto le produciría con qué hacerse independiente del mundo exterior. Mientras tanto, siempre habría caza. Había visto muchos conejos, y había también aves acuáticas en las lagunas. Empezó a hacer un arco y flechas.

Crecían fresnos junto al faro y, para las astas de las saetas, todo un sotillo de avellanos jóvenes, magníficamente derechos. Comenzó por derribar un fresno joven, cortó unos dos metros del tronco sin ramas, le descortezó y, capa por capa, quitó toda la albura, como el anciano Mitsima le había enseñado, hasta que quedó una vara de su altura, rígida y gruesa en el centro, nerviosa y viva en los adelgazados extremos. El trabajo prodújole un intenso placer. Tras aquellas semanas de ociosidad en Londres, sin tener que hacer más, cuando quería alguna cosa, que oprimir un conmutador o dar vuelta a una manivela, era una pura delicia hacer algo que precisara habilidad y paciencia.

Había casi terminado de labrar la vara, cuando se dio cuenta con sobresalto que estaba cantando, ¡cantando! Fue como si se cayese desde fuera dentro de sí mismo; se había traicionado de súbito, cogido a sí mismo en flagrante delito. Enrojeció como un culpable. No había venido allí para divertirse y cantar, sino para escapar de la contaminación inmundicia de la vida civilizada; sino para purificarse y hacerse bueno, para redimirse mediante el trabajo. Comprobó, entristecido, que, absorto con la talla de su arco, había olvidado lo que se juró a sí mismo recordar siempre: la pobre Linda, y su dureza asesina para con ella, y aquellos odiosos gemelos, bullendo como piojos en torno al misterio de su muerte, insultando con su presencia, no sólo su propia pena y arrepentimiento, sino a los dioses mismos. Había jurado recordarlos siempre, había jurado repararlos incesantemente. Y he aquí que estaba, sentado, trabajando feliz en la vara de su arco, cantando, sí, cantando... Entró, abrió la caja de mostaza, y puso a calentar agua en el fuego.

Media hora después, tres Deltas-Menos, trabajadores del campo de uno de los Grupos Bokanowsky de Puttenham, que por causalidad iban en un camión a Elstead, vieron atónitos, desde la cima de la colina, un joven de pie ante el faro abandonado, desnudo hasta la cintura, azotándose con unas disciplinas de cuerdas con nudos. Su espalda estaba listada horizontalmente de escarlata y de cada una de estas listas corrían hilillos de sangre. El conductor paró el camión a un lado del camino y contempló, juntamente con sus dos compañeros, boquiabierto y con los ojos desorbitados, el extraordinario espectáculo. -Uno, dos, tres-, contaron los golpes. Al octavo, el joven interrumpió su autocastigo, y corrió a la orilla del bosque a vomitar violentamente. Cuando hubo terminado, cogió las disciplinas y comenzó a azotarse otra vez. Nueve, diez, once, doce....

-¡Ford! -murmuró el chofer. Y sus gemelos fueron de la misma opinión.

-¡Fordey! -dijeron.

Tres días después, como buharros sobre una carroña, vinieron los reporteros.

Seco y endurecido sobre un fuego manso de leña verde, estaba presto el arco. El Salvaje estaba ocupado en su flechas. Treinta varas de avellano habían sido cortadas y secadas, provistas de un agudo clavo y con la necesaria muesca. Había hecho cierta noche una escapatoria a la granja avícola de Puttenham, y tenía las suficientes plumas para equipar toda una armería. Estaba emplumando las astas de las flechas, cuando hallóle el primero de los reporteros. Sin hacer ruido, a causa de sus zapatos neumáticos, acercósele por la espalda.

-Buenos días, míster Salvaje -dijo-. Soy el corresponsal del *Radio Horario*.

Sobresaltado como por la picadura de una víbora, el Salvaje se puso en pie de un salto, desparramando en todas direcciones flechas, plumas, cola y pincel.

-Usted dispense -dijo el reportero, sinceramente apenado-. No tenía intención...

Llevóse la mano al sombrero (el tubo de chimenea de aluminio en que llevaba su receptora y emisora de radio).

-Dispéñeme que no me lo quite -dijo-. Es un poco pesado. Bueno, como iba diciendo, soy el representante del *Radio*...

-¿Qué desea? -preguntó el Salvaje, mirándole de soslayo.

El reportero devolvióle, en cambio, su más agradable sonrisa.

-Bueno, nuestros lectores se interesan mucho por...

Púsose de perfil, su sonrisa tomó un tinte de coquetería.

-Sólo una palabra suya, mister Salvaje.

Y rápidamente, con una serie de movimientos rituales, desarrolló dos alambres conectados a la batería portátil que llevaba arrollada a la cintura; enchufóla simultáneamente en los lados de su sombrero de aluminio; tocó un resorte en la copa, y surgieron antenas; tocó otro en el borde, y como un muñeco de una caja mágica, salió el micrófono y quedó suspendido temblequeando a quince centímetros de su nariz; bajó los dos receptores hasta sus orejas; apretó un conmutador en el lado izquierdo de su sombrero, y del interior llegó un ligero zumbido de avispas; giró un botón hacia la derecha, y el zumbido interrumpióse por un silbido y un tosiqueo estetoscópicos, por hipos y chillidos repentinos.

-¡Hola! -dijo al micrófono-, ¡hola, hola!

Sonó un timbre en el sombrero.

-¿Eres tú, Edzel? Aquí habla Primo Mellon. Sí, le he descubierto. Mister Salvaje va a coger ahora el micrófono y decir unas palabras. ¿No es cierto, mister Salvaje?

Miró al Salvaje con una de sus sonrisas atrayentes.

-Sólo decir a nuestros lectores por qué se ha venido aquí. Por qué ha abandonado tan inopinadamente Londres (no cortes, Edzel), y no deje de hablar de su látigo.

El Salvaje se sobresaltó. ¿Cómo habían llegado a saber lo del látigo?

-Estamos todos impacientes por saber algo de él. Y díganos algo sobre la Civilización. Ya entiende lo que quiero decir: "Lo que pienso sobre la mujer civilizada". Sólo unas pocas palabras, muy pocas.

El Salvaje obedeció con una desconcertante literalidad. Pronunció cinco palabras, ni una más, las mismas que le dijo a Bernard sobre el Archichante de Canterbury:

-Hani! Sons éso tse-ná!

Y cogiendo al reportero por un hombro, le hizo girar en redondo (el joven se reveló como tentadoramente almohadillado), se preparó y, con toda la fuerza y la destreza de un futbolista consumado, le pegó una patada prodigiosa.

Ocho minutos después, una nueva edición del *Radio Horario* se vendía en las calles de Londres. "Un reportero del **RADIO HORARIO** recibe del salvaje misterioso un puntapié en el cóccix", decían los titulares de la primera plana. "Sensación en Surrey".

"Y en Londres", pensó el reportero cuando, a su regreso, leyó estas palabras. Y lo que era aún peor, muy dolorosa. Y se sentó a comer con infinitos cuidados.

Sin escarmentar por la significativa contusión de su acoceado colega, cuatro nuevos reporteros, corresponsales del *Times*, de Nueva York, el *Continuum de Cuatro Dimensiones*, de Francfort, *El Monitor de la Ciencia Fordiana*, y *El Espejo de los Deltas*, llegaron aquellas misma tarde al faro y hallaron recibimientos de violencia progresivamente acelerada.

Desde una prudente distancia, y frotándose aún la rabadilla:

-¡Extraviado ignorante! -gritó el de *El Monitor de la Ciencia Fordiana*-, ¿por qué no toma soma?

-¡Largo de aquí!

El Salvaje le enseñó el puño.

Retiróse el otro algunos pasos, y volvió.

-El mal no existe si se toman dos gramos.

-¡Kchkwa iyathokyai!

El tono era de amenazador sarcasmo.

-El dolor es una ilusión.

-¿De veras? -dijo el Salvaje; y tomando una gruesa vara de avellano, avanzó hacia él.

El de *El Monitor de la Ciencia Fordiana* dio un salto hacia su helicóptero. 

Tras esto se dejó algún tiempo en paz al Salvaje. Sólo algunos helicópteros vinieron a planear curiosamente alrededor de la torre. Lanzó una flecha al que se acercaba más importunamente. Atravesó el suelo de aluminio de la cabina; se oyó un agudo chillido, y el aparato dio un salto en el aire con toda la celeridad que le permitió el supercargador. En adelante, guardaron los demás respetuosamente las distancias. Desdeñando su fastidioso zumbido (comparábase *in mente* a uno de los pretendientes de la Doncella de Matsaki, impasible y constante entre los alados bichos), cavaba el salvaje lo que había de ser un huerto. Al cabo de algún tiempo, los bichos se cansaban y marchábase; durante horas enteras, el cielo estaba vacío sobre su cabeza, y, salvo las alondras silenciosas.

El tiempo era pesado y caluroso; se mascaba la tormenta. Había cavado toda la mañana

y descansaba tendido en el suelo.

Súbitamente, el pensamiento de Lenina fue una presencia real, desnuda y tangible, diciéndole "¡Nene!" y "¡Abrazame!", con sólo sus calcetinitos y sus zapatos, perfumada. ¡Impúdica ramera! Pero, ¡ah ah!, ¡sus brazos en torno al cuello de John, el temblar de sus pechos, su boca! *La eternidad estaba en nuestros labios - y en nuestros ojos...*

¡No, no no, no! Se puso en pie de un salto, y tal como estaba, semidesnudo, salió corriendo de la casa. Al borde del matorral había un bosquecillo de blanquecinos enebros. Lanzóse a ellos y estrechó, no el suave cuerpo de sus deseos, sino una brazada de enebros espinosos verdes. Agudos, con sus mil puntas, le punzaron. Intentó pensar en la pobre Linda, sin palabra ni aliento, con sus manos crispadas y el indescriptible terror en sus ojos; en la pobre Linda, que había jurado recordar siempre. Pero era la presencia de Lenina la que obsesionaba. Lenina, a la que había prometido olvidar. Aun bajo la heridas y las punzadas de las agujas del enebro, su estremecida carne la sentía, ineludiblemente real. "¡Nene, nene mío!... Si me deseas tú también ¿por qué no...?"

El azote colgaba de un clavo en la puerta, preparado por si venían los reporteros. Frenético, volvió corriendo a casa. Asíóle y le blandió. Las nudosas cuerdas mordieron su carne.

-¡Ramera! ¡Ramera! -gritaba a cada golpe, como si fuere a Lenina (¡y con qué anhelo, sin saberlo, deseaba que lo fuese!), la blanca, tibia, perfumada, infame Lenina la que azotaba así - ¡Ramera!

Y luego, con voz desesperada:

-¡Oh Linda, perdóname! ¡Perdóname, Dios mío! Soy malo. Soy perverso. Soy... No, no... ¡Tú, tú, ramera, ramera!

Desde su escondrijo, hábilmente disimulado en el bosque, a trescientos metros de allí, Darwin Bonaparte, el más experto de los fotógrafos de fieras de la "Compañía de Películas Sensibles", observaba toda la escena. Su paciencia y habilidad habían sido premiadas al fin. Había pasado tres días acurrucado en el hueco de un roble artificial, y tres noches arrastrándose por entre los brezos para disimular los micrófonos en las manchas de retamas, para enterrar los alambres en la suave y húmeda arena. Setenta y dos horas de profunda incomodidad. Pero el momento supremo había llegado, el más supremo. Darwin Bonaparte tuvo tiempo de pensarlo, mientras se movía entre sus instrumentos, el más supremo después de su famoso *film* sensible, aullante, y estereoscópico, del matrimonio de gorilas.

"¡Soberbio!", se dijo entre sí, cuando el Salvaje comenzó su extraña farsa "¡Soberbio!"

Enfocó bien sus cámaras telescópicas, trabadas a su movable objetivo; instaló otra de gran potencia, para obtener un gran primer término final del rostro enloquecido y descompuesto (¡soberbio!); rodó durante medio minuto con movimiento retardado (un efecto exquisitamente cómico, prometióse); escuchó, entre tanto, los golpes, los gemidos, las salvajes y vesánicas palabras que se iban impresionando en la lista sonora al borde de su cinta; probó el efecto de una leve amplificación (sí, decididamente, estaba mejor así); se deleitó oyendo, en un momentáneo silencio, el penetrante canto de una alondra; hubiese querido que el Salvaje se volviese, para poder obtener un buen término final de la sangre corriendo por su espalda, y, casi instantáneamente (¡qué suerte tan pasmosa!) el complaciente chico se volvió y pudo tomar un perfecto primer término final.

"¡Bien, magnífico!", se dijo cuando todo hubo acabado. "¡Realmente magnífico!" Enjugó su rostro. Cuando se le hubiesen agregado los efectos del sensible en el estudio, sería una cinta maravillosa. "Casi tan buena -pensó Darwin Bonaparte- como la *Vida Amorosa del Cachalote*." ¡Y, por Ford, que ya era decir algo!

Doce días después se estrenaba *El Salvaje de Surrey*. Y podía verse, oírse y sentirse en todos los cines sensibles de primera categoría de la Europa Occidental.

El efecto de la cinta de Darwin Bonaparte fue inmediato y enorme. Desde la tarde siguiente a su estreno, la rústica soledad de John vióse bruscamente rota por la llegada, por los aires, de un gran enjambre de helicópteros.

Cavaba su huerto, y cavaba a la par en su alma removiendo laboriosamente la substancia de sus pensamientos: la muerte, y hundía el azadón una vez y otra. "Y todos nuestros ayeres han iluminado a los necios el polvoriento camino de la muerte." Un convincente trueno rugía en estas palabras. Alzó una paletada de tierra. ¿Por qué había muerto Linda? ¿Por qué se le había permitido hacerse gradualmente menos que humana y, por último... (se estremeció), *una carroña buena para besos?*¹ Apoyó el pie sobre su laya hincándola reciamente en la dura tierra. *Igual que moscas para los traviesos- niños para los altos dioses somos: - nos aniquilan para su deporte.*² De nuevo el trueno; palabras que se proclamaban verdaderas, más verdaderas, en cierto modo, que la verdad misma. Y, sin embargo, el propio Gloucester habíales llamado dioses siempre benéficos. *Dormir es lo mejor de tu descanso: -provócasle a menudo, y, sin embargo - temas la muerte, que es la misma cosa.*³ *Nada más que dormir. Dormir. Soñar acaso.*⁴ Su laya saltó contra una piedra. Agachóse a recogerla. *Y en este dormir de la muerte, ¿qué sueños...?*⁵

El zumbido sobre su cabeza habíase vuelto rugido; y bruscamente hallóse a la sombra, había algo entre el Sol y él. Miró hacia arriba, y sobresaltóse de su trabajo, de sus pensamientos; miró hacia arriba deslumbrado y desconcertado; su espíritu divagaba por otro mundo más verdadero que la verdad, concentrado aún en las inmensidades de la muerte y la divinidad; miró hacia arriba y vio, casi encima de él, el enjambre de aparatos planeando. Venían como langostas, quedábanse suspendidos, inmóviles, y descendían a su alrededor, en el descampado. Y del vientre de aquellas langostas gigantes salían hombres con trajes de franela blanca de glutina, y mujeres (pues el tiempo era caluroso) con piyamas de chantung de acetato o en pantalones cortos de pana y jerseys sin mangas, de cierre de cremallera semiabierto: una pareja por aparato. A los pocos minutos había ya

1 A good kissing carrion.
(Hamlet, II 2).

2 As fillics to wanton boys are we to the gods:
They killo us for their sport.
(Lear, IV, 1).

3 Thy best of rest is sleep.
And that thou oft privok'st; yet grossly fear'st
Thy death which is no more.
(Measure for Measure, III, 1).

4 To sleep: perchance to dream
(Hamlet, II, 1).

5 For in that sleep of death what dreams may come?
(Hamlet, III, 1).

docenas, formando un ancho círculo en torno al faro, mirándole, riendo, desplegando sus máquinas fotográficas, tirándole (como a un mono) cacahuates, paquetes de goma para mascar de hormona sexual, *petits-beurre* panglandulares. Y a cada momento (pues, sobre Hog's Back, la corriente del tráfico fluía ahora incesantemente) aumentaba el número. Como en una pesadilla, las docenas volvíanse veintenas, las veintenas cientos.

El Salvaje se había retirado buscando un abrigo, y ahora, como un animal acorralado, apoyaba la espalda contra el muro del faro, pasando de un rostro a otro su mirada con mudo horror, como un hombre enloquecido.

Sacóle de su estupor a un más inmediato sentido de la realidad el golpe dado en su mejilla por un certero paquete de goma para mascar. Un sobresalto de sorpresa y dolor, y hallóse despierto y lleno de rabiosa fiereza.

-¡Largo de aquí! gritó.

El mono había hablado; hubo una explosión de risas y de aplausos.

-¡Bien por el Salvaje! ¡Hurra, hurra! -Y entre aquella baránda oyó gritos de: -¡¡Látigo, látigo, el látigo!!

Obedeciendo a la sugestión de la palabra, descolgó de su clavo tras de la puerta las disciplinas de cuerdas nudosas y blandiólas con rabia ante sus verdugos.

Siguió un alarido de irónico aplauso.

Avanzó amenazadoramente hacia ellos. Una mujer lanzó un grito de espanto. La línea cedió en el punto más inmediatamente amenazado, pero enderezóse luego, permaneciendo firme. La conciencia de su fuerza aplastante daba a estos mirones un valor que el Salvaje no esperaba en ellos. Detúvose sorprendido y miró en torno.

-¿Por qué no me dejáis en paz? -Había un dejo casi doloroso en su cólera.

-¡Toma unas almendras saladas con magnesio! -dijo el hombre que, si avanzaba el Salvaje, sería el primer atacado. Le tendió un paquete-. Son realmente muy buenas, ya verás -agregó con una sonrisa propiciatoria algo nerviosa-, y las sales de magnesio te ayudarán a conservarte joven.

El Salvaje no hizo caso de su oferta.

-¿Que queréis de mí? -preguntó mirando alrededor aquellos rostros irónicos-. ¿Que queréis de mí?

-El látigo -respondieron confusamente cien voces-. ¡Queremos ver los latigazos! ¡Queremos ver los latigazos!

Luego, al unísono y con un lento, pesado ritmo:

-¡El látigo, el látigo -gritó un grupo al extremo de la línea-. ¡El látigo, el látigo!

Otros también hicieron suyo el grito, y la frase fue repetida, como los papagayos, una vez y otra, con una intensidad creciente, hasta que, a la séptima u octava repetición, no se oía ninguna otra palabra:

-¡El látigo, el látigo!

Gritaban todos juntos; y, embriagados por el sonido, por la unanimidad, por el sentido de rítmico acuerdo, podían, parecía, continuar horas y horas, casi indefinidamente. Pero a la vigésimoquinta repetición, la cosa fue interrumpida de súbito. Otro helicóptero había llegado de la parte de Hog's Back; quedó suspendido sobre la multitud y después paróse a algunos metros de donde estaba el Salvaje, en el espacio libre entre la línea de curiosos y el faro. El zumbido de sus hélices dominó momentáneamente el vocerío; luego, cuando el aparato tocó tierra y los motores se pararon:

-¡El látigo, el látigo! ¡El látigo, el látigo! -surgió de nuevo en el mismo tono, recio, insistente, monótono.

La puerta del helicóptero se abrió y salió primero un joven rubio, de roja faz tostada; luego, con unos pantaloncitos verdes, camisa blanca y gorra de jockey, una joven.

Al verla, el Salvaje se estremeció, retrocedió, púsose pálido.

La joven quedóse quieta, sonriéndole, con incierta, implorante, casi humilde sonrisa. Pasaron unos segundos. Sus labios se movían, iban a decir algo; pero el sonido de su voz se ahogaba con el rudo y machacón estríbillo de los curiosos.

-¡El látigo, el látigo!

La joven apoyó ambas manos en su costado izquierdo, y en su rostro, luciente como un melocotón, hermoso como una muñeca, apareció una extraña, incongruente expresión de congoja y de ardiente deseo. Sus azules ojos parecían hacerse más grandes, más brillantes; y, de pronto, dos lágrimas rodaron por sus mejillas. Habló otra vez inteligentemente; luego, con rápido, apasionado ademán, tendió sus brazos al Salvaje y avanzó.

-¡El látigo, el látigo!

Y bien pronto tuvieron lo que querían.

-¡Ramera! -El Salvaje se había lanzado sobre ella como un loco-. ¡Zorra! -Como un loco comenzó a azotarla con las disciplinas.

Aterrada dio media vuelta para huir, pero tropezó y cayó entre el matorral.

-¡Henry, Henry! -gritó.

Pero su rubicundo compañero se había puesto en salvo tras del helicóptero.

Con un alarido de gozosa excitación rompióse el cerco; hubo una avalancha convergente hacia aquel centro de atracción magnética. El dolor era un horror fascinante.

-¡Quema, lujuria, quema!¹ Frenético, el Salvaje la azotó de nuevo.

Ávidamente se apiñaban alrededor, empujándose como cerdos en torno al domajo

-¡Oh, la carne! -El Salvaje rechinó los dientes. Esta vez fue sobre sus lomos donde cayó el azote-. ¡Muera, muera!

Arrastrados por la fascinación horripilante del dolor e impelidos desde dentro por el hábito de cooperación, por el deseo de unanimidad y concordancia que su acondicionamiento había inarrancablemente implantado en ellos, pusieron a imitar el frenesí de sus ademanes, golpeándose unos a otros, como el Salvaje golpeaba su rebelde carne o aquella gordita encarnación de la torpeza que se retorció a sus pies entre la maleza.

-¡Muera, muera.....! -seguida gritando el Salvaje.

De pronto, uno comenzó a cantar *Orgía Latria*, y en un momento repitieron el estribillo todos y, cantando, pusieron a bailar. *Orgía Latria*, dando vueltas y más vueltas, golpeándose unos a otros en un compás de seis por ocho. *Orgía Latria*...

Era más de medianoche cuando el último de los helicópteros emprendió el vuelo. Embriagado de *soma* y exhausto por un prolongado frenesí de sensualidad, el Salvaje yacía dormido en tierra. Ya estaba el Sol muy alto cuando despertó. Continuó tendido un momento, parpadeando ante la luz con una incompreensión de búho; luego, bruscamente, lo recordó todo.

-¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! -Y se cubrió la cara con las manos.

Aquella tarde, el bando de helicópteros que llegó zumbando por encima de Hog's Back formaba una sombría nube de diez kilómetros de largo. La descripción de la orgía en común de la noche anterior había aparecido en todos los periódicos.

-¡Salvaje! -llamaron los primeros llegados al bajar de sus aparatos-. ¡Míster Salvaje!

No obtuvieron respuesta.

La puerta del faro estaba entreabierta. Empujaronla y entraron en un crepúsculo de ventanas cerradas. A través de un arco, en el fondo de la sala, vieron el arranque de una escalera que iba a los pisos altos. Justo bajo la clave del arco bamboleaban un par de pies.

-¡Míster Salvaje!

Lentamente, muy lentamente, como dos despaciosas agujas de brújula, los pies giraban hacia la derecha, Norte, Nordeste, Este, Sudeste, Sur, Sudsudeste; se pararon. Y luego, tras algunos segundos, giraron con la misma calma hacia la izquierda. Sudsudeste, Sur, Sudeste, Este...

FIN

1 Fry, lecherty, fry!

(Troilus and Cressida, V.2).

Bibliografía

ECO, Umberto:
La definición del arte,
Trad. R. de la Iglesia,
México, Edit. Roca, 1991.

CASAS, Antonio M.:
El arte de ayer y de hoy,
Barcelona, Edit. Labor,
(Nueva Colección Labor Núm. 112), 1971.

BARTHES, R., H. Lefevre, L. Goldmann y otros:
Literatura y sociedad,
Trad. R. de la Iglesia, Barcelona,
Edit. Martínez Roca, 1969.

VON MARTIN Alfred:
Sociología del Renacimiento,
Trad. Manuel Pedroso, México, F.C.E.,
(Col. Popular Núm. 40), 1992.

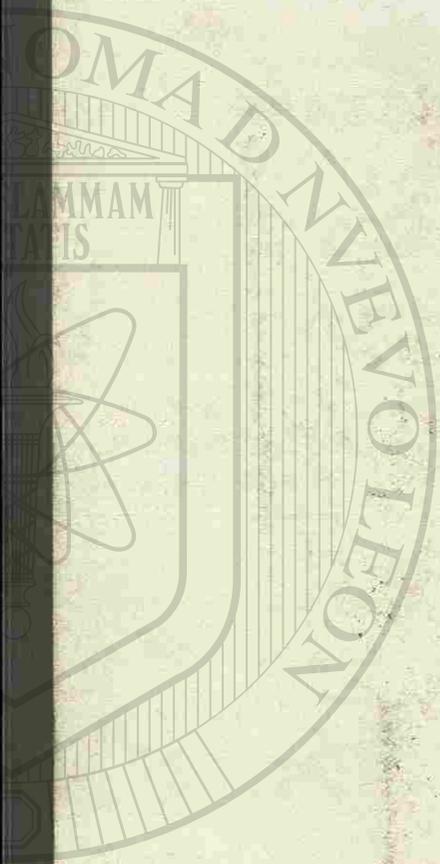
CARRIT, E. F.:
Introducción a la Estética,
Trad. Octavio G. Barreda, México, F.C.E.,
(Col. Breviarios Núm. 39), 1970.

RAMOS, Samuel:
Filosofía de la vida artística,
México, Espasa-Calpe,
(Col. Austral Núm. 974), 1964.

HAUSER, Arnold:
Historia social de la literatura y del arte, 1, 2 y 3.
Trad. A. Tovar y F. P. Varas-Reyes, Barcelona,
Edit. Guadarrama, (Col. Punto Omega Núms. 19, 20 y 21), 1979.

DE ITA, Fernando:
El arte en persona,
México, Edit. Árbol, 1991.

FRYE, Northrop:
La estructura inflexible de la obra literaria,
Trad. Rafael Durbán Sánchez, Madrid,
Edit. Taurus, (Persiles - 60), 1973.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA